

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA
Departamento de Historia Contemporánea



TESIS DOCTORAL

**Los estudios de Cánovas del Castillo sobre la Casa de
Austria : historiografía e ideología**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR

Esperanza Yllán Calderón

Madrid, 2015

Esperanza Yllán Calderón



* 5 3 0 9 8 6 2 4 6 7 *
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

x-53-100130-3

LOS ESTUDIOS DE CANOVAS DEL CASTILLO SOBRE LA CASA DE AUSTRIA:

HISTORIOGRAFIA E IDEOLOGIA

Departamento de Historia Contemporánea
Facultad de Geografía e Historia
Universidad Complutense de Madrid
1983



BIBLIOTECA

TP
1983
245

Colección Tesis Doctorales. Nº

245/83

© Esperanza Yllán Caderón
Edita e imprime la Editorial de la Universidad
Complutense de Madrid. Servicio de Reprografía
Noviciado, 3 Madrid-8
Madrid, 1983
Xerox 9200 XB 480
Depósito Legal: M-37802-1983

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

Facultad de Geografía e Historia

Los estudios de Cánovas del Castillo sobre
la Casa de Austria : Historiografía e ideología

Tesis Doctoral presentada por ESPERANZA YLLAN CALDERON

bajo la dirección de D. José María Jover Zamora

Madrid 1982

I N D I C E

	Pág.
INTRODUCCION	1
1. EL PERIODO DE 1854-1868	32
1.1. La influencia del Romanticis <u>mo</u>	32
1.2. Los estudios históricos en España	44
1.3. Historia y compromiso poli <u>tico</u>	52
1.4. La <u>Historia de la Decadencia</u>	64
2. EL PERIODO DEL SEXENIO REVOLUCIO <u>NARIO</u> : 1868-1874	
2.1. La actividad politica de Cár <u>novas</u>	111
2.2. La influencia ideológica del eclecticismo filosófico: la alternativa krausista	123
2.3. Cánovas: ni con la revolución ni con la Corte	137
3. LA TRADICION IDEOLOGICA DEL PENSA <u>MIENTO</u> CANOVISTA.....	
3.1. El condicionamiento social de la teoría	146
3.2. El miedo a la Revolución: el debate de la Internacional...	167

	pág.
3.3. La intervención de Cánovas como exponente ideológico del moderantismo tradicional	181
4. LA CONCEPCION CANOVISTA DE LA HISTORIA	
4.1. "De la mejor manera de escribir la historia" (Discurso)	229
4.2. El <u>Bosquejo histórico de la Casa de Austria</u>	273
5. EL PERIODO DE LA RESTAURACION	
5.1. Los orígenes ideológicos de la teoría canovista	353
5.2. Los intereses restauradores y el ascenso al poder de D. Antonio Cánovas del Castillo	367
5.3. El contenido ideológico de la teoría restauradora	398
5.4. Los <u>Estudios sobre el reinado de Felipe IV</u>	413
6. NOTAS	464
7. CONCLUSIONES	495
8. FUENTES	521
9. BIBLIOGRAFIA.....	524

INTRODUCCION

OBJETO DE ESTUDIO Y PLANTEAMIENTO METODOLOGICO

En cualquier referencia a la obra historiográfica de Cánovas, nos encontramos con dos características que han venido siendo destacadas por ser, quizá, las que más se aproximan a una mejor definición. La primera, atendiendo al contenido de sus investigaciones, identifica a Cánovas como "historiador de la Decadencia"; la segunda, sitúa a su autor en un lugar preferente entre los "historiadores de la Restauración". Ambas resultan acertadas, pero un estudio más pormenorizado de su obra exige una mayor precisión con respecto a esta última. En efecto, la mayor parte de las obras históricas de Cánovas, dos de ellas fundamentales, además de no pocos estudios de investigación, fueron escritas en el período anterior a 1875. Ello nos obliga a una inevitable división cronológica cuya bisagra se situaría precisamente en la fecha histórica de la Restauración, momento a partir del cual las actividades políticas de Cánovas le obligan a abandonar durante varios años una de sus más queridas aficiones, hasta la publicación, en 1888, de otra de sus grandes obras: los Estudios del reinado de Felipe IV. Es ésta la única obra importante del historiador Cánovas en este período, si exceptuamos una gran parte de ese "corpus" heterogéneo de discursos, conferencias y reflexiones que forman los tres tomos de sus "Problemas Contemporáneos".

Esta división cronológica, hace que a la hora de analizar el contenido historiográfico de la obra de Cánovas, nos impongamos cierta cautela antes de situarlo indefectiblemente entre los historiadores de la Restauración.

Sin duda, habría que acentuar aquí esa ya proverbial dualidad de Cánovas como politico e historiador y no sería aventurado asegurar que el Cánovas de la Restauración ha dejado ya de ser historiador para convertirse en el más grande politico español de su tiempo. Los Estudios sobre el reinado de Felipe IV fueron escritos cuando su autor contaba ya sesenta años de edad, en plenitud de su poder y conocimientos y ensalzado por el prestigio de ser el restaurador de la Monarquía y "artífice" de un sistema político consagrado en una Constitución a la que él mismo se esforzaría por dar forma y contenido. La citada obra responde, por sus características y planteamientos, a la mentalidad de un hombre de Estado; connotación que quizá acompañó siempre a su autor.

Basándose posiblemente en estos criterios, uno de sus más duros críticos, Grandmontagne, la calificaría de "obra fuslera, como todas las de Cánovas, y escrita además, en un castellano de primer ministro, inadmisibles en las antologías". (1) En este sentido apuntará también la afilada pluma de Clarín, aunque éste ni siquiera reconoce en Cánovas dotes de historiador:

"La afición de Cánovas que se puede tomar más en serio (fuera de su afición principal, que es la de mandar en todos nosotros), es ésta de la historia española; no entendiéndose que sea él capaz de elevarse a las regiones del filósofo de la historia, ni a la del artista historiador, sino considerándole en su natural terreno de hombre capaz de escudriñar pormenores y poner en juego cierta sagacidad de palaciego mezclado de erudito, que no cabe negarle, y bastante malicia y experiencia de las tristes intrigas cortesanas y políticas para sacar lecciones de lo presente y penetrar y saber inducir en lo pasado". (2)

Ahora bien, prescindiendo del sarcasmo de esos juicios, es interesante resaltar la opinión que merecen los citados "Estudios" a uno de los más fieles apologistas de Cánovas, J. Pérez de Guzmán y Gallo. En el largo y elogioso prólogo que escribió para la Historia de la Decadencia, primera obra de Cánovas publicada en 1854, compara ambas obras pero considera inferior ésta última, debido a que es una obra de juventud, escrita -dice- - "cuando el hervor de la sangre juvenil encendía las ideas que después templaron el curso de la vida, la colosal profundidad de sus estudios posteriores y la experiencia personal en los arcanos de los oficios del Estado y de las imposiciones de la vida pública". Cánovas del Castillo, en 1854, dice más adelante: "no era más que un literato precoz y un brillante periodista: de historiador no tenía sino la intuición suprema, la intuición del genio. Pero renuncie a escribir de Historia el que carzca de esta -

intuición lenta y segura del perfecto hombre de Estado. Cánovas, a pesar de la intuición suprema de su juventud y de su genio, no fue un historiador perfecto, con todas sus prendas personales y toda la vasta instrucción recibida, hasta que se hizo y fue ese hombre completo de Estado".

Por nuestra parte, no podemos compartir la opinión de Pérez de Guzmán según la cual parece considerar como un atributo de garantía el ser "un completo hombre de Estado" para ser un "perfecto historiador". Sin embargo, es precisamente este juicio de valor el que nos confirma en la idea ya apuntada de que la obra de Cánovas del período de la Restauración responde más a los planteamientos de un hombre de Estado, de un profesional de la política, que a los de un historiador vocacional. Su opinión, por otro lado, no constituye un caso aislado, sino que gran parte de la historiografía conservadora en torno a la figura de Cánovas la ha venido transmitiendo, configurando así una valoración desmesuradamente elogiosa respecto a la obra histórica de Cánovas, considerada como el resultado de la labor y el estudio de un personaje-clave, "protagonista de la gran Historia", cuya obra como político era resultado también de su profundo conocimiento de la Historia de España que, supuestamente, él mismo vendría a "continuar" con la Restauración.

Atendiendo, pues, a la ya citada división cronológica, la obra historiográfica de Cánovas estaría para

nosotros condicionada por tres períodos históricos distintos, cuyas características político-culturales se reflejan también en la evolución ideológica de su autor.

Por otro lado, es evidente que no vamos a analizar en este trabajo la obra de un historiador sin más, sino que su condición de político hace que el discurso ideológico se vea marcado por las contradicciones del propio contexto político y social, que, si bien es inevitable considerar en el análisis de cualquier obra histórica-literaria, en el caso de Cánovas incide de forma determinante en tanto que sus reacciones ideológicas pretenderán dar una respuesta práctica, política, a dichas contradicciones objetivas.

Ahora bien, abordar como objeto de estudio un tema donde se plantean los conceptos de "historiografía", "ideología" y "política", no como categorías separadas, sino formando parte de un todo cuya coherencia viene determinada por el resultado de sus interacciones, plantea serios problemas de muy distinta naturaleza, siendo uno de los más áridos y complejos el de la metodología, que ha de presidir a todo trabajo de investigación.

Han sido muchas las vacilaciones, las dudas e inseguridades que han precedido a la realización de este trabajo. El ámbito de la ideología es siempre un terreno resbaladizo, enormemente complejo, lleno de sutilezas y matices, donde es fácil caer en burdas generalidades o

esquematismos y donde el temor a enunciar un juicio o una interpretación que no responda a "datos cuantificables y concretos" es siempre arriesgado.

Es posible que este temor sea debido a un doble condicionamiento: por un lado, los estudios sobre historia de las ideas, mentalidades sociales, estructuras ideológicas, etc., no son los más abundantes en nuestra historiografía, y por otro lado, no es menos cierta la relevancia que ejercen dichos datos "cuantificables" a la hora de valorar un trabajo de investigación histórica, donde el "positivismo de los hechos" viene a constituir una especie de garantía de "objetividad" y de "certeza". Contra esta gravosa herencia del positivismo histórico, H.J. Marrou, historiador y teórico de la cultura francesa, reacciona en estos contundentes términos:

"Es preciso acabar con estos viejos reflejos e interrumpir el adormecimiento en que el positivismo ha mantenido durante mucho tiempo a los historiadores, al igual que a sus colegas de las ciencias "exactas". Nuestro oficio es duro, agobiante bajo el peso de las servi dumbres técnicas; a la larga tiende a desarrollar en el práctico una mentalidad de insecto especializado. En vez de ayudarlo a reaccionar contra esta deformación profesional, el positivismo le daba al científico una buena conciencia ("solo soy un historiador, de ningún modo un filósofo...") (...) Hemos de denunciar airados esta manera de ver las cosas que constituye uno de los mayores

peligros que pesan sobre el futuro de nuestra civilización occidental, amenazada de hundirse en una atroz barbarie técnica. Parodiando la máxima platónica, nosotros escribimos en el frontón de nuestros propileos: "Que nadie entre aquí si no es filósofo", si antes no ha reflexionado sobre la naturaleza de la historia y la condición de historiador: la salud de una disciplina científica exige al científico cierta inquietud metodológica, la preocupación por tomar conciencia del mecanismo de su comportamiento, y cierto esfuerzo reflexivo sobre los problemas concernientes a la "teoría del conocimiento" que su comportamiento plantea". (3)

Uno de los presupuestos metodológicos de que hemos partido para realizar nuestro trabajo ha sido considerar el carácter social del conocimiento, o, dicho de otra manera, el condicionamiento social de la teoría. Esta sociología del conocimiento, que ha prosperado en las últimas décadas, procede del marxismo y ha sido aceptada por historiadores no necesariamente vinculados a la concepción materialista de la historia, como Karl Mannheim, quien lo reconoce lealmente. (4)

Por otro lado, la teoría del conocimiento y su carácter social está relacionado con el concepto de ideología, cuya interpretación hemos aceptado en los términos en que ha venido a definirla Adam Schaff, superando la tradicional interpretación de "falsa conciencia" al

modo como lo entendían Marx y Engels, es decir, como un sistema de creencias que en parte revela y en parte oculta la esencia de la realidad que ella refleja. Esta interpretación se debe a que Marx entendía por "ideología" a la "ideología de clase producida por la burguesía" y en este condicionamiento de clase veía la razón por la que la ideología es y debía ser necesariamente una deformación, una visión alterada de la realidad. Como hace observar A. Schaff, "no intentaban definir el concepto de "ideología" en un sentido más amplio comparable al que actualmente se emplea; su única intención era caracterizar el valor cognoscitivo de la "ideología" en el sentido estricto del término, tal como era entendido en dicha época en que significaba por definición en conocimiento deformado, alterado". (5)

El planteamiento metodológico que nosotros hemos seguido en nuestro trabajo responde, pues, a la definición que sobre este carácter social del conocimiento y de la ideología, ha sido expresada por el citado autor y cuya interpretación nos ha resultado de una gran operatividad metodológica: "por 'ideología' yo entiendo, dice A. Schaff, los puntos de vista basados en un sistema de valores relativos a los problemas planteados por el objetivo deseado del desarrollo social; puntos de vista que determinan las actitudes de los hombres, o sea, su disposición para adoptar algunos comportamientos en situaciones determinadas y su comportamiento efectivo en

las cuestiones sociales. También se puede dar una formulación genético-funcional a esta definición: yo entiendo por "ideología" las ideas sobre los problemas planteados por el objetivo deseado del desarrollo social, que se forman sobre determinados intereses de clase y sirven para defenderlos".⁽⁶⁾

De acuerdo con estos presupuestos metodológicos hemos procedido al planteamiento de nuestro trabajo, teniendo en cuenta las interrelaciones de las categorías conceptuales anteriormente señaladas: política, ideología, historiografía.

En primer lugar, conocer la trayectoria política de Cánovas en el contexto histórico y social de su tiempo, destacando aquellos acontecimientos que pudieron ser más decisivos para su posterior definición política.

En segundo lugar, y en relación con el anterior proceso, conocer su evolución ideológica, cuya configuración estará a su vez condicionada por las tendencias filosóficas y culturales que actúan como vectores ideológicos en el contexto del pensamiento español decimonónico: moderantismo, krausismo, neotomismo y positivismo, fundamentalmente.

Y por último, comprobar hasta qué punto ambos procesos pueden verse reflejados en sus obras históricas, en las que se podrá observar no sólo la concepción cano-

vista de la historia, sino también, los significativos cambios interpretativos que responden a la propia evolución ideológica y política de su autor.

Ahora bien, si consideramos la faceta de Cánovas como historiador, atendiendo a todos los trabajos e investigaciones referentes a temas históricos, su producción historiográfica puede ser caracterizada no sólo - por su extensión y pluralidad, sino más bien por su dispersión, puesto que habría que incluir en ella los diferentes artículos, prólogos, discursos, trabajos parciales, introducciones a obras de otros autores y, por último, aquellos estudios que por su contenido y entidad poseen el caracter propio de Obras Históricas.

Estas características que ofrece la obra historiográfica de Cánovas y la imposibilidad de analizarla en su conjunto suponía una gran dificultad para nuestro trabajo, de ahí que estimáramos oportuno establecer una inevitable selección.

El criterio metodológico que nos ha llevado a establecer la citada selección ha sido comprobar que sus - estudios sobre la Casa de Austria, comprendidos en las tres obras que constituyen el objeto de nuestro trabajo, son las que ofrecen mayor entidad historiográfica, puesto que forman una especie de "corpus" homogéneo en el conjunto de la obra canovista.

Sin embargo, teniendo en cuenta que las referencias

historiográficas al periodo austriaco pueden encontrarse también en muchos de sus artículos y publicaciones dispersas, hemos limitado nuestro trabajo a las tres obras históricas fundamentales que por sus características forman una gran trilogía temática referente al periodo de la Casa de Austria en España.

Por otro lado, este criterio de selección responde a la consideración de que en estas obras se encuentran mejor reflejadas y elaboradas las principales ideas y planteamientos historiográficos que Cánovas reproduce en sus diferentes escritos circunstanciales.

De estos últimos hemos seleccionado para su análisis y comentario, dos Discursos que constituyen un claro testimonio de la doble faceta de Cánovas como político e historiador.

El primero es su intervención en las Cortes de 1871 sobre el debate de la Internacional, donde pudimos constatar los planteamientos políticos y filosóficos de Cánovas ante los problemas sociales de su tiempo. El otro es su Discurso de contestación al de Godoy Alcántara en la R.A.H. acerca "De la mejor manera de escribir la Historia", cuyo texto consideramos fundamental para conocer el pensamiento y la concepción historiográfica de nuestro autor.

Para proceder a su análisis hemos partido del principio de que todo discurso nace de un interés,

de que leer un texto supone identificarse con el proceso de constitución del texto. Este modo de identificación significa inaugurar una confrontación real con el autor, es decir, no con sus ideas, sino con una realidad precedente al Discurso, sólo a partir de la cual nace y se -justifica su contenido.⁽⁷⁾

De acuerdo con este planteamiento metodológico, nuestro propósito ha estado orientado no tanto a hacer un comentario textual, sino a poner de manifiesto cómo las opiniones y conceptos de Cánovas responden a toda una ideología conservadora tradicional, cuya pobreza teórica e intelectual para adaptarse a las nuevas necesidades sociales, le lleva a adoptar una posición defensiva a partir de los postulados del catolicismo y de la metafísica idealista.

Este sería, por tanto, el proceso de constitución del texto, a cuya incapacidad dialéctica para superar las contradicciones sociales se debe el carácter irracional que hemos atribuido a su contenido.

A este respecto hemos tenido en cuenta la interpretación de G. Lukács sobre el irracionalismo⁽⁸⁾, cuyo sentido filosófico viene caracterizado -a partir sobre todo de la Revolución Francesa- en su lucha contra el ideal burgués de progreso y contra el socialismo, a lo que hemos de añadir los aspectos más característicos que aparecen en todo irracionalista: el desprecio del entendimiento

y la razón, la glorificación lisa y llana de la intuición, la teoría aristocrática del conocimiento, la repulsa del progreso social y científico, la mitomanía, etc., y sobre todo, el descenso del nivel filosófico.

Todos estos aspectos históricos y sociológicos los hemos encontrado reflejados, de forma más o menos explícita, en los textos que analizamos y a ello responde nuestra anterior caracterización ideológica.

En cuanto al procedimiento metodológico que hemos seguido para analizar la citada trilogía de Cánovas sobre la Casa de Austria, hemos tomado como referencia cronológica la fecha de publicación de cada una de ellas, estableciendo tres periodos historiográficos:

El primero de ellos (1854-1868) vendría señalado por el año de 1854, en que aparece publicada su primera gran obra: la Historia de la Decadencia de España, desde el advenimiento de Felipe III al trono hasta la muerte de Carlos II. La influencia del romanticismo histórico se dejará sentir en los planteamientos historiográficos de su autor, y por otro lado, su actividad política le llevará a participar, al lado de los "puritanos", contra la dictadura de Narvaez y posteriormente junto a la Unión Liberal, el nuevo partido surgido en torno a la figura de O'Donnell.

»

En 1869, año de publicación de su Bosquejo Histórico

de la Casa de Austria en España, se inicia una segunda etapa en la historiografía canovista, en donde la Revolución y los turbulentos años del Sexenio infringen en la evolución ideológica de Cánovas una clara inflexión que va a reflejarse también en su obra mediante la rectificación -en ésta última- de los aspectos historiográficos contenidos en su anterior Historia de la Decadencia y que eran precisamente los más próximos a los planteamientos del liberalismo histórico.

Durante estos años cruciales, de transformaciones políticas, de polarización social y fermentación ideológica, la estrategia política de Cánovas estará centrada en preparar "el camino hacia la Restauración", para cuyo fin le fueron concedidos plenos poderes por la propia Reina destronada. Como dirá uno de sus más importantes biógrafos, F. Almagro, "era fuera del hemisferio donde Cánovas estaba llamado a desarrollar su decisiva actividad".

A esta actividad "extraparlamentaria" de Cánovas le concedemos especial relevancia y significación puesto que estará orientada a la creación y formación de los grupos y círculos alfonsinos, cuya estrategia política culminará en el Pronunciamiento de Sagunto. La inteligencia política del "artífice de la Restauración" consistió, sobre todo, en su habilidad para aglutinar en torno al movimiento alfonsino un amplio frente de la gran derecha conservadora y oligarquica -implicada en los intereses cubanos de las plantaciones azucareras -

-aprovechando el deterioro y el desgaste político del Sexenio que estos mismos sectores del alfonsismo contri-
buyeron a generar para hacer inevitable el sistema de la Restauración.

El tercer período lo situamos a partir de 1875, el año de la Restauración, no porque coincida con la pu-
blicación de la última obra de la citada trilogía sobre los Austrias, sino por ser lo suficientemente significa-
tivo, no solo para la historia de nuestro siglo XIX, sino para la propia evolución política de Cánovas, a cuya con-
secución habia dedicado su casi total actividad.

Por otro lado, en el planteamiento cronológico de nuestro trabajo, la llegada de la Restauración constituye el objetivo final de nuestro estudio, puesto que al tra-
tar de relacionar historiografía e ideología, el proyecto político de Cánovas responderá a su propio carácter de historiador legítimista, a cuya concepción organicista de la Historia corresponde, en buena medida, el carácter ideológico de la teoría restauradora.

Durante estos años, Cánovas ya no tendrá tiempo de ir a Simancas, de escudriñar legajos ni de escribir so-
bre el pasado, quizá porque el "pasado" vuelve a ser "pre-
sente" en España y a Cánovas, como un nuevo "valido" reen-
carnado, las obligaciones de su cargo de primer ministro le impiden dedicarse a su querida afición de escribir so-
bre la historia de España.

A esta etapa corresponden sus Estudios sobre el reinado de Felipe IV (1888), y una gran parte de sus discursos pronunciados en el Ateneo desde 1870, recogidos en los tres volúmenes de los Problemas Contemporáneos (1884), que constituyen, sin duda, una importante fuente para conocer los planteamientos y opiniones de su autor sobre los más diversos fenómenos culturales, filosóficos y científicos de su tiempo.

Por otro lado, el tema de estudio que abordamos en nuestro trabajo presenta también una serie de dificultades, además de las ya aludidas, que se refieren, más concretamente, a las peculiares características de nuestro autor y al período histórico en que su obra va a desarrollarse.

Don Antonio Cánovas del Castillo, es quizá una de las figuras más estudiadas del siglo XIX, dada su relevancia y proyección política en el sistema de la Restauración. Pero si bien es cierto la abundante bibliografía en torno a su actuación pública, existen, sin embargo, pocos estudios que traten de esa faceta fundamental y muy querida por su autor como fue la de historiador, cuyas obras merecen un lugar destacado en la historia de la historiografía española. Desde luego, ello no significa que en cualquier semblanza biográfica de Cánovas, de las muchas que se han publicado, no se haga inevitable la referencia a esta importante actividad de su vida, que, en efecto, ha sido ampliamente destacada por sus biógrafos para enaltecer y legitimar también su actuación como

político y hombre de Estado.

Nuestro trabajo tiene como fundamental referencia esta faceta de Cánovas menos conocida, debido a que ha sido, en cierto modo, ensombrecida por el gran prestigio alcanzado en su proyección política, aspecto que ha atraído la mayor atención de sus biógrafos y de los estudios del citado periodo histórico.

El interés que nos ha movido a estudiar la obra historiográfica de Cánovas, ha venido suscitado por una serie de motivaciones que impulsaban nuestra curiosidad.

* En primer lugar, por qué para los historiadores de la Restauración, y más concretamente Cánovas, el tema preferente de sus investigaciones era la España de los siglos XVI y XVII, o mejor, la época del Imperio y su decadencia. Aparte de considerar la importancia objetiva que dicho período ha significado en nuestra historia, - pensamos que ello no podía ser interpretado sólo desde una perspectiva positivista, aceptando sin más la fenomenología empírica o "sociológica" de una posible "corriente de moda" en el panorama historiográfico. Tendríamos que profundizar más e intentar ofrecer una interpreta--ción más amplia, y quizá más ideológica, a este fenómeno, teniendo en cuenta las características de nuestro autor y del período en que su obra histórica va a producirse.

Nuestro planteamiento metodológico nos ha llevado

a considerar que la Restauración como sistema política e institucional, representa también una respuesta ideológica, en su más amplio sentido histórico, ante una coyuntura de cambio representada por la experiencia revolucionaria del Sexenio. Respuesta, por otra parte, que si tenemos en -- cuenta sus orígenes hasta el Pronunciamiento de Sagunto, no deja de ser contundente.

* Ahora bien, en el significado ideológico de dicha respuesta, hemos de ver, además de los intereses de clase que se defienden, el profundo espíritu legitimista que -- subyace en todo intento de restauración monárquica. Cree mos que es en este contexto social e ideológico donde de bemos situar el interés de Cánovas por el estudio de un pasado nacional durante el cual la institución monárqui- ca alcanzó su plenitud imperial. Este orgullo nostálgico es, quizá, el que confiere a las obras historiográficas de Cánovas un caracter nacional y el que le llevará a -- plantearse su labor de historidor como una vindicación de lo que para él era esencial al ser de España: La monarquía legítima y la soberanía conjunta del Rey-Cortes, princi- pios o "ideas-madre" como él mismo las denomina, y que venian así a legitimar su concepto de "constitución inter na".

Otra de las hipótesis aquí planteadas sería la po sible incidencia del pensamiento historiográfico de Cáo- vas, su concepción de la Historia y de las instituciones, en su práctica como político de un sistema que como el --

decía, "venía a continuar la historia de España". Es -
aquí donde nos planteamos las siguientes preguntas: -
¿qué historia de España venía a continuar Cánovas? ¿en
función de qué intereses sociales y desde qué plantea-
mientos ideológicos reivindicaba Cánovas esa historia?.
O bien, como se preguntará Galdós a través de uno de los
personajes de su Cánovas: "La revolución política y so-
cial que se anunciaba ¿era un paso hacia el bienestar
nacional o un peligroso brinco en las tinieblas?.

Desde luego es difícil dar una respuesta simple
a todas estas cuestiones a partir de la obra historiográ-
fica de su autor. Para ello hemos procedido en función
de nuestro planteamiento metodológico: por un lado, con-
siderando el carácter social del conocimiento, puesto que
al determinar el objetivo deseado en el desarrollo, so-
cial, o si se quiere, el modelo social que se pretende,
es como pueden interpretarse las reacciones ideológicas y
sus posibles repercusiones; y por otro lado, realizar una
lectura del contenido de su obra, no sólo formal, en el
texto, sino en su contexto, teniendo en cuenta lo que
hemos denominado su proceso de constitución, es decir, en
relación con una realidad preexistente y objetiva.

En este sentido, "venir a continuar la historia
de España" constituye un ejemplo ilustrativo a la hora
de desvelar su significado: refleja una cierta dualidad
semántica que se corresponde también con esa otra duali-
dad funcional de Cánovas como historiador y político.

En efecto, cuando Cánovas comienza a escribir su primera obra importante, la Historia de la Decadencia venía con ello a continuar la historia de España a partir de donde la había dejado el P. Mariana y los historiadores clásicos de los siglos XVI y XVII. En este sentido, y ateniéndonos al propio texto, la frase tiene un sentido claro, unívoco: la continuidad de una gran empresa historiográfica que había sido interrumpida.

Ahora bien, si nos situamos en el contexto histórico de la Restauración el significado de esa idea de continuidad adquiere otras connotaciones muy diferentes y de mucha mayor transcendencia.

No obstante, se nos podría objetar que cuando Cánovas escribe la citada obra en 1854, la Restauración está todavía muy lejos del horizonte histórico y, por tanto, estaríamos haciendo una extrapolación forzada del texto de Cánovas al situarlo en un contexto ajeno a su proclamación. Frente a ello, habría que hacer las siguientes - - observaciones.

En primer lugar, la idea de estabilidad y de continuidad está presente a lo largo de todo el pensamiento - canovista, no solo como historiador, sino como político. A este respecto, hemos tenido en cuenta, como referencia histórica, la perspicaz observación de Ortega y Gasset - cuando afirma que "hacia el año 1854 es donde en lo - - soterráneo comienza la Restauración".⁽⁹⁾

En cuanto a historidor vinculado a la concepción organicista de la Historia, esta misma idea le confiere un claro contenido ideológico por cuanto excluye del proceso histórico todo aquello que signifique una ruptura, un cambio revolucionario. "Para el historiador, como - advierte P. Vilar, cualquier tentación de descubrir - estabilidades será una tentación ideológica, basada en la angustia del cambio."⁽¹⁰⁾

Y por otro lado, como político, esa idea de continuidad estará íntimamente relacionada con su concepción antes apuntada de la Monarquía y de la "constitución interna", principios que serán utilizados para que cumplan una función determinante, por cuanto se consideran legitimados por esa supuesta continuidad histórica.

De este modo nos situamos en el otro polo de la citada dualidad semántica, o mejor, del contenido ideológico que encierra dicha idea de continuidad en el pensamiento político de Cánovas y su posible incidencia en el sistema de la Restauración.

Teniendo en cuenta estos presupuestos metodológicos, hemos considerado la Restauración desde una perspectiva ideológica, en la medida que su implantación supone -como decíamos anteriormente- una respuesta ideológica (y práctica) cuyo sentido venía a rectificar el proceso histórico de transformación social iniciado con la Gloriosa.

Por otro lado, la necesidad de la Restauración -como dirá J.L. Aranguren-⁽¹¹⁾ no viene dada tanto por la misma trayectoria de la historia de España anterior, sino impuesta también desde fuera en tanto que hay un clima de terror irracional al desarrollo del progreso y a la participación de las masas en el desarrollo político y social del país. En este sentido, la idea canovista de "continuar la historia de España", después del "paréntesis" revolucionario, responde a una concepción ideológica basada en la defensa de unos intereses oligárquicos muy concretos que sólo podían ser protegidos y mantenidos mediante la articulación y el andamiaje de un sistema basado en el caciquismo y el falseamiento sistemático de las propias instituciones.

Estas características que restan legitimidad al propio sistema de la Restauración, se corresponden también con la propia concepción historiográfica de Cánovas y de los intereses sociales a los que su opción política representaba.

Cuando llegó el momento decisivo de Sagunto, nadie dudaba de que la clave del éxito de Martínez Campos estaba en Cánovas, no sólo por su labor anterior de organización y adoctrinamiento, sino también porque sus indudables dotes de estrategia político le habían llevado a aparecer, quizá, como el único político capaz de organizar un sistema en el que se pretendía la difícil conciliación de la soberanía del pueblo con el origen divino

del poder.

La opción de la Restauración no era, por otro lado, la única respuesta posible a la citada coyuntura de cambio representada por el Sexenio. A partir de 1868 fueron varios los intentos políticos -sin olvidar el protagonismo del Ejército- para controlar el proceso revolucionario. Pero en un sentido global, las diferentes opciones podrian orientarse, fundamentalmente, en dos direcciones:

1. Acomodar la estructura social y política al desarrollo económico del país, progresando hacia las tareas históricas de la revolución liberal burguesa.
2. Intentar adaptar una estructura política "sui generis", sin modificar sustancialmente la estructura social- a las formas ya probadas; legitimismo monárquico, "constitución interna", doctrinarismo, etc., y que supuestamente habrían de seguir dando resultado siempre.

La "respuesta canovista" supone esta segunda opción y en tal sentido, el sistema de la Restauración -constituye, en cierta medida, la institucionalización de los factores más retardatarios que venian arrastrando - las estructuras del país, como resultado del defectuoso proceso de transformación del Antiguo Régimen.⁽¹²⁾

Ahora bien, si enfocamos el problema desde una - perspectiva ideológica, la "respuesta canovista" conlleva una serie de implicaciones que trascienden sobradamente al plano socio-político de la citada opción y pone de manifiesto la esencial contradicción que subyace y da forma a la estructura ideológica del sistema canovista.

En efecto, como el regimen de la Restauración no impedía sin embargo, el desarrollo económico en España, era inevitable que surgiera una ideología basada precisamente en la defensa intelectual de esa contradicción -entre la estructura política y la estructura social- como una posibilidad de desarrollo "superior" al de las sociedades del liberalismo democrático europeo.

Las implicaciones prácticas de esta ideología de defensa, serán de una gran trascendencia, no sólo a la hora de interpretar el sistema de la Restauración, sino también por la incidencia que dicha ideología tiene para la formación de una concepción crítica de la historia de España y de sus tradiciones liberales y democráticas.

En este sentido, el "canovismo", tanto en su aspecto historiográfico como en el político, hemos de contemplarlo a partir de sus propias contradicciones de origen, cuya imposibilidad de superación dialéctica imprime de cierto carácter irracional a la estructura ideológica que subyace en la Restauración.

Desde esta perspectiva, el "canovismo" se nos -

manifiesta no como una teoría o una doctrina, sino más bien como la justificación intelectual e ideológica de una práctica política cuyo objetivo vendría a ser la instauración de un sistema habilmente entramado para su perpetuación.

Por otro lado y teniendo en cuenta que la investigación historiográfica se mueve en el nivel ideológico de la interpretación, nuestras reflexiones metodológicas nos han ayudado a entender algunos aspectos de nuestro trabajo orientado, no tanto a describir las circunstancias históricas que llevarían a la "necesaria" Restauración, sino más bien a poner de manifiesto lo que hay de ideología en una determinada historiografía empeñada en presentar como inevitable dicha necesidad razonada en función de una supuesta "continuidad histórica".

Ello nos ha llevado a señalar hasta qué punto las interpretaciones historiográficas que contribuyeron, en mayor medida, a dar una obligada legitimidad a la Restauración pueden llegar a constituir un factor obstaculizante para la formación de una concepción crítica de la historia de España y de sus tradiciones democráticas y liberales.

Uno de los más repetidos tópicos de este tipo de historiografía legitimista y reaccionaria, será el de la "ingobernabilidad de los españoles", o bien, su incapacidad para determinadas formas políticas "por naturaleza",

* que suelen coincidir con los regímenes democráticos o representativos. No es difícil deducir de estos supuestos que la ideología que en ellos subyace es la concepción del "súbdito" como mero espectador pasivo de las acciones realizadas por los grandes hombres, por los "elegidos" o "predestinados". Es decir, una concepción burocrática y elitista, de la inteligencia limitada del súbdito, y que servirá también de justificación ideológica al caciquismo estructural de la Restauración.

De la filosofía que subyace en este tipo de historiografía que aquí comentamos, no sólo habría que destacar su carácter reaccionario, sino también el hecho de que partiendo, por un lado, de la vida social, la corrija o rectifique en un sentido determinado para volver de nuevo a ella dotando de este modo a su contenido filosófico del verdadero sentido ideológico que va a ser conformado de acuerdo con unos determinados intereses.

Por otro lado, estos mismos intereses, en la medida que responden al deseo de un modelo de sociedad concreto, son formulados en término de leyes eternas, válidos para toda la humanidad, o, más concretamente, para la sociedad española en general, con lo cual, la operación tergiversadora que consiste en universalizar determinados conceptos, significa de hecho, legitimar la idea particular que tiene una clase social determinada de la evolución de la sociedad y justificar así, en un sistema aparentemente "racional" el lugar de preferencia que va a

corresponderle en dicho sistema social.

Ahora bien, el sentido y la transcendencia de las hipótesis que aquí planteamos supera sobradamente la precariedad de nuestro trabajo, cuyas limitaciones e inseguridades hemos de reconocer con la especial lucidez de esa consciencia, siempre ambigua, entre "el pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad". Al presentarlo como Tesis Doctoral sólo superamos un pequeño escalón académico que nos ha servido para tomar conciencia de todo lo que no sabemos, de las cosas mal aprendidas que hemos de desechar y de todo aquello que hemos de aprender con el espíritu de esos grandes "combatientes por la historia" a los que quisiéramos tener siempre como maestros.

Las inquietudes metodológicas nos han acompañado a lo largo de nuestro trabajo cuya elaboración hemos de considerar como un intento por poner en orden un conjunto de cuestiones, de ideas y planteamientos no definitivamente acabados y con las deficiencias e inmadurez de quien se siente en continuo proceso de formación y aprendizaje de la Historia.

Por último, y teniendo en cuenta la máxima platónica a la que aludía Marrou anteriormente, queremos terminar esta introducción con la reflexión de un filósofo, cuyas palabras resumen certeramente la intencionalidad de nuestro trabajo y la de su proyección metodológica.

"La inteligibilidad del pasado es, en el fondo,

una función del sentido que de la libertad y del saber tuvieron esos autores con cuyas obras nos ocupamos. - Porque, precisamente, al no ser fácil el descubrir, se ha tejido una falsa hermeneútica sobre el legado cultural. Los huecos que podría presentarnos la lógica de esa inteligibilidad, los hemos llenado de planteamientos que nada tenían que ver con ella. Esta manipulación del pasado tiene sus raíces más profundas en el deseo de - ocultar determinadas soluciones que ya tuvieron lugar, pero que inquietarian nuestro presente o desarian nuestros intereses... De ahí que aquellos que quieren cegar nuestras perspectivas, pretenden siempre borrar el interés por el pasado o, si esto no es posible, transmitirnos de él una imagen deformada, incompleta, inexpresiva, para seguir encerrados en la soledad inconexa de un presente, en el que somos utilizados y maniatados porque no tenemos la compañía sonora y alerta de la historia".⁽¹³⁾

NOTAS DE LA INTRODUCCION

1. Cf. Edmundo González Blanco: Ideario de Cánovas. Madrid, 1931. p. 45. Este mismo autor, a quien le parece exageradamente injusto el juicio de - Grandmontague sobre la citada obra de Cánovas, reconoce a continuación: "pero es indudable que el hombre de Estado transpira por todas las líneas de ella, y que parece redactada en papel de oficio, calado el tricornio, arremangado el uniforme de primer ministro, entre un vistazo a unos presupuestos y la firma de un decreto real".
2. LEOPOLDO ALAS ("Clarín"). Cánovas y su tiempo. Madrid, 1887. Imp. de Enrique Rubiños. p. 70.
3. H.J. MARROU. El conocimiento histórico. Barcelona, 1968. p. 12.
4. El autor subraya, de una parte, que el conocimiento no es un acto abstracto y teórico, sino que se base en una actividad colectiva, y por otra, el conocimiento debe ser entendido como un proceso, o sea de manera dinámica y no estática. Cf. K. MANNHEIM, Ideología y Utopía. Ed. Aguilar. Madrid, 1966, - pp. 76-81. Sobre la crítica a la sociología manheimiana. Cf. la obra de A. Schaff, Historia y Verdad. Barcelona, 1976. pp. 166 y ss.
5. A. SCHAFF. Op. cit. p. 206.
6. Ibidem. pp. 209-210.
7. Sobre estos aspectos metodológicos, Cf. Gianfranco.

DALMASSO: El lugar de la ideología. Madrid, 1978.

8. GEORG LUKACS. El Asalto a la Razón. La trayectoria del irracionalismo desde Schelling hasta Hitler. Ed. Grijalbo. Barcelona, 1972. 3ª ed.
9. ORTEGA Y GASSET, J. "Vieja y Nueva Política", en Discursos políticos, Madrid, 1974 p. 78.
10. P. VILAR: Historia marxista, historia en construcción. Barcelona, 1974. p. 53.
11. A este respecto. Cf. el sugerente estudio de J.L. ARANGUREN. Moral y Sociedad. La moral social Española en el siglo XIX. Madrid, 1974. Especialmente los capítulos XI y XII.
12. En relación a las causas del subdesarrollo económico español hemos de tener en cuenta observaciones de GABRIEL TORTELLA, al establecer "Las posibles causas que pueden explicar la mediocre actuación de España". Estas causas generales -dirá el autor- pueden dividirse en tres categorías.
 1. Las estructuras sociales, políticas y culturales seculares desarrolladas desde la Reconquista, la expansión imperialista del siglo XVI y al carácter rígido, esclerótico y sofocante de la Contra-Reforma.
 2. Las peculiaridades de la localización geográfica, características climáticas, orografía, en una palabra, los recursos naturales y su estructura.
 3. La pérdida de la mayor parte del imperio colonial ultramarino a principios del siglo XIX.

La alusión a estas "causas generales" viene determinada por su caracter exógeno, es decir, "que su origen está fuera de la esfera económica y también de la política".

No se trata aquí de hacer un comentario pormenorizado de la obra de TORTELLA, sino destacar el hecho de que el autor considera "que de las tres grandes "causas generales" que pudieran haber impedido el progreso de España hacia el desarrollo económico, la primera, es decir, una estructura desigual y rígida es la única que puede seriamente tenerse por decisiva en el atraso económico".

Cf. G. TORTELLA CASARES. Los orígenes del capitalismo en España. Banca, Industria y Ferrocarriles en el siglo XIX. Madrid, 1973, pp. 3-8.

13. EMILIO LLEDO: *Filosofía y Lenguaje.*
Ed. Ariel. Madrid, 1974 (2ª ed.) p. 205.

1. EL PERIODO DE 1854-1868

1.1. La Influencia del Romanticismo

El primer período de la historiografía canovista, viene señalado, por el año de 1854, fecha en que aparece publicada su primera gran obra, la Historia de la Decadencia, y delimitado por la inevitable fecha de 1868, en que Cánovas vivirá una segunda y decisiva revolución, - después de su anterior participación en la "Vicalvarada".

No creemos necesario insistir, por ser sobradamente conocidas a través de los numerosos estudios referentes a Cánovas que se han publicado, sobre las vicisitudes de su biografía. Aquí sólo nos interesa resaltar - que cuando Cánovas escribe esta obra, apenas contaba veintiseis años de edad y aún no había terminado sus estudios de Derecho. Desde que saliera de su Málaga natal en 1845, llevaba sólo nueve años residiendo en Madrid, pero su bagaje como publicista y colaborador en diferentes periódicos era extenso y su fama de poseer excelentes dotes para la política y la oratoria eran ya conocidas en los círculos y tertulias literarias frecuentadas por Cánovas.⁽¹⁾

Será a través de estos contactos informales y a veces fortuitos donde se producirán, sin embargo, encuentros decisivos, como el curioso azar que le pondría en contacto con O'Donnell a través de un sobrino de éste que también frecuentaba, como Cánovas, la tertulia de - --

"El Suizo". F. Almagro se refiere así a esta anécdota:

"Necesitaba O'Donnell una persona de confianza para la ordenanza de su archivo, aumentado con interesantes papeles traídos de Cuba al cesar en la Capitanía General de la isla. Y para que realizara este trabajo le fue presentado Cánovas a don Leopoldo por uno de los sobrinos de éste: el alférez de Caballería don Carlos Manuel O'Donnell, luego segundo duque de Tetuan. Cánovas, pues, entró en casa de O'Donnell como archivero de eventual servicio, y no pasó mucho tiempo sin que ascendiera en la estimación del general a consejero y hasta a inspirador suyo".⁽²⁾

Pero anterior a esta relación con O'Donnell será la que establezca Cánovas con Joaquín Francisco Pacheco, uno de los políticos del momento que jugarán un papel decisivo dentro del partido moderado, al protagonizar la escisión de éste al frente del grupo conocido como los "puritanos", junto con Istúriz, Pastor Díaz, Ríos Rosas, González Bravo, Benavides, Nocedal y otros, partidarios de una política "que en contraposición a la de Narvaez, tuviera cierto sentido liberal, dentro de un absoluto respeto a la ley". El sentido de esta opción política de los "puritanos" vendría así a reflejar el rearme ideológico del moderantismo español -en cuya línea se mantendría siempre Cánovas- como respuesta preventiva a la presión de los progresistas por transformar a su favor la Constitución de 1845.

»

Para llevar a cabo su política de hostigamiento -

contra Narvaez, los "puritanos" fundan el diario "La Patria" (1 de enero de 1849) en cuya redacción figurará - Cánovas para convertirse, un año más tarde, en Director del periódico. Por estos mismos años, colaborará también en "El Clamor Público" diario progresista suspendido por Narvaez, en "El Constitucional", "El Oriente", "El Semanario Pintoresco Español", "Las Novedades", "La Ilustración" y otros.

La actividad de Cánovas como publicista fue, sin duda, fecunda durante estos años de formación e inquietudes intelectuales. Su extraordinaria capacidad de trabajo y su afán por intentarlo todo, le llevó también a cultivar, con más o menos acierto, todos los géneros literarios: novela, poesía, incluso el teatro, si bien es cierto que a pesar de su buena voluntad, la producción literaria de Cánovas, gran parte incluida en sus "Estudios Literarios", no deja de ser mediocre, calificativo en el que están de acuerdo la mayoría de sus críticos, incluso los más adeptos.

Una característica relevante, en el conjunto de la producción literaria de Cánovas, es el carácter - histórico que predomina en la mayoría de sus escritos. Pero ello no debe ser atribuido a una supuesta vocación personal por lo histórico ya advertida desde su juventud. Lejos de ser una tendencia individual, el historicismo⁽³⁾ está presente en las coordenadas culturales de estos - años de juventud, formando parte esencial del Romanticismo

dentro de cuyo movimiento hay que incluir no ya sus -
obras literarias, sino la que más nos interesa destacar
ahora: la Historia de la Decadencia.

No vamos a centrarnos aquí en la complejidad del
fenómeno romántico, puesto que ello desbordaría amplia-
mente los límites de nuestro trabajo. Sin embargo, cree-
mos oportuno señalar algunos aspectos que pueden ayudar
a comprender mejor el contexto historiográfico de la -
obra mencionada.

El Romanticismo constituye un movimiento que afec-
ta de forma sustancial a la teoría y concepción de la -
historia, cuyos planteamientos, lejos de permanecer cir-
cunscritos a un período histórico-cultural concreto -
-cuyos límites cronológicos suelen responder a criterios
literarios- marcarán, por el contrario, una renovación
en la historiografía de la primera mitad del siglo XIX.
Esta renovación, suscitada por las transformaciones pro-
ducidas por la Crisis del Antiguo Régimen y las sucesi-
vas realizaciones de la Revolución burguesa, va a supo-
ner una ruptura no sólo en el proceso histórico seguido
hasta entonces sino también en el modo de interpretarlo
y cuyas bases teóricas tendrían su origen en la Ilustra-
ción.

En este sentido, si tuviéramos que servirnos de -
conceptos clarificadores para definir las característi-
cas ideológicas del siglo, tendríamos que destacar las

ideas de "progreso", "evolución" e "historicismo", conceptos que actúan a modo de vectores ideológicos, dentro de cuyo ámbito semántico adquieren significación - las diferentes corrientes de pensamiento, teorías científicas y prácticas políticas que van a producirse a lo largo del siglo XIX. En 1950, dice J. Bury, "se publicó en París un libro de M.A. Javary con el título - - - "De l'idée du progrès". Su interés estriba en que reconoce expresamente que el Progreso era la idea característica de la época, calurosamente recibida por unos y denunciada con el mismo calor por otros. "Si hay alguna idea -dice- que pertenezca con toda propiedad a un siglo, al menos por la importancia que se le otorga y que, aceptada o no, sea familiar para todos, es la idea de progreso concebido como la ley general de la historia y del futuro de la humanidad".⁽⁴⁾

Ahora bien, lo que nos interesa destacar aquí son aquellos aspectos del Romanticismo que van a influir en esa nueva concepción de lo histórico y, sobre todo, en la vivencia de la misma historia. A ello va a contribuir un acontecimiento de primera magnitud y de no menor trascendencia como fue la Revolución Francesa al marcar una clara divisoria entre la anterior "irracionalidad feudal" y el nuevo período que se inaugura, de claro predominio burgués, racionalista y pragmático.

Como observará también G.P. Gooch, "La Revolución francesa volvía provocativamente las espaldas al pasado,

como quien despierta y sacude la pesadilla que le oprimió en sueños".⁽⁵⁾

Sin embargo, fue la Revolución Francesa, la lucha revolucionaria, el auge y la caída de Napoleón lo que convirtió a la historia en una "experiencia de masas" y lo hizo en proporciones europeas. "Durante las décadas que van de 1789 a 1814 -dice Lukács- cada una de las -- naciones europeas atravesó por un mayor número de revoluciones que las sufridas en siglos. Y la rápida sucesión de estas transformaciones confiere a los cambios un carácter cualitativo y peculiar, borra la impresión general de que se trata de "fenómenos naturales", hace visible el carácter histórico de las revoluciones con mucha mayor claridad de lo que suele suceder al tratarse de un caso aislado. Y si tales experiencias se combinan con el conocimiento de que parecidas revoluciones -- ocurren por doquier en todo el mundo, resulta muy comprensible el extraordinario fortalecimiento de la idea de que hay una historia, de que esa historia es un ininterrumpido proceso de cambios, y, finalmente, de que esta historia interviene directamente en la vida del individuo".⁽⁶⁾

En España, prescindiendo de las repercusiones que tal acontecimiento provocaron y del consabido "pánico de Floridablanca", esta conciencia de que la historia interviene en la vida del individuo, tomará forma y contenido a través de esa "experiencia de masas" generalizada y no

menos confusa que tuvo lugar con la invasión napoleónica. Con ello, España formará parte también del gran movimiento de rebelión y autoafirmación que a lo largo y a lo ancho de Europa provocan las guerras napoleónicas, en cuya dialéctica se irá generando, por un lado, el elemento nacional con los problemas de la transformación social y, por otro, se irá haciendo patente que existe una relación entre la historia nacional y la historia universal (6bis)

Por otro lado, esta reivindicación de independencia e idiosincrasia nacional que estimulan dichos movimientos "se halla necesariamente ligada a una resurrección de la historia nacional, a los recuerdos del pasado, a la pasada magnificencia, o a los momentos de vergüenza nacional, no importa que todo ello desemboque en ideologías progresistas o reaccionarias". (7)

La importancia de este gran movimiento trasciende el ámbito europeo para adquirir caracteres universales, puesto que, como hace observar C. Rama, "La idea, surgida de la Revolución Francesa, que hacía de la Historia un instrumento para forjar una nacionalidad, adquiere singular importancia en los nuevos Estados Nacionales, y en primer lugar en Alemania e Italia, pero también en la periferia de Europa como es el caso de Grecia y Bélgica desde 1830, las nacionalidades escandinavas y eslavas (algunas no definidas todavía como Estados como es el caso de checos, servio-croatas, polacos) y, con más razón, en las nuevas repúblicas de las Américas. Es obvio que no siempre ese nacionalismo facilitó una auténtica -

objetividad histórica y, al contrario, no faltaron los casos en que la historiografía se puso al servicio del imperialismo o del militarismo".⁽⁸⁾

En efecto, en esta especie de recuperación del pasado nacional la historiografía romántica adquiere su plena significación e inicia una nueva etapa de replanteamiento de los problemas históricos, cuyo enfoque responderá también a la doble vertiente ideológica del romanticismo: liberal y conservadora.

En Francia, las tendencias hacia la idea de historicidad alcanzó su punto culminante en el período posterior a la caída de Napoleón, del Congreso de Viena y de la Santa Alianza. Sin embargo, las características políticas e ideológicas de este período hacen que el espíritu historicista que llega a ser predominante sea de claro contenido conservador y reaccionario, basado esencialmente en el ideal legitimista y cuyos postulados teóricos apuntan hacia un retorno a la situación anterior a la Revolución, es decir, a eliminar de la historia el acontecimiento más decisivo de la época.

Como ha puesto de manifiesto G. Lefebvre, "bajo el Imperio y durante los primeros años de la Restauración, la historia recobró poco a poco el favor del público. Sin duda, debió en cierto modo a la curiosidad que la Revolución despertó entre las nuevas generaciones, así como a la reacción política y religiosa que, en con-

tra de la Revolución, elogiaba "los buenos viejos tiempos" de la monarquía absoluta, de la Edad Media, animando así a describirlos, cuando no a estudiarlos o a conocerlos efectivamente".⁽⁹⁾

Dentro de esta corriente historicista contrarrevolucionaria hay que destacar, fundamentalmente, a Louis de Bonald (1754-1840) y Josepf de Maistre (1754-1821), para quienes la historia vendría a ser el resultado de un "crecimiento orgánico", tranquilo, sin sobresaltos, "natural", es decir, una evolución de la sociedad que es en el fondo una quietud que no altera las legítimas instituciones de la sociedad tradicional. Con ello se va creando una falsa imagen engañosa e idealizada de la sociedad armoniosa de la E. Media cuya concepción será decisiva para la reproducción de la época feudal en la literatura romántica a través de la novela histórica.

También Cánovas, como ya se apuntó anteriormente, hizo su aportación a este género literario con la publicación, en 1851, de "La Campana de Huesca", obra mediocre y mal escrita en cuya valoración están de acuerdo la mayoría de los críticos, si prescindimos de las opiniones interesadas de "La Epoca", periódico canovista y, por tanto, afecto incondicional a su autor, o las de su tío D. Serafín Estébanez Calderón, quien se refiere a ella en estos elogiosos términos:

"Si por no aguar el placer de la sorpresa a nuestros lectores, sólo hemos apuntado, sin entrar en citas ni ejemplos, los aciertos que ha alcanzado Cánovas del Castillo en esta linda muestra de su ingenio como novelador, con mayor motivo hemos de excusarnos el hablar por menor de las cualidades de su estilo y de las prendas de su dicción. En entrambos primores del difícil arte de escribir - raya muy alto nuestro novelista, sin que baje de punto en la viveza del diálogo, en el artificio de las réplicas de los interlocutores y en la destreza con que se lleva la curiosidad del lector en estas conversaciones y pláticas." (10)

Después de este juicio, claramente desproporcionado y adulador, se hace inevitable incluir también otros de muy distinta opinión, pero sin duda mucho más objetivos, aunque para ello tengamos que abusar del recurso - a las citas. Así, por ejemplo se expresa "Clarín" al referirse a "La Campana de Huesca":

"Supongo que él mismo renegará hoy de su novela de colegio, de ese cronicón donde no se ve más, por lo visto, que alardes de estilo rancio, de conocimientos históricos más o menos fáciles de adquirir, y todos los defectos necesarios para demostrar que el autor no tiene ninguna de las cualidades que ha de reunir un artista." (11)

O bien, esta otra crítica, mucho más contundente:

"Cánovas como novelista es nada menos que detestable y ni sabe revivir, en tal concepto, épocas - idas, ni acierta cuando intenta psicologizar. -

"La Campana de Huesca" es una desbocada trama sin miga y sin estilo, una producción disparatada, - sin ilación ni conexión lógica alguna y sin una sustentación en la Historia que pudiera dar algún sabor épico o legendario a su argumento y el - - desarrollo de sus episodios." (12)

Pero volviendo ahora a la concepción de la historia propia del legitimismo postrevolucionario, la nueva etapa de desarrollo que comienza a partir de la Restauración europea, obliga también a los partidarios del - progreso a crear un nuevo replanteamiento ideológico en consonancia con el propio desarrollo de la burguesía, o mejor, con su triunfo como clase social, después de - la Revolución Francesa. Así, la defensa del progreso, después de este gran acontecimiento "forzosamente tenía que llevar a una concepción que demostrara la necesidad histórica de la Revolución francesa, que aportara las - pruebas de que ésta había sido la culminación de una evolución histórica larga y paulatina y no un repentino trastorno de la conciencia humana ni tampoco una "catástrofe natural" en la historia de la humanidad, y que el desenvolvimiento futuro de ésta sólo se podría mover en esa dirección. (13)

Ahora bien, si esta tendencia en la concepción - del progreso histórico se verá ya reflejada en los más importantes historiadores de la Restauración, se hará sobre todo más visible durante la Monarquía de Julio,

período en que la burguesía, satisfecha y optimista ante el futuro, va a vivir su mejor momento de desarrollo económico, impulsando su propio despegue ideológico, basado en su peculiar idea del progreso que impregna a la mentalidad del siglo.

"Es completamente cierto que, durante la Monarquía de Julio, todas las investigaciones serias sobre la sociedad y la historia se relacionaban con esta idea. Idea común a Michelet y Quinet, que vieron en la marcha de la civilización el trifunfo - gradual de la libertad; a Leroux y a Cabet, que predicaron el comunismo humanitario; a Louis Blanc y a Proudon, a los burgueses, satisfechos con el régimen de Luis Felipe, con el que se enriquecían siguiendo el precepto de Guizot, y a los trabajadores que lo derrocaron".(14)

Pero lo más importante que hay que destacar aquí es que el progreso humano ya no se concibe como una lucha supuestamente ahistórica de la razón humana contra la irracionalidad feudal sino por las oposiciones internas de las fuerzas sociales en la historia misma, es decir, es la propia historia la que ha de ser portadora del progreso humano. Por otro lado, como resultado de estas ideas, no sólo surgirá un intento por distinguir períodos racionales en la historia, sino que el espíritu de esta nueva historiografía, se centrará precisamente en el problema de "cómo aportar pruebas históricas para el hecho de que la moderna sociedad burguesa ha nacido de las luchas de clases entre la nobleza y la burguesía, de las luchas de clase que hicieron verdaderos estragos a -

lo largo de la "idílica Edad Media", y cuya última etapa había sido la Revolución Francesa". (15)

Esta descripción general de los aspectos ideológicos que inciden en los planteamientos históricos propios del romanticismo, responde para nosotros a la necesidad de establecer una referencia metodológica más amplia a partir de la cual podamos detectar en la Historia de la Decadencia de Cánovas las características que pueden identificarla como una obra romántica, dentro del contexto de la historiografía española de la época.

1.2. Los Estudios Históricos en España.

En el estado general que se encontraban los estudios históricos en España cuando aparece la obra de Cánovas, lo primero que se pone de manifiesto al observar el panorama historiográfico del momento es el escaso - desarrollo de estos estudios y la mediocridad general - de sus publicaciones. A esta conclusión ha llegado también el autor de un amplio y pormenorizado estudio sobre la Historiografía romántica española, después de valorar el contenido de sus obras: "Esta es una historiografía llena de vaguedades, intuitiva más que reflexiva, por - tanto su reflexión ante la historia adolece de consistencia original. Y en consecuencia, su problemática conceptual, su preocupación científica, sus modos de conocimiento histórico, su misma aportación metodológica puede

ser difícilmente aprehendida.(16)

El atraso y la atonía de estas publicaciones, - consideradas en su conjunto, estará, por otra parte, en consonancia con el carácter retardatario en el desarrollo de la propia burguesía nacional y el contradictorio y titubeante proceso revolucionario iniciado a partir de las Cortes de Cádiz que impide la instauración de un régimen liberal estable en la España de la primera mitad del siglo XIX. Todos estos factores estructurales - hacen que al comparar la producción historiográfica española con la que se produce en los países de la Europa occidental, las diferencias se hagan aún más evidentes.⁽¹⁷⁾

Pérez de Guzmán, cuyas opiniones "patrióticas" han de considerarse por lo que tienen de testimoniales, más que por el acierto de sus apreciaciones, siempre influenciadas por su incondicionalidad a todo lo que hacía y producía el gran político malagueño, hace resaltar la marginación de España a este gran movimiento europeo que va a tener lugar con la brillante floración de los estudios históricos:

"La Historia crítica nacional se habría brillantemente inaugurado en nuestra nación desde el último tercio del siglo XVIII, si la, para nuestros destinos, siempre fatídica Francia no hubiese venido a oprimir de nuevo el espíritu nacional, primero con su revolución odiosa y después con su odioso Napoleón. La influencia de las nuevas ideas sugeridas por la revolución e inmediatamente después por las napoleónicas contuvieron en toda España el curso que los estudios históricos habían tomado en todo

el siglo XVIII; más cuando a su vez sobrevino la reacción general contra Napoleón, atizada en la misma Francia por el vizconde de Chateaubriand y José de Maistre, en Alemania por madame Staël y Federico Schlegel, en Italia por Hugo Foscolo y Carlos Botta, a los que casi continuamente siguieron en Francia misma Agustín Thierry, Adolfo - - Thiers y Pedro Francisco Guizot desde 1823, en Inglaterra Tomás Carlyle, Tomás Macaulay y Enrique Brougham, Jorge Niebürg en Dinamarca, Francisco - Carlos de Savigny y Carlos Ritter, precursores - Ranke, Schlosser y Mommsem en Alemania, Fétis en Bélgica y Washington Irving en la América del Norte, España que parecía anhelar su asociación a - aquel movimiento, sólo aportó a él el nombre del ilustre Conde de Toreno". (18)

Sin duda, el autor se refiere, al citar al Conde de Toreno, a su obra "Historia del levantamiento, guerra y revolución de España", publicada en París en 1832, durante su exilio, y terminada finalmente en España entre 1835 y 1837. En ella se relatan los hechos políticos y militares del levantamiento contra Napoleón, las emboscadas y guerrillas, todo ello presentado con un lenguaje de tono aristocrático, colorista y romántico, en donde - los sucesos y personajes adquieren así la dimensión de - héroes de una epopeya. Su contemporáneo, Alcalá Galiano, le dedicaría un cuidadoso comentario crítico, poniendo de manifiesto,

"Las faltas de referencias al estado político, intelectual y moral de la España de primeros de siglo, la escasa insistencia en las causas de la - guerra y la falta sobre consideraciones generales sobre la misma (...) Igualmente, se le achaca de

afectado arcaísmo y de no siempre imparcialidad. A pesar de lo cual, el crítico no duda en considerar la obra de Toreno como una de las producciones historiográficas de mayor quilate en la historiografía de la época". (19)

Otro de los aspectos del panorama historiográfico de estos años y que viene a ratificar así la marginación de España del gran movimiento historicista europeo es la necesidad de traducir obras de temas españoles realizadas por autores foráneos, lo que pone de manifiesto no sólo la escasez de obras nacionales sino la dependencia, o cuando menos, el retraso de España respecto a las producciones historiográficas extranjeras.

Contra esta práctica reacciona airadamente Pérez de Guzmán, pero su interpretación responde a una actitud dentro de la más pura ortodoxia tradicionalista y xenófila, intransigente hacia toda idea que de la historia de España pudiera venir del extranjero. De esta manera, y en el ya citado "Prólogo", destaca del conjunto historiográfico la obra del Conde de Toreno,

"Porque los escritores más insignes que se afanaban por destacarse de la masa calenturienta que de las luchas de la independencia se transportó en -- cuerpo y alma a las aún más apasionadas y candentes de las civiles y políticas, eternos y serviles enamorados de la erudición extranjera y hasta de la crítica interesada de los extranjeros sobre -- nuestra propia Historia, diéronse tristemente con el gran Lista a traducir a Seguir, con el abate Muriel a Coxe, con Alcalá Galiano a Dunham y, en

vez de Historias Nacionales, se lanzaron al estudio de las gentes multitud de obras extrañas que el más vulgar sentido serio de la religión de la patria debió rechazar abiertamente, para no abrir en la desorientada conciencia, hasta de la juventud de las aulas, las brechas ominosas de los errores generales, que todavía se hace tan difícil esclarecer y extirpar".

También critica a Martínez de la Rosa, el cual de mostró no tener ninguna formación "propia" en el discurso que en 1847 pronunció en la R.A.H. titulado "Bosquejo histórico de la política de España en el tiempo de la dinastía austriaca", en el que,

"Todas las fuentes de inspiración fueron por él - tomadas, pidiendo una colaboración repugnante a la erudición de extranjeros, a Mignet y a Ranke, a Watson y Coxe, a Robertson y Dunham, lo que - probaba la carencia de estudios propios de que adolecía y la insuficiencia de sus medios para - intentar siquiera lo que había prometido tres - años antes al traducir a Dunham Alcalá Galiano".(20)

Ahora bien, siguiendo en la línea de receptividad de España a las influencias extranjeras, es justo reconocer que también se produjo en estos años un gran esfuerzo por impulsar los estudios históricos, no sólo en el ámbito de los especialistas y eruditos, sino en el de la enseñanza. En efecto, la historia comienza a considerarse como una materia de conocimiento fundamental para la formación de las futuras generaciones y buena prueba de ello será su inclusión en los nuevos planes de Enseñanza.⁽²¹⁾

Este hecho adquiere mayor relevancia si tenemos en cuenta la desvalorización y olvido que tales estudios venían arrastrando, como pondrá de manifiesto A. Gil y Zárate, principal impulsor de la Reforma de 1845:

"Los estudios históricos, uno de los ramos más olvidados en nuestras antiguas escuelas, no sospechándose entonces siquiera que pudiesen formar parte de la instrucción pública, a excepción de la historia eclesiástica que ya tarde se introdujo en la teología, han merecido ahora la atención que justamente reclaman. Los últimos planes establecen la enseñanza de unos elementos de historia general en los institutos, necesario para obtener el título de licenciado en Literatura; y en los estudios superiores, una asignatura especial de historia crítica y filosófica de España" (22)

Pero volviendo al ámbito más específico de la historiografía, forzosamente tuvo que producirse, de acuerdo con el "espíritu de los tiempos", la reacción de las reivindicaciones históricas propias por parte de los eruditos e investigadores, estimulados ahora por llevar a cabo un estimable esfuerzo por nacionalizar el conocimiento de la propia historia. A este respecto, es claramente significativo la restauración documental producida en estos años, como la realizada, ya en 1836, por Don Próspero de Bofarull y de Mascaró, jefe del Archivo de la Corona de Aragón, al dotar a su obra "Los Condes de Barcelona vindicados y cronología y genealogía de los Reyes de España", de un extraordinario acopio de documentos inéditos hasta entonces. Igualmente fué decisiva para el conocimiento de los siglos XVI y XVII la - -

"Colección de Documentos inéditos para la historia de España" en 43 tomos, dirigida por Martín Fernández de Navarrete y publicada entre 1842 y 1863.

Sin embargo, la atención por los estudios sobre nuestra historia moderna, iniciados antes en el extranjero, va a despertar en España un gran interés a partir de las publicaciones realizadas en la Société de l'Histoire de Belgique desde 1841. Mr. Louis Gachard, archivero general de la citada institución, publicará una serie de obras y documentos relativos a la historia moderna de Bélgica, durante la época de la dominación española, para cuyas investigaciones se hizo inevitable su llegada a Madrid en 1843 para estudiar los valiosos fondos documentales depositados en el Archivo General de Simancas, que hasta entonces apenas se habían utilizado. Será a partir de estas primeras investigaciones cuando el citado Archivo comience a desempeñar una función decisiva para el despegue del movimiento historiográfico de España. De los primeros investigadores que obtuvieron licencia para estudiar sus fondos figura, entre otros, D. Pedro José Pidal, D. Luis López Ballesteros, D. Pascual Goyangos, el marqués de Miraflores, D. Antonio Ferrer del Río y D. Modesto Lafuente, que iniciará por estos años su monumental "Historia General de España desde los tiempos más remotos hasta nuestros días", una de las empresas historiográficas más ambiciosas y logradas de nuestro siglo XIX, cuyo primer tomo apareció en 1851.

Unos años más tarde, en 1854, se emprende otra -

"Historia General de España" por iniciativa de D. Angel Fernández de los Ríos, gerente de la Sociedad editora - de la "Biblioteca Universal". Es esta obra la que más interés tiene para nuestro trabajo, puesto que va a ser vir de plataforma inicial para que Cánovas se incorpore, por su valiosa colaboración en ella, al grupo de historiadores de esta generación romántica.

El objetivo de su editor respondía, sin duda, a las preocupaciones e intereses del momento: dar a conocer y divulgar la historia de España "desde dentro", es decir, utilizando las propias fuentes nacionales y sacar las a la luz por historiadores españoles. Para este fin nada pareció mejor que continuar y completar la ya clásica Historia del Padre Mariana, que alcanzaba sólo has ta la muerte de Fernando el Católico, a principios del siglo XVI. Posteriormente, fray José Manuel de Miñana - (1671-1730) se encargaría de historiar su continuación, hasta el comienzo del reinado de Felipe III⁽²³⁾. El resto del reinado de la Casa de Austria fue confiado al joven Cánovas del Castillo, que acababa de abandonar la dirección de "La Patria" y estaba entonces comprometido en - las intrigas revolucionarias de los "puritanos" que aca barían en las turbulentas jornadas de julio de ese mismo año.

Sin embargo, existía desde 1817, otra obra histórica, basada en la reproducción de la de Mariana, realizada por Don José Sabau y Blanco⁽²⁴⁾, pero ni al editor ni

a sus colaboradores les merecería ninguna confianza, sobre todo porque al comprobar que la mayoría de las citas bibliográficas utilizadas eran extranjeras, llegarían a la conclusión de que la obra que Sabau daba por original y continuadora de la de Mariana, no era sino una mera traducción francesa disfrazada.

1.3. Historia y Compromiso Político.

El año 1854 en que aparece la Historia de la Decadencia, como contribución de Cánovas a la citada Historia General de España, constituye también una fecha significativa, no sólo para la historia de nuestro siglo XIX sino para la propia trayectoria biográfica de su autor. Poco tiempo después de su publicación tendría lugar la "Vicalvarada", en cuya gestación estaría implicado Cánovas como hombre de confianza de uno de sus principales protagonistas, el General O'Donnell, - quien le encomendaría la redacción del Manifiesto de Manzanares.

Nos encontramos, pues, ante un momento en la vida de Cánovas, en que ambas actividades, la de historiador y la de político coinciden ahora para continuar después íntimamente ligadas y convertirse así en las "señas de identidad" del que luego será el gran político de la Restauración.

Pero esta dualidad de funciones no constituye una

singularidad específica de Cánovas sino que es muy frecuente encontrarla entre los intelectuales de su generación que alternaban la política con los estudios históricos. Como ejemplos se podrían citar desde el Conde de Toreno o Alcalá Galiano, pasando por Martínez de la Rosa, M. Lafuente, Marqués de Pidal, López Ballesteros y tantos otros que aparecerían más tarde.

En realidad, la sociología de la trayectoria vital y profesional de los intelectuales que, bien sea a través de instituciones culturales como el Ateneo o a través del activismo político, protagonizan y desarrollan el rearme ideológico del liberalismo en esta primera etapa, ofrece una tipología bien caracterizada, como se ha puesto de manifiesto en un reciente y sugestivo trabajo sobre los intelectuales españoles en la sociedad liberal:

"Salen de las aulas universitarias con una formación jurídica predominantemente, se foguean en los periódicos de combate escriben versos, practican la oratoria en las sociedades patrióticas, en las logias, en el Ateneo más tarde, luchan contra el absolutismo, contra el moderantismo, lo que no en pocas ocasiones les lleva al exilio, ante los tribunales, al presidio. Algunos se apuntan a la Milicia Nacional. Todos ellos consiguen un empleo en el Estado, con no poca frecuencia en el Ministerio de la Gobernación, una pasantía en el bufete de alguna celebridad política o una cátedra universitaria, posibilidades que les abren por igual las puertas de la carrera política y administrativa. Casi de inmediato comienzan a formar parte del cuadro político de algún estadista - -

renombrado. Por él consiguen un acta de diputado o pasan a desempeñar el cargo de jefe político provincial. Fundan o dirigen algún periódico, escriben con frecuencia sobre temas variados en los que les va implicando la práctica parlamentaria, prosiguen, en otras ocasiones, su vieja afición literaria. Su experiencia administrativa se va acrisolando, mientras tanto, con la participación en diversos organismos estatales de carácter burocrático u honorífico. Hasta que están en condiciones de formar parte de algún gabinete ministerial." (25)

La citada descripción se adapta certeramente al - proceso biográfico de Cánovas, quien ha cubierto ya, a la altura de 1854, las etapas necesarias hasta conseguir su principal objetivo: un acta de diputado.

"Por lo pronto -dice uno de sus más importantes biógrafos- O'Donnell expresó su reconocimiento a Cánovas, nombrándole auditor de guerra, pero no parece que le importara mucho esa salida profesional, y si poco después optó por el destino que Pacheco hubo de confiarle en el Ministerio de Estado, con categoría de secretario de tercera - clase, fue, sin duda, no por un mayor interés de escalafón, sino por la situación que le otorgaba esa última credencial en un privilegiado observatorio político. En definitiva, era la política lo que le fascinaba, y ante las ya inminentes Cortes todo su afán se cifró en conseguir un acta de diputado". (26)

El interés de Cánovas por conseguir este requisito indispensable para lanzarse de lleno a la política como protagonista indiscutible, se pone de manifiesto en -

una famosa frase suya, muy expresiva de la arrogancia y seguridad en sí mismo con que Cánovas actuaba: "Mi General -le diría a O'Donnell- hagame diputado, que ministro me haré yo".

Ahora bien, este año de la "Vicalvarada" en que hemos detenido ahora nuestra atención, ofrece para nosotros un especial interés para caracterizar la evolución ideológica del autor de la Historia de la Decadencia. En este sentido, el año 1854 (que como diría Ortega y Gasset "es donde en lo soterrado comienza la Restauración") representa una fecha que muy bien puede ser susceptible de una doble significación: por un lado, como punto final en la corta trayectoria "liberal" del joven Cánovas, o bien, como un punto de partida en que una vez abandonadas, tras el "susto" de la revolución, estas primeras veleidades - con los progresistas, el incipiente liberalismo de Cánovas sufrirá una clara inflexión cuya dirección ideológica le irá aproximando hacia posturas cada vez más conservadoras y reaccionarias.

Sin embargo, los antecedentes de esta involución - tienen lugar algunos años antes, cuando se produce en Europa la gran oleada revolucionaria del 48, cuyas repercusiones alcanzan también a la España de Narvaez y que a pesar de ser ahora reprimidas sin dilación, volverán a manifestarse de nuevo en las jornadas revolucionarias de 1854.

A Cánovas, que por entonces apenas contaba veinte años, que vivía intensamente el ambiente de "tertulias" y se "fogueaba en los periódicos de combate", no podían dejarle impasible los sucesos de aquel año crucial. Su sensibilidad política le hacía percibir la trascendencia y el peligro que tales alteraciones, de inequívoco contenido revolucionario, podían suponer para el futuro.

En efecto, las revoluciones del 48 suponían un - ataque directo a los fundamentos sobre los que se asentaba la sociedad del capitalismo liberal a partir de la Revolución Francesa. Pero sus contradicciones, injusticias y egoísmos van a ser ahora denunciadas por una clase social, que toma ahora conciencia para convertirse en un enemigo cada vez más peligroso y amenazante: el proletariado, al que va a unirse también, en los momentos de más abierta rebelión, los sectores de la pequeña burguesía urbana, contribuyendo así a dar mayor contenido reivindicativo a la lucha de clases del siglo XIX.

La perplejidad, el miedo y la inseguridad serán - pues los sentimientos con que la burguesía liberal reaccione ante esta irrupción de las "masas" en el proceso histórico. Así lo hará notar Galdós con su peculiar ingenio en "Las tormentas del 48" : "Ya en Francia no se dice las turbas, sino las masas, nombre nuevo del populacho, y me parece que también por acá vamos a tener - masas, que era lo único que faltaba".

La respuesta que por parte del gobierno dictatorial

de Narvaez se va a dar a estos movimientos populares ten
drá todas las características brutalmente represivas que
acompañan a la contrarrevolución: leyes de excepción, in
tervención del Ejército, encarcelamientos, etc.

En cuanto a la reacción de Cánovas, su actitud se
corresponde cabalmente con ese dualismo ideológico y mo
ral tan característico de la burguesía española del si
glo XIX, incapaz de trascender una encrucijada de contra
dicciones mediante una salida mínimamente coherente con
la propia dialéctica de los hechos. En este sentido, son
sin duda, significativos los discursos, conferencias y
debates que van a desarrollarse en la cátedra de Derecho
político institucional del Ateneo entre 1836 y 1847 por
Donoso Cortés, Alcalá Galiano y Joaquín Francisco Pacheco,
orientadas a encontrar fórmulas moderadas y eclécti
cas de organización política. En ellos se combinan tres
concepciones teóricas-metafísica, utilitaria y jurídica
respectivamente- cuyo resultado será el doctrinarismo,
fórmula política del eclecticismo filosófico francés,
con la que se intenta, básicamente, armonizar los concep
tos de soberanía y subordinación, para justificar así
el gobierno de las burguesías censitarias y propietarias.
El Doctrinarismo será, en efecto, el modelo teórico refe
rencial del pensamiento político conservador en la España
del siglo XIX:⁽²⁷⁾ Dentro de sus límites se encierra y for
talece la estructura ideológica de Cánovas, cuya oscila
ción hacia uno de estos dos principios que la informan,
soberanía y subordinación, hará inclinar su pensamiento

unas veces en sentido moderado y otras hacia fórmulas inequívocas de dictadura.

Pero donde se puede apreciar la actitud ideológica de Cánovas en esta primera etapa de juventud, es a través de las opiniones que él mismo manifiesta al comentar una de las conferencias que en el curso siguiente, 1848-1849, pronunciará en el Ateneo Don Nicomedes Pastor Díaz sobre "Los Problemas del Socialismo". Ambos son conscientes de la importancia que tienen los problemas políticos, pero, después de 1848, éstos adquieren el carácter de "problemas sociales" y "nada hubo, dirá el propio Cánovas, que tan profundo miedo infundiera al fin en aquel tiempo". Sin embargo, las soluciones a estos problemas han de ser afrontados, no desde la demagogia apocalíptica de Donoso, sino desde una óptica más pargmática, pero sin abandonar en dichas soluciones los grandes principios de la religión. Sólo el Cristianismo, dirá Pastor Díaz, realiza la divina alianza entre la idea más dilatadamente social y el reconocimiento más santo de la dignidad humana". Por su parte, Cánovas se identifica también con el "deslumbramiento delante del Evangelio" del conferenciante y reconoce como él que al Cristianismo se debe "la emancipación del trabajo, el haberse cambiado con la condición del obrero la forma de la producción" y que así "podría organizar, al fin, el Cristianismo el trabajo mismo; que podría igualmente modificar las condiciones del repartamiento y del consumo; y que podría, por último, producir de la misma suerte una retribución más

abundosa y una moralización más elevada para los trabajadores, sin perturbar la sociedad moderna." (28)

Con estos planteamientos, que en realidad coinciden básicamente con las teorías de Donoso Cortés en - - cuanto a considerar los problemas sociales sólo desde - "las alturas católicas", el liberalismo de Cánovas sólo puede contemplarse en relación con su "oponente" y en - este sentido su "progresismo" sólo tuvo la medida de - Narvaéz, que es, evidentemente, demasiado estrecha y ali corta.

En efecto, después de 1848, Cánovas acepta el jue go político tal como estaba planteado y resueltamente se incorpora a la oposición contra Narvaez, "persuadido de que la fuerza no basta a evitar o reprimir revoluciones y que era forzoso desarrollar una política de conciliación alrededor del Trono." (29)

No es necesario insistir aquí sobre la trama de contactos y la estrategia seguida por los "insurrectos" que daría el golpe en Vicálvaro. Lo que resulta más significativo es que cuando la dinámica de los acontecimientos hace que al final sea Espartero quien capitalice el triunfo de la revolución como líder del progresismo, Cánovas, que había visto en su momento la necesidad de contar con este sector político "convencido de que la mejor garantía estaba en la incorporación del progresis mo", sufre una tremenda decepción que él mismo justifi-
cará después con el argumento propio del moralista arre-
pentido:

"Un hombre honrado no puede tomar parte más que en una revolución, y esto porque ignora lo que es". (30)

Ahora bien, al llegar a este punto en la trayectoria ideológica de Cánovas, creemos oportuno señalar, sin necesidad de recurrir a sutiles argumentaciones psicológicas, que las razones que subyacen en esta justificación no responden tanto a un planteamiento ético a partir de un concepto abstracto de la moral, sino que viene, por el contrario, condicionado por la propia objetividad de los acontecimientos históricos ante los cuales Cánovas tiene ya una actitud prefijada en función de su propia opción social y política.

Por otro lado, Cánovas, como ya vimos en su trayectoria biográfica, pertenece, sobre todo en esta primera etapa de juventud, al prototipo de intelectual comentarista y moralista, cuya personalidad pública suele configurarse en torno a tres sentimientos que dan el tono a su peculiar talante vital: pesimismo, deseo de paz y justicia y confianza en un hombre excepcional. Sobre el pesimismo de Cánovas es sobradamente conocida la insistencia con que se ha venido destacando por parte de sus biógrafos, si bien suele interpretarse otras veces como una forma determinada del "realismo político". Y en cuanto al tercero de los factores mencionados, no sería aventurado asegurar que esa confianza la depositara Cánovas en su propia persona, convencido de ser ese "hombre excepcional" llamado a ser el gran restaurador

de la Monarquía.

Pero volviendo ahora a esa supuesta decepción, - tras haber participado en una revolución, es oportuno desvelar la falacia de su argumentación, puesto que nada hubo más lejos de los planteamientos políticos de Cánovas que participar en un movimiento revolucionario. Si éste se produjo fue a pesar de sus propias previsiones, puesto que "de evitar que los motines callejeros, con los cuales había que contar de antemano, degradasen la revolución, se había preocupado Cánovas desde un principio". (31)

Su justificación, por tanto, ha de interpretarse teniendo en cuenta ese pesimismo, que no es otro que el propio miedo a la revolución y su profunda desconfianza hacia el pueblo como elemento de participación en los asuntos políticos, actitud que se corresponde, por otro lado, con su tajante rechazo a cualquier forma de sufragio no censitario.

Para Cánovas, las transformaciones y cambios en - la sociedad nunca pueden ser debidos a una revolución, sino que, aceptando el curso natural y orgánico de la - Historia, éstos deben llevarse a cabo desde el poder o bien por parte de aquellas élites cercanas o con posibi- lidades de acceder a él y cuyo ámbito está previamente vedado a los demás sectores sociales. Ahora bien, como a veces es necesario "contar" con ellos, entonces se -

busca la manera de "hacer que parezca" que participan pero teniendo previamente fijado hasta dónde se les pue de permitir llegar en su participación. En este sentido, resulta revelador de ese dualismo moral y político de Cánovas, al que ya nos hemos referido antes, la conclusión a que llegará éste tras haber tenido que necesitar él mismo el "favor oficial" para obtener su primera y decisiva acta de diputado. Será entonces cuando conozca por primera vez la mecánica electoral por dentro, - con sus corruptelas y sobornos y llegará a esta conclusión altamente significativa para lo que más tarde será el "sistema canovista": "al pueblo lo que se le pide es que haga como que tiene gusto y voluntad, y que no la tenga." (32)

Por nuestra parte, no deja de ser clarificador para el objeto de nuestro trabajo poder comprobar la correspondencia que puede establecerse entre la concepción "canovista" de la Historia y la influencia de ésta en la práctica, como plático conocedor de la historia de su país y en función de ese peculiar conocimiento poner soluciones a los problemas que se plantean.

Sin embargo, el problema no consiste sólo en re-saltar la coincidencia de ambas actividades, sino en poner de manifiesto los posibles errores y falseamientos que se derivan de esa interrelación de funciones. En efecto, ha sido frecuente entre los historiadores la - atracción por intentar ese salto de "lo pintado a lo vivo"

al intervenir en la vida pública de su generación, y éste fue, sin duda, el caso de Cánovas. Pero, de esta combinación de actividades no puede deducirse una valoración necesariamente positiva de los resultados en cada uno de los campos señalados. Por el contrario, puede constituir a veces un grave y doble error. Como ha puesto de manifiesto un importante investigador de nuestro pasado, "la mayor parte de las deformaciones de la Historia, y en especial, de la historia de España, son fruto de la actividad como historiadores de algunos hombres públicos". Y más adelante añade:

"Los políticos españoles de la Edad Contemporánea que gustaron, con frecuencia, de escribir Historia, desde los doceañistas hasta los hombres de la Segunda República, tienen a su cuenta la mayor parte de esas torpes y erróneas imágenes del pasado de España". El autor se referirá más concretamente a Cánovas y Silvela en los cuales "podemos comprobar -dice- los funestos resultados de las interferencias entre la política y la historia en la acción de los hombres públicos españoles de la Restauración". Más adelante y después de mencionar su pesimismo, "envenenados" por la doble contemplación de la España de Felipe IV y Carlos II y de la España de su tiempo, el citado investigador llega a la siguiente reflexión:

"Sus posturas coincidentes, su desánimo, su falta de fe en la nación hispana, les movió a gobernar de espaldas al pueblo, en el que no creían; a someter a su país, que juzgaban sin vida, a la tutela que precisaban los enfermos o los menores. ¡Grave y terrible error! España se desinteresó durante medio siglo de la vida pública; y el pueblo español vivió al margen de lo que más podía interesarle: su propio destino. Que no se le culpe hoy de no haber sabido andar cuando se puso en pie, de haber

»

dado mil traspies cuando, fracasada la tutela a que vivía sometido, se halló entregado a sí mismo y sin experiencia alguna de las cosas públicas". (33)

1.4. La Historia de la Decadencia

Al hablar del contexto historiográfico en el que tiene lugar esta primera obra de Cánovas, dejamos señalado cómo esta va a ser el resultado de la colaboración de su autor en aquel proyecto editorial que, bajo la iniciativa de D. Angel Fernández de los Ríos, se propuso publicar, en 1854, una "Historia General de España", que sería la continuación de la ya clásica Historia del padre Mariana.

Sin embargo, el propio Cánovas hace una observación en un breve opúsculo que antecede a la obra, advirtiéndole a los lectores sobre la diferencia de ambos trabajos históricos:

"Nosotros opinamos -dice- que la continuación de una obra debe a ella semejarse; que no es continuación de una obra otra distinta en el método, en el estilo, en el espíritu. (...) No queremos con esto ofender a nadie: decimos sólo la opinión que nos ha traído a proceder de diverso modo que otras personas, alguna muy estimable. Porque habiendo de escribir de otra suerte que Mariana y Miñana, verdadero continuador éste de aquél, hemos aceptado la dificultad tal como se nos presentaba, y hemosla resuelto haciendo un libro diferente en el nombre y la forma como en todo lo demás tenía que serlo".

Por otro lado, respecto a cuáles eran las motivaciones y planteamientos de Cánovas a la hora de emprender su trabajo, quedan patentes también en este mismo apartado. En ellas se refleja certeramente el carácter vindicativo y nacional dentro de este espíritu historicista tan característico de la historiografía romántica del período. Dentro, pues, de estas coordenadas socioculturales, los objetivos del autor al realizar esta obra no dejan de ser ambiciosos. En primer lugar, llenar un vacío que desde el siglo XVII existía en la historia de la historiografía española; por otro lado, rectificar los errores en que habían incurrido otros autores nacionales o extranjeros al abordar esta misma empresa y, sobre todo, "hacer un libro español y para España". Cánovas expresa así sus razones y objetivos:

"Otros habrá que extrañen el que no hayamos puesto más atención en lo moderno que en lo antiguo, en la época de los Borbones que en la época de los príncipes austriacos. También hemos tenido para esto razones propias. En primer lugar, hemos querido llenar en algo un vacío que se nota en nuestra Historia, y es la descripción de nuestra decadencia, no menos notable, no menos grande ni menos digna de estudio que la romana. (...). Nuestra decadencia no sólo no está narrada hasta ahora sino que está ignorada, obscurecida, envuelta en falsedades y calumnias de extranjeros y nacionales; de aquellos, como autores; de éstos, como imitadores o copistas. Sabau y Blanco hizo no más que recoger noticias de libros extranjeros sin crítica, sin examen, con notoria precipitación e injusticia y con manifiestos y continuos errores. A este han seguido después los más de los escritores nacionales. Los que mejor explican nuestra decadencia son los extranjeros: Ranke y

Weis; pero ni uno ni otro quisieron hacer historias sino más bien disertaciones, y además, aunque ambos imparcialísimos, no son, al cabo españoles, y su crítica no puede siempre ser aceptada. (...) Por último, hemos procurado beber siempre en fuentes originales y españolas; para ello no hemos perdonado medio en el poco espacio de que hemos podido disponer. Los juicios, buenos o malos, son nuestros siempre, los hechos los hemos tomado donde hemos podido hallarlos. No nos hemos fiado casi nunca de las versiones extranjeras, porque, ante todo, hemos querido hacer un libro español y para España, que era lo que hacía falta." (34)

Sin duda, esta última afirmación de Cánovas sintetiza por sí sola el objetivo fundamental de su autor y, por otro lado, resulta claramente expresiva del carácter vindicativo que anima a los historiadores del romanticismo, a cuyo espíritu se debe el surgimiento de las llamadas Historias Nacionales.

Existían, por otro lado, desde el siglo XVIII, testimonios elocuentes acerca del estado de banalidades y fantasías con que se abordaba la historia de España y que era denunciado por parte de algunos ilustrados que afrontan el pasado de España con el nuevo espíritu crítico y racionalista propio de la mentalidad ilustrada. Así, Forner, uno de los más agudos conocedores de nuestro pasado científico y literario, denuncia en su "Ora-ción Apologética", el estado de ignorancia y oscurantismo en que se hallaban los estudios históricos en España y que vendrá, más tarde, a ratificar Cánovas;

"Hombres que apenas han saludado nuestros anales dice Forner- que jamás han visto uno de nuestros libros, que ignoran el estado de nuestras escuelas, que carecen del conocimiento de nuestro idioma, precisados a hablar de las cosas de España - por la coincidencia con los asuntos sobre que escriben, en vez de acudir a tomar en las fuentes la instrucción debida para hablar con acierto, -- echan mano por más cómoda, de la ficción, y tejen a costa de la triste Península, novelas y fábulas tan absurdas como pudieran nuestros antiguos escritores de libros de caballerías. Este es el genio del siglo... Cuatro donaires, seis sentencias pronunciadas como en el trípode, una declaración salpicada de epigramas en prosa, cierto estilo metafísico sembrado de voces alusivas a la filosofía con que quieren ostentarse filósofos los que tal vez no saben de ella sino aquel lenguaje impropio y afectado" (35)

Ahora bien, en esa recuperación del pasado que caracteriza a la historiografía romántica, se pueden observar dos formas de representación histórica a las que B. Croce calificaría como historiografía nostálgica e historiografía restauradora.⁽³⁶⁾ Frente al carácter literario y poético de la primera, la segunda sería más bien una tendencia más pragmática, orientada a la defensa de las viejas instituciones, dignas de ser conservadas o restablecidas con todo su vigor y a cuya tarea se dedicará una gran parte de la historiografía legitimista.

En España, donde la pluralidad política e institucional constituye uno de los rasgos más peculiares y de finidores de su historia, los estudios jurídicos y la recuperación de las viejas instituciones despiertan un

gran interés por parte de los historiadores de este período. La complejidad de este pluralismo jurídico hará que una gran parte de la historiografía romántica se centre en torno al problema del absolutismo monárquico, como elemento perturbador de las tradiciones más democráticas y representativas del período medieval. A ello se debe, en gran parte, el sentido de descubrimiento que supone la historiografía del romanticismo con respecto a la Edad Media, cuyos estudios serán más abundantes que los que se refieren a la Edad Moderna.

En efecto, desde la perspectiva del romanticismo, la Edad Moderna fue considerada como la antítesis de la medieval: pérdida de libertades, autoritarismo, universalismo, etc., cuyas consecuencias serían la ruina y anquilosamiento de las instituciones representativas castellanas al ser sustituidas por un régimen exógeno impuesto por los Austrias y reforzado después, hasta el límite del absolutismo, por los Borbones.

Uno de los precursores siguiendo esta línea de interpretación fue, sin duda, Martínez Marina, cuyos estudios ocupan un lugar preferente en la historiografía del Derecho Español.⁽³⁷⁾ Menéndez Pelayo destacará más tarde su labor investigadora y se refiere a él en estos contundentes términos:

"En nuestra patria sólo puede citarse el nombre de Martínez Marina como verdadero fundador de la historia interna de la península; a quien habría

que venerar como el primero que penetró en el arcano de la formación de nuestros códigos, al primero que osó internarse con planta segura en el laberinto de los fueros, cartas pueblas y de los - Cuadernos de Cortes; al fundador de nuestra historia municipal y que había que reconocer que sin el no existiría la historia del derecho español." (38)

El resultado de la visión romántica respecto a la Edad Media fue considerar la España de los Austrias como la época de la decadencia española, cuya interpretación comparten reaccionarios y liberales románticos achacando a la Edad Moderna gran parte de los males contemporáneos y convierten, por ejemplo, la derrota de las Comunidades en símbolo de la defensa de las libertades castellanas. (39)

En la Historia de la Decadencia de España, cuyo subtítulo indica de manera precisa dónde empezaba para Cánovas la decadencia ("desde el advenimiento al Trono de Felipe III hasta la muerte de Carlos II"), puede apreciarse la herencia historiográfica de esta visión interpretativa a través de una serie de factores que, como "gérmenes de corrupción", son utilizados por su autor y que forman parte del conjunto de argumentos que, a fuerza de ser repetidos, se convertirán en "lugares comunes" de la historiografía del siglo XIX.

En efecto, es abundantísima la bibliografía de las obras que a lo largo del pasado siglo se han ocupado de la explicación y remedio de nuestra decadencia, cuya --

problemática surgirá inevitablemente con motivo de la discusión de las reformas políticas en las Cortes de - Cádiz -sin olvidar sus más remotos orígenes en los escritos de los arbitristas del siglo XVII y de los ilustrados- hasta llegar, con tonos mucho más dramáticos, a los portavoces del "regeneracionismo".⁽⁴⁰⁾

Por otro lado, la tesis histórica de la decadencia a partir del reinado de los Reyes Católicos, cuya evolución historiográfica ha estudiado P. Sainz Rodríguez, tuvo acogida en un libro francés, que, en opinión de este autor, ejerció un poderoso influjo en las obras posteriores sobre el tema. Se refiere al libro titulado "Cuadro histórico de los usos y espíritu de reforma política en España", de A. Duverine, traducido al castellano y publicado en 1840. "En el se explican -dice el citado autor- con bastante documentación, las causas de la decadencia de que venimos hablando: política dinástica de la casa de Austria, intolerancia inquisitorial, pérdida de las libertades medievales, etc."⁽⁴¹⁾

El influjo de esta obra se dejará sentir, sobre todo, en una serie de autores que P. Sainz Rodríguez - considera, no sin cierto tono despectivo, como representantes de lo que él denomina en uno de los capítulos de la obra, la "interpretación progresista de la Historia Española", según la cual, dice,

"Con un simplismo ingenuo y delicioso, con una mentalidad de miliciano nacional, se hace de la Inquisición "la clave de nuestra historia", clave mágica y maravillosa, que sirve para explicar satisfactoriamente y sin trabajo, los más contradictorios y complejos fenómenos de la historia de nuestra civilización". (42)

La Inquisición

Sin que podamos incluir a Cánovas dentro de esta tendencia historiográfica, es interesante señalar la relevancia con que aparece en su Historia de la Decadencia el tema de la Inquisición, al que sitúa en un primer lugar entre "los gérmenes de corrupción" que más tarde habrían de destruir a la monarquía, aunque matizando su incidencia al interpretarlo como "exageración del principio religioso".

Sin embargo, la visión de Cánovas a la hora de enjuiciar la política religiosa a través de la función desempeñada por el Santo Oficio, refleja una ambigüedad teórica cuyos argumentos se sitúan a medio camino entre la justificación en nombre de la ortodoxia, y el rechazo y reprobación por las consecuencias que dicha política religiosa había de provocar.

"Los más de nuestros historiadores -dice Cánovas- han hablado de la exageración del principio religioso - en España con escaso juicio. Hija legítima era de nuestra patria semejante exageración, si ya no es que digamos

que fue su madre. Ni podía ser de otra suerte". (43)

Esta afirmación queda avalada seguidamente por los condicionamientos y vicisitudes de ocho siglos de Reconquista, donde se iría fraguando lo que más tarde sería una sociedad de "cruzados". Con estos antecedentes, una nación "acostumbrada a defender su fe con las armas y a imponer con la fuerza a los vencidos; acostumbrada a mirar en los infieles a su Dios enemigos eternos, cuya muerte era no sólo lícita, sino loable, y cuya vida era afrenta suya cuando no pecado, tenía que ser intolerante hasta el extremo de constituir la Inquisición y hasta el punto de entrometerse en todas las guerras religiosas del mundo".

Pero la justificación no queda reducida a la constatación de estos condicionamientos, sino que precisamente en función de ellos ve Cánovas la propia existencia de España, cuya interpretación queda así identificada con la más pura tradición de la historiografía tradicionalista y católica:

"Y ahora, concluye Cánovas, cúlpese cuanto se quiera aquel fanatismo religioso por el cual hubo España, y sin el cual no la habría; cúlpese al fanatismo que siguió a los guerreros cristianos desde la cueva de Covadonga y el monte Pano hasta las puertas de la Alhambra; cúlpese a nuestra nación por lo que era, por lo que debía ser, por lo que el tiempo y los sucesos mandaban que fuera" (44)

Sin embargo, más adelante y después de enumerar las "atrocidades" y abusos realizados por la Inquisición y de plantear que a pesar de estas actividades represivas todavía existían en España en la época de los Reyes Católicos y de los primeros Austrias una serie de hombres ilustres, escritores y juristas, "que fuera de España eran oídos con asombro", Cánovas expone con un lenguaje ágil, colorista y contundente un panorama desolador donde hace una crítica sin ambages a la política inquisitorial desde los Reyes Católicos y cuyos argumentos podría subscribir cualquier historiador liberal que en el siglo XIX trataron el tema de la decadencia:

"Pero la Inquisición siguió adelante, y poco a poco fue enroscándose, a manera de serpiente, en torno del pensamiento español, hasta que, debajo del imperio de los sucesores de Felipe II, estrechó su anillo tanto que lo ahogó en él y le dio muerte. Y cada vez fue creciendo el empeño en mantener guerras religiosas, y las medidas de intolerancia y de persecución fueron en aumento de tal modo, que pudiera causar, por sí solas, la total ruina.

Los monarcas estuvieron ciegos, sobre este punto, como los pueblos: ni los unos ni los otros conocieron el precipicio adonde aquel funesto tribunal podía conducir a la Monarquía. Los Reyes Católicos habían dejado que ardiesen los tesoros de la ciencia árabe que se hallaron en la Alhambra; habían expulsado a los judíos, que tan buenos servicios - prestaron a la nación, sobre todo en la guerra de Granada, habían permitido los bautismos forzosos de Cisneros, las hogueras de Lucero y el enjuiciamiento del buen arzobispo Hernando de Talavera, confesor de la Reina misma. Carlos V autorizó las mayores - persecuciones contra sus continuos y amigos, tildados por el Santo Oficio. Felipe II dejó luego que

se persiguiese a fray Luis de León y al grande arzobispo de Toledo fray Bartolomé Carranza, y que se atreviese la Inquisición hasta a la vida particular de los grandes y de los príncipes; dejó también que alimentasen las santas hogueras millares de sus vasallos, y dijo, tratándose de los de Flandes, aquella frase famosa: "Mas quiero no tenerlos, que tenerlos herejes". Tiempos habían de venir forzosamente en que ni el Rey mismo estuviese seguro, como lo probó Carlos II en su persona y en que un millón de pobladores inteligentes y laboriosos, la flor de nuestras provincias meridionales y occidentales, tuviesen que abandonar nuestro suelo, llevándose consigo los restos de nuestra riqueza agrícola, industrial y comercial, y abriendo en el corazón de la Monarquía tan honda llaga, que apenas han podido cauterizar dos siglos".⁽⁴⁵⁾

La Ciencia Española

Otro aspecto que merece ser destacado es la interpretación que hace Cánovas sobre la función desempeñada por la ciencia española de aquella época, dentro de este ambiente de intolerancia religiosa: "Y al llegar a este punto -dice- conviene que hagamos resaltar cierta circunstancia tan notable como poco observada; y es que la ciencia española de aquella época, lejos de defender la libertad del entendimiento y de protestar contra la intolerancia y la exageración del principio religioso, los ayudó en su obra".

Cánovas hace una amplia disertación en torno a este problema, donde, al lado de los juicios más o menos

acertados, aparecen otras aseveraciones en que, sin abandonar su fidelidad a la ortodixia católica, acaba atribuyendo al sincretismo del cristianismo con la filosofía pagana el origen de la dialectica deformante de la escolástica, causa fundamental de la intolerancia y el dogmatismo filosófico, ajeno "a lo íntimo del catolicismo español". Así, Cánovas se remonta a la filosofía de Raimundo Lullio, en quien elogia el carácter empírico de sus métodos de conocimiento, "pero su doctrina se perdió en el caos de doctrinas dogmáticas que ocupaban las escasas escuelas de entonces". A continuación se refiere a Juan Luis Vives, "que vino después de Lullio a sostener ya la necesidad del método empírico" y que "en vano esforzó sus argumentos para convencer a los sabios de su tiempo de los errores de la dialéctica".

Continuando su argumentación sobre la ciencia española del siglo XVI, el autor de la Historia de la Decadencia reconoce que a pesar de los "errores de la dialéctica" ésta siguió imperando a través del escolasticismo y aristotelismo que, "reinando en las escuelas, y, sobre todo, en las de España, produjeron copiosos frutos." Cita a continuación los nombres de Francisco Vitoria, Domingo Yañez, Domingo de Soto y Juan Ginés Sepúlveda, "que fue el más grande de los aristotélicos". "Negar el talento y la ciencia -dice- en tales escritores sería injusticia o locura, y la historia de la civilización humana habrá de reparar al cabo el olvido en que los tienen, señalándoles alto puesto a todos ellos".

Sin embargo, para Cánovas el origen del mal estará como decíamos anteriormente, en el sincretismo de filosofías paganas y cristianas, y "al laberinto sin salida de su dialéctica". "Formose -dirá más adelante- una amalgama extraña de la Providencia cristiana con el fatalismo griego, de la moral de Jesús con la de Epiceto y los demás estoicos, de las verdades del Calvario con las del Pórtico y la Academia. Entonces, a impulso de las mismas ideas que precedieron y protegieron acaso las tiranías de Filipo y de Tiberio y la esclavitud romana y griega, se fueron desenvolviendo en lo íntimo del catolicismo -español, que de tan puro y severo se preciaba, principios esencialmente paganos e hijos de la civilización idólatra".

Para Cánovas, la confrontación ideológica entre -ambas doctrinas quedará reflejada en España en lo que -después se conocerá por la famosa "controversia de Indias" y cuyas posturas extremas estarían representadas por dos figuras: el doctor Sepúlveda y fray Bartolomé de Las Casas. En aquella importante polémica en torno al tratamiento que había de darse a los indios americanos, encuentra Cánovas la plasmación práctica de las implicaciones que tales teorías "aristotélicas" habían de provocar después en los territorios americanos, donde -van a triunfar las teorías "racistas" defendidas por Sepúlveda, radicalmente opuestas al cristianismo. Los planteamientos humanistas de Cánovas le llevan a elogiar las ideas del padre Las Casas. Sin embargo, es significativo observar como este "humanismo" sufrirá también una pecu-

liar evolución ideológica en el pensamiento canovista, cuando, ya convertido en hombre de Estado durante la Restauración, tenga que enfrentarse al problema cubano. En este sentido, sería oportuno recordar las declaraciones de Cánovas al corresponsal del periódico francés "Le Journal", efectuadas a fines del año 1896 con motivo del movimiento independentista de Cuba:

"Los negros en Cuba son libres, pueden contraer compromisos, trabajar o no trabajar.. y yo creo que la esclavitud era para ellos mucho más preferible a esta libertad que no han sabido aprovechar más que para no hacer nada y formar masas de desocupados. Todos los que conocen a los negros le dirán que en Madagascar, como en el Congo y en Cuba, son perezosos, salvajes, inclinados a obrar mal, que hay que manejarlos con autoridad y firmeza para obtener algo de ellos. Esos salvajes no tienen otros dueños que sus instintos, sus apetitos primitivos". (46)

Pero volviendo a la interpretación de Cánovas sobre las ideas filosóficas defendidas por Sepúlveda y Las Casas, cuando disputaron en Valladolid sobre el tratamiento que había de darse a los indios conquistados,

"aprobó el primero -dirá Cánovas- cuantas crueldades se cometían con aquellos desdichados "por la rudeza de sus ingenios, decía, que son de su natura gente servil y barbara y por ende obligada a servir a los de ingenio más elegante que son - los españoles", doctrina enteramente aristotélica y sacada palabra por palabra del Libro III de la

Política. Contestole el padre Las Casas con la sencilla doctrina de los cristianos de que Dios hizo hermanos a todos los hombres; ¡idea de fecundidad inmensa, conquista la más alta que hayan hecho las ciencias morales en el mundo! Pero fue en vano: la filosofía tenía de su parte el interés particular y el egoísmo, y la Iglesia, encerrada en el Estado y confundida con él en deseos y conveniencias, no hizo lo que pudiera sacar triunfante la doctrina purísima de Las Casas. Así, Sepúlveda y su filosofía pagana triunfaron, y los indios continuaron siendo tan maltratados como al principio por los conquistadores." (47)

Por otro lado, enlazando sus reflexiones sobre las causas de la decadencia que, según Cánovas, "Sólo la exageración del principio religioso y esta filosofía ergotizante tan bien anulada con ella, trajeron males capaces de transformar cualquier grandeza de monarquía", el autor se refiere a otro de estos "males" cuyas consecuencias - serán aún más perniciosas para el desarrollo de la actividad científica y cultural en España:

"La parálisis de las ciencias y su muerte lenta, pero completa, mientras por todas las naciones de Europa, al calor de las disputas y de la libertad de pensamiento y de controversia, nacían ideas fecundas, asomaban descubrimientos útiles y desarrollábase lozana y gloriosamente el progreso humano." (48)

Sin duda, esta tesis ha sido uno de los problemas que ha suscitado a lo largo de nuestra historiografía abundantes escritos en donde han confluído las más dispares tendencias ideológicas. El problema volverá a - -

suscitarse con toda virulencia en la famosa polémica de "La Ciencia Española", surgida a raíz de haber afirmado Don Gumersindo de Azcárate en una serie de artículos publicados por la Revista de España sobre el "Self Government y la monarquía doctrinaria" (Madrid, 1887) que la actividad científica de España había estado ahogada casi por completo durante tres siglos. Contra tal afirmación reaccionó la potente pluma de M. Menéndez Pelayo en otro artículo en la Revista Europea, donde expone un cuadro general de toda la actividad científica durante los siglos XVI, XVII y XVIII.

Sin embargo, resulta revelador comprobar cómo las opiniones que a este respecto sostiene el joven Cánovas de la Historia de la Decadencia, coinciden sustancialmente con lo que más tarde va a sostener Azcárate, uno de los más implacables críticos del sistema canovista y, por el contrario, el Cánovas de 1887, convertido hacia ya tiempo en el "restaurador de la monarquía", se identificará ideológicamente -con toda la virulencia del converso arrepentido-, con Menéndez Pelayo, principal portavoz de la tradición "españolista" en su versión más rancia y castiza.

Por último, y siguiendo las reflexiones sobre las consecuencias de la decadencia, Cánovas acaba relegando a un segundo plano esta parálisis de la actividad científica, para resaltar lo que él considera que "fué lo más fatal: la transformación del carácter en la nación".

Al llegar a este punto, la imaginación y la sensibilidad típicamente románticas, se dejan traslucir en este texto de Cánovas, donde el sentimiento de la patria, o de la nación adquieren una gran fuerza expresiva y donde no falta cierto tono lírico, casi elegíaco. El elemento biológico está también presente en esta evolución del carácter de España, imaginada aquí como un cuerpo orgánico que ha sufrido el terrible deterioro producido por la enfermedad de la parálisis intelectual:

"Era España joven, vigorosa, libre en el pensamiento y en el obrar, franca, entusiasta, alegre, aunque grave, dada a seguir los vuelos de la fantasía y a obedecer a las inspiraciones de la voluntad, aunque piadosa y prudente. Vino sobre ella una vejez temprana, contemplativa y descontentadiza; vino una timidez penosa en el pensamiento y en las determinaciones; vino un íntimo recelo de todas las cosas, que inclinaba a las personas a desconfiar hasta de sí propias; vino la indiferencia terrenal de quien no funda ilusiones sino sobre los bienes del otro mundo; vino cierta melancolía antipática a las otras naciones, y enemiga de adelantos; vino cierto espíritu de obediencia pasiva y de resignación fatalista a cuanto parecía disposición del cielo que encadenó aquella voluntad poderosa, que antes todo estorbo lo hallaba leve y toda resistencia desproporcionada a sus fuerzas. Quedaron relegadas a lo más hondo de los pechos para ser transmitidas secretamente de padre a hijos aquellas antiguas y nobles cualidades del carácter de España; en las obras, en las palabras fueron desapareciendo primero en el mayor número, luego en el menor, por último en el limitado guarismo de algunas excepcionales y privilegiadas que Dios suele conceder a las naciones, hasta borrarse del todo. Fue muy bien secundada la represión religiosa por la represión política, y aún pudo decirse que apenas quedaba un español a la muerte de Carlos II".(49)

El Provincialismo

Al tratar este factor como causa también y fundamental de la decadencia de España, es quizá, donde Cánovas nos revela sus mejores dotes de historiador y donde puede observarse, por su forma de enfocar el tema, las cualidades políticas de su autor. Este provincialismo, íntimamente ligado al tema de la Unidad Nacional y al proceso de formación de la monarquía moderna, es, sin duda, un tema-clave que surge inevitablemente cada vez que se ha planteado, a lo largo de la historia de nuestra historiografía, el "problema de España" y de su decadencia.

En efecto, son abundantísimas las interpretaciones que se han dado a este provincialismo ibérico -al que se ha relacionado también con el "individualismo" hispánico- atribuido unas veces a la brutalidad de las condiciones climáticas, de ahí sus diferenciaciones regionales, la precariedad de sus medios de vida y la secular pobreza peninsular; otras veces, a su peculiar estructura geográfica, que hace difícil sus accesos y de ahí su aislamiento y lo que ha sugerido el concepto de España "invertebrada" acuñado por Ortega. En cuanto a las interpretaciones de origen histórico, unas apuntan a las vicisitudes de la Reconquista, a la coexistencia de tres religiones en la península (Américo Castro), o bien, a la falta de identificación entre los diversos pueblos en una empresa nacional común y, sobre todo, a las características contractuales o pactistas de la mo-

narquia de los Reyes Católicos y continuada por los Austrias. Ninguna de estas causas puede, sin embargo, ser considerada como determinante, sino más bien la interrelación de todas es lo que ha configurado el carácter específico de la evolución histórica de España y de sus pueblos.

En cuanto a la interpretación que hace Cánovas sobre este provincialismo, el acierto y la importancia historiográfica de sus planteamientos, si tenemos en cuenta la precariedad de los estudios históricos en el momento en que escribe esta primera obra, estriba en la capacidad, no sólo de relacionar los diversos elementos naturales e históricos, sino de dar una visión política al problema, contemplado con una amplia perspectiva histórica:

"No menos funesto que el fanatismo religioso fue, para la Monarquía española, el provincialismo, que es la falta de unidad civil y de unidad política. La separación y discordia de las diversas provincias de España, se advierte en la Historia desde los primeros tiempos. Quizá la tierra misma se prestó a ello, dando a cada localidad opuesto clima y distintas producciones y poniendo entre ellas límites y fronteras naturales; quizá ayudó eficazmente al establecimiento de colonias de diversas naciones. La dominación romana impuso algo de unidad en la Península, pero la invasión de las diversas naciones septentrionales, que ocuparon diversas provincias, volvió a separar las partes mal unidas y a dar a cada provincia distintas tradiciones y leyes. (...) Y muchas dinastías y muchas leyes y muchas historias se formaron antes que el valor y la fortuna pusiesen todos aquellos estados en manos de los Reyes Católicos, menos la

parte de Portugal, constituyéndose la Monarquía Española.

Pero al entrar en ella, cada pueblo se conservó como era: con sus mismos usos, con su propio carácter, con sus leyes, con sus tradiciones diferentes y contrarias. Ni siquiera era igual la condición más y menos noble, más y menos privilegiados; estos libres, y aquellos, casi esclavos; como que la unión había ido ejecutándose por muy diversos motivos, viniendo unos pueblos voluntariamente, como pretenden los vascongados, y otros por medio de matrimonios, como Castilla y León de una parte, y, de otra, Aragón y Cataluña; tales como Valencia y Granada, que estaban pobladas de moros todavía, por fuerza de las armas; tales, mitad por derecho, mitad por fuerza, como Navarra. Y no era esto sólo sino que, dentro de una misma provincia, cada población tenía un fuero y cada clase una ley. España presentaba, de esta suerte, un caos de derechos y de obligaciones, más fácil de concebir, que de analizar y poner en orden. Era imposible saber con cuántos hombres y con cuánto dinero pudiese contar la Monarquía; imposible enumerar sus fuerzas ni sus flaquezas; ni siquiera, en algunas ocasiones donde estaban sus verdaderas ventajas ni sus peligros y pérdidas. Para colmo de confusión, tuvo esta Monarquía, desde sus principios y antes de fundarse, muchas posesiones y colonias extranjeras (...). Al contemplar en los mapas tantos y tan diversos países se asombra el ánimo y no hay más que exclamaciones líricas en los labios para celebrar la grandeza de España; pero a poco que la razón cobra su imperio, se trueca en pena el primer contento. La situación de la verdadera Monarquía, de lo que era la verdadera nación, repartida en tantos intereses y en tantos pensamientos, no podía ser más peligrosa. Y la inmensa balumba de posesiones y territorios que pesaban sobre aquella desconcertada máquina, debía hacer temer desde el principio que, no acudiendo muy eficazmente al remedio, viniesen las catástrofes que acontecieron al cabo". (50)

Como puede observarse, la descripción que hace Cánovas sobre los condicionamientos históricos y las consecuencias políticas derivadas del citado provincialismo, sintetiza acertadamente la complejidad de un problema crucial en la historia de España a partir de unos razonamientos que muestran la precocidad de su autor a la hora de valorar un problema histórico de enorme trascendencia.

Sin embargo, el historicismo de Cánovas no se limita sólo a describir las vicisitudes de este pluralismo de provincias, leyes y territorios que integraba la Monarquía. Su visión política del problema le lleva, - por el contrario, a concebir una vez planteada la situación anteriormente descrita, y cuya solución "parecía cosa de muy difícil remedio y muy lento"- los dos caminos que se ofrecían a la acción política de los monarcas para afrontar una obra que era preciso "emprender con resolución y constancia si había de llegarse alguna vez a buen término". Estos dos caminos que a modo de solución sugiere Cánovas, eran en síntesis los siguientes : el primero, igualar a todas las provincias en derechos políticos, o, por el contrario, quitarles a todos la libertad política y las exenciones civiles y dejarlos por - - igual sujetos a la voluntad del soberano. En ellos puede verse reflejada la concepción centralista del Estado por parte de su autor, cuyo objetivo convierte así en prioritario para conseguir la necesaria unidad nacional y el fortalecimiento de la Monarquía:

"Dos caminos se ofrecían. Era el uno igualar a todas las provincias en derechos políticos, transportar lo bueno y ventajoso de estas a las otras, y quitar de todas ellas los gravámenes inútiles y las cosas dañosas al común. De este modo hubieran podido informarse más tarde unas Cortes generales en España, en las cuales los brazos de Aragón y Castilla, Navarra y Andalucía y Cataluña hubieran entrado con igualdad de derechos y de influencia; y no hay duda de que aquel gran Congreso, representando la libertad general del país habría acabado por establecer naturalmente y sin esfuerzo la unidad apetecida. (...) La libertad de todos, representada en estas Cortes generales de la Monarquía, habría uniformado los nombres que - tanta influencia suelen tener en las cosas, habría creado un lenguaje político común, y antes de mucho la legislación civil y criminal y los intereses y las aspiraciones de todos hubieran venido juntándose y fundiéndose y creándose una nación sola de - tantas naciones diferentes". (51)

Para llevar a cabo esta difícil empresa de unificación política e institucional, Cánovas razona su argumentación considerando la unidad religiosa como punto de partida y elemento aglutinador que podía favorecer esta tarea y, sobre todo, se detiene en considerar que tal dificultad no podía ser tan grande si tenemos en cuenta la existencia en España de leyes e instituciones representativas heredadas de la Edad Media, a través de las cuales habían quedado establecidos los derechos y deberes entre señores y vasallos y entre éstos y el monarca, formando así un cuerpo jurídico en el que quedaba a salvo la difícil correspondencia entre libertad y orden, obediencia y autoridad. Para apoyar sus argumentos, Cánovas citará, como ejemplo, una serie de leyes extraídas de nuestros -

más antiguos códigos e instituciones: del Libro de las Leyes, del fuero de Sobrarbe, de Las Partidas o del octavo Concilio toledano.

Más adelante utiliza Cánovas otro argumento que muchos años más tarde servirá, sin duda, para justificar la "necesidad histórica" de la Restauración y de la denominada "constitución interna", basada en una supuesta fidelidad tradicional de los españoles al principio monárquico:

"Y porque tales leyes y tal principio de resistencia no engrendrasen, por salvar la libertad, la -anarquía, teníamos un grande y general amor a la institución del trono, nunca puesta en duda, nunca y en ninguna parte combatida hasta entonces". Con todas estas leyes y tradiciones -dirá Cánovas- "sentados estaban los cimientos del régimen representativo, sin que se echase alguno de menos: la libertad y el orden, la resistencia y la obediencia, antítesis de difícil resolución en una sola tesis general y fecunda, pero indispensable para que tal régimen subsista". (52)

Más adelante, el autor de la Historia de la Decadencia, se refiere al otro camino que pudo haber sido utilizado por la Monarquía para conseguir la unidad nacional. A través de su argumentación puede apreciarse la tendencia canovista hacia la utilización de medidas de fuerza al servicio de un pragmatismo político ante el cual quedan supeditados los principios de libertad y representatividad, en función de una suprema "razón de -

Estado", que ha de estar por encima de cualquier otro objetivo, siempre secundario.

Partiendo de estos planteamientos, Cánovas contempla con mirada de historiador la evolución seguida por las monarquías europeas surgidas en el siglo XVI y observa a Francia como modelo de nación unificada y fortalecida gracias al ejercicio del poder que con toda autoridad fue practicado por la propia monarquía francesa.

"Bien conocemos -dice- que era mucho pedir a los reyes de entonces el que acometiesen con sinceridad y energía tal empresa. Pero si los reyes no querían procurar la unidad de la Monarquía a costa de extender las libertades y de cercenar su poderío, todavía contaban con otros medios para tener a punto la unidad deseada.

Fuera de las sendas de la libertad había otro camino por donde llegar a ella, harto contrario, aunque no de más fácil logro, y era nivelar todos los derechos, no a medida del más alto, sino a medida del más bajo; era quitarles a todos la libertad política y las exenciones civiles y dejarlos por igual sujetos a la voluntad del soberano. Así fue como la Francia llegó al punto de unidad que siglos hace alcanza. Necesitabase para ello emplear dentro del reino las fuerzas que se emplearon fuera y dedicar al logro de tan grande empresa toda la atención política y todo el poder de la corona. No había que transigir con uno solo de los privilegios, porque con eso desaparecía la autoridad y la fuerza de la nivelación, al propio tiempo que se interrumpía la unidad misma. Un día y otro, un año y otro empleados en esta tarea, y la ayuda de la Inquisición y las sangrias que ocasionaban a las provincias las Américas y las guerras extranjeras, habrían acabado por hacer posible semejante empresa, que con ser mala en sus fines y en sus principios, que

con ser injusta, habría proporcionado algún beneficio a la Monarquía trayéndole la unidad; mas con lo que se hizo, ni se ganó la unidad ni se excusaron tamaños males. Hubo represión, hubo tiranía, hubo atentados contra la libertad antigua de los ciudadanos y de los pueblos, más no se logró por eso la unidad". (53)

En síntesis, la visión histórica de Cánovas sobre las consecuencias del provincialismo responde a un planteamiento pragmático de la política cuyos fundamentos coinciden, por otra parte, con la evolución histórica seguida por las monarquías nacionales modernas que tienden hacia formas cada vez más centralizadas del poder real hasta llegar al modelo absolutista.

Ahora bien, nosotras creemos que el problema de la unidad nacional, planteado en términos históricos, trasciende el ámbito político e institucional. Es decir, el que la nación llegue a lograr la unidad nacional está estrechamente relacionado con el surgimiento de la sociedad moderna. Las implicaciones y consecuencias de que se realice o no este objetivo son de una gran trascendencia cuyos efectos repercuten también en el ámbito de la ideología. La primera manifestación puede ser, en efecto, la falta de cohesión interna entre los individuos que integran la nación al no existir un concepto unívoco de nacionalidad con el cual se produzca una identificación colectiva.

La consciencia de este problema, nunca definitiva-

mente resuelto, se deja sentir en la historiografía española, donde existen abundantes manifestaciones que hacen referencia a este tema capital y al que se contempla con frecuencia casi como una "tara" histórica insalvable que ha impedido un desarrollo coherente de la historia de España y de ahí su atipicidad con respecto a otras naciones de la Europa occidental.

La importancia de este problema se pone también de manifiesto al observar cómo la reflexión sobre este aspecto crucial de nuestra historia ha llevado, a veces, a hacer un replanteamiento global del propio proceso histórico. Así, al contemplar éste como un "cauce del vivir - colectivo" es frecuente comprobar en algunas de estas interpretaciones históricas una visión discontinua de dicho proceso, cuya manifestación ideológica sería un sentimiento de inseguridad colectiva, o, como dirá Américo Castro, "algo así como si el río no cesara de preguntarse si sus aguas van realmente por donde deben discurrir". (54)

En este sentido, y sin entrar en los llamados "odiamientos" que según el citado autor se suscitaron en torno a sus obras, pueden ser sin embargo significativas las - hipótesis mantenidas por el propio Américo Castro, en cuyos estudios ha dedicado una atención preferente al - - "devenir" de los españoles: "El historiador, -dirá- ha de tener presentes las grandiosas y tremendas consecuencias de llamarse "cristianos" -en sentido étnico y nacional- quienes hace doce siglos peleaban contra los musul

manes. Si aquellas gentes hubieran podido llamarse - "españoles", su futuro no habría consistido ni en tanta grandeza ni en tanto desastre.⁽⁵⁵⁾

Volviendo a la interpretación histórica de Cánovas y teniendo en cuenta la contundencia y el celo con que debate el tema de la unidad nacional en relación con la historia de España, estimamos justo reconocer que el autor era consciente de la trascendencia histórica de este problema, de cuya no resolución acusa a la debilidad de los monarcas españoles y, sobre todo, a su falta de visión política para dar prioridad a un problema que - exigía una pronta resolución:

"Comprobando cosas tan contrarias y tan diversos modos de conducta, llégase a dudar si el pensamiento de la unidad nacional tuvo cabida en el ánimo de los grandes reyes del siglo de oro de nuestra política. Diríase que obraron al azar y a medida del capricho momentáneo o de las necesidades del día. Pero lo más probable es que cuando el pensamiento de la unidad estuviese en todos ellos, y principalmente en Felipe II, distraídos con las empresas lejanas y las guerras extranjeras, no acertaron a obrar con el concierto y la constancia que tamaño intento requería. Fue que se dieron treguas a Cataluña y Portugal y las demás provincias para que conservasen sus fueros, mientras venía la ocasión oportuna de igualarlos con Aragón y Castilla. Y en esto precisamente hallamos nueva falta, porque no había ningún interés que debiera preferirse al de la unidad, ninguna cosa que debeira hacerse antes a costa de dejarla a ella para después". (56)

Para completar la enumeración de causas que como "gérmenes de corrupción" contribuyeron a la decadencia de España, Cánovas se refiere ahora a la "despoblación y pobreza del reino y del desarrollo y penuria de la hacienda pública, que con el fanatismo religioso y la falta de unidad política, han de contarse también entre las causas que influyeron en la ruina de nuestro poderío".

Si los aspectos ideológicos de la decadencia fueron abordados por Cánovas al referirse al tema de la ciencia y a la Inquisición, y los aspectos políticos e institucionales al hacerlo sobre el problema del provincialismo, ahora son las condiciones económicas las que completan y enriquecen la visión del autor de la Historia de la Decadencia al ofrecer un conjunto de datos, reflexiones y comentarios que ponen de manifiesto sus dotes de historiador y la modernidad que sus planteamientos historiográficos.

Así, los aspectos anteriormente citados no los concibe Cánovas de forma aislada, sino formando parte de un conjunto de factores en cuya interrelación está la clave de todo proceso histórico: "No conviene -dice- tratar separadamente de tales objetos, porque son por su índole tan semejantes y caminan tan juntos en la Historia que, sin lo uno, difícilmente puede comprenderse lo otro". (57)

Por otro lado, la capacidad de síntesis de Cánovas se pone de manifiesto en estas páginas que constituyen, por sí mismas, una acertada aproximación al tema de la -

decadencia desde la perspectiva histórica de unos condicionamientos económicos y materiales cuyas deficiencias se venían arrastrando desde el período anterior a los Reyes Católicos. Una vez más, el historicismo de Cánovas le lleva a buscar el origen remoto de las causas de la decadencia en "los siglos medios", sobre los cuales a pesar de "no existir datos concretos, sabese a ciencia cierta que siempre fueron grandes los apuros en Castilla".

El origen de estos apuros los encuentra Cánovas en la Reconquista, cuyas contradicciones y exigencias impedían el desahogo y acopio de dinero entre aquellos soberanos de la Edad Media: "Los gastos de la guerra continua contra los moros, las donaciones de los reyes al clero y a los grandes, la amortización y las exenciones de pagar que de aquí nacían, y más que todo el natural atraso y casi abandono de la Agricultura, del comercio y las Artes que, trayendo muy pobre al país, le imposibilitaban de conllevar grandes tributos, eran los principales motivos".

La visión de Cánovas sobre la Edad Media española es contemplada aquí como una herencia gravosa de atraso y escasez de cuyos agobios económicos dan prueba las medidas deflacionistas adoptadas por los monarcas y que no hacían sino agravar aún más la ya difícil situación: "Alteróse el valor de la moneda en casi todos los reinados, desde Fernando III hasta los Reyes Católicos, y se

contrataron muchos empréstitos; mas agravándose el mal con tales remedios, encontraban los reyes mayores dificultades cada día para atender a las crecientes necesidades del Estado".

Esta visión negativa de la Edad Media le lleva a nuestro autor, mediante un método de razonamiento deductivo, a desautorizar toda glorificación del siglo XVI - cuya incursión en la historia vendría ya lastrado por - los ocho siglos de Reconquista donde apenas hubo largos períodos de paz para la reconstrucción y afianzamiento de un orden social y económico duradero:

"Por esto, que pasaba en Castilla a principios del siglo XV, puede colegirse cuán infundada sea la opinión de los que suponen muy desahogado el Tesoro Público y muy florecientes las Artes, el comercio y la Agricultura durante el siglo XVI, Verdaderamente, aunque no hubiese datos ni documentos que contradijesen la opinión, el recto sentido habría de desaprobala. ¿Qué industria, ni qué comercio, ni qué maravillas de la Agricultura podían alcanzar tales pueblos, que habían vivido ocho siglos lidiando de provincia a provincia, de pueblo a pueblo, de heredad a heredad?. ¿Cómo habían de ser fabricantes ni comerciantes hombres a quienes no daban descanso ni un solo día el ejercicio de la espada?. Antes que no caminos, y puertos, y máquinas, y cosas de aquellas que se emplean en el tráfico y producción industrial, mirábanse en España sendas naturales entorpecidas o quebradas a intento, a fin de estorbar los pasos, antiguos puentes derruidos, fortalezas sembradas por llanos y montes y atestadas de instrumentos de guerra. Parte de ello era obra de los moros, parte de los cristianos, ya de los reyezuelos que ocupaban las distintas provincias,

ya de los concejos para defenderse de los ricos hombres. España era un campo de batalla, y en tales campos no nacen ni se conservan las flores de la paz". (58)

Además de estas razones, Cánovas aporta también otros datos "conocidos por noticias de viandantes" que prueban "que las Castillas, como Aragón y Navarra, a no dudarlo, eran ya, al empezar el siglo XVI tierras de - abundancia esteril, provincias de poca población, y pobres y mal cultivadas, por donde los rebaños merinos, favorecidos del privilegio de la Mesta, y que formaban la base de nuestro escaso comercio e industria, vagaban a su placer asolándolo todo, como en los tiempos bárbaros y de continua guerra, en que ellos eran la sola riqueza posible y provechosa".

Abundando en este cuadro desolador, Cánovas se refiere también a las graves consecuencias que tuvo para la economía, el vacío dejado por la expulsión de los judíos y "el número de emigrados por causa del Santo Oficio" para pasar después a exponer una afirmación que, - sin duda, sorprende por su rotundidad: "Pero, sobre todo fue fatal a nuestra población y al espíritu de laboriosidad y de producción el descubrimiento de América". Pero si en un primer momento puede, en efecto, sorprender este juicio de Cánovas, una lectura más detallada de los razonamientos utilizados pone de manifiesto la proximidad

de sus planteamientos historiográficos al compararlos con las interpretaciones que han sido después emitidas por estudios más recientes.

Sin embargo, es necesario observar aquí ciertos rasgos del pesimismo histórico de Cánovas y el hecho de que a pesar del carácter vindicativo y nacional que - - alienta en su obra, no hay aquí ninguna concesión a la trascendencia universal del acontecimiento americano, - ni nostalgia heroica de los conquistadores ni de sus - gestas. Todo ello es soslayado aquí para desmitificar - un pasado imperial que por las consecuencias que generó es valorado por Cánovas como un elemento de distorsión que vino a dificultar aún más el ya precario desarrollo de la monarquía hispánica. En este sentido, no creemos deformar el pensamiento historiográfico de Cánovas al compararlo con las tesis de uno de los historiadores españoles más autorizados, Don Claudio Sánchez Albornoz, - cuando utiliza el concepto de "cortocircuito de la Modernidad Española". A pesar de que este mismo autor haya desautorizado en parte la labor historiográfica del político de la Restauración, como ya dejamos señalado en este trabajo, creemos poder apreciar, salvando la distancia cronológica que los separa, cierta semejanza entre ambos historiadores a la hora de interpretar el acontecimiento americano.

"He aquí, -dice Sánchez Albornoz- tres desembarcos decisivos de la historia española. ¡Los desembarcos de Tariq, Colón y Carlos V! Esos tres de-

sembarcos, de tres extranjeros y no muy lejos de las playas de España, provocaron contorsiones de cisivas en la forja de lo hispánico" Y más adelante señala: "La empresa americana y las empresas europeas fueron posibles porque la estructura funcional hispana era como era al terminar el siglo XV. Pero es indudable que el descubrimiento, la conquista y la colonización del nuevo mundo y nuestras empresas imperiales en el viejo, durante los reinados de los Austrias, hicieron arder como en un gigantesco cortocircuito a la España nueva que empezaba a cuajar y contribuyeron de modo decisivo, a afirmar el estilo de vida de los peninsulares, forjado en el curso de nuestra guerra "dividinal" de ocho centurias; - contribuyeron a hacer perdurable la misma textura vital que había permitido a los españoles acometer la doble aventura cisatlántica y ultraatlántica". (59)

El descubrimiento de América ha sido, por otro lado, un tema extraordinariamente controvertido a la hora de interpretar y valorar su impacto económico y las ventajas que de ello pudieron derivarse para la economía castellana. La importancia de los planteamientos de Cánovas adquieren mayor relevancia al comprobar que en muchos aspectos se anticipa a las conclusiones a que han llegado otros historiadores cuyos datos sobre la llegada del metal americano, por ejemplo, vienen avalados por la utilización de las más modernas cuantificaciones estadísticas.

No faltan, además, argumentos moralistas para explicar, de forma muy literaria y con rasgos típicamente

románticos, la gran diáspora de la población hacia América y las consecuencias sociales que iba a implicar es te comportamiento colectivo:

"Los españoles que allá caminaron fueron tantos, que bastaron para poblar centenares de ciudades y villas en aquel continente; y si vinieron en cambio grandes conductas de oro y plata, ni fueron ciertamente tan grandes como se ha supuesto, ni recompensaron los males que nacieron de ellas. Dio el pronto enriquecimiento más y más crédito a la antigua preocupación económica, que hacía cifrar en el oro y plata la prosperidad de las naciones, primero en los gobernantes, luego en el pueblo. Ninguno viendo volver poderosos en pocos años a los que fueron pobres y mendigos, sujetaba sus pensamientos a ganar con lenta y penosa utilidad a la riqueza o la subsistencia; y lo inesperado del acontecimiento y su lejanía, daban aún estímulos a la sorpresa y valor a la fama para encajarse y mentir, fingiendo montes, ríos y mares de plata y oro y piedras preciosas con que la codicia despertaba a los más modestos y los apartaba de su hogar y antiguas preocupaciones. Todo el que sentía en su corazón sed de bienestar, de placer y de gloria; todo el que para procurárselos amaba el trabajo y la fatiga; todos los emprendedores y laboriosos y alentados salieron por tal manera de España; la mayor parte al Nuevo Mundo, bastantes, como arriba indicamos, a las guerras de África y Europa. Bien pudiera decirse que el quedar en España en tales tiempos y con tan deslumbradoras esperanzas por fuera, era señal casi segura de poquedad de ánimo, de imbecilidad o pereza (...). El hecho fue que se abandonó todo género de trabajo, viéndonos obligados antes que mucho a traer de países extraños hasta los objetos más necesarios para el consumo, comprándolos con los tesoros que venían de América, y por lo mismo ha podido decirse con mucha razón que no fue España sino un puente para que éstos pasasen seguros a otras naciones más laboriosas". (60)

Ahora bien, para Cánovas, la explicación de estos fenómenos ha de buscarse, por un lado, en los errores - políticos de la monarquía: "planteose un sistema inmenso de monopolio que a un tiempo ataba los brazos de Europa y América, dañando tanto a la una como a la otra, sin favorecer a nadie en suma: que es lo que suele suceder con tal género de errores". Y por otro lado, están también lo que el autor denomina "preocupaciones particulares" y que son, en definitiva, aquellas que respondían a los intereses y privilegios de los estamentos superiores: el clero y la nobleza. Cánovas reconoce previamente que tales "preocupaciones" las hubo en todas partes, "pero causas diversas, religiosas y políticas, hicieron que ellas se afirmaran y duraran más que en alguna otra en España". Sin embargo, lo que hay detrás de esta especie de perifrasis semántica es, sin duda, el reconocimiento del - extraordinario poder territorial y económico de la Iglesia en España y que por su condición jurídica de "mano muerta", Cánovas denuncia como una rémora para el desarrollo productivo de la nación. Se refiere expresamente a "la amortización eclesiástica, tan combatida por algunos fueros y leyes españolas de la Edad Media, tan favorecida después por la devoción exagerada de los vasallos, la tolerancia de los reyes y la codicia de los clérigos, y ahora más que nunca acrecentada". Y más adelante dice el autor sobre las consecuencias de esta amortización:

"Será verdad que la acumulación de capitales en manos de comerciantes, industriales o agricultores proporcione ventajas a las grandes empresas y acreciente la producción en ocasiones; más no lo es de seguro que tal acumulación puede haberla sin notorio perjuicio en manos de eclesiásticos"(61)

En cuanto a las responsabilidades de la nobleza, Cánovas se refiere, sin decirlo expresamente, al arraigo del concepto estamental del honor que viene así a desempeñar la misma función amortizadora al ser abandonada toda actividad útil y productiva por parte de la nobleza:

"De tales preocupaciones fue también, y acaso la más funesta, el juzgar impropios de la nobleza y la hidalguía la profesión del comercio y de las artes útiles, lo cual amortizó por sí solo los inmensos capitales que poseían los grandes e hidalgos y otros muchos de personas ricas que, vendiéndose los títulos a dinero, preferían comprarlos con él a emplearlos en cosas que les deshonoraba. Llegóse a tener por más digno el servir a las personas de calidad que no el vivir con el trabajo propio en libertad y holgura. Errores y preocupaciones todas que desde Carlos V han venido perpetuándose con diversas formas hasta nuestros días".

Por último, el autor se refiere también a atraso de España respecto a los nuevos planteamientos económicos en relación a otros países de la Europa occidental:

"Y es que Felipe II, lo mismo que Carlos V, desconocieron los altos principios que después ha desenvuelto la ciencia económica, y quiso la suerte que ni siquiera por azar diesen con ellos, como aconteció en otras partes. Porque a tientas fue; pero ello es que la paciente república de Holanda y la Inglaterra primero y luego la Francia dieron con ciertas verdades, a las cuales debieron muchas ventajas (...) mientras que los españoles sin grande interés por la industria, sin medios de sostener por lo pronto competencia alguna en los mercados, con oro en abundancia y esperanza de tenerlo siempre y de tener más cada día, dejaban tal camino casi completamente abandonado" (62)

Para terminar, el autor sintetiza y enumera las causas anteriormente mencionadas para concluir emitiendo un juicio que en cierto modo viene a justificar, a la vista de estos antecedentes, el atraso secular de España y por ello se advierte también un cierto determinismo que hacía inevitable la posterior decadencia del siglo XVII . "...compréndase finalmente -dice- cuán pobres y tristes debían ser a últimos del siglo XVI aquellas provincias que estaban a la cabeza de tantos países y hacían de centro, de alma, de señor de todos ellos. Hasta nuestros días no ha sido puesto en su punto de verdad esta situación, obscurecida primero por los cantos hiperbólicos de los poetas árabes, y después por el pomposo patriotismo de los escritores castellanos (...). Los extranjeros solían juzgarnos mejor en esta parte; y los pocos que visitaron nuestro país durante el siglo XVI, están conformes en que las Artes y la Agricultura y el interior del país presentaban entonces el aspecto mise-

rable que han presentado hasta nuestros días."

Como puede observarse por las referencias anteriormente mencionadas, los antecedentes históricos de la decadencia española los sitúa Cánovas a lo largo de un período histórico muy anterior al que se alude en el subtítulo de la obra que aquí comentamos, es decir, -- "desde el advenimiento de Felipe III al Trono hasta la muerte de Carlos II".

En este sentido, creemos oportuno señalar, de acuerdo con su contenido, dos niveles de análisis que se corresponden, en la forma, con la estructura, o mejor, con el título y el subtítulo de la obra. En efecto, bajo el título de Historia de la Decadencia, Cánovas nos ofrece una amplia reflexión histórica a través de la cual su concepto de decadencia viene a ser el resultado de un conjunto de factores que no son exógenos o que han venido determinados desde fuera debido a una específica coyuntura de crisis, sino que vendrían formando parte de la propia historia nacional, a modo de elementos "caracteriológicos" de la colectividad hispánica. Es decir, la deducción de Cánovas al estudiar la historia de España es que la decadencia es moral, espiritual, de ahí puede deducirse también su desconfianza en el pueblo español, idea que constituye uno de los principios básicos en relación con la interpretación canovista de la historia.

El otro nivel de análisis lo constituiría, más concretamente, la crónica histórica referida al período de --

los tres últimos monarcas de la dinastía Austriaca, tal como queda especificado en el subtítulo de la obra. A lo largo de sus páginas puede apreciarse -dejando aparte la relación puntual de los acontecimientos políticos y militares- que lo que a Cánovas le interesa destacar no son tanto las causas de la decadencia, puesto que estarían ya sobreentendidas, sino más bien la actitud y el comportamiento adoptado por los políticos y hombres de gobierno, su capacidad para hacer frente a los graves problemas que planteaba la desafortunada política imperial, o si se quiere, su capacidad para "administrar" la inevitable decadencia. También aquí la peculiar visión de Cánovas se pone de manifiesto al concluir así el estudio del período mencionado:

"En España no se ve un solo Ministro con cualidades de hombre de Estado, y, con esto, podría explicarse nuestra ruina. Faltó en todos, según el economista Osorio y Redin, el don del consejo; que pobremente explicó Campomanes diciendo que debía consistir en tener establecidos métodos constantes de aprovechar utilmente las personas. El don del consejo que faltó en España fue el que tuvo Sully y el que han poseído tantos Ministros extranjeros: el de advertir las necesidades públicas a tiempo y aplicar a ellas los oportunos remedios. No tuvimos en el poder un solo hombre que así fuera, al paso que abundaban otra casta de hombres funes-
tisimos a la república que hoy llamamos hombres de gobierno; capaces de oprimir, de vejar, de contener; incapaces de administrar, de favorecer, de remediar, de atender al bien público". (63)

Sin apartarnos de este doble nivel de análisis en

que nos hemos situado, podemos observar, a su vez, dos tiempos históricos interrelacionados que se corresponden también con la propia dualidad del título de la obra que comentamos. Así, el concepto de decadencia para nuestro autor tendría así un carácter estructural, entraría en ese tiempo de la "larga duración" y, por otro lado, el período concreto de los tres últimos austrias sería así un "tiempo corto", el de la coyuntura histórica de la segunda mitad del siglo XVII, en donde la "larga duración" de la propia historia de la decadencia no hace sino concluir su propio ciclo histórico, coincidiendo ahora con la decadencia moral de los monarcas y de sus propios súbditos.

En efecto, para Cánovas, como para algunos moralistas españoles de 1600, acaba por estar presente la idea de que España sigue el ciclo del Imperio Romano: enriquecimiento, corrupción y decadencia. España se encontró de pronto abocada a hacer frente a las necesidades de un Imperio y durante un siglo conservó su grandeza gracias al heroísmo de su pueblo y a la buena estirpe de sus primeros monarcas, pero cuando ambos faltaron la ruina sería inevitable. Cánovas se refiere así a este proceso:

"Hemos visto también que ninguno de los príncipes que imperaron entre nosotros durante el siglo XVI acertó con los medios de destruir o de aminorar en tanto como se pudo las llagas de la Monarquía.

Pero si aquellos grandes reyes no hicieron todo

lo que debían, tuvieron hartas prendas para esconderlas de modo que no apareciesen a los ojos extranjeros. Ellos hicieron útil empleo las más veces del poder de la nación, que era, a pesar de todo, muy grande, y aprovechándose de las ventajas que ofrecía el espíritu de los naturales, su valor, su sobriedad y el oro de América y la muchedumbre de sus fortalezas y provincias, vivieron y murieron grandes reyes. No de otra manera la Roma de Augusto escondía en su seno las flaquezas que vinieron a destruir el Imperio de Honorio. Es que como nada hay perfecto en este mundo y los grandes imperios, por lo mismo que tienen mayores fuerzas, suelen tener mayores enfermedades que otros, necesitan precisamente de príncipes ilustres que los gobiernen. Tales fueron en España - Fernando V, Carlos V y Felipe II.

Tocanos decir, en adelante, cómo otros reyes más desidiosos y menos inteligentes, entregados a vergonzosas tutelas, dejaron que los ocultos males de la Monarquía saliesen a la faz del mundo y que llegaran a ser inmensos e irremediables" (64)

Ahora bien, la visión canovista sobre la decadencia y sobre la propia historia de España se verá perfilada a través de las reflexiones y juicios emitidos por su autor al final de esta primera obra, cuyo carácter romántico queda reflejado no solo en el tono sentimental que se advierte en la forma de narrar los acontecimientos sino también en la constante referencia a un pasado nacional idealizado y definitivamente perdido. "Con la España austriaca -dice Cánovas- pereció la verdadera, la antigua, la grande España de los Reyes Católicos, no quedando más que el odio que a causa de lo pasado nos han profesado hasta ahora unánimemente los extranjeros". (65)

Sin embargo, es preciso destacar también, la acertada interpretación de Cánovas cuando sitúa la decadencia de España en el contexto histórico de Europa de cuyo proceso España quedaría marginada en su empeño por defender una política no solo errónea sino desfasada y anacrónica:

"La decadencia de España coincidió desgraciadamente con la constitución definitiva de Europa; con el sistema de su equilibrio, con los grandes descubrimientos y adelantos científicos, con la generación de todos los intereses, de todos los principios, de todas las necesidades que hoy tiene el mundo. El siglo XVI y la primera mitad del siglo XVII, no pueden ser considerados sino como el final de la Edad Media y el principio de la Edad Moderna". (66)

Por otro lado, no hay duda que el concepto canovista de la decadencia, con toda la carga de reprobación y de tragedia con que Cánovas hace su valoración y balance histórico, es imputada a la dinastía austriaca, cuyos representantes son sometidos al juicio moral e implacable del autor de la Historia de la Decadencia y a los que atribuye la gran responsabilidad histórica de haber hecho inevitable la ruina definitiva del prestigio y la grandeza de una monarquía cuyos sólidos cimientos habían sido supuestamente establecidos en la época de los Reyes Católicos:

"La dinastía austriaca estaba moralmente muerta; acabó cuando debía morir: cuando no le quedaba ya un solo defensor desinteresado. El mal gobierno de Felipe III y del Felipe IV, los horrores de la Regente, la nulidad de Carlos II y la avaricia de su mujer Doña Mariana, habían hecho odioso a todos los españoles el nombre austriaco" (67)

Sin embargo, es interesante resaltar que a la hora de imputar responsabilidades históricas, el juicio de Cánovas no se detiene en los representantes austriacos, sino que lo hace extensivo también a sus sucesores, los Borbones, quienes no hicieron sino "prolongar el estado de decadencia a que nos trajo la dinastía austriaca". Se trata, pues, de un dato curioso por su singularidad, puesto que en la producción historiográfica de Cánovas no existen estudios sobre el período de los Borbones. En el texto que aquí reproducimos puede apreciarse que la crítica de Cánovas hacia los representantes regios de la dinastía borbónica responde, en gran medida, no solo a su carácter de extranjera, sino a la forma impositiva que tuvo su instauración, factores que necesariamente tenían su rechazo en el nacionalismo castellano de Cánovas:

"Los monarcas que sucedieron a Carlos II, aunque no tan enfermos como él, ni tan disolutos como Felipe IV, ni tan fanáticos como Felipe III, estuvieron lejos de alcanzar las altas calidades de Fernando V, Carlos V y Felipe II, y de tener su fortuna. Puestos en el Trono contra la voluntad de Europa y de una parte muy considerable de la Monarquía, encadenados al capricho de la Francia

que los había engendrado, y a la cual debían sus personales grandezas, absolutos en una nación sin unidad ninguna, cópistas serviles en un pueblo enteramente original y de peculiárisimas costumbres y necesidades, tímidos en el bien como en el mal, sin graves defectos el peor con pocas cualidades el mejor de ellos, no han hecho más que prolongar el estado de decadencia a que nos trajo la dinastía austriaca. Tal vez no han aparecido durante un siglo nuestras flaquezas tan a los ojos del mundo; pero es porque los nuevos monarcas no eran ya temidos por bastante temibles para que las demás naciones se ocupasen de averiguarlas". (68)

La Historia de la Decadencia la concluye su autor con dos reflexiones que en principio podrían parecer contradictorias y, no obstante, resumen las características que identifican a Cánovas en esta primera época, como un historiador romántico: preocupado por un pasado nacional cuyos orígenes medievales fueron después desvirtuados, no sólo en cuanto a sus instituciones más genuinas y legítimas, sino en cuanto a la propia colectividad de una raza cuya decadencia haría irreconocible su antigua dignidad y grandeza. Es precisamente el "decaimiento del carácter nacional" lo que más lamenta este Cánovas romántico y sobre el que volverá de nuevo a reafirmarse hacia los años setenta. Pero entonces, hará extensivo esta decadencia a la más amplia comunidad de los pueblos latinos frente al vigor de los del norte, cuya representación vendrá ejercida por la joven Alemania recientemente unificada:

»

"Lo que nunca podrá deplorarse bastante será el íntimo decaimiento del carácter nacional, de aquella noble y altiva naturaleza que podía ser oprimida y desaprovechada, pero que hacía aún de la española una de las razas más respetadas, aunque más calumniadas y aborrecidas del mundo. Cosa debida sin duda a la indiscreta importación de leyes y costumbres y necesidades extranjeras, que quebrantaron las tradiciones y transformaron los sentimientos y arrancaron la antigua fe, y entibiaron la dignidad antigua de nuestra raza." (69)

La otra reflexión con la que finaliza Cánovas su Historia de la Decadencia viene a contrarrestar de alguna manera todo el pesimismo con que ha acompañado sus ideas anteriores y donde podría apreciarse cierto tono "regeneracionista". Cánovas reivindica no sólo la confianza en el futuro sino que a modo de los viejos arribistas intenta poner remedio a los problemas exponiendo ahora como político, una serie de objetivos que han de conseguirse para levantar a España de su secular decaimiento.

Como podrá comprobarse, dichos objetivos se refieren, sobre todo, al ámbito de la política internacional y ello es debido, sin duda, al condicionamiento histórico que ha supuesto para Cánovas el estudio del siglo XVII y a su afán por reivindicar y recuperar el prestigio de España.

Sin embargo, a la vista del proceso histórico se-

guido. posteriormente por España, ninguno de los objetivos propuestos por Cánovas llegarían a cumplirse. Su idea apuntada aquí de la necesidad de una unión de España con Portugal constituye también uno de los temas políticos más acariciados por Cánovas y al que dedicará una atención preferente en sus Estudios sobre el Reinado de Felipe IV, como veremos en su momento. Por otro lado, es necesario destacar dos principios básicos que condicionan el pensamiento histórico canovista en relación con los problemas del Estado y de la política internacional: la integridad de España y una extrema prudencia en los asuntos internacionales. En función de ellos se pronuncia Cánovas en esta ocasión por la recuperación de Gibraltar y por una orientación africana en la política exterior. Sin embargo, en la base de sus razonamientos está el temor de que España haya quedado marginada de la configuración de la Europa moderna, cuyas fronteras territoriales quedaron establecidas, según el autor, tras la Guerra de Sucesión, es decir, en el Tratado de Utrecht.

En este sentido, la idea de Cánovas es que España debía hacer un esfuerzo por mantener y defender sus intereses en el concierto de las naciones europeas, puesto que, como el mismo dirá, "no se ha de hacer una Europa distinta cada día". Después de resultar el "renacimiento" de ese carácter español manifestado en la Guerra de la Independencia, Cánovas concluye con estas palabras que quieren ser esperanzadoras:

»

"España puede ser todavía una gran nación continental y marítima, uniéndose pacífica y legalmente con Portugal, su hermana, comprando o conquistando a Gibraltar tarde o temprano, y extendiéndose por la vecina costa de Africa. Pero también puede quedar reducida a nulidad vergonzosa, ejecutándose en todo o en parte, y antes y después, aquel funesto pensamiento de los Bonaparte que era traer al Ebro la frontera francesa y dando a Portugal la Galicia, repartir la Península entre dos Coronas casi iguales en poderío. La sabiduría del Trono, el patriotismo de la nación, el espíritu de libertad y de gloria pueden lograr lo primero. La imbecilidad de los que manden y el envilecimiento de los que obedezcan pueden traernos a lo segundo. Y no hay tanto que esperar como se piensa, porque el mapa de Europa va a constituirse de nuevo. ¡Ay de los que queden perjudicados en ellos y tengan que esperar, para resarcirse, a una nueva recomposición de este mapa europeo que con tantos defectos es hoy el mismo poco más, poco menos, que dejaron construido las guerras de principios del siglo - XVIII y señaladamente las que originó la sucesión de Carlos II! No se ha de hacer una Europa distinta cada día". (70)

2. EL PERIODO DEL SEXENIO REVOLUCIONARIO: 1868-1874

2.1. La Actividad Política de Cánovas

Tomando como referencia la fecha de publicación, de acuerdo con el criterio cronológico que ha sido adoptado para el análisis de las obras históricas de Cánovas, el Bosquejo Histórico (1869) responde, pues, a una nueva etapa, quizá la más decisiva, no solo para la producción historiográfica, sino también en la configuración política e ideológica de su autor.

Desde 1854, comienza, por así decirlo, el período álgido en la vida de Cánovas, cuya incorporación a la política activa se va a desarrollar de manera creciente a través de los sucesivos cargos que irá desempeñando - hasta conseguir un protagonismo indiscutible como "artífice" de la Restauración. Todos estos años de intensa actividad han sido ampliamente referidos por sus biógrafos, sin embargo, creemos oportuno recordar, aunque sólo sea de forma meramente descriptiva, este "curriculum" político de Cánovas, según queda sintetizado en las palabras de su propio hermano:

"Diré tan sólo, por tratarse de hechos íntimamente ligados con su persona, que fue auditor de guerra y oficial del Ministerio de Estado en el citado año (1854), cargo el primero que no llegó a desempeñar. Agente de preces en Roma, en defecto del - embajador, por hallarse interrumpidas las relaciones de España con la Santa Sede, y cuyo sueldo y



derechos ahorró en mucha parte para traerse, como se trajo de allí, un cargamento de libros; diputado por primera vez, elegido por Málaga, en las Cortes Constituyentes de 1854 a 1856; Gobernador Civil de Cádiz en 1857, o durante el Ministerio del General Armero; director general de Administración en tiempo del General O'Connell, siendo Ministro de la Gobernación el Sr. Posada Herrera, Subsecretario del mismo en 1864, o en aquel Ministerio que se llamó Món-Cánovas; de Ultramar en 1865, bajo la presidencia de nuevo del General O'Donnell; uno de los pocos hombres de la Unión Liberal (refiriéndome a mi hermano) que no tomaron parte en la revolución de septiembre de 1868 y se mantuvieron fieles a la dinastía legítima, absteniéndose de votar en las Cortes y prestar sus servicios después a D. Amadeo de Saboya; Director, en virtud de los poderes que le confirió la Reina doña Isabel II, de la Restauración; Presidente del Ministerio-Regencia una vez hecha ésta, y luego del Consejo de Ministros en 1875, cargo que desempeñó seis veces; individuo de número de las Reales Academias Española, de la Historia, de que además fue director; de la de Ciencias Morales y Políticas, de la de Nobles Artes de San Fernando y de la Real Sevillana de Buenas Letras; Presidente tres veces, del Ateneo de Madrid y una de la Real Academia de Jurisprudencia; condecorado con la insigne Orden del Toisón de Oro; el Gran Cordón de la Legión de Honor, de Francia; la Gran Cruz de Santiago y la de la Torre y la Espada, de Portugal, y demás que cita en su Necrológica, el Sr. Vignau". (71)

En efecto, al nuevo período historiográfico que se inicia a partir de la publicación de la Historia de la Decadencia en 1854, va a suponer un cambio significativo en la actividad política de Cánovas al incorporarse al partido de la Unión Liberal y participar como diputado en las Cortes Constituyentes de aquel año. Ello supone,

en definitiva, abandonar su actividad como conspirador de aquella primera etapa del romanticismo, de las tertulias literarias y del periodismo, para pasar a formar parte de la clase política de la era isabelina, donde Cánovas irá adquiriendo el "rodaje" necesario para convertirse en un profesional de la política. (72)

A lo largo de estos años, irán apareciendo los diversos partidos que formarán después el espectro político del Sexenio. Dentro de este pluralismo Cánovas se mantendrá fiel al ideario de un liberalismo conservador representado por el partido de O'Donnell, la Unión Liberal, cuyos orígenes, "se remontan a la oposición de los puritanos contra la versión "exclusicista" del gobierno moderado, así como a la oposición constitucional de progresistas y moderados contra gobiernos cortesanos anterior a la revolución de 1854, oposición simbolizada en el "abrazo" de Espartero y O'Donnell de ese año". (73)

De acuerdo con estos planteamientos políticos, Cánovas afirmaría la doble necesidad de una "revolución" contra un gobierno "opresor e inmoral" y la de una "conveniente ponderación de fuerzas políticas, buscando el justo medio". (74) Así lo manifestará en uno de sus primeros discursos en las Cortes:

"Aquí hay un partido republicano y otro reaccionario; formemos nosotros un tercer partido constitucional. Este tercer partido, que no tiene recuerdos, que no se sabe de dónde viene, pero que

se sabe a donde va, según la expresión feliz de uno de los caudillos de Vicalvaro; que va a la libertad y al orden; que no va a nada de lo que ha pasado; este partido reclamado por las circunstancias, más poderosas que las miserias de los hombres y las preocupaciones de los partidos, no diré que esté ya formado, pero sí que pronto, muy pronto, lo estará. No hay ya entre unos y otros más que una diferencia mezquina, insignificante: el nombre. Y esto sin renunciar nosotros a ninguno de nuestros principios fundamentales, sin renunciar más que a los accidentes... que se diga si los principios que hemos sostenido, de los principios por los que hemos combatido en nombre de la Unión Liberal, existen diferencias esenciales que sean importantes, insuperables. No existen... En nombre de la Patria, de las ideas liberales y del trono Constitucional, marchemos adelante llevando por bandera la Unión liberal, y si algún día cae esa bandera seremos los últimos que la separaremos de nuestros brazos, que dejemos de pelear bajo su sonrisa: con ella triunfaremos o con ella sucumbiremos también". (75)

Es indudable que Cánovas hace su aparición en la escena parlamentaria con pie firme y que su fama de poseer excelentes dotes para la oratoria y la persuasión quedarían confirmadas frente a sus compañeros diputados de mayor edad, como Olózaga, quien auguró para el joven diputado malagueño "días muy gloriosos a nuestro Parlamento".

En su intervención, antes mencionada, quedaría prefigurado el credo político de la Unión Liberal, como una contribución positiva hacia una forma de gobierno -

estable, una especie de "tercera via" entre las posiciones más extremas basada en la socorrida fórmula del centrismo o el "justo medio".

Sin embargo, para los que no se sentían identificados con esta "gran familia liberal", no ofrecía con fianza este intento conciliador. Los viejos políticos - "calificaron a la Unión Liberal de consorcio inmoral - formado para atraer a los progresistas y moderados hambrientos de cargos, sacrificando ambos grupos sus principios políticos y tildándola de artificio gubernamental basado en un uso inteligente y discriminatorio de los amañeos electorales, de asamblea de ambiciosos "sin tradiciones, sin principios y sin futuro". No se le reconocía como partido. Era una mescolanza de solos políticos" muy parecida a las tropas irregulares de Turquía".⁽⁷⁶⁾

Y, en efecto, este intento conciliador, nunca logrado, dominará la historia política de España desde 1856 a 1868 cuyo fracaso atribuyeron los liberales, a una dinastía rodeada de una corte oscurantista y milagrera "que llevó la reacción hasta el extremo de poner en peligro la propiedad y acabar con la prosperidad".⁽⁷⁷⁾

Las primeras intervenciones de Cánovas, no se limitaron sólo a enunciar declaraciones de principios, sino que su participación se haría sentir también a la hora de discutir y configurar el proyecto de bases de la Constitución, presentada a las Cortes por la Comisión -

el 13 de Enero de 1855.

Es interesante destacar las ideas manifestadas por Cánovas en aquella ocasión para comprobar cómo desde un principio la fidelidad al principio de la legitimidad monárquica constituye un elemento esencial en el pensamiento canovista, así como el rechazo al sufragio universal, cuya exclusión queda asegurada mediante la consabida fórmula doctrinaria: la soberanía reside en "el trono con el pueblo", un "sistema medio, que armonice la voluntad de un "cuerpo electoral limitado" con la representación histórica del poder real. Para defender este sistema "único valedero y posible en la escuela monárquica", Cánovas -como dirá su mejor biógrafo- "posterga deliberadamente toda cuestión filosófica o de principios a la viabilidad del procedimiento adoptado para obtener la oportuna representación nacional". (78)

Cánovas no cree tampoco necesario profundizar en la teoría ni en el Derecho. Le es suficiente recordar, apoyándose en su conocimiento de la Historia de España, que el principio de la soberanía "en si mismo, filosóficamente considerado, el hecho moral, no ha sido negado ni aún en tiempos de Carlos II". Pero veamos como expone Cánovas estos argumentos en su interlocución parlamentaria:

"Sin soberanía nacional escrita, puede establecerse un gobierno liberal, y con la soberanía nacional escrita, puede muy bien haber un Gobierno

absoluto. Nosotros lo que queremos todos es un Gobierno liberal, muy liberal y esté o no escrito al principio, esté formulado de ésta o de aquélla manera... Si hay quienes creen que las Naciones no pueden bajo ninguna forma demostrar su libre albedrío, y hay otras que lo creen fácilmente hallado en la mecánica realidad del sufragio universal, puede haber otros, los hay, que lo buscan cuidadosamente, que examinan, que investigan todos los hechos que pueden servir para aclarar su juicio, sin fiarse de mentidas apariencias. Este es mi punto de vista... En donde quiera que encontramos, en una gran Nación, una gran catástrofe o un suceso de esos que hacen innecesaria la intervención de la soberanía, lo que debemos hacer es estudiar todos los elementos, recoger todas las voces, seguir, para apreciarla, todos los pasos de la voluntad pública. Fijémonos, un ejemplo, en la guerra de la Independencia y veremos a la Nación entera que se alza, que derrama a torrentes su sangre. ¿Por qué? Por la dinastía de los Borbones. ¿Por qué? Por su libertad y su independencia. Pues bien: he aquí manifestada claramente la soberanía nacional; clara y potente esta allí la voluntad nacional... Lo mismo da votar que empuñar las armas. Algo más claro y más digno de atención es ver correr a todo un pueblo a las armas y dejarse diezmar por defender una idea, que no verlo ir a los comicios a votar". (79)

La argumentación de Cánovas sorprende, no sólo por el falso liberalismo que encierra sino por proceder de un conocedor y estudioso de la historia de España. Su consabida y profunda desconfianza en el pueblo español, verdadero origen de su rechazo al sufragio universal, es aquí habilmente camuflado al ser utilizado como ejemplo para justificar, en función de un grosero pragmatismo, una concepción de la soberanía nacional que parece -

ignorar la diferencia que existe entre votar y empuñar las armas. Esta tajante afirmación, cuyo sentido último llega al borde del irracionalismo, está basada en una - evidente falsificación de la historia de España, o, más concretamente, del significado de la guerra de la Independencia, puesto que Cánovas no desconocía las consecuencias dramáticas que siguieron a aquel acontecimiento, de bidas, fundamentalmente, a las profundas contradicciones e intereses enfrentados, y sólo aparentemente camuflados por la heroicidad de un pueblo en defensa de su independencia nacional. "El movimiento, en su conjunto, -observaría Carlos Marx- más parecía dirigido contra la revolución que a favor de ella. Era al mismo tiempo nacional, por proclamar la independencia de España con respecto a Francia; dinástico, por oponer el "desado" Fernando VII a José Bonaparte; reaccionario, por oponer las viejas instituciones, costumbres, leyes a las racionales renovaciones de Napoleón; supersticioso y fanático, por oponer la "santa religión" a lo que se denominaba ateísmo francés, o sea, a la destrucción de los privilegios especiales de la Iglesia romana. Los curas, a quienes aterrizzaba la suerte que habían corrido sus cofrades en Francia, instigaron las pasiones populares por instinto de conservación. "La llama patriótica- dice Southey- se vió accionada todavía más por el santo óleo de la superstición". (80)

El sentido de nuestra crítica a la argumentación de Cánovas, coincide, en este caso, con la de Fernández

Almagro, quien reconoce cómo Cánovas "sin esforzarse en la prueba, y descuidando la doctrina se lanza pragmáticamente al ejemplo de un hecho, a nuestro juicio, discutible e insuficiente (...), la voluntad de los españoles se acreditó ciertamente en la lucha contra el invasor, - pero no en pro de una positiva solución política. La - discordia interna se produjo en seguida, y hasta simultáneamente, con caracteres bien dramáticos, y en todo caso, el ejemplo deja intacto el problema técnico del procedimiento que haya de aplicarse para lograr una auténtica representación nacional." (84)

Y, en efecto, he aquí, en el "problema técnico del procedimiento" donde radica la cuestión clave para desvelar la concepción canovista sobre la representación nacional. El control "técnico" del funcionamiento electoral mediante la manipulación de los sufragios será para Cánovas la llave maestra que abra y cierre, según convenga, las compuertas de un sistema político basado en el caciquismo y el falseamiento sistemático de unas instituciones al servicio de unos intereses oligárquicos.

Para quien veinte años más tarde se convertiría en el "artífice" de la Restauración y que no mostraría ninguna aversión a fraudes y manipulaciones electorales, tales procedimientos estaban justificados en función de esos - mismos intereses oligárquicos supuestamente amenazados si se permitía la autenticidad en el ejercicio electoral. En efecto, ello suponía para Cánovas la "ruina del principio de propiedad" como el mismo afirmará -

con la mayor sinceridad y crudeza en uno de sus discursos parlamentarios de 1888: "Yo creo, que el sufragio universal, si es sincero, si da un verdadero voto en la gobernación del país a la muchedumbre, no solo indocta, que eso sería lo de menos, sino a la muchedumbre miserable y mendiga, ha de ser el triunfo del comunismo y la ruina del principio de propiedad."⁽⁸²⁾

Pero volviendo a la intervención parlamentaria de Cánovas en las Cortes Constituyentes de 1855, resulta revelador la apreciación de Ortega y Gasset, mencionada anteriormente en este mismo trabajo, cuando advierte que hacia el año 1854 "es donde en lo soterrado se inicia la Restauración". Siguiendo la trayectoria de Cánovas se advierte cómo su evolución ideológica se va configurando con la "clase política" de la era isabelina, donde el estudio y la profundización teórica son sacrificados en función de un pragmatismo dinástico de escaso alcance.

Durante todos estos años, la Unión Liberal fué, - sin duda, una excelente escuela de aprendizaje político donde Cánovas conocerá bien los entresijos del poder y de la Administración, sobre todo al lado de Posada Herrera, el "gran elector" y digno precedente de su posterior homólogo en el cargo de Ministro de Gobernación, Romero Robledo. Las "habilidades" del primero para amañar elecciones se pusieron claramente de manifiesto cuando - - O'Donnell accede de nuevo al poder el 30 de junio de 1858. El triunfo electoral de la Unión Liberal fué tan desbor-

dante que, según cuenta F. Almagro, sorprendió, incluso al propio O'Donnell, quien preguntó ingenuamente a su ministro de Gobernación: "¿Qué ha hecho usted para sacar de las urnas tanto diputado adicto...? A lo que contestó Posada Herrera: "Yo soy cristiano viejo, y pongo mucho cuidado en que mi mano izquierda no sepa lo que hace mi mano derecha..." (83)

En estas elecciones, obviamente, Cánovas salió elegido diputado por partida doble: por Coin y por Málaga, optando por esta última representación.

Durante estos años alterna su actividad parlamentaria con los dos cargos concedidos por Posada Herrera: La Dirección General de Administración y la Subsecretaría de Gobernación, cargo que desempeñaría hasta marzo de 1863. Ambos políticos colaboraron también en los proyectos de Ley sometidos a la deliberación de las Cortes en la legislatura de 1859, sobre Presupuestos y Contabilidad de Ayuntamientos y Diputaciones, gobierno de las provincias y organización municipal, sin olvidar que Cánovas ya había desempeñado el cargo de Gobernador Civil de Cádiz en 1857, durante el gobierno del General Armero.

Teniendo en cuenta todos estos años de aprendizaje y actividad política, no resulta extraño el juicio crítico que le mereció a Ortega y Gasset el gran político malagueño: "Cánovas, señores, no era una criatura inocente; yo respeto sinceramente su enorme talento, tal

vez el más grande de su siglo en España para cuestiones ideológicas, si hubiera podido dedicar a ellos su vida; más por encima de ser un gran erudito, y un gran orador, y un gran pensador, fué Cánovas, señores, un gran corruptor; como diríamos ahora, un profesor de corrupción".(84)

Ahora bien, la idea de que hacia 1854 se puede encontrar "el inicio de la Restauración", nosotros que-remos interpretarla aquí como punto de referencia, no en cuento a sus posibles orígenes de corruptelas electorales, sino más bien, considerando la Unión Liberal como un intento político conciliador -cuya inviabilidad desembocaría en la Revolución del 68- al igual que la Restauración supuso también, en el proyecto político de Cánovas, un intento de conciliación política nacional, basado en el concepto ideológico de la "legitimidad histórica".

Si contemplamos, desde una amplia perspectiva histórica, ambos proyectos políticos, creemos poder detectar una cierta continuidad en cuanto a su contenido ideológico. En primer lugar, observamos unos procesos revolucionarios, aunque distintos en intensidad, que preceden a cada uno de ellos: el de 1848-1854, anterior al intento conciliador de la Unión Liberal, y el de 1868-1874, que precede a la Restauración. Son curiosamente, dos -- "sexenios revolucionarios", cuya abortada consecución pondría de manifiesto el tímido proceso de la revolución burguesa en España, aspecto que constituye, uno de los

temas más controvertidos de nuestra historiografía.⁽⁸⁵⁾

Por otro lado, ambos procesos revolucionarios, que tienen un claro protagonismo del Ejército, serán "clausurados" mediante un pronunciamiento militar, a partir del cual se intenga un proyecto de "conciliación" política, de contenido reformista, que asegure la defensa incuestionable de la Monarquía Legítima, mediante la exclusión de las fuerzas políticas que son consideradas, desde ese centro, como las más extremas: republicanos y carlistas.

Por último, es preciso constatar, en el "haber" de ambos proyectos políticos, el progreso económico experimentado tanto en la "era de O'Donnell" como en los años de la Restauración Canovista.

2.2. La Influencia Ideológica del Eclecticismo Filosófico: La Alternativa Krausista.

Las contradicciones políticas e ideológicas que subyacen en estos intentos reformistas, a medio camino entre la revolución y el conservadurismo extremo encuentran su correspondencia teórica en una filosofía necesariamente ecléctica de cuyos planteamientos participan tanto la burguesía liberal como la conservadora, o, si se prefiere, progresistas y moderados.

La influencia en España de este eclecticismo filosófico procede de dos autores extranjeros que van a

encontrar el terreno abonado para que sus doctrinas tuvieran un gran éxito y repercusión en España: un francés, Victor Cousin y un alemán, Krause. Del primero ya se había traducido en España, en 1847, su "Cours de l'Histoire de la philosophie" y su doctrina fué acogida entonces con entusiasmo por el partido moderado a través de uno de sus más insignes representantes, Martínez de la Rosa.

Los progresistas, por el contrario, harían suya la doctrina krausista, introducida en España por Julian Sanz del Rio, y su éxito sería de mucha mayor trascendencia para la evolución del pensamiento filosófico español.

El despliegue ideológico del Krausismo se desarrolla a lo largo de estas dos décadas, 1854-1874, cuyos límites cronológicos son fáciles de observar, de acuerdo con la apreciación de uno de los más representativos estudiosos del Krausismo: "Su comienzo -dice- lo tiene en la Revolución de 1854, tardía reverberación española del terremoto revolucionario europeo de 1848. Esa revuelta tuvo, en verdad, mucho de algarada cuartelera y de motin de plazoleta, pero tuvo también un innegable cariz ideológico que prestó la participación en ella del naciente intelectualismo".⁽⁸⁶⁾

Fue también en 1854 cuando Julian Sanz del Rio se reincorpora como catedrático de Historia de la Filosofía en la Universidad Central, después de haber permanecido dos años en Alemania estudiando la obra de Krause, a donde

fue enviado por el ministro progresista de Gobernación, Pedro Gómez de la Serna. A su regreso, Sanz del Río permaneció apartado en el pueblo de Illescas, madurando - aquellos años de formación en Alemania, hasta su ya citada reincorporación a la docencia. El final de esta etapa Krausista lo marca la Restauración, cuyo horizonte ideológico vendrá marcado por la influencia del Positivismo.⁽⁸⁷⁾

No ha dejado de extrañar, por otro lado, el hecho del triunfo en España de las doctrinas de Krause, un filósofo de "segunda fila". Sin embargo, a la vista del desarrollo de la filosofía en España, el Krausismo, o una filosofía similar postkantiana, era fácil que triunfara puesto que el ambiente era propicio para la expresión de un pensamiento cuyo carácter armonizador pretendía compaginar, en una síntesis "superior", el racionalismo cartesiano y el empirismo de Locke, por un lado, y la tradición religiosa y mística de profundo arraigo en la filosofía española. Se trataba, pues, de hallar "una doctrina con rasgos religiosos, pero en la que Dios fuera una meta y no un punto de partida."⁽⁸⁸⁾

La observación de que ambos factores, la religiosidad y el carácter armonizador, pueden ser elementos influyentes para explicar el éxito del Krausismo en España, ha sido compartida por la mayoría de los estudiosos del tema. "Esta filosofía -dice Luis Arasquistain- en efecto, es una mística y, en el fondo un enlace con la mística española del siglo XVI. Esta es una de las explicaciones

de que tuviese tanto arraigo en la España del siglo -- XIX". En cuanto a la valoración que al citado autor le merece el Kraunismo como filosofía es, por otro lado, poco estimativa. En realidad -dirá también- el kraunismo que se cree la cifra y compendio de todo el pensamiento anterior, es la última etapa en el proceso de degeneración de la gran filosofía empírica inglesa y francesa de los siglos XVII y XVIII, del mismo modo que la filosofía de Platino, otro sintetizador y armonizador como Krause, es la degeneración definitiva de la filosofía griega -especialmente de la empírica presocrática- que ya empieza en Platón."⁽⁸⁹⁾

Hemos de recordar también, como ya quedó señalado anteriormente, que los cursos de derecho constitucional impartidos en el Ateneo entre 1836 y 1847 por Alcalá Galiano, Donoco Cortes y Joaquín Francisco Pacheco forman parte también de esta línea continuada por intentar formulas políticas armonizadoras de convivencia nacional si bien, desde la óptica del moderantismo. En este sentido, las ideas krausistas, al ser apropiadas por los liberales progresistas, vienen así a introducir una nueva opción filosófica, política y ética en el rearme ideológico de un sector de la burguesía española del siglo XIX, que sentía la necesidad de poner un cierto orden racional en el confuso panorama filosófico español. En realidad, "el Krausismo es una filosofía que coadyuva, con otros, a una revisión democrática de los principios liberales de la soberanía y del sufragio, a la orienta-

ción doctrinal de un grupo de presión librecambrista alentado por la prosperidad económica de la década 1854-66, a la configuración de un conglomerado de religiosidad - combativa, anticlerical, a medio camino entre el pietismo, el protestantismo y el panteísmo, a un replanteamiento de la organización territorial centralizada y absorbente del Estado, a la definición, finalmente, de un anhelo reformista del hombre y de la sociedad burguesa que de entrada a la legalidad de ese "cuarto estado" que ha comenzado a aparecer en el horizonte de la vida civil."⁽⁹⁰⁾

Ahora bien, no es menos cierto que en el debate ideológico que domina a lo largo de estos años, lo que subyace es el problema clave de dar entrada en la legalidad a ese "cuarto estado". Planteado en el contexto histórico más amplio de proceso de la revolución burguesa en España, la polémica sobre el krausismo viene a representar no sólo un correctivo en la trayectoria histórica seguida hasta entonces, sino también un estímulo doctrinal, a partir de esa propia corrección, en la consecución de las tareas históricas de la burguesía.

En este sentido, la confrontación ideológica suscitada por el Krausismo sí refleja a través de las diferentes actitudes manifestadas- el bajo nivel filosófico en el que se desarrolla la lucha de clases en la sociedad española de la segunda mitad del S. XIX.

Porque al determinar las opiniones acerca del objetivo deseado en el desarrollo social y al precisar los

intereses de clase que pueden determinar la defensa de tales opiniones, es cuando se comprueba que la hostilidad contra el krausismo, a pesar de su escaso contenido revolucionario, viene determinado por la misión que venía a cumplir en el desarrollo social. Es decir, como vehículo ideológico y doctrinal de un sector de la burguesía progresista comprometida, más tarde, en las tareas políticas del sexenio revolucionario.

Como se comprobará después, el decantamiento de las contradicciones ideológicas del krausismo se pondrán de manifiesto en el propio proceso revolucionario, a medida que el protagonismo de ese "cuarto estado" ha logrado entrar en la legalidad mediante el sufragio universal y, sobre todo, cuando el movimiento obrero logre una mayor cohesión y capacidad combativa a través de sus propias organizaciones de clase. Los debates parlamentarios sobre la legalidad de la Internacional en España, constituyen sin duda, el paradigma lógico en el que confluyen los antagonismos ideológicos y de clase que se habían ido configurando hasta entonces.

Lo que aquí nos interesa poner de manifiesto es - que para comprender en su totalidad el significado de la lucha ideológica de estos años, es insuficiente estudiar el krausismo como una filosofía más en el conjunto de la historia de las ideas filosóficas o de las personas que las sustentan, sino resaltar más bien, que es el propio desarrollo de las luchas sociales el que plantea los -

problemas a la filosofía y le suscita las respuestas para su resolución.

Es dentro de esta dialéctica donde el contenido, la forma, e incluso el tono de las reacciones contra el krausismo constituyen otras tantas respuestas ideológicas por parte de los que rechazaban un modelo de sociedad - que, a pesar de sus limitaciones y deficiencias, venían a representar los seguidores de Krause en España con su famoso "Ideal de la Humanidad".

En efecto, desde que Sanz del Río se reincorpora a la enseñanza, la doctrina krausista se ve avocada a vivir en un ambiente de hostilidad y controversia continua. "Contra el Krausismo se esgrimen las armas del ridículo, de la invectiva, de la intransigencia, y, cuando estos no bastan, se reclama la intervención del poder público para poner coto a una manera de pensar en cuya rápida - propagación se barruntan serios peligros para la religión, el Estado y la sociedad".⁽⁹¹⁾

Para los Krausistas, su "Ideal de la Humanidad" - contenía ese nuevo modelo de sociedad por ellos preconizado para cuya realización era necesario combatir los fundamentos mismos en que se había asentado la Historia de España y a los que consideraban como enemigos del progreso nacional: un Estado que, después de la primera guerra civil (1834-1840), iba decayendo, según avanzaba el reinado de Isabel II, en los mismos vicios y caractere

rísticas del reinado anterior; régimen de camarillas, corrupción, ineficacia y creciente absolutismo, una Iglesia anquilosada e intolerante, donde el espíritu cristiano no estaba olvidado y la doctrina petrificada en la vieja teología escolástica, y una sociedad sumida en la ignorancia, apática y recelosa de la marcha del mundo.

Frente a este estado de cosas, los krausistas pretenden "un Estado liberal y democrático, justo y eficaz, especie de juez de campo presidiendo y armonizando los antagonismos sociales, sin intervenir demasiado, por otra parte, en las organizaciones espontáneas de la sociedad; una iglesia moderna, sensible y transigente, - abierta al espíritu de los tiempos nuevos; y una nación de hombres justos, buenos y virtuosos. Ese era el programa de los Krausistas tal como lo esboza Sanz del Río en su ensayo "Racionalismo armónico".⁽⁹²⁾

La oposición más radical contra este proyecto de sociedad forzosamente tenía que proceder de los sectores más genuinamente reaccionarios de la sociedad española representados por el grupo "neo-católico" para quienes la defensa del catolicismo suponía el rechazo irracional contra las tendencias secularizantes del liberalismo democrático. Cerrilmente hostiles a todo cuanto puede suponer una merma a los derechos tradicionales de la iglesia, añoran la sociedad estamental, y asumen las teorías de De Maistre y De Bonald, defienden la causa carlista y creen encontrar un apoyo moral a sus ideas en la campaña antiliberal y antiprogresista del Papa Pío IX. Para

su propaganda ideológica se sirven de la prensa, creando un periódico. "El Pensamiento Español" que aparece en 1860.

La campaña antikrausista, todavía tímida en los primeros años, alcanza su momento álgido en el trienio 1865-1867. López Morilla, autor de obligada referencia, describe así este proceso de ofensiva ideológica de la reacción:

"Navarro Villaslada abre este período de máxima contundencia en marzo de 1865, exigiendo del gobierno la destitución de aquellos catedráticos que en sus enseñanzas escritas u orales vilipendian a la religión y a la monarquía. Uno tras otros desfilan por las columnas de "El Pensamiento Español" Los profesores heterodoxos y subversivos: Sanz del Río y Fernando de Castro, Castelar y Canalejas, Giner y Figuerola, y varios más, son denunciados como "textos vivos", es decir, como encarnaciones de doctrinas disolventes. La campaña antikrausista acaba por rebasar los límites de la prensa periódica, invade las Cortes, sube hasta el gobierno e inspira el decreto de 22 de enero de 1867 por el que se obliga a los profesores a prestar un juramento de fidelidad a la Iglesia y al Trono. La Real Orden de 31 de mayo del mismo año priva de la Cátedra a quienes en defensa de la libertad de enseñanza, se niegan a cumplir con esa disposición represiva. Diríase que el brazo secular concluye a su manera lo que la autoridad eclesiástica inicia a la suya, en septiembre de 1865, con la inclusión del Ideal de la Humanidad de Sanz del Río, en el Índice romano. (93)

La actividad intelectual que llevan a cabo los "demócratas de cátedra" en la Universidad, cuenta también

con otra institución cultural, el Ateneo, que continúa siendo el máximo registrador de las nuevas ideas durante la década de los sesenta.

A través de sus programados debates, realizados en un clima de libertad crítica que contrataba con la estrecha intolerancia religiosa, la censura de imprenta y la indiscutibilidad del régimen monárquico mantenida por las leyes gubernamentales, se abordaban, no obstante, una gran cantidad de temas referidos a los problemas morales, políticos, económicos y sociales. Este período de esplendor ateneísta acabará también cuando el 2 de enero de 1866, el gobierno "liberal" de D'Donnell decretó la clausura de sus cátedras y salones, como respuesta gubernativa a la resonada "cuestión universitaria" sobre la libertad de Cátedra.

Tal medida ha de ser encuadrada en el contexto político de aquel año en que Prim está preparando ya la sublevación, tiene lugar en junio el Motín de San Gil, brutalmente reprimido, y la vuelta en el mes de julio a un gobierno "fuerte" con Narvaez y González Bravo, que ha sustituido al de O'Donnell.

Más tarde, en octubre del mismo año, se procede a la reapertura de las salas de lectura y conservación del Ateneo, pero se advierte a sus socios la prohibición de leer impresos extranjeros que "hubieran dado a luz un solo artículo en que se atacase u ofendiese a la religión

o a S.M. La Reina y a la real familia".(94)

Tales acontecimientos que se suceden a lo largo de 1866, cubren, sin duda, una de las páginas más irracionales y sangrientas de nuestra historia contemporánea. Tras el procesado pronunciamiento de Villarejo de Salvanés, el 3 de enero de 1866, se pone de manifiesto la imposibilidad de mantener el trono de Isabel II, a cuya inútil resistencia contribuye todavía la Unión Liberal dando muestras de una inconsistencia política que habría de llevarle, inevitablemente, a engrosar las filas del frente revolucionario.

La racionalidad del proceso político pasaba, en efecto, por el acceso al poder de los progresistas y el restablecimiento de la malograda Constitución de 1854, objetivos que hacían imprescindible la superación de los consabidos "obstáculos tradicionales", dentro de los cuales el destronamiento de Isabel II era una consecuencia lógica. Este proyecto larvado se pondrá al descubierto en el movimiento sedicioso del 22 de junio de 1866, en Madrid, dirigido por progresistas, demócratas y republicanos, cuyo jefe indiscutible, Prim, representaba entonces los objetivos revolucionarios. A O'Donnell, apoyado por Narvaez, le correspondería la nada heroica misión de sofocar con rapidez y energía la sedición, cuya represión alcanzó a relevantes personalidades políticas implicadas. Sin embargo, corrían tiempos en que para la gobernación del país, la amistad personal podía mucho -

"

más que el cumplimiento de la Ley y gracia a estas prácticas e influencias, hombres como Castelar, Cristino Martos, Carlos Rubio y Becerra, entre otros, consiguieron salir de España con garantizada impunidad. Como dramático contraste, una vez a salvo los organizadores del movimiento antes citados, apareció en la "Gaceta de Madrid" la sentencia de muerte en garrote vil contra los restantes: los que no tuvieron la fortuna de acogerse al "privilegio" de las amistades influyentes fueron fusilados -sesenta y seis sumariados, en su mayoría sargentos de cuartel de San Gil- en un acto que Galdós vendría a calificar como "cataclismo del mundo moral". Sobre estos sucesos, el profesor J.M. Jover en un excelente comentario al texto de Galdós, explica así el carácter selectivo de la atroz represalia:

"La represión fué dura y, según se deja ver, jerárquicamente discriminada; la puesta a salvo estuvo en razón directa con la jerarquía de los comprometidos. Interesa destacar algunas de las motivaciones que influyeron tal dureza. Motivos políticos: el gobierno desea demostrar energía de cara a los conservadores y a las fuerzas que tiene a su derecha (moderados); desea dar satisfacción a los compañeros de armas de los Jefes y Oficiales muertos en la desgraciada jornada; desea escarmentar a los militares afectos al progresismo y a la democracia, o proclives a la conspiración y al pronunciamiento. Motivos psicológicos: el terrible pánico del que se siente inseguro y, al mismo tiempo, señor de la venganza; el pánico de la misma Reina, al que determinadas fuentes -tontemporáneas atribuye un papel importante en la magnitud de la hecatombe. En fin, hubo de jugar en esta última una no deleznable motivación social, tan difícil de precisar como evidente." (95)

El Gobierno "liberal" de O'Donnell, completamente desacreditado y desprovisto de la confianza de la Reina, a quien la represión aún no parecía suficiente, es sustituido por Narvaez que, junto con González Bravo en Gobernación, acceden al poder el 10 de julio de 1866, haciendo caso omiso de la Constitución y de la legalidad. Los sucesos que van a generarse de esta situación vendrían así a confirmar el vaticinio de Castelar quien al salir de España se enfrentó a Ayala y Navarro Rodrigo, "muy satisfechos de lo actuado", en estos términos:

"Os equivocais en vuestras generosas ilusiones, vosotros los unionistas nos habeis vencido en la calle y nos traeis a la expatriación, pero vosotros, que ahora solo pensais en la salvación del trono, cuyos desmayos y desfallecimientos ha sabido cubrir O'Donnell misericordiosamente; vosotros mismos sereis perseguidos como fieras dañinas por la reacción, que inmediatamente será llamada en la persona del implacable Narvaez, y vosotros, vosotros hareis la revolución que nosotros no hemos podido ni podremos realizar, y nos traereis triunfantes del extranjero, en donde dentro de poco nos dejareis como proscritos". (96)

Y, en efecto, la reacción del "implacable Narvaez" no se hizo esperar. Las detenciones preventivas se pusieron a la orden del día. Fué reforzada la censura de prensa, las cátedras del Ateneo, cerradas en enero por el Gobierno de O'Donnell, permanecieron mudas. Las garantías constitucionales fueron suspendidas y Narvaez se niega a la reapertura de las Cortes, cuyas sesiones

"

habían de celebrarse el 31 de diciembre de acuerdo con los preceptos constitucionales todavía en vigor. En el cumplimiento de la legalidad, fue solicitada su reapertura en un documento firmado por ciento veintiun diputados, incluidos los presidentes del Senado y del Congreso, - Serrano y Ríos Rosas, respectivamente. Ambos fueron deportados, el primero a Baleares y el segundo a Canarias, lo cual sirvió de reactivo para que muchos diputados remisos se decidieran a firmar el citado documento redactado por Ayala. Por su parte, Cánovas, que lo firmó también, "recibió la orden -según cuenta su biógrafo- de trasladarse en el plazo de veinticuatro horas a Palencia, de igual suerte que otros parlamentarios y generales por igual sinrazón fueron desterrados a distintos puntos. Cánovas luego fué compelido a establecerse en Carrión de los Condes, y cesó su confinamiento al ser -elegido diputado a Cortes, en las elecciones dirigidas por González Bravo, con tal arrasamiento de la oposición que únicamente obtuvieron acta, aparte Cánovas, el también unionista Lope Gisbert y el demócrata marqués de Sardoal".⁽⁹⁷⁾

La gravedad de la situación creada llegó al límite en que el gobierno de Isabel II dejó ya de representar incluso a las clases dominantes del país para convertirse en el reducto de una camarilla apoyada sólo por los sectores tradicionalistas, convirtiéndose así en el principal "obstáculo" para el desarrollo de la vida nacional.

La solución a este estacamiento iba a proceder, necesariamente, de los "extramuros" de la legalidad, - donde Prim, irá preparando, desde Francia, Bélgica o Inglaterra, la maquinaria de la revolución. A partir de la reunión de Ostende en el verano de 1866, cuyos asistentes -Sagasta, García Ruiz y los generales Pierrord y Miláns del Bosch, entre otros- se comprometen a aceptar los resultados de unas Cortes Constituyentes que dieran una nueva legalidad a la nación, se puede decir que la revolución estaba ya en marcha.

2.3. Cánovas: Ni con la Revolución ni con la Corte.

Dada la situación creada en vísperas del destronamiento de Isabel II, en que la disyuntiva política se reducía a optar por dos únicas alternativas -o con la Reina o con la Revolución- Cánovas se mantiene en una posición de reserva que consistió en inhibirse de toda acción y permanecer a la expectativa, "cuanto tiempo hiciese falta", hasta que las circunstancias permitieran la proclamación del Príncipe de Asturias, una vez superado el espinoso obstáculo de la propia abdicación de Isabel II: este sería el camino "canovista" hacia la Restauración.

Para interpretar esta actitud de "reserva" mantenida por Cánovas durante el proceso revolucionario del Sexenio, se puede recurrir a una variedad de argumentos ya sean de carácter psicológico, ético-personal o polí-

co. Sin embargo, conociendo la trayectoria política e ideológica de Cánovas, no creemos aventurado atribuir tal actitud a una considerable dosis de maquiavelismo, producto, sin duda, de su consustancial eclecticismo político y de su radical excepticismo filosófico. De estas coordenadas que dan forma al pensamiento canovista, proceden también su afamado "realismo" y "positivismo" políticos, conceptos que habrían de ser considerados teniendo en cuenta su proverbial jactancia y seguridad en sí mismo que Cánovas demostró a lo largo de su vida pública y que le hacían, en realidad, "tener más fe en lo que su "ingénio" sacaba de sí mismo que en la observación atenta y profunda de la naturaleza social de su tiempo".(98) En este sentido, y teniendo en cuenta la coyuntura histórica en que se produce, la "opción canovista" no solo se manifiesta como una automarginación consciente del proceso político real -ni con la revolución ni con la corte- sino también como una posición personal y claramente individualista, con respecto a los planteamientos políticos de su propio partido cuyas personalidades más representativas optarían por incorporarse a los preparativos de la revolución.

Los límites metodológicos de nuestro trabajo nos impiden hacer una referencia detallada sobre las complejas vicisitudes del sexenio revolucionario, cuya historia por otra parte, cuenta con abundantes estudios en nuestra historiografía.⁽⁹⁹⁾ Sin embargo, lo que aquí nos interesa destacar de la citada "opción canovista" no es tanto

su valoración en el contexto de una biografía política personal, sino la intencionalidad y transcendencia histórica que iba implícita en tal opción. No hay ninguna ideología "inocente", como no la hubo en el "canovismo" ni en la historiografía conservadora que ha venido insistiendo en presentar la figura de Cánovas como "profética" o con atributos de "genio político" o "artífice" de la Restauración.

Y en efecto, la posición de "reserva" mantenida por Cánovas le haría merecedor de la confianza de la propia reina destronada hasta el punto de concederle la misión de organizar y dirigir la Restauración.

La actividad política de Cánovas, la que aparecía públicamente, se reducía, en realidad, a ocupar su escaño en las Cortes constituyentes, a la expectativa de lo que allí ocurría. Como dirá el propio F. Almagro, "como jefe de grupo y, sobre todo, con su autoridad personal y rigurosa elocuencia, Cánovas influiría en los debates. Pero era fuera del hemiciclo donde Cánovas estaba llamado a desarrollar su decisiva actividad". (100)

Por otro lado, la posición claramente minoritaria de Cánovas en las Cortes quedaba bien reflejada de acuerdo con los datos que nos proporciona el citado autor:

"Formaban la mayoría en las Cortes Constituyentes, claro es, los partidos de la coalición revolucionaria: -

los progresistas, en número de 160; los unionistas, que lograron unas 80 actas, y en grupo mucho más reducido, los demócratas monárquicos o "cimbrios". La oposición por un lado, corría a cargo de 60 republicanos, federales casi todos, y, al otro lado, una treintena de carlistas, más el refuerzo de dos prelados: el cardenal-arzobispo de Santiago, Cuesta, y el obispo de Jaén, Monescillo; del canónigo de Vitoria, Manterola, y algún otro diputado católico independiente. En medio, dicho está ya, observador más que otra cosa, y arbitro de ninguna manera, don Antonio Cánovas y sus seis amigos".⁽¹⁰¹⁾

Ahora bien, ante ~~estos~~ datos significativos, es inevitable preguntarse cómo un grupo tan minoritario logró imponer su línea política tendente a la Restauración de la misma monarquía que había sido ampliamente rechazada, - después de seis años extraordinariamente ricos de experiencias renovadoras.

La respuesta, necesariamente múltiple, compleja, nos llevaría a profundizar en la Historia del Sexenio, tarea a la que, como ya quedó indicado, no podemos dedicarnos en este trabajo. Pero, en cambio, lo que interesa poner de manifiesto en relación a la citada opción canovista, son precisamente estos antecedentes de su biografía política, como "artífice de la Restauración", en cuyos orígenes hay que reconocer una gestación conspiratoria y sediciosa que, por un lado, hacía inevitable el fracaso del Sexenio, y por otro, haría posible el pronunciamiento militar que inaugura el "sistema canovista".

En este sentido, la historiografía conservadora cuyo contenido ideológico se identifica con los intereses de clase del bloque de poder que propicia y sostiene la Restauración, ha venido manteniendo una interpretación histórica, interesada en presentar como "fracaso histórico" la experiencia del sexenio y frente a ello - la supuesta necesidad histórica de la Restauración y el providencialismo de su principal artífice.

La importancia de esta ideologización nada "inocente" por otra parte, trasciende al ámbito puramente político para entrar en el terreno más grave y trascendental de la tergiversación y manipulación de la propia historia del liberalismo español, el que se intentaba presentar como un sistema política inviable en la sociedad española. La explicación histórica de esta manipulación ideológica ha sido advertida en posteriores análisis críticos, de cuyos estudios queremos destacar el certero análisis que reflejan las siguientes palabras de profesor Jover Zamora:

"La raíz de inautenticidad de liberalismo español, dicho sea de paso, no estriba, pues, en una especie de condición idiosincrásica del español medio - - ("ingobernable"), sino en el interesado mantenimiento de un condicionamiento socioeconómico adverso al funcionamiento real de un régimen representativo. Condicionamiento llamado histórico y éticamente a evolucionar, como evolucionará de hecho en los países occidentales a través de unas etapas bien conocidas; por más que en la Península la acción tenaz del "moderantismo" secular logre represar tal evolución, haciendo primero del liberalismo y después de la democracia algo históricamente inviable. La

»

oligarquía se apresurará a presentar esta inviabilidad, después de cada fracaso, no como manifestación inmediata de un condicionamiento histórico muy concreto y reformable, sino como prueba concluyente de una peculiar "manera de ser" colectiva; como prueba de una triste incapacidad intemporal y metafísica, del pueblo español para el liberalismo y la democracia." (102)

Pero volviendo a Cánovas, su actividad "fuera del hemicycle" estará, en efecto, volcada en preparar y hacer "necesaria" la Restauración, y será durante estos años - cuando Cánovas ponga a prueba sus dotes de estrategia política utilizando, sin ninguna aversión, todos los procedimientos posibles que harían confluír en el golpismo militar de Sagunto.

Resulta revelador, por otra parte, el argumento - utilizado por ciertos historiadores de tradición moderada y conservadora para justificar de forma positiva, - cuando no apologética, el hecho de la Restauración canovista. En este sentido, el considerar como una virtud de ética política y de respeto a la legalidad de la monarquía "legítima" el haberse abstenido Cánovas en la - votación de Amadeo de Saboya -dado su rechazo al sufragio y mucho más a que éste fuera utilizado para sacar "una - monarquía de las urnas"- deja oculto, en nombre del "realismo" y de la voluntad legitimista de Cánovas, una verdad incuestionable, y es que la restauración de Alfonso XII vino impuesto por un acto transgresor e ilegal a través de un golpe militar preparado de antemano por un sector

de la oligarquía -de cuyos intereses Cánovas sería el representante más autorizado -contrario a la orientación de izquierda que había adquirido la gloriosa.⁽¹⁰³⁾ Porque en efecto, si la proclamación de la Primera República - había sido un acto de insensatez política, como ha sido considerado por esta misma historiografía conservadora, "La Restauración había sido algo peor todavía, un acto de fuerza que, con el vano deseo de purificarse de una congénita ilegalidad, se creó una legalidad ad hoc, que ni siquiera llegó a ser acatada, sino que quedó flotando en el vacío, ingrátida y espectral, como emanación de un cuerpo putrefacto."⁽¹⁰⁴⁾

Por otro lado, cuando fracasa la monarquía amadeista y se procede al intento republicano, la disyuntiva entre monarquía o república no era sólo una cuestión de palabras, sino que ambas respondían a contenidos sociales y políticos distintos y Cánovas era consciente del peligro que suponía la opción republicana, como lo demuestran sus propias palabras:

"No hay que hacerse ilusiones -le dice un día a su amigo y paisano don Manuel Casado- un pueblo pobre e ignorante ha de inclinarse a la República, y para someterlo por la fuerza es preciso apoyarse en la legitimidad. Nuestro porvenir no puede cifrarse más que en don Alfonso, y hay que esperar a que sea hombre. Entretanto, resignémonos a sufrir grandes perturbaciones y pidamos a Dios nos de la resistencia necesaria". (105)

Estas palabras nos pueden servir de referencia aunque se podrían citar otras muchas, para hacer una observación que se deja traslucir en el pensamiento político e historiográfico de Cánovas. Se trata de abundar más en la idea de que la supuesta "necesidad histórica" de la Restauración no viene dada tanto por la misma trayectoria de la historia de España anterior, sino impuesta también "desde fuera", en tanto que hay "un clima de terror irracional al desarrollo del progreso, a la participación de las masas en el desarrollo político y social del país. (106)

En este sentido, la historiografía canovista tiene un contenido ideológico difícil de soslayar por cuanto su conocimiento de la historia de España está mediatizado por un pragmatismo político en función del cual se hace del principio monárquico un dogma sobrenatural e indiscutible para justificar una política que defiende no los intereses de la sociedad en su conjunto, sino los de una minoría oligárquica, anclada, aún en la mentalidad estamental propia del Antiguo Régimen y necesariamente hostil al desarrollo de una sociedad burguesa acorde con el proceso económico del capitalismo liberal.

Pero volvamos ahora a situar a Cánovas en vísperas de la revolución, cuando su decisión de marginarse de la política activa va acompañada también por su deseo de retirarse al estudio de la historia, afición a la que va

a dedicar ahora su mayor atención.

En efecto, los primeros conatos revolucionarios de agosto de 1867 se produjeron cuando Cánovas se hallaba en El Escorial preparando su discurso de ingreso en la Academia Española. Y más tarde, al consumarse la revolución, en septiembre de 1869, le encontramos investigando en Simancas al gobierno de España bajo los Austrias.

Anteriormente, el 20 de mayo de 1860, leyó su discurso de ingreso a la Real Academia de la Historia y el tema elegido fue "De la dominación de los españoles en Italia", que fue contestado por su tío Don Serafin Estebanez Calderón. Este discurso está incluido en sus "Estudios literarios" (tomo II, Madrid 1868) y en este mismo volumen se encuentra también el discurso leído por Cánovas ante la Real Academia de la Historia, el 25 de enero de 1863, en contestación al de recepción de Don - Emilio Lafuente Alcántara sobre "las invasiones de los moros afrícanos en España. (107)

3. LA TRADICION IDEOLOGICA DEL PENSAMIENTO CANOVISTA

3.1. El Condicionamiento Social de la Teoría.

Al hacer referencia, en este mismo trabajo a los aspectos del romanticismo que van a influir en la nueva concepción de lo histórico, pusimos de manifiesto como los movimientos revolucionarios que se suceden en Europa de 1789 a 1814 tienen un contenido de reivindicación de independencia e idiosincrasia nacional, cuyo resultado historiográfico será la afloración de "Historias Nacionales" suscitadas por la necesidad de recuperar un pasado nacional que necesariamente obliga a nuevos enfoques y replanteamientos después de la Revolución Francesa.

Es dentro de este contexto histórico donde la historiografía romántica adquiere su plena significación e inicia una etapa de revisión de los problemas históricos cuyo enfoque responderá también a la doble vertiente - - ideológica del romanticismo: liberal o conservador.

Lejos de establecer paralelismos históricos entre el período de romanticismo y el sexenio revolucionario -aunque puede hablarse de una persistencia romántica⁽¹⁰⁸⁾ lo que aquí hemos de plantear es la significación ideológica que pueda tener la producción historiográfica de - Cánovas en estos años.

Si la Revolución francesa fué la primera que re-

percutió de un modo importante sobre la estructura social de muchos países de Europa, ello va a provocar también, en el ámbito de las ideas, un proceso de fermentación ideológica, inevitable, por otro lado, cuando se produce lo que se podría considerar un "salto cualitativo" en el desarrollo dialéctico de la Historia. En España, la revolución de 1868 va a provocar también un proceso de fermentación ideológica cuyo carácter revisionista se manifiesta no sólo a nivel de los grupos y clases sociales que intervienen en ella, sino también, y ello es lo más significativo, en el terreno de la historiografía, en tanto que la revolución supone también un intento de rectificación del proceso histórico seguido hasta entonces, a cuya orientación definitiva deberá contribuir un nuevo replanteamiento de la historia.

Para comprender este proceso, es necesario considerar el Sexenio revolucionario como una coyuntura ideológica de cambio y es aquí donde el carácter revisionista de la historiografía canovista adquiere su plena significación. "El campo del historiador -dirá P. Vilar- es el del "cambio", no sólo a nivel de las casas, sino a nivel de las estructuras. Para el historiador, cualquier tentación de descubrir estabilidades será una tentación - ideológica, basada en la angustia del cambio".⁽¹⁰⁹⁾

En este sentido, lo que intentará la historiografía canovista es sacar del pasado, de la vieja historiografía, conceptos e instituciones ya superadas para justificar y legitimar un sistema político que él mismo pre

sentaría como "continuación de la historia de España" pero que era, en realidad, una respuesta también ideológica, ante el desarrollo de un proceso revolucionario que amenazaba con rectificar la historia de España en un sentido progresista.

Existe, por tanto, un condicionamiento social en la gestación de la tesis canovista que no puede ser soslayado y es el hecho de venir marcada por el desafío de rebatir los "sistemas de igualdad", representados, a partir sobre todo de 1870, por el sufragio universal, el socialismo, y el progresivo avance del movimiento obrero y de la Internacional. "La vieja historiografía -dirá tb. P. Vilar - atestigua acerca de toda una época. Ella misma forma parte de su historia. Descubirla como ideología es dar un paso hacia la ciencia".⁽¹¹⁰⁾

Por otro lado si como decíamos anteriormente, el historicismo es una característica esencial que va unida al periodo romántico, de nuevo ahora será lo histórico el elemento conformador de la controversias ideológicas que se suscitan. Porque, en efecto, "lo que se ventila durante los años de la septembrina y primeros de la Restauración no es sólo el presente y el porvenir de España, sino también la interpretación que se habría de dar a la trayectoria histórica ya recorrida. No es fortuito que las controversias más iracundas que surgen durante ese período descansen sobre un plano histórico."⁽¹¹¹⁾

Ahora bien, volviendo el contenido ideológico de

la historiografía canovista, la cita de P. Vilar antes mencionada, puede indicar, en una primera lectura, el mero hecho de que toda historiografía vendría a ser un producto de su época, como la novela romántica o el Realismo en literatura, por ejemplo. Sin embargo, lo que parece más interesante destacar, en función de nuestro planteamiento, no es sólo descubrir el carácter ideológico de esa historiografía, sino el hecho de que al ser descubierta como Ideología sea, como dice el autor, "dar un paso hacia la ciencia".

Al ser objeto de este trabajo un tema historiográfico y dado el carácter tradicional, legitimista y conservador de la obra canovista, una cuestión metodológica previa, que se impone a la hora de enfocar un trabajo de esta naturaleza, es, sin duda, el condicionamiento social e la teoría que subyace en la producción historiográfica de Cánovas y que ha de tenerse en cuenta para su interpretación. En este sentido, el período revolucionario del Sexenio constituye, a modo de telón de fondo, la base social objetiva de dicho condicionamiento. Pero es, sobre todo, el rechazo a la participación del pueblo, de las clases populares -que se traduce, como ya se ha dicho, en el rechazo al sufragio universal y a la influencia del socialismo y la Internacional- lo que subjetivamente - subyace también en la ideología canovista.

Este subjetivismo ideológico así condicionado nos lleva a plantear un aspecto que creemos importante desde

el punto de vista historiográfico y metodológico: La -- concepción canovista respecto el sujeto de la historia. Y ello por un doble interés: no sólo comprobar cómo está reflejada esta cuestión en la concepción historiográfica de Cánovas -donde el sujeto de la historia queda reducido a los grandes hombres predestinados- sino también porque la citada cuestión constituye todavía hoy un punto de referencia esencial a la hora de determinar el carácter científico de una obra histórica.

Es claro que no se trata de "inventar" otro sujeto de la historia. La polémica frente a las teorías providencialistas, teológicas o teleológicas que estudian el proceso histórico como resultado de la intervención de la divinidad o de algún ente metafísico- a cuyas teorías responde. La concepción canovista de la historia -ya que daron en la prehistoria de la metodología, para dejar paso a una verdad objetiva y contundente de que "son los hombres los que hacen la historia", o mejor, "su propia historia".

Sin embargo, a partir de esta visión del hombre - como sujeto de la historia se ha desarrollado toda una corriente humanista e individualista, como decíamos en este mismo trabajo, en cuya producción historiográfica se podía observar como los "individuos clave" son los que parecen decidir el curso de la historia. Un ejemplo de este fenómeno podemos apreciarlo en la historiografía sobre la Restauración "canovista" que ha insistido en

presentar a Cánovas como "providencial". Desde luego, no se trata con ello de ignorar su protagonismo, ni la importancia decisiva que su gestión tuvo en la inauguración del período, sino de llamar la atención sobre un hecho que podría conducir a falsas o simplistas interpretaciones de fenómenos históricos complejos, de lenta gestación, y que pueden quedar ignorados u ocultos al aparecer rotulados por la figura del "gran personaje".

En este sentido, lo que interesa destacar en esta reflexión metodológica, es hasta qué punto la formulación "el hombre hace la historia" puede ser equívoca.

Frente a la citada concepción individualista del sujeto histórico, toda la literatura marxista se ha venido esforzando por oponer la idea plural de que son "los hombres" o "las masas" los que hacen la historia, es decir, las distintas clases sociales actuando en un mismo proceso social, sin embargo, esto no parece ser suficiente desde el punto de vista científico, sino que tiene una validez ideológica objetiva, frente a la posición contraria de que el proceso histórico sea el resultado de la acción individual, o de la suma de voluntades, como se suele decir también.

Como ha puesto de manifiesto el historiador Carlos Pereyra, es obvio que los hombres son los actores de la historia, no existe ningún acontecimiento histórico que no haya sido resultado de la acción humana. "El problema

radica -dice el autor- en que no basta con constatar esta obviedad porque en ningún caso las relaciones sociales pueden ser reducidas a relaciones interhumanas. Los hombres actúan no como tales, no como entidades antropológicas, sino como ocupantes de una cierta posición en el sistema de relaciones sociales. De lo que se trata, pues, es de extraer todas las consecuencias implícitas en la tesis de Marx: el hombre es el conjunto de las relaciones sociales".⁽¹¹²⁾

Para comprender el sentido de lo anterior, el autor se apoya en la famosa obra de Marx, El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte, donde dice: "Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado".⁽¹¹³⁾

De este texto de Marx, el autor mencionado extrae una serie de consecuencias teóricas y prácticas que, en su conjunto, vienen a demostrar que "el criterio para determinar la validez científica, es decir, el poder explicativo de una investigación historiográfica, radica en su capacidad de demostrar la necesidad del hecho estudiado". De ello se desprende que la explicación de Marx sobre el golpe de Estado de Luis Napoleón lo es - en tanto que demuestra la necesidad del acontecimiento.⁽¹¹⁴⁾

En este sentido, continúa diciendo Carlos Pereyra, "si una pretendida explicación indica cuáles son las cir-

cunstancias en las que se da un acontecimiento cualquiera sin mostrar que dadas esas circunstancias tal acontecimiento tenia que ocurrir o, al menos, su ocurrencia era altamente probable, no estamos ante una efectiva explicación. Si del señalamiento de un conjunto de circunstancias no se desprende la necesidad del acontecimiento a explicar, cabe oponerle a ese señalamiento otro u otros diferentes, donde se invoquen distintos conjuntos de circunstancias. De esta manera la investigación historiográfica se mueve en el nivel ideológico de la interpretación".

Estas reflexiones metodológicas las consideramos de gran utilidad para entender algunos aspectos de nuestra investigación orientada, no tanto a estudiar las circunstancias históricas que harían "necesaria" la Restauración, sino más bien, poner de manifiesto lo que hay de ideología en una historiografía determinada empeñada en presentar como innevitable dicha "necesidad" razonada en función de una supuesta "continuidad histórica".

Es obvio, por otra parte, que dichas circunstancias hay que buscarlas en el Sexenio, período que por su agitada y controvertida historia suscitó en su día, y ha seguido suscitando después, la atención de historiadores de las más variadas tendencias. "Los hombres que lo protagonizaron -dirá López Cerdón- que se caracterizaron por tener una viva conciencia historicista, fueron los primeros en interesarse por él y esto se tradujo en multitud de publicaciones, tanto de tipo justificativo como condenatorio, que, unidas a las numerosísimas memorias, -

panfletos, manifiestos y proclamas que se publicaron, hacen del período uno de los más ricos en lo que a fuentes impresas se refiere".⁽¹¹⁵⁾

Sin embargo, dirá más adelante, "con la excepción de los hombres comprometidos en la Revolución, el caso de un Pí y Margall o de un Morayta, por ejemplo, la historiografía de finales de siglo buscó sobre todo la exposición de unos acontecimientos que aparecían como la contrapartida del orden imperante de la Restauración". Esta interpretación, tendente a mostrar la Restauración como un sistema de orden frente al "caos" del sexenio si gue aún dominando entre los historiadores conservadores actuales. De acuerdo con estos planteamientos, la Restauración se presenta, como hace J.L. Comellas, por ejemplo, como una "síntesis" entre la tesis del orden conservador y la antítesis de la Revolución. "Pero para que esta síntesis cuajara en una realidad estable, fueron precisos muchos ensayos previos, cuyo fracaso sucesivo, estrepitoso, fue haciendo cada vez más obvia la "salida" de la Restauración". El mismo autor señalará también: "Cánovas tomó el hilo de una reacción lógica, en muchos casos biológica, contra el exceso de las pasiones y el desbordamientos incontrolados que habían zarandeado el país durante los años anteriores: lo único que hizo -y ya es bastante- fue dar nombre y forma a la corriente: corriente que ya venía marcada por el signo de la evolución histórica".⁽¹¹⁶⁾

Ahora bien, si como ya quedó señalado, la investigación historiográfica se mueve a un nivel ideológico - de la interpretación, a la necesidad de un acontecimiento cabe oponerle otro u otros diferentes, donde se incorporen distintos conjuntos de circunstancias. En este sentido, y siguiendo nuestro planteamiento metodológico, al considerar el sexenio revolucionario como una coyuntura ideológica de cambio, queremos poner de manifiesto que, en las circunstancias históricas de aquel período, existían dos opciones ante el cambio planteado a partir de la Gloriosa.

Una era acomodar la estructura social y política al desarrollo económico del país, progresando hacia las tareas históricas de la revolución liberal burguesa; la otra consistía en intentar adaptar una estructura política "sui generis" -sin modificar sustancialmente la estructura social- a las formas ya probadas (monarquía legítima, "constitución interna", doctrinarismo, etc.) y que, supuestamente, habían de seguir dando resultado - siempre.

El "canovismo" supone, en nuestra opinión, esta segunda opción y de ahí el carácter ideológico, legitimista y conservador, que anima a su producción historiográfica.

Por otro lado, a la idea de que la Restauración venía a "continuar la historia de España", según palabras del propio Cánovas, cabe oponerle algunas consideraciones:

Dadas las circunstancias y características específicas del período anterior, ¿no podría haberse dado otra continuidad diferente a la que se impuso con el sistema de la Restauración?, o como preguntará Galdos: ¿"la renovación política y social que se anunciaba ¿era un paso hacia al bienestar nacional o un peligroso brinco en las tinieblas?"⁽¹¹⁷⁾ Pero sobre todo, ¿qué historia venía a continuar Cánovas, es decir, ¿desde qué planteamientos ideológicos y desde qué intereses de clase reivindicaba esa historia el gran político malagueño?

Es en este aspecto donde nos interesa detener ahora nuestra atención para entender después el significado ideológico de la Restauración canovista. Detectar a qué intereses respondían estos planteamientos y precisar los intereses de clase que pueden determinar la defensa de esa "necesaria continuidad histórica", obliga a penetrar en el terreno de la ideología, cuyos argumentos y opiniones vendrán condicionados, en último término, por el objetivo deseado en el desarrollo social, es decir, en función de un modelo de sociedad que había de estar conformada de acuerdo con esos mismos intereses. La agudización de la lucha de clases durante el sexenio generará a su vez, como ya señaladmos, un proceso de fermentación ideológica, cuyas contradicciones vendrán necesariamente suscitadas porque "la Revolución -como dirá un publicista e historiador contemporáneo- tomó rumbos que no habían entrada en la voluntad ni en los cálculos de los que más contribuyeron al éxito del pronunciamiento".⁽¹¹⁸⁾

Esta valoración histórica ha sido también compartida por otros historiadores actuales, a través de cuyos estudios la "septembrina" tendría más bien las características de un golpe de Estado con apariencias de revolución. (J. Fontana). En cuanto a las motivaciones que llevaron a protagonizar aquellos acontecimientos, el mismo autor ha señalado "que la crisis del capitalismo español en los años sesenta contribuyó en medida considerable a que estos dirigentes adquiriesen conciencia de la necesidad de llevar a cabo una renovación política a fondo".⁽¹¹⁹⁾

Desde esta perspectiva, y a la luz de un mayor conocimiento de la realidad social y económica del s. XIX, el período 1868-74 en la historiografía española, "hace que el Sexenio se nos aparezca hoy, si no menos interesante, si mucho menos revolucionario, y que más que en solución de discontinuidad aparezca como un reajuste necesario perfectamente insertado en la tradición española decimonónica".⁽¹²⁰⁾

Ahora bien, dejando a un lado estas consideraciones sobre la valoración histórica en la revolución y del Sexenio, nuestra atención ha de centrarse más bien, en señalar hasta que punto una historiografía determinada, aquella que contribuyó en mayor medida a dar una "obligada" legitimidad a la Restauración, puede llegar a ser un factor obstaculizante para la formación de una concepción crítica de la historia de España y de sus tradiciones democráticas y liberales.

La hipótesis que aquí planteamos podría, quizá, parecer un tanto aventurada desde el punto de vista histórico; pero creemos que este supuesto error de apreciación no lo es tanto si, al aceptar como referencia metodológica el hecho de que existe un condicionamiento social de la teoría, comprobamos que los planteamientos ideológicos que de ello se generan pueden dar lugar a la formación de una serie de connotaciones negativas sobre la historia de España que van a reflejarse en esa determinada historiografía y cuyo contenido ideológico responde a la necesidad de corregir la "distorsión histórica" supuestamente provocada por los acontecimientos del - - sexenio.

En función de esta orientación y rectificación - histórica, que va a ser legitimada después con la Restauración, se procederá a una especie de reelaboración de la historia de España cuyos conceptos teóricos aparte de responder a una visión organicista de la historia - - -según la cual el "organismo social" necesita defenderse de los enemigos que pretenden subvertir el "orden social" contribuyen a dar una imagen distorsionada del proceso histórico reproduciendo así una ideología reaccionaria, que sirve de obstáculo para la formación de una concepción más crítica y veraz de las contradicciones sociales.

Entre las connotaciones negativas que pueden destacarse en este tipo de historiografía figuran, por ejemplo, la idealización y exaltación de los aspectos más retardatarios del desarrollo histórico de España; la in-

sistencia en exaltar también, como lo más "glorioso" y "peculiar" del "alma hispánica", Lo que constituye precisamente sus aspectos más negativos, o bien, al rechazo y la mitigación como "antiespañol" o contrario a la "esencia nacional" los principios y los resultados del desarrollo burgués y democrático del liberalismo europeo.

Todos estos elementos pueden encontrarse en buena parte de las obras históricas que surgen durante y después del sexenio, pero, sin duda, el paradigma ideológico lo encontramos en la obra de Menéndez Pelayo, continuador del pensamiento de Donoso Cortés y abiertamente identificaco con el "canovismo", no solo doctrinalmente, sino mediante su participación activa dentro del Partido Conservador de Cánovas, al frente del grupo de Unión Católica. Las siguientes palabras que extraemos de su Historia de los Heterodoxos españoles (1880-1882 - 3 volsm), avalan por sí mismas lo que aquí denunciarnos:

"España, evangelizadora de la mitad del orbe; España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio..., esa es nuestra grandeza y nuestra unidad; no tenemos otra. El día en que acabe de perderse, España volverá al cantonalismo de los Arévacos y de los Vectones, o de los reyes de Taifas.

A este término vamos caminando más o menos apresuradamente, y ciego será quien no lo vea. Dos siglos de interesante y sistemática labor para producir artificialmente la revolución, aquí donde no podía ser orgánica, han conseguido, no renovar el modo de ser nacional, sino viciarle, desconcertale y pervertirle. Todo lo malo, todo lo anárquico, todo

lo desbocado de nuestro carácter se conserva ileso y sale a la superficie, cada día con más pujanza. (...) Con la continua propaganda irreligiosa, el espíritu católico, vivo aún en la muchedumbre de los campos, ha ido desfalleciendo en las ciudades, y aunque no sean muchos los librepensadores españoles, bien puede afirmarse de ellos que son de la peor casta de impíos que se conocen en el mundo, porque, a no estar dementado como los sofistas de cátedra, el español que ha dejado de ser católico, es incapaz de creer en cosa ninguna, como no sea en la omnipotencia de un cierto sentido común y práctico, las más veces burdo, egoísta y groserísimo". (121)

Sería obvio señalar que con la referencia a esta cita de Menéndez Pelayo no presentamos la opinión de un historiador marginal o poco relevante, sino que se trata de el "máximo representante de nuestra escuela nacionalista y uno de los más grandes historiadores de todos los tiempos".⁽¹²²⁾ En este sentido, la importancia de lo que aquí planteamos radica en que los criterios mantenidos en este tipo de historiografía suponen una tergiversación del pasado que no se limita a los hechos históricos, a su selección, a su modo de presentarlos, sino que la actitud de falseamiento a que nos referimos influye también sobre la metodología de la ciencia histórica y social, trascendiendo al ámbito del pensamiento social e histórico posterior. No es una casualidad, ni puede ser atribuido a "extrañas circunstancias", el hecho de que el siglo XIX español no haya sido objeto de estudios críticos por parte de los historiadores hasta fechas muy recientes. La herencia historiográfica que ha pesado tan

gravosamente sobre esta centuria decisiva, ha sido fundamentalmente la concepción heredada de la Restauración, cuyo espíritu legitimista y organicista de "defensa del orden" hacía excluir toda referencia a un pasado nacional que no se identificara con "la eterna metafísica de España". El profesor Jover, en un ponderado y objetivo análisis sobre El siglo XIX en la historiografía española contemporánea (1939-1872), ha resumido así las etapas metodológicas que han jalonado estos años recientes:

"La década de los cuarenta sería -salvadas las excepciones, algunas de las cuales serán señaladas más adelante- la de la condena oficial del siglo XIX, basada doctrinalmente en los principios menéndez-pelayistas. La década de los cincuenta presenciara un despegue, contemporáneo a la renovación metodológica que queda aludida líneas arriba. La década de los sesenta, hasta los días en que se redacta este prólogo (1973), se corresponde con un notable enriquecimiento temático y metodológico (...) que hace hoy tan amplia y diversificada como se dijo la investigación de nuestro -siglo XIX". (123)

Por otro lado, uno de los más repetidos tópicos - que hará prosperar este tipo de historiografía tradicionalista y reaccionaria será, sin duda, el de "la ingobernabilidad de los españoles", o, lo que es lo mismo, "su incapacidad para determinadas formas políticas "por naturaleza"- que suelen coincidir, obviamente, con los regímenes democráticos o representativos- como se afirmará, por ejemplo, en la obra histórica de Bermejo⁽¹²⁴⁾ identificado también con el ideario canovista a través de su

vinculación como redactor de periódicos como La Epoca o El Herald de Madrid.

No es difícil deducir de estos supuestos que la ideología que en ellos subyace es la concepción del - - "subdito" como mero espectador pasivo de las acciones realizadas por los "elegidos", por "los grandes hombres". Es decir, una concepción burocrática -muy propia del canovismo- de la inteligencia limitada del subdito y que servirá también de justificación ideológica al caciquismo estructural de la Restauración.

Ahora bien, en cuanto al condicionamiento social como elemento clarificador para interpretar las razones que influyen en la manifestación de estas teorías reaccionarias, hemos de señalar que éstas no vienen determinadas tanto por un proceso interno en el desarrollo de la razón o de un proceso intelectual interior, sino que vienen más bien determinadas desde fuera, desde el enemigo social que amaneza un determinado "orden" cuya defensa ha de imponerse a cualquier otra consideración objetiva o racional.

Este proceso ideológico, que llevaría, en último término hasta el irracionalismo, ha sido analizado, en su sentido filosófico, por G. Lukács en su obra El Asalto a la Razón, cuyos planteamientos pueden sugerir interesantes reflexiones para el historiador a la hora de abordar un tema de esta naturaleza. Así, por ejemplo,

el tratar de determinar la relación que existe entre la filosofía como resultado de la Razón y la realidad social en que aquella se manifiesta, el autor señala:

"La actitud favorable o contraria a la razón decide al mismo tiempo, en cuanto a la esencia de una filosofía como tal filosofía, en cuanto a la misión que está llamada a cumplir en el desarrollo social. Entre otras razones, porque la razón misma no es ni puede ser algo que flota por encima del desarrollo social, algo neutral o imparcial, sino que refleja siempre el carácter racional (o irracional) concreto de una situación social, de una tendencia del desarrollo, dándole claridad conceptual y, por tanto, impulsándola o entorpeciendo^{la}..(125)

En este sentido, de la filosofía que subyace en este tipo de historiografía que estamos analizando, no solo habría que destacar su carácter reaccionari, sino también el hecho de que partiendo por un lado de la vida social, corrija o rectifique en un sentido determinado dicha realidad social para volver de nuevo a ella dotando de este modo a su contenido filosófico del verdadero sentido ideológico que va a ser conformado ahora de acuerdo con unos determinados intereses.

Por otro lado, estos determinados intereses, en la medida que responden al deseo de un modelo de sociedad concreto, son formulados en términos de leyes eternas, válidas para toda la humanidad o, más concretamente para la sociedad española en general, con lo cual, la operación tergiversadora que consiste en universalizar deter

minados conceptos, significa, de hecho, legitimar la idea particular que tiene una clase social determinada de la evolución de la sociedad y justificar así, en un sistema aparentemente "racional", el lugar de preferencia que va a corresponderle, como clase dominante, en dicho sistema social.

A este respecto, creemos oportuno reproducir aquí, a modo de ejemplo ilustrativo, una carta de Madoz dirigida a Prim, el 12 de enero de 1867, citada por J. Fontana, a través de la cual puede apreciarse esta operación ideológica que consiste en presentar el interés particular como si fuera el interés general y, en función de ello, considerar "necesaria" una acción política determinada que en ningún caso va a ir orientada a solucionar la situación "general", sino más bien a crear unas condiciones adecuadas para que aquellos intereses "particulares" puedan quedar a salvo:

"La situación del país -escribe Madoz- mala, malísima. El crédito, a tierra. La riqueza rústica y urbana, menguando prodigiosamente. Los negocios perdidos, y no se quien se salvará de este conflicto. Yo hago prodigios, para salvar la "Peninsular" pero te aseguro, querido Juan, que ni como ni duermo. Bien puedo decir que paso los peores días de mi vida. Nadie paga, porque nadie tiene para pagar. Si vendes, nadie compra, ni aún cuando das la cosa por el cincuenta por ciento de su coste. La España ha llegado a una decadencia grande, y yo, como buen español, desearía que hubiese medios hábiles de levantar el prestigio y dignidad de este pueblo, que merece mejor suerte. No habiendo grande abnegación, grande desinterés, grande patriotismo,

en todos los progresistas y demócratas, podemos decir que hemos contribuido todos al aniquilamiento de España". (126)

La visión pesimista que se observa en esta texto y la generalización que hace Madoz de su situación particular hasta ser identificada incluso con la "decandencia" de España, adquiere mayor significación por tratarse de una personalidad política -aparte de su contribución - al campo de la historia con su monumental Diccionario geográfico, histórico y estadístico de España (1848-1850)- cuya trayectoria, desde los acontecimientos de 1854, estuvo vinculada al progresismo de izquierda, desde una posición que le sitúa como "representante político más destacado del capitalismo catalán" (R. Carr).

Sin embargo, la postura de Madoz ⁽¹²⁷⁾ viene a ser un testimonio representativo de la actitud vacilante de unos hombres políticos, comprometidos moralmente con la idea de una renovación en los hábitos inmovilistas y - anquilosados a que se había llegado durante el gobierno de Isabel II, pero al mismo tiempo, dicha postura era un reflejo, también, de la contradicción política que suponía, por un lado, el convencimiento de la necesidad de este cambio, cuyas consecuencias podían llevar incluso al propio destronamiento de la Reina, y, por otro lado, el temor a que tales acontecimientos pudieran desencadenar un proceso revolucionario que ya desde un principio

estaba excluido y conjurado por parte de los propios - protagonistas del cambio. "Una vez más -dirá R. Carr- la mera perspectiva de la acción revolucionaria dividió a los progresistas. Madoz, Figuerola y otros, temían que el uso sistemático del retraimiento condujera a una coalición revolucionaria con los demócratas y, a través de éstos, con el radicalismo de la clase obrera. Madoz calificó de "suicidio" la abstención total porque podía absorber el programa positivo del partido y conduciría a "lo otro" la revolución".⁽¹²⁸⁾

Visto, pues, con la perspectiva de hoy, y a la luz de los numerosos estudios que sobre la revolución y el sexenio se han realizado, parece quedar claro el juego de intereses, las relaciones entre políticos y compañías ferroviarias, o los intereses cubanos que están en el - origen de la septembrina. En el mismo estudio de Fontana o en la obra de M. Espadas sobre los orígenes de La Restauración⁽¹²⁹⁾ se aportan una serie de datos a este respecto que vienen a corroborar el hecho de que, en - efecto, la crisis de los negocios y sobre todo la de los ferrocarriles, afectó directamente a los políticos españoles que se encontraban muy ligados a ellos. Como dirá J. Fontana, "si examinamos los consejos de administración de las compañías ferroviarias españolas hacia 1873, los encontraremos llenos de figuras de la política". A este respecto nos interesa especialmente destacar el dato señalado por el citado autor: "Una de las compañías más "politizadas" parece haber sido la del ferrocarril de -

Medina del Campo a Zamora y de Orense a Vigo(M.Z.O.V.). En su consejo de administración podemos encontrar, amistosamente hermanados, a revolucionarios y monárquicos - conservadores: lo preside Cánovas del Castillo y le acompañía Mortes, Caballero de Rodas, Elduayen y otros cinco ex-ministros y ex-diputados".(130)

De este modo, los datos y precisiones que las recientes investigaciones han aportado sobre el período, vienen a avalar así la idea de que las motivaciones de los dirigentes de la septembrina se movían más por la necesidad de llevar a cabo una renovación política que por un auténtico cambio revolucionario que supusiera la transformación de unas estructuras caducas.

3.2. El Miedo a la Revolución: El Debate de la Internacional.

Con una amplia perspectiva histórica, no es difícil percibir en la Vicalvarada de 1854 y en el "Golpe de Cádiz" de 1868, una cierta continuidad histórica cuya contradicción, dadas sus características y a la vista de sus resultados, responde, en cada caso, al temor a que tales pronunciamientos -protagonizados por unas elites políticas con ansias de renovación- provocaran la participación de unas clases sociales cuyas reivindicaciones podían alterar en un sentido revolucionario el contenido o la orientación reformista a que respondían sus plantea

mientos iniciales. Refiriéndose a la "septembrina", pero igualmente aplicable a los sucesos de 1854, "Lo que pasó -dirá Fontana- fue que, pese al éxito alcanzado en la tarea de evitar que el golpe de Estado se convirtiera en una auténtica revolución, los grupos sociales que lo habían instrumentado descubrirían en los años siguientes que las fuerzas revolucionarias que habían contribuido a despertar (aunque sólo fuera con la concesión de unas libertades democráticas elementales que facilitarían, por ejemplo, el desarrollo de las organizaciones obreras) resultaban incómodas y estaban creciendo de manera alarmante". (131)

Es esta "continuidad", empeñada en evitar por todos los medios peligrosas desviaciones en el proceso histórico, lo que vendría a proclamar Cánovas con la Restauración, cuyos "soterraños", como diría Ortega y Gasset, pueden, en efecto, encontrarse en 1854. En este sentido, aunque sin remontarse a la Vicalvarada, Fontana considera que "la restauración de 1874 fué el segundo acto de la pseudarrevolución de septiembre de 1868. Ambos acontecimientos no son sino dos etapas de un mismo proceso, desencadenado esencialmente por una crisis estructural del capitalismo español y encaminado a aliviar esta crisis y a favorecer el inicio de una nueva etapa de crecimiento". (132) Sin embargo, atendiendo al sentido de continuidad a que nos hemos referido, el éxito o el acierto del sistema "canovista" radicaría precisamente en haber conseguido dotar de persistencia, de duración, al pronun-

ciamiento de Sagunto, tercer intento y el definitivo, de un largo proceso encaminado, en el fondo de sus motivaciones, a conjugar "lo otro", la siempre temida revo-lución.

Es este temor el que subyace en el contexto social de este período histórico y el que da sentido ideológico a las diferentes actitudes o posturas políticas manifes-tadas a lo largo de estos años de readaptación a los cambios que vienen necesariamente provocados por las con--tradicciones propias de toda formación social. La acep-tación o superación de éstas, o su rechazo sistemático no sólo incide en la orientación del modelo de desarro-llo que se pretende, sino también en el propio desarrollo de las estructuras ideológicas cuya racionalidad o irra-cionalidad responderá también a la forma de respuesta - que se de a estas mismas contradicciones sociales.

Ahora bien, el miedo histórico a la revolución, o incluso a abrir los cauces políticos a la participación de las diferentes clases que forman el conjunto de la sociedad, tiene ahora, a partir de 1868, una concreta re-presentación social en la Internacional, el "fantasma que recorre Europa" desde la publicación del Manifiesto comunista en 1848.

Nuestra atención ha de centrarse ahora en la refe-rencia a una pieza oratoria de Cánovas, su Discurso sobre la Internacional, publicado en el tomo primero de sus

problemas Contemporáneos. El carácter de este documento marginal al "corpus" historiográfico de la obra canovista, sobre los Austrias, tiene, sin embargo, un valor histórico fundamental para nuestro trabajo, puesto que a través de su lectura, el contenido de la ideología canovista gana en apreciación a la luz de las opiniones, juicios y criterios que en este discurso se manifiestan.

Es sobradamente conocido el grado de exacerbación a que se llegaría en el Congreso de los Diputados cuando el 7 de octubre de 1871 comienza el debate sobre la legalidad de la Internacional. ⁽¹³³⁾ Debate que el propio Cánovas calificaría, al comienzo de su intervención parlamentaria, como "uno de los más largos, y al mismo tiempo uno de los más elocuentes quizá que registran los anales parlamentarios".

Las expectativas de liberación que se abrieron con la revolución de 1868, provocaron a su vez el inevitable auge del asociacionismo obrero y la necesidad de una reglamentación -de acuerdo con los principios de la Constitución de 1869⁽¹³⁴⁾, que reconociera el derecho legal de los trabajadores para formar sus propias organizaciones de clase. Ya desde septiembre de 1868 existían organizaciones obreras de resistencia, de vida clandestina, -especialmente en Cataluña de donde se había enviado un delegado al Congreso de Bruselas de la Internacional.

Las limitaciones metodológicas de nuestro trabajo

impiden hacer referencia pormenorizada a los orígenes y vicisitudes del movimiento obrero en España⁽¹³⁵⁾ cuya historia específica, marginada de los tratados de la - historia tradicional burguesa, ha tenido que esperar durante mucho tiempo a que historiadores más modernos y comprometidos con una "nueva historia" incluyeran en sus investigaciones el lugar que le corresponde en lo que se ha venido en llamar "historia social". El deficiente desarrollo capitalista, la debilidad de la burguesía - para realizar sus tareas de transformación social, unido a la persistencia de una ideología de carácter estamental que ha caracterizado al poder oligárquico en España, condicionan en buena medida las características específicas del movimiento obrero, sus limitaciones teóricas y organizativas, su desfase con respecto a los - países de la Europa occidental, hasta el punto que "en 1907 España era todavía el único gran país europeo sin un diputado obrero en el parlamento".⁽¹³⁶⁾

Sobre el famoso y controvertido debate, F. Almagro, resalta la participación de Cánovas cuya valoración, desmesuradamente elogiosa y poco objetiva, responde a la interpretación tradicional y conservadora de su biógrafo. Ello no significa desconocer el acierto con que el autor ha sabido reflejar la semblanza política de su biografía o de ignorar el lugar que ha merecido el conjunto de su obra en el panorama de la historiografía española - contemporánea: "un historiador que ha sido, por encima

de sus evidentes limitaciones de método, uno de los - grandes artífices de la "Historia Contemporánea de España" considerada en su versión académica, tradicional, en función de continuidad con la clásica historiografía liberal- conservadora de los años de preguerra" (137)

Sin embargo, el "Cánovas" de F. Almagro, que es sin duda uno de los mejores biógrafos políticos que se han realizado sobre el "artífice de la Restauración", refleja las limitaciones ideológicas de su autor, para quien las dotes políticas de Cánovas -que constituyen el hilo conductor de su estudio- son elevadas a una especie de categoría "superior" para justificar o valorar positivamente cualquier juicio o planteamiento procedente del gran político malagueño. Estamos pues, ante una clara manifestación de esa historiografía "humanista" e "individualista" a que hemos hecho referencia en este trabajo, según la cual la actuación de unos individuos clave que ocupan cargos o posiciones políticas destacadas parecen decidir el curso de la historia. Es este tipo de historiografía la que ha hecho aparecer la figura de Cánovas como "providencial", como "genio político" de ahí que no pueda soslayarse el hecho de que la investigación historiográfica se mueva en el nivel ideológico de la interpretación.

Pero veamos en qué términos se refiere F. Almagro al mencionar el ya citado debate:

"La legalidad de la Internacional -negada por Sa-
gasta, aceptada por Ruiz Zorrilla- dió lugar a una
interpelación de Jove y Hevia y a una proposición
de Saavedra, seguidos de amplísimo debate -octubre
y noviembre de 1871- en que intervinieron los más
conspicuos parlamentarios: Moreno Nieto, Nocedal,
Castelar, Ríos Rosas, Salmerón, Pí, Cánovas...
Cánovas raya en extraordinaria altura en dos dis-
cursos fundamentales de veras, por exponer en ellos
gran parte de la doctrina que luego habría de invo-
ccar y desarrollar en su obra de gobernante".

Después de mencionar los principios sobre los que
Cánovas se pronunciará y donde el tono adquiere rasgos
apologéticos, la identificación ideológica de su biógra-
fo se pone de manifiesto a la hora de valorar la posi-
ción de Cánovas, que es destacada como las más "política"
del conjunto de posiciones, o mejor, de aquellas que, co-
mo la de Pí y Margall suponían en aquel momento históri-
co la más representativa y consecuente con los intere-
ses y derechos de los trabajadores.

"Mientras otros oradores -dice F. Almagro- redu-
cían el debate a una cuestión puramente formal,
interpretando los textos constitucionales, lata
o restrictivamente, para afirmar o negar la lici-
tud de la Internacional, según el alcance que se
diera al derecho de asociación, Cánovas concedía
al tema toda su profundidad ideológica e históri-
ca como realmente también se la daba Pí y Margall,
solo que éste hablaba un teorizante que concluía en
insana utopía y Cánovas, político hasta la médula,
a la vez que hombre de pensamiento, hería el pro-
blema en su punto vivo: el destino sobrenatural
del hombre y la auténtica libertad política".(138)

Como puede apreciarse, la valoración de F. Almagro refleja un grado de "maniqueísmo" nada despreciable a la hora de contraponer ambas posiciones. Con la denominación de "insana utopía", el autor, siguiendo la tradición conservadora de sus mayores, descalifica abiertamente los argumentos -que también son políticos- de Pí y Margall para presentar la posición de Cánovas como -exponente, no de unos planteamientos ideológicos y políticos determinados, sino como el único que supuestamente venía a defender la ilegalidad de la Internacional con verdadero acierto: en nombre "del destino sobrenatural del hombre y de la auténtica libertad política".

De nuevo vemos aquí reflejada la misma operación ideológica que consiste en presentar la defensa de unos intereses socialmente amenazados como si fueran los intereses de la "humanidad", utilizando para ello argumentaciones que, lejos de responder a un análisis crítico de la realidad, se elevan a las alturas metafísicas o religiosas para hacerlos aparecer como "universales".

Sin embargo, es esta posición ideológica la que se corresponde con la actitud de la burguesía conservadora y "liberal" ante los problemas acuciantes de inseguridad vital de la clase obrera. "Tal es la respuesta -dirá J. M. Jover- de la doble seguridad burguesa- en el aquende y en el allende- ante la radical inseguridad de la nueva clase. Al hambre y al hospital, a la buhardilla y a la cueva, al andamio que se hunde o al barreno que revienta

antes de tiempo, se responde con una trascendentalización del problema que, desgraciadamente, el obrero entiende menos cada vez. La vida es un valle de lágrimas: debe ser así, oscura e insegura. Se remite, pues, la solución del problema a la vida eterna".⁽¹³⁹⁾

Ahora bien, la enconada polémica que suscitaría el debate venía, histórica e ideológicamente, condicionada por los recientes acontecimientos revolucionarios de la Comuna de París, en marzo de aquel mismo año. También en aquella ocasión las Cortes españolas de 29 y 30 de mayo de 1871 dedicaron sus sesiones al tema y más concretamente sobre la licitud de dar asilo político a los emigrados franceses que huirían de París después de la brutal represión que siguió a la derrota de los comuneros parisinos. Al igual que en el debate de la Internacional fué también el diputado tradicionalista Jové y Hevia - quien pondría el tema a discusión al solicitar del ministro de gobernación "las determinaciones que el gobierno piensa tomar con los autores de los tristísimos sucesos que han tenido lugar últimamente en París y en el caso que se refugien en territorio español."⁽¹⁴⁰⁾

La respuesta del ministro, Sagasta, fue dura y contundente, y refleja la ceguera intelectual y la intransigencia política y moral del que luego será jefe del partido liberal durante la Restauración: "Los criminales sucesos ocurridos en París están fuera de la política, y sus autores no deben considerarse como hombres

políticos. Son delincuentes y se les entregarán a las autoridades francesas cuando éstas soliciten su extradición."⁽¹⁴¹⁾

Ante este planteamiento no es difícil deducir que los fuertes debates que siguieron harían que la Comuna de París dividiera el parlamento español "en dos posturas irreconciliables: la de la mayoría monárquica, incluido el grupo tradicionalista, y la de la minoría republicana, y sirvió para reflejar, una vez más, hasta qué punto una cuestión internacional podía encarnar las diferentes posturas política y éticas de cada uno de los partidos."⁽¹⁴²⁾

Sin embargo, las diferentes posturas manifestadas no deben interpretarse sólo como exponentes de una reacción ante una "cuestión internacional". En su conjunto, dichas posturas reflejaban el espectro ideológico de la lucha de clases, agudizada ahora por la experiencia única de la Comuna, por cuanto significaba la creación de un Estado de nuevo tipo, desconocido en la historia de la humanidad. Su sentido histórico, el contenido real de la Comuna, sería descubierto por Carlos Marx, quien interpretaría la Comuna de París de 1871 como el nuevo Estado de la "dictadura del proletariado" que él había previsto teóricamente ya en 1848-1850.

"Gracias a la Comuna de París -anticipaba Marx en abril de 1871- la lucha de la clase obrera contra la clase de los capitalistas y contra el Estado que representa los intereses de ésta ha entrado en una nueva fase. Sea cual fuere el resultado inmediato esta vez, se ha conquistado un nuevo punto de partida que tiene importancia histórica para la historia de todo el mundo". (143)

Desde esta perspectiva histórica, la violenta y generalizada respuesta con que va a reaccionar la burguesía adquiere su plena significación. Por primera vez la sociedad burguesa va a sufrir una de las más trágicas sacudidas desde la Revolución francesa, *por* parte de una nueva clase social -el llamado "cuarto estado"- que desde 1848 ya se había manifestado como una seria amenaza para subvertir el sacrosanto "orden burgués". La crueldad y ensañamiento con que actuaron los gendarmes de ese orden tras la derrota de la comuna, pone de manifiesto hasta dónde pretendía llegar la contrarrevolución de la burguesía en la defensa de sus intereses: la eliminación pura y simple de su enemigo de clase. Para comprender el grado de represión a que se llegó contra los comunistas parisinos, son elocuentes las atrocidades que a continuación se describen:

"Pero la palma de estos días le corresponde, sin duda, al general Galliffet; una de sus lindezas consistía en sacar de las columnas de presos a los hombres de pelo gris y mandarlos fusilar en el acto, pues según él éstos habían conocido las jornadas de junio de 1848 y, por tanto, tenían más culpa que los demás. También mandó fusilar a un preso porque llevaba un reloj y por consiguiente debía ser un funcionario de la Comuna. Las cosas

llegaron a tales extremos, que cierto periódicos conservadores protestaron. Se consideró entonces que había llegado el momento de ceder el paso a la ley. Miles de presos, hombres y mujeres, fueron hacinados con la brutalidad que puede uno imaginarse en los sótanos nauseabundos de las Grandes Ecuries, - en la Orangerie, en el campamento de Satory y en todas las cárceles cercanas. Muy pronto, cuando Versalles y sus alrededores, totalmente abarrotados, no daban ya a basto, Thiers decidió alojar a los presos menos comprometidos en pontones, sobre el Sena. Allá fueron enviados en vagones para ganado, sin más alimento que unas pocas galletas.

Cuando finalmente esta pobre gente empezó a comparecer ante los Consejos de guerra de Versalles, inútil es decir que estaba totalmente extenuada por la espera y los malos tratos. Se comprende que, en general, su comportamiento ante los tribunales no fuera brillante, tanto menos cuanto se enfrentaban a unos jueces con la opinión más que hecha, en un ambiente de violencias y de insultos y sin posibilidad alguna de asegurar su defensa". (144)

La imagen que se creó y difundió de la Comuna a través de la dominante ideología burguesa no podía ser más aterradora. A esta imagen responderá la intervención de Sagasta, cuyas consecuencias se dejarán sentir en el debate de la Internacional provocando la escisión del partido radical en zorrillistas, más inclinados a tolerar la organización obrera, y sagastinos, que seguirán manteniendo su intransigente rechazo.

En efecto, partiendo del absurdo planteamiento de que los sucesos de la Comuna estaban "fuera de la política", Sagasta -al igual que Cánovas, como veremos más

adelante- arremete contra la Internacional atacando sus principios y objetivos que eran, en definitiva, los que más terror podían provocar en las burguesías censitarias: "Los hechos de París no obedecen a ninguna idea política, no es la presión, no es el rencor del momento, no es la necesidad de evitar la derrota o de salvar la vida...es el objeto y la tendencia que debajo de la bandera del federalismo se oculta". El móvil, dirá ~~más~~ adelante, "es el nivel de la sociedad y no el nivel de su parte más más alta o sea su parte media, sino el nivel en su parte más baja, más ignorante, más abjecta." (145)

Por su parte, el descontento político del ex ministro de la Gobernación, Ruiz Zorrilla, se dejará sentir en su intervención ante las Cortes al manifestar sus diferencias, cada vez más acentuadas, entre sus partidarios y los sagastinos:

"Nosotros no votamos esta proposición respecto de la Internacional, por dos razones: Porque no veo ninguna solución, absolutamente ninguna, y porque no entendemos la política del Gobierno...Hoy creo sinceramente, que el Ministerio no practica mi programa y no procede, como precedía yo; y sin discutir si es mejor o peor lo que hace relativamente al partido y al país, yo tengo el deber de no darles fuerzas hasta que me convenza de su razón en el asunto; porque creo, y también lo creen mis amigos, que los apoyos de este Ministerio, que su conducta en lo que se refiere a sus alianzas políticas, a sus maneras de prepararse para las luchas legales que han de venir aquí, tampoco son los medios, las alianzas, los apoyos que yo hubiera tenido si hubiera continuado en el poder." (146)

De acuerdo con el estudio realizado por Oriol Vergés es evidente que el debate sobre la Internacional es inseparable, en cuanto a su contenido ideológico, del que tiene lugar en los meses de mayo y junio sobre la cuestión de los refugiados en España de la Comuna de París. El tema, sin embargo, trasciende al estricto marco de los tratados internacionales de extradición (argumentos esgrimidos por Castelar) para convertirse en poedra de toque del asociacionismo obrero, puesto que para el Gobierno las ideas de la internacional eran introducidas en España a través de estos refugiados, cuyo trabajo consiste -en opinión de Sagasta- "en suscitar en las masas obreras elementos de desorden, promover huelgas, seducir y corromper con dádivas a aquellos obreros menos expertos o más adados o más dispuestos a la holganza".

El debate vendría suscitado por la petición hecha por un grupo de diputados republicanos, el 22 de mayo solicitando a la mesa presidencial que la Asamblea declarase su disgusto por la conducta del gobernador de Barcelona al denegar el permiso para efectuar unas reuniones de obreros. Ante la postura intransigente del gobierno, quien promete a través de Sagasta- que "más adelante se trataría largamente en las Cortes acerca de la Internacional", un grupo de diputados encabezado por el republicano catalán Pascual y Casas, presentó una enmienda, en contestación al discurso de la Corona, cuyo contenido supone una aguda crítica a la postura mantenida por un gobierno que se decía representar a la revolución: La

enmienda decía así:

"O la revolución de septiembre carece de todo sentido, o es preciso que el gobierno, que cree representarla, se ocupe de mejorar la condición moral y material de nuestro proletariado, ya estableciendo instituciones que tiendan a lograr fin tan eminentemente justo, ya estableciendo el jurado mixto para dirimir las huelgas, ya creando colonias agrícolas, ya fomentando el establecimiento de asociaciones cooperativas, mientras la filosofía y el derecho resuelven los arduos problemas sociales que parten del campo de la academia y trascienden la vida política". (147)

Un mes más tarde, en la sesión del día 15 de junio, se presentó una enmienda que sería aprobada por unanimidad: era la petición para reemprender la labor informadora sobre la clase obrera, comenzada en julio de 1869. (148)

3.3. La Intervención de Cánovas como Exponente - Ideológico del Modernismo Tradicional.

La cuestión de la Internacional adquiere, pues, - pleno estado parlamentario al reanudarse los debates el 7 de octubre, después del paréntesis estival. El aspecto legal domina ahora las sesiones, cuyo punto esencial se centra en saber si es preciso dictar una ley especial o si la propia constitución basta para disolver la citada organización. Las referencias jurídicas se remiten a - los llamados derechos individuales recogidos en la Constitución de 1869, y más concretamente en los artículos 17 y

y 19 que trataban de la libertad de asociación.

La postura del gobierno, a través del nuevo ministro de la Gobernación, Francisco de Paula Candau -Sagasta había pasado a la presidencia de la Asamblea- asegura que se procederá según la Constitución, sin recurrir a ninguna ley específica para el caso, pero considera asimismo oportuno un debate parlamentario que pueda esclarecer la cuestión y tranquilizar así a los diputados. Una semana después dará comienzo ésta, a través de cuyas intervenciones, se ofrece un rico panorama del pensamiento social de las diferentes posiciones políticas que allí -serán confrontadas.

En este contexto, la intervención de Cánovas adquiere una especial significación, no sólo por su contenido ideológico, -como ya dejamos señalado- sino por que las teorías y opiniones que en aquella ocasión manifiesta, habrían de entrar muy pronto en vigor durante el período de la Restauración. Como dirá también uno de sus biógrafos, el Marqués de Lema, "Cánovas tenía "in mente" ya en 1871, el esquema de la Restauración borbónica y luchaba por agrupar en un partido las personalidades que cifraban en lo mismo sus esperanzas".

Desde el punto de vista de la legalidad constitucional, la Internacional estaría pues fuera de la ley y por tanto sometida al Código Penal. Así quedó establecido, una vez realizada la votación según la cual el Congreso

la declaró anticonstitucional por la abrumadora mayoría de 192 votos contra 38. En este sentido, la postura de Cánovas fué inequívoca desde el principio, de ahí que no aceptara el hecho de que se hubiera elevado el tema de la Internacional al nivel constitucional: "De qué depende, pues, Sres. Diputados, de qué depende el extravío que casi desde el primer instante ha experimentado el curso regular del presente debate? ¿De qué depende?. De que en vez de acudir de una manera estricta y concreta a los textos legales; de que en vez de ver si las opiniones que habia expuesto el gobierno estaban o no conformes con la constitución, en vez de ver si el Gobierno se habia ajustado o no a los textos legales, se ha planteado aquí la cuestión constituyente".

La base argumental de Cánovas radica en aceptar los principios constitucionales cuya elaboración fue una transacción entre los diferentes partidos y cuyo espíritu no puede responder a un criterio único. Con esta argumentación Cánovas no sólo recuerda a los diputados de izquierda sus compromisos y responsabilidades políticas, sino que les imputa la intención de modificar la Constitución aprovechando lo que para él resultaba ser una "circunstancia cualquiera", es decir, el reconocimiento del derecho de asociación obrera:

"Olvidando, dice, que la Constitución de 1869 fue un grande acto de transacción entre partidos distintos, y olvidando que esta Constitución no responde por lo mismo al criterio determinado de un solo -

"

partido, se ha pretendido aprovechar una circunstancia cualquiera para dar por roto aquel pacto constitucional, para intentar indirectamente modificarlo, alterando el sentido evidente de su texto, destruyendo todo lo que hay de más íntimo y de más esencial en su seno, y planteando aquí de nuevo, para impedir el curso tranquilo y el juego regular de las restituciones, la cuestión constituyente."

Es cierto, por otro lado, que en el aspecto legal del debate existía una cierta dificultad a la hora de desautorizar las razones de unos y otros. Los tenían los que consideraban que la A.I.T. cabía en la Constitución pero también había que estimar el punto de vista de los que creían que era rechazable por el artículo 19. Las razones últimas, sin embargo, estaban en lo que venía a decir Cánovas: en el carácter transaccional a que respondía la Constitución y cuyos compromisos políticos llevarían, a la hora de redactar su articulado, a una escasa precisión así como una gran amplitud de conceptos referentes a los derechos individuales, cuya ambigüedad dejaba abierta la posibilidad de interpretar su lectura en función de la voluntad política que existiera para modificar, ampliando o restringiendo, su contenido.

En este sentido, conviene recordar la interpretación jurídica de los republicanos y más concretamente la de Salmerón, cuyos conceptos, por otro lado, fueron los únicos que merecerían el beneplácito de los internacionalesistas al ser citados por Anselmo Lorenzo en su libro

"El Proletariado militante".

"No entiende -dirá Salmerón- al leer (el ministro de la Gobernación) el artículo 17, que se trata de la declaración de un derecho, y que aun cuando se limita, de ninguna manera se autoriza al poder para negarlo o destruirlo, que sería entregarle una fuerza contra el derecho mismo, que es solo llamado a garantir". (149)

Sin embargo, fuera de la Constitución y aparte del Código Penal, existían unas trabas al derecho de asociar se libremente. Había un decreto, anterior a los Constituyentes, pero todavía en vigor, según el cual se "obligaba a los asociados a poner en conocimiento de la autoridad el local y el objeto de la reunión, así como los reglamentos por los que se rijan las asociaciones. Y se prohíbe, así mismo, la sumisión de las sociedades a autoridades establecidas en el extranjero"(150)

Pero sobre todo, existía en el artículo 19 una limitación: el impedimento de conspirar contra la seguridad del Estado, y que era mucho más difícil de superar puesto que respondía, en definitiva, al miedo que provocaba en los gobiernos burgueses los principios de la Internacional y que eran traducidos, desde esa misma perspectiva de clase, como atentativas contra un orden social concebido para su perpetuación.

Para Cánovas, siguiendo en su línea de recriminación contra los que pretenden alterar el sentido de lo ya establecido en la Constitución, su conclusión es clara

mente expeditiva; no cabe alteración posible, incluso en el supuesto de que los derechos individuales, como opinaba Castelar, no existieran en la Constitución de 1869, porque aparecían en ella "coartados", "aniquilados".

"No hay remedio, Sres. Diputados -dice Cánovas- los señores de la extrema izquierda, los que perteneciendo a la escuela republicana, no lograron en 1869 incluir en la Constitución del Estado los derechos individuales sin limitación alguna, ni lograron que dejaran de estar legislados en esa constitución, hoy no tienen más remedio que someterse al derecho constituido (...) No hay libertad política posible, no hay gobierno regular, no hay régimen constitucional, donde se pretende sustituir el texto expreso y estricto de las leyes, el supuesto espíritu que tales o cuales escuelas los atribuyan".

Por otro lado, Cánovas no se limita a constatar lo que está establecido en la Constitución, sino que movido por su afán de impedir a toda costa la más mínima tolerancia respecto a unas asociaciones que para él son concebidas a priori, como ilícitas e inmorales -"puesto que para que aquellos casos (léase la I.I.T.) en que la moral pública está violada, semejante derecho no existe, semejante derecho no tiene ni principio ni fin, no puede ser interrumpido, lo diré más claro: semejante derecho no llega jamás a tener existencia" -acusa el ministro - de la gobernación por su falta de firmeza ejecutiva y exige una unidad de criterio al juzgar la ley y la Constitución: "una ley, según demostrará enseguida, una ley

tiene siempre el caracter de pacto entre todos los ciudadanos, y este pacto, este contrato, que todos están obligados a respetar, que todos están obligados a obedecer, necesita, como primera condición, el ser completamente claro". De acuerdo con esta línea de razonamiento, Cánovas sale al paso de la opinión manifestada por un diputado republicano, al considerar ilegítimo el que la autoridad gubernativa interviniera en el ejercicio de los derechos individuales: "No; eso no es cierto -dirá rotundamente Cánovas- según el derecho constituido; eso no es cierto, según la constitución del Estado. Pues qué, si una reunión se verifica de noche, ¿hay que esperar para que la reunión se disuelva a que se forme un proceso contra ella y se fulmine una sentencia sobre ella?. No, el gobierno tiene, no el derecho, el Gobierno tiene el deber de impedir que se realice".

Ahora bien, en la intervención parlamentaria de Cánovas pueden distinguirse dos partes bien diferenciadas: esta primera, fundamentalmente legalista, donde trata de situar la cuestión de la Internacional a partir de los estrictos límites de la Constitución de cuya interpretación deduce la presente ilegalidad de la organización y su inclusión en el Código Penal. Sin embargo, dadas las implicaciones jurídicas, morales y políticas que la Internacional había suscitado, Cánovas considera necesario trascender el aspecto meramente constituyente para entrar en lo que el mismo denominaría "La cuestión de principios". Es esta segunda parte de su alocución

la que tiene, sin duda, un mayor interés para conocer la ideología canovista, no sólo en cuanto a su concepción del Estado y las libertades políticas, sino en el aspecto más concreto del asociacionismo obrero, de cuyo conjunto de ideas y planteamientos se puede deducir lo más esencial y característico del pensamiento de Cánovas en relación a los problemas sociales de su tiempo. En este sentido, el conservadurismo de Cánovas se pone de manifiesto en este discurso parlamentario, cuyo tono violento y defensivo hay que entenderlo como respuesta ideológica ante la amenaza social que suponía el avance de las teorías socialistas que encarnaba la Internacional como movimiento obrero organizado.

Cánovas comienza su "cuestión de principios" haciendo referencia a su concepto del Estado, puesto que según él es a partir de éste como se puede entender y justificar la postura por él mantenida respecto a la Internacional y a la actitud que debía adoptar frente a ellos el gobierno, según quedaría expresado anteriormente:

"Cómo para opinar así profeso yo la doctrina del Estado, cuál es mi concepto del Estado, brevemente he de decirlo.
Para mí, señores, lo digo francamente, y no lo digo ahora, sino que hace mucho tiempo que lo tengo dicho; para mí el Estado no es un ser, no es más que institución o instrumento; no tiene ni puede tener otros derechos que los derechos de la personalidad humana: instrumento de la personalidad, no puede realizar nunca, no puede pretender realizar nunca otros derechos que aquellos que en la personalidad humana residen. La idea del -

Estado concebida de otra suerte, es una idea que conduce fatalmente al panteísmo; es una idea derivada también del panteísmo; nace de la pretensión de sustituir con una unidad humana y terrena la grande unidad divina que se intenta hacer desaparecer de la conciencia del hombre".

No es tarea fácil desvelar el significado último de estas palabras que pretenden definir un concepto del Estado en unos términos que no expresan sino un alto grado de ambigüedad y abstracción. Por ello, creemos más acertado antes de proceder a un comentario textual, a poner de manifiesto cómo los conceptos y opiniones manifestados por Cánovas responden a toda una ideología conservadora tradicional cuya pobreza teórica y la incapacidad para adaptarse a las nuevas necesidades sociales, le llevan a adoptar una posición defensiva a partir de los postulados del catolicismo y de la metafísica idealista cuya crisis filosófica se sitúa precisamente en estos años.

Se trata, por tanto, de un período decisivo en la historia del pensamiento español decimonónico cuyo "punto de inflexión" viene determinado, de acuerdo con el estudio realizado por Diego Nuñez, por el tránsito de la mentalidad idealista y romántica a la mentalidad positiva, cuyo momento lo situará el autor en 1875.

Como ya dejamos señalado anteriormente, la revolución de 1868 provocaría un proceso de fermentación -

»

ideológica cuyo carácter revisionista afectará no sólo a los grupos y clases que intervienen en ella, sino también a la historiografía, en tanto que la revolución supone un intento de rectificación del proceso histórico seguido hasta entonces, a cuya orientación definitiva deberá contribuir un nuevo replanteamiento de la historia. A este respecto, el ya citado autor pone de manifiesto cómo "tras el naufragio de la Revolución del 68 surge un movimiento, especialmente impulsado por las nuevas generaciones, de autocrítica y revisión de las supuestas ideológicas que había inspirado el anterior comportamiento político".(151)

Ahora bien, si esta línea de revisión crítica va unida a la recepción positiva de los años de la Restauración, no es menos cierto que desde el moderantismo tradicional se procederá a un revisionismo ideológico a través de la reelaboración de una teoría católica del Derecho cuyos postulados filosóficos se inscriben en la escolástica tomista que ahora se pretende actualizar con el nombre de "neotomismo". Este intento de "modernizar" la filosofía católica tradicional ha de inscribirse en este período de fermentación ideológica donde aparecen en yuxtaposición la actitud combativa e intransigente frente a lo "moderno", con otra actitud que pretende ser constructiva a la hora de elaborar una filosofía que sin abandonar los principios cristianos tenga en cuenta las aportaciones contemporáneas. A esta confrontación de la filosofía escolástica con las ciencias positivas y con las corrientes filosóficas del S. XIX se la viene consi-

derando como "nueva" en el ámbito español, que se estima dominado por el escolasticismo desde el XVI hasta esas fechas.

Ahora bien, este revisionismo generalizado que se observa en el contexto de las ideas y del pensamiento español decimonónico podría interpretarse también como un paso más en el proceso de rearme ideológico del moderantismo español del siglo XIX, iniciado ya en los años cuarenta, cuyas premisas teóricas, tras el despliegue krausista, necesitan ahora de un "aggiornamiento" para hacer frente a los nuevos postulados filosóficos y científicos provocados por las transformaciones sociales y políticas ocurridas en las sociedades europeas de la segunda mitad del siglo XIX.

En España, la receptividad y readaptación a todas estas transformaciones vendrá marcada por esa "especificidad" que ha caracterizado a la historia cultural de nuestro país donde los grandes movimientos europeos -desde el Renacimiento y la Reforma, el Barroco, la Ilustración- auténticos generadores de la "modernidad"- se verán sometidos no tanto a "la luz de la razón" sino a la de la "revelación", a la cautela religiosa y vigilancia de la Iglesia y cuyo resultado será siempre esa "especificidad" ecléctica entre la religión y la ciencia -que ha caracterizado la historia del pensamiento español con ese constante "temor a ir demasiado lejos".

En este sentido, la Iglesia como institución se-

cular o como fuerza ideológica, constituye en España - un punto de obligada referencia a la hora de analizar un contexto cultural determinado de nuestra historia. En relación al que ahora nos ocupa, el período de transición al positivismo, la filosofía escolástica tradicional y la Iglesia como principal depositaria de su doctrina, sufrirán ahora su momento de crisis frente a "la modernidad" a cuya superación contribuirá esa "puesta al día" de sus postulados a que venimos haciendo referencia. Gil Cremades, en su pormenorizado estudio sobre el reformismo español, describe así este proceso: "El ámbito cultural del S. XIX ha sido creado tanto en contra de la - - Iglesia, como al margen de ella. Es cierto que, hasta ese momento, la inspiración cristiana de todas las realidades culturales no es sólo una experiencia teórica, doctrinal, sino un hecho sociológico. Pero por lo que hace a España, el espíritu de la "modernidad" va a suponer una aguda crisis de la influencia eclesiástica, hasta entonces mantenida. En realidad no era sólo influencia, sino que, hasta esta época el católico, fuera o no eclesiástico, había hablado el lenguaje de su época. A partir de ahora, se produce un divorcio entre el lenguaje del católico y el lenguaje de la "modernidad" La toma de contacto, el diálogo va a ser una operación dificultísima, desgarradora, trágica". (152)

En efecto, el intento de renovación filosófica desde el campo del moderantismo se produce en un momento en que la agudización de la lucha ideológica alcanza

un alto grado de combatividad en tanto en cuanto los cambios producidos en todos los órdenes de la vida social vienen acompañados ahora por un mayor protagonismo de la clase obrera y de las nuevas formulaciones doctrinales procedentes del socialismo. Pero en realidad, lo que subyace en la base de esta confrontación, contemplado desde una perspectiva de clase, es, por un lado, la intuición generalidad por parte de la burguesía, de que la participación en la política a través del sufragio de las clases sociales tradicionalmente marginadas puede poner en peligro "su orden burgués" y las relaciones sociales que de él se derivan, y por otro lado, ese "cuarto estado", a partir de los años centrales del S. XIX ha ido hacia una gradual toma de conciencia para comprender que la revolución liberal no es su revolución. En este sentido, es significativa la versión que los propios internacionalistas habrían de dar de lo ocurrido en las Cortes de 1871, según consta en la Memoria presentada por el Consejo federal en el Congreso de la Federación Regional Española, celebrado en Zaragoza en abril de 1872:

"Los diputados republicanos defendieron el "derecho" que asistía a los internacionales, según la "Constitución", para asociarse "con arreglo a la Ley". Fuera de algunos bellos discursos y de muchas demostraciones de erudición, nada positivo dijeron sobre la grave cuestión que allí se trataba. La cuestión social, que dentro de poco matará las sociedades modernas, no fue siquiera comprendida. La Moral, el Derecho, la Justicia y todas esas grandes cosas que tanto interesa definir para el bien de la humanidad, dieron motivo para que salieran de la boca de los sabios sublimes

sandeces, y que al enseñar algunos las orejas se convencieran muchos de que "una sabia rutina" guía los pasos de esta estúpida sociedad burguesa". (153)

El dramatismo de esta confrontación ideológica a que hacia referencia Gil Cremades tiene sus orígenes en el propio carácter específico de la formación económica y social que se configura a lo largo del S. XIX, cuya defectuosa transición del Antiguo al Nuevo Régimen se traduce en fuertes desajustes estructurales respecto al ritmo europeo coetáneo y que afectará necesariamente al ámbito del pensamiento español con esos rasgos de -- "ambigüedad" y "dualidad" que le caracterizan (Diego Nuñez).

A llo habría que añadir hechos más concretos de la citada transición histórica, como las guerras carlistas y la desamortización que "llevan a la escisión en los términos propuestos por Giner: "Los amigos del catolicismo son enemigos de la libertad y los amigos de la libertad son enemigos del catolicismo." (154).

Todos estos factores hacen, sin duda, que desde el punto de vista ideológico, este proceso no sea similar al de otros países europeos. "Aquí -dirá Gil Cremades- el antiliberalismo es combativo desde el primer momento. La primera actitud del católico frente a la "modernidad" es la de combatirla, con las armas en la mano, incluso. La oposición por ambos bandos, es total. Unas veces será en los campos de batalla, otros en el debate parlamenta-

rio, otras en la prensa. La actitud conciliadora de Balmes, por ejemplo, caerá en el olvido".(155)

Esta actitud combativa se centra fundamentalmente contra el krausismo, cuya hostilidad difusa durante la década que sigue a la incorporación de Sanz del Río a la enseñanza universitaria (1854)- alcanza su punto culminante en el trienio 1865-1867. Es el momento de la gran ofensiva ideológica llevada a cabo por Navarro Villoslada -a la que ya nos hemos referido-, a través de los columnas de "El pensamiento Español", los escritos impugnatorios de Orti y Lara, Moreno Nieto, Caminero, Torres Velez y otros, verdaderos instigadores de las "purgas" dirigidas contra aquellos profesores cuyos escritos serán denunciados como "textos vivos", es decir, como encarnaciones de doctrinas disolventes. Sin embargo, creemos acertada la opinión de López Morillas cuando plantea que ni toda esta campaña de descrédito ni la persecución de los profesores afectos a la doctrina de Krause tienen, en realidad, más que un interés secundario.

"Por que los que, en vísperas de la Revolución de 1868, subsisten al krausismo lo hacen no por motivos intelectuales, sino por motivos político-religiosos, en la medida en que la religión puede ser instrumento de la política o la política de la religión. Es innegable que a la postre salen victoriosos, pero no está de más subrayar que no deben la victoria a la superior inteligencia, ni a la argucia, ni siquiera a los méritos de la causa por la que combaten. La deben sencillamente al apoyo del poder público, fulminador irresistible de arbitrarias destituciones y suspensiones. Narvaez personifica, en 1867, el pánico de una política

en trance de muerte e impulsora, por ello, de represiones inanes, cuando no absurdas". (156)

Esta instrumentalización entre política y religión a que se refiere el citado autor está reflejado en el discurso de Cánovas al igual que su embate contra el krausismo cuando alude -al referirse en la idea del Estado- contra el panteismo, aspecto sobre el que insistirá repetidas veces en otras disertaciones suyas en el Ateneo y que es común a los antikrausistas.

Ahora bien, si esta hostilidad contra el krausismo de los años anteriores a la septembrina pudo quedar al margen de la historia intelectual para ser instrumentalizada en el sentido ya señalado, las polémicas que gravitan en torno al krausismo en los primeros años de la Restauración tienen un contenido y un interés muy distinto. El propio López Morillas aporta tres razones principales que explican este cambio en el clima intelectual.

"La primera es que tales polémicas "se ventilan en publicaciones periódicas que, destinadas a un público en el que están representados todos los matices ideológicos, mantienen una actitud de neutralidad, o, por lo menos, de reserva ante el tema debatido (...) En segundo lugar, los participantes en las polémicas son figuras de nombradía en el mundo intelectual español. Menéndez Pelayo, Campoamor, Laverde, Revilla, Azcárate, Canalejas, Salmerón, Perojo, etc. En tercer lugar, las querellas tienen por objeto algo más que decidir si el krausismo es una filosofía de la inmanencia y si debe ser enseñada a la juventud universitaria de un

país católico. La controversia adquiere a menudo una dimensión histórica y, a las veces, bordea la zona de la "psicología cultural". En todo caso, esta segunda modalidad polémica en torno al krausismo sirve para fijar, tanto en los actores como en los espectadores, actitudes, prejuicios y aspiraciones que alimentarán por mucho tiempo lo que puede llamarse la "preocupación de España" en sus hijos, tema-madre de todos los demás". (157)

En efecto, teniendo como referencia estas razones aportadas por López Morillas, es fácil deducir que al nuevo tono polémico viene doblemente impuesto por sus propios protagonistas, de un lado, que han ido adquiriendo un mayor grado de nivel filosófico y doctrinal y, por otro, ello viene condicionado, a su vez, por la necesidad de hacer frente a una mayor complejidad de la realidad social cuyos problemas exigen encontrar nuevas formas de explicación y análisis. En este sentido, para el moderantismo tradicional, detentador principal del anti-krausismo, el desafío que les viene impuesto por sus propios antagonistas teóricos y por la misma realidad social será aun mayor y de ahí el dramatismo con que se lleva a cabo su diálogo con la "modernidad" a que aludíamos anteriormente. Es en este contexto donde creemos que deba inscribirse la crisis filosófica de la metafísica idealista cuyos postulados no resisten ya el citado reto de la "modernidad". De ahí también la necesidad de llevar a cabo un gran esfuerzo de reelaboración teórica cuyo resultado será, en este caso, el llamado "neotomismo". Esta será la nueva arma ideológica —que en realidad no es nueva, sino que, en todo caso ha sido sacada del desván de la historia para presentarla en sociedad con un nuevo lustre—

que va a ser utilizada por los detentadores de la tradición y demás cancerberos de las esencias metafísicas de "la español" en su lucha contra la nueva embestida que supondrá la recepción del positivismo en los años de la Restauración.

Ahora bien, el nuevo clima intelectual al que se refería López Morillas al iniciarse este período histórico está aún lejos del horizonte ideológico en que se produce el debate de la Internacional.

Buena prueba de ello serían las intervenciones de algunos diputados "alfonsinos" como Cándido Nocedal, Jove y Hevia o el propio Cánovas. En cuanto a éste último, si bien puede ser incluido como un protagonista más de los que contribuyen al nuevo clima de diálogo con la "modernidad", el tono polémico y tendencioso del debate de 1871 se debe sin duda a la naturaleza del tema que se trataba. El Congreso de Diputados, durante las sesiones en que se discutía el tema de la Internacional, se convertiría en una especie de "caja de resonancia" donde podían detectarse con claridad la verdadera actitud, la mentalidad social con que los diputados, y en especial los "alfonsinos" se enfrentaban con los problemas de la clase obrera de su tiempo. A este respecto, y volviendo al tema de la reelaboración neotomista, la figura más representativa y capaz de llevar a cabo esta empresa será el dominico Ceferino González y Díaz Tuñón, verdadero precursor de la recepción tomista de proceden

cia italiana⁽¹⁵⁸⁾ y uno de los principales promotores de la posterior Unión Católica. Sobre la importancia de su obra, M. Pelayo la elogia en estos términos en su - "Historia de los Heterodoxos españoles: "Quien escriba en lo venidero la historia de la filosofía española, tendrá que colocar en el centro de este cuadro de restauración escolástica el nombre del sabio dominico Fr. Ceferino González".

No es extraño, por otra parte, que el propio Cánovas, gran admirador también del dominico, se refiera a él en la Introducción a sus "Problemas Contemporáneos". Así, para justificar la compilación de estos discursos, Cánovas alude a un "impensado y halagüeño estímulo" que supuso para éste el "insigne arzobispo de Sevilla, Fr. Ceferino González, en cuya obra, Historia de la Filosofía hallé citada allí la primera serie de estos discursos del Ateneo, sin duda por el tercero y cuarto, en que traté de la filosofía contemporánea.(159)

En cuanto a la significación de la obra neotomista, la mayoría de sus autores y especialmente Ceferino González -cuyos "Estudios sobre la Filosofía de Santo Tomás" fué publicada en 1864 en Manila, donde permaneció durante ocho años enseñando en la Universidad de Santo Tomás de Filipinas, hasta su regreso en 1866 -encuadran los estudios de la filosofía del derecho o derecho natural dentro de la filosofía moral. Ello les hace ver lo positivo que hay o en el krausismo al dotar de contenido moral a las doctrinas jurídicas individualistas. Pero sobre todo,

es la idea de "organismo social" la que va a tener una mayor trascendencia "puesto que será la que predomine en las teóricas del llamado "derecho social" cristiano posterior y donde se produce una nueva concomitancia con el reformismo krausista de Azcárate, por ejemplo".(160)

Volviendo al padre Ceferino González, Gil Cremades describe así el sentido de su obra: "Remontándose a los orígenes de la escisión moderna -el racionalismo- él ve las huellas de Santo Tomás en algunos de sus protagonistas. No todo es censurable en el movimiento filosófico contemporáneo (...) cierto que hay una ventaja en Santo Tomás:

"El fondo de verdad -dirá el dominico- que se halla en los autores y escuelas de la filosofía, se halla también en la filosofía de Santo Tomás, con la ventaja, además, de hallarse libre de los errores que se encuentra mezclado en las escuelas citadas". Pero ello no significa que Santo Tomás sea el antídoto, antes bien, debe estudiarse y -profundizarse teniendo en cuenta las aportaciones de la modernidad. Santo Tomás no es un filósofo dogmático. El propósito del padre Ceferino González estaba claro: emplazar el tomismo en el núcleo del pensamiento moderno". (161)

Es en esta orientación filosófica del neotomismo donde se nutre y consolida el "corpus" doctrinal del pensamiento canovista y en este sentido quedaria plenamente justificado -como dejamos ya señalado- el considerar a Cánovas como un protagonista más de los que contribuirán, "desde las alturas católicas", al nuevo clima

de diálogo con la "modernidad".

Por otro lado, la identificación doctrinal de Cánovas con el esfuerzo renovador que supone la obra de Ceferino González se pone de manifiesto en los discursos "tercero" y "cuarto" pronunciados por Cánovas en el Ateísmo y a los que nos hemos referido anteriormente: "Aparte de toda consideración teológica -dirá Cánovas en el primero de éstos- no cabe negar el hecho palpable de ser hoy el catolicismo la religión única que, con verdadero convencimiento y sin el menor desmayo, mantenga la noción de lo sobrenatural y divino entre los hombres." (162)

En efecto, el dramatismo con que las clases conservadoras van a vivir este diálogo con la "modernidad" se deja sentir especialmente en estos años anteriores a la Restauración, donde la instrumentalización entre política y religión, en el sentido ya señalado por López Morillas, se pone de relieve en este discurso de Cánovas cuyo contenido e incluso la forma de su oratoria nos parecen más propios del lenguaje utilizado por el "catolicismo militante" de la contrarreforma:

"Pues observad ahora, señores, dice Cánovas- cómo los dos mayores representantes que tenga el presente en la tierra la autoridad humana, a no dudarlo, es a saber, el Emperador germánico y el esclavo o eslavo, bien lejos de amparar al catolicismo, renuevan a deshora las iras bárbaras de los herejes del Renacimiento o del cisma bizantino, trocados sin conocerlo, en inquisidores de un nuevo fanatismo: del fanatismo racionalista contemporáneo". Y más adelante continua diciendo: "Mal que a la lógica

pese ello es que la intolerancia religiosa se aviene bien con las democracias modernas, ejercitándose contra el catolicismo ahora, muy poco menos que en los días de Colvino, tanto en la Francia vencida y mal segura, cuanto en la próspera y tranquila Confederación de los cantones esguízaros".

Ahora bien, aunque pueda resultar reiteratibo - pero en atención a una mayor claridad metodológica en nuestra exposición, creemos oportuno hacer una mirada retrospectiva para precisar, con una mayor perspectiva histórica, algunas de las hipótesis planteadas en este estudio: En primer lugar, hemos hecho repetidas referencias a la función desempeñada por el Ateneo como plataforma de debate intelectual y por tanto como un centro de reproducción doctrinal y catalizador de las diferentes corrientes del pensamiento español del siglo XIX. En este sentido, conviene recordar cómo los cursos de derecho constitucional impartidos en el Ateneo entre 1836 y 1847 por Alcalá Galiano, Donoso Cortés, Joaquín Francisco Pacheco e incluso el propio Cánovas, formarían parte de una línea de pensamiento continuada, llevada a cabo desde el moderantismo, por intentar fórmulas políticas de convivencia nacional. Sin embargo, la base doctrinal de este esfuerzo conciliador irá perdiendo progresivamente su eficacia intelectual y política ante los nuevos planteamientos filosóficos y racionalistas de krausismo, cuya lucha ideológica se agudizará, en efecto, durante los años anteriores a la Revolución de 1968 y el Sexenio.

En segundo lugar, y como consecuencia del revisionismo doctrinal observado durante estos años, se producirá la ya citada inflexión en el pensamiento español decimonónico, sobre todo en el ámbito del moderantismo tradicional, cuya dificultad para adaptarse al nuevo - diálogo con la "modernidad" le llevará a adoptar una posición defensiva a partir de los postulados del catolicismo y de la metafísica idealista cuya crisis filosófica la situabamos precisamente en estos años de transición a la recepción del positivismo.

A la superación de esta crisis filosófica contribuirá, pues, el esfuerzo ~~neotomista~~ ya señalado, que hemos interpretado como un paso más en el proceso de "rearme" ideológico del moderantismo iniciado ya en los años cuarenta y cuyas referencias político-filosóficas se remontan a las doctrinas de Donoso Cortés que será ahora nuevamente "revisado".

El mismo Cánovas participa de esta "revisión" como queda de manifiesto en este Discurso Tercero del Ateneo, entre cuyos epígrafes figuran tan significativos títulos como el de "Extraña concordancia de pensadores tan opuestos como Proudhon y Donoso Cortés", "El carácter absoluto de las fórmulas de Donoso en relación con su época", o más concretamente el titulado "Superioridad del catolicismo respecto del protestantismo".

»

Ahora bien, esta especie de repaso retrospectivo sobre nuestro propio trabajo nos ha venido suscitado -

al comprobar que en el citado discurso de Cánovas se expresa con una gran sinceridad no sólo la función que han de cumplir ahora en opinión de Cánovas, las instituciones docentes y el propio Ateneo, sino todo el trasfondo ideológico defensivo que subyace en este esfuerzo de revisión neotomista por revitalizar el catolicismo como única doctrina capaz de hacer frente a los embates de la "modernidad" o, como dirá Gil Cremades, por "emplazar el tomismo en el núcleo del pensamiento moderno".

No es extraño, por tanto, que este discurso de Cánovas fuera incluido por Ceferino González en su "Historia de la Filosofía Española", puesto que la disertación de Cánovas es clara e inequívoca a este respecto.

Por último, queremos señalar también que la denominación de "rearme" aplicado en este contexto de confrontación ideológica no debe considerarse como un mero recurso conceptual o literario, sino que el carácter militante y defensivo de las palabras pronunciadas por Cánovas en este discurso reflejan sin duda, el significado semántico de dicho vocablo:

"Fuerza es luchar -dice Cánovas- donde quiera, y por nosotros mismos, ora inquiriendo y ora propagando, así en las cátedras como en los libros, las nociones, las ideas, las creencias, que constituyen la conciencia moral de los individuos y el principio vital de las naciones cultas (...) Conviene, pues, preparar nuevos diques, ya que, según se ve, no bastan los antiguos, a fin de impedir - hasta donde pòsible sea dolorosas inundaciones y -

estragos... Y gran parte, si no la mayor, de tal obra toca ejecutarla, a mi juicio, a las corporaciones docentes como la que, sin méritos bastantes, presido esta noche".

Como puede apreciarse, el tono y contenido de estas palabras reflejan con una claridad inequívoca el carácter defensivo de este rearme ideológico al que se refiere explícitamente Cánovas cuando alude a "crear nuevos diques", porque "no bastan los antiguos". El resultado de esta operación de "albañilería doctrinal" será, sin duda, la formación de un reducto fuertemente pertrechado por las más rancias doctrinas de un catolicismo dogmático, pretendidamente renovado para cumplir una función social de contención y defensa frente a los supuestos avances del progreso científico, del racionalismo y más concretamente frente al "peligro" de los sistemas democráticos, que son en realidad, los verdaderos causantes de esas "dolorosas inundaciones y estragos" a que se refiere Cánovas.

Con estos pertrechos doctrinales concebidos, además, para "luchar donde quiera", la intervención de Cánovas sobre la "cuestión de principios" en el debate de la Internacional, adquiere así su plena significación al incidir en el terreno práctico de su ejecutoria política.

Continuando su disertación sobre el Estado, Cánovas no se limita a opinar sobre el significado de éste,

ni en que tal institución sea "absolutamente indispensable en la sociedad", ni siquiera en la función que dicho Estado debe desempeñar: "El Estado es el que se coloca entre el derecho de un individuo y otro individuo, usando de la fuerza de la colectividad, empleando la fuerza colectiva de todos, para defender el derecho de cada uno y mantenerlo dentro de sus naturales condiciones". Lo que a Cánovas le interesa realmente concretar es la naturaleza y la forma de ese Estado, cuáles son los derechos que debe permitir y los intereses que han de defender. En este sentido, la importancia histórica de este discurso es, por tanto, fundamental, no solo por ofrecer una mayor apreciación de la ideología canovista, sino también, como ya fue señalado por su biógrafo F. Almagro, "por exponer gran parte de la doctrina - que luego habría de invocar y desarrollar en su obra de gobernante".

En cuanto a la naturaleza del Estado, Cánovas se pronuncia sin equivocarse: con toda la machacona¹ contundente oratoria de quien está poniendo un alto y poderoso "dique" desde cuya atalaya se pudiera advertir y controlar cualquier amenaza que provenga de los derechos mal entendidos de las muchedumbres o de usurpaciones intolerables contra la propiedad:

"Puedo, pues, sustentar, y he sustentado siempre el derecho absoluto en la personalidad humana; puedo, pues, sustentar, y he sustentado siempre, la necesidad del Estado, digo más, la necesidad de un -

Estado fuertísimamente constituido. Precisamente porque tal es mi doctrina, creo yo, y he creído siempre, que únicamente cabe la libertad donde hay un Estado muy fuerte y muy poderosamente constituido. Si el Estado es débil, la injusticia de los - unos tratará de sobreponerse al derecho de los - otros; si el Estado es débil, las muchedumbres tratarán de atropellar al individuo aislado; si el Estado es débil, no puede defender a unos contra otros individuos, o necesita para mantenerse a - cada cual en su derecho una lucha perenne. Pero cuando el Estado es verdaderamente fuerte y poderoso; cuando está profundamente arraigado, no vacila; cuando el Estado es una gran creación, hijo de los siglos o está fortalecida por el amor de todos, entonces en este Estado es fácil mantener el derecho del individuo; entonces fácilmente se sustenta a cada uno en la totalidad de su derecho, y las agresiones son menos frecuentes, o, si lo son, con más facilidad son corregidas y reprimidas".

La claridad y reiteración con que están pronunciados estos principios, no permiten ninguna "libre interpretación" al lector. La burda confrontación dialéctica con que se presenta la "debilidad" o la "fortaleza" del Estado para superar o conciliar la tradicional dicotomía burguesa entre "libertad" y "orden", no deja lugar a posibles matizaciones sobre la forma que debería adoptar en ese Estado "canovista" los llamados "derechos naturales":

"Voy a deciros sobre este punto, Sres. Diputados, una cosa que quizá os parezca paradoja, y sale, no obstante, de lo más profundo de mi conciencia, y es fruto de serias meditaciones: Yo opino y

creo que son imposibles los derechos naturales que común, aunque inexactamente a mi juicio, se han llamado individuales; que son imposibles esos derechos en un país, en una nación sin creencias religiosas". Para justificar esta "paradoja", Cánovas pone como ejemplo histórico el caso de Francia y dice a continuación: "¿No veis, Sres. Diputados, que en los países donde desgraciadamente cunde el escepticismo: no veis cómo en una nación vecina nuestra, Francia, devorada por la incredulidad, donde falta ese juez íntimo que al hombre habla; no veis cómo allí son imposibles los derechos naturales? ¿No veis que cuando aparecen, aparecen como un relámpago, para abrir camino a las tormentas del cesarismo y de la tiranía?.

Dejando aparte los posibles comentarios "ad hoc" que puedan suscitar tales opiniones, lo importante es desvelar el sentido profundo de estas afirmaciones y en función de qué planteamiento ideológicos se manifiestan. Por un lado, la distinción claramente tendenciosa y tergiversadora entre derechos "naturales" e "individuales", responde, en efecto, a una concepción organicista de la sociedad y del Estado, que sirve aquí para justificar las desigualdades sociales, en tanto que son concebidas -en relación con las leyes de la Naturaleza- como algo inevitable y "natural", puesto que el ser un reflejo más de las desigualdades orgánicas que se dan en la propia Naturaleza, tales desigualdades -dirá Cánovas- "proceden de Dios".: "Tengo la convicción profunda de que las desigualdades proceden de Dios, que son propias de nuestra naturaleza, y creo, supuesta diferencia en la actividad, en la inteligencia y hasta en la mora

lidad, que las minorías inteligentes gobernarán siempre al mundo, en una u otra forma".

Sin duda, la claridad y la firmeza son cualidades que hay que agradecer a Cánovas: no hay ninguna ambigüedad en sus afirmaciones sino una certera afirmación en sus planteamientos genuinamente reaccionarios.

Ahora bien, lo que nos parece más censurable, no sólo desde el punto de vista de una elemental ética cristiana, sino desde la propia dialéctica histórica, es la grosera instrumentalización que se realiza entre religión y política para defender unas posiciones de clase determinadas pero que se presentan identificados con la idea cristiana de "la salvación del hombre". "Esta doctrina -dice Cánovas- es cristiana, y esta doctrina es liberal, altamente liberal, es la doctrina de que parte la constitución histórica inglesa; es la doctrina que da vida y fuerza a la constitución de los Estados Unidos". Pero la razón de que Cánovas recurra a estos modelos históricos, él mismo lo explica con la mayor simplicidad: porque "allí", "el derecho de las minorías inteligentes, está comunmente a salvo por el respeto que tienen todos en su conciencia al Juez Supremo que ha de juzgarlos en la otra vida". Siguiendo en esta línea argumental, no podemos dejar de reproducir un párrafo de este discurso en el que la brutal sinceridad de Cánovas nos lleva de la mano al centro mismo de su horror: la Internacional, que es, en realidad, contra quien se lanzan los dardos envenenados de la oratoria canovista:

"Mas suponed que llega un día en que se esparce y se generaliza por los pueblos esa teoría de que todo cuanto hay que hacer en el mundo es gozar de la vida; que todas las aspiraciones del hombre es tán encerradas dentro de la tierra: suponed que el hombre crea, como generalmente creen las turbas en Francia, que detrás de esta vida no hay otra, que no hay justicia suprema, que la actividad y la inteligencia del hombre no tienen mejor cosa en que emplearse que en satisfacer todas sus necesidades presentes. Poned luego a este hombre enfrente de las dolorosas pero inevitables penalidades de la vida; ponedle enfrente de la injusticia, de la mala fortuna, de la miseria, de las enfermedades; po nedle enfrente de su limitada y transitoria naturaleza, y ese hombre será indisciplinable, y llevará su ateísmo, no ya sólo al cielo, que le es in diferente, pues para el no existe, sino a la familia, a la patria y... acabará por afiliarse a la Internacional."

Es obvio que para Cánovas la Internacional representa la encarnación de todos los males y que de ella provienen todos los peligros que acechan a la sociedad. Pero entiende también que esta organización "no es más que una manifestación, o, mejor dicho, una de tantas determinaciones, uno de tantos fenómenos como ha de producir la grande, la inmensa cuestión del proletariado. Así, pues, cuando yo trato la cuestión de la Internacional, entiendo tratar la cuestión general del proletariado; sin embargo de lo cual -continúa arrogante Cánovas- ten go que descender y debo descender a rectificar algunos de los muchos, porque todos sería imposible, algunas de las muchísimas inexactitudes que aquí se han cometido al estudiar la Internacional especialmente".

Después de considerar equivocado juzgar la Internacional, "sólo por las declaraciones de sus Congresos", puesto que ~~ha~~ ~~de~~ ~~acerse~~ ~~por~~ los actos bárbaros cometidos durante la Comuna ya que aquella "seguirá su camino impelida por el socialismo" y "~~por~~ las pasiones de las clases obreras", Cánovas acaba afirmando:

"Siempre que una reunión de esas, o generales, o nacionales, o regionales, o particulares, se abre y se leen imparcialmente sus discusiones, si atentamente se condiera el espíritu que allí domina, el que anima a sus oradores, es imposible, señores, negar de buena fé que la Internacional es un terrible foco de inmoralidad, que la Internacional es la negación de toda moralidad, que la Internacional es el más grande peligro que hayan corrido jamás las sociedades humanas. Esta es la verdadera historia de la Internacional, historia, digo, y repito, relacionada con el movimiento general del proletariado".

Por nuestra parte, creemos que son suficientemente elocuentes estas palabras para comprobar el talante canovista respecto a la cuestión del proletariado. En base a su más querido principio en "defensa de la propiedad", Cánovas llega incluso, a poner en cuestión la propia legitimidad de los derechos del proletariado, tal y como había sido planteada dicha cuestión por los diputados republicanos. Esta vez el ataque conovista va dirigido contra ellos: "Lo mismo el Sr. Salmerón, que el Sr. Pí y Margall, ~~nos~~ han dicho de la manera más tranquila y más inofensiva, al parecer, que los propietarios deben irse resignando desde ahora a renunciar a su propiedad y dejar construir la propiedad de otra suerte. -

¿Y en nombre de qué se dice esto? ¿Con qué razones históricas, filosóficas o políticas se atrevían a pedir una cosa como esa?".

Cánovas se escandaliza de que tales diputados hayan utilizado el mensaje evangélico para legitimar dichas razones aludiendo al pasaje bíblico de "vende cuanto tienes y dalo a los pobres" y a ello Cánovas opondrá que "al pobre se le dice "no codicies siquiera los bienes ajenos" y, naturalmente, para solucionar esta antítesis recurrirá a la "gran solución católica: "He aquí dos leyes al parecer antinómicas, y que, juntas y resueltas en una síntesis, forman al grande, al incomparable recurso de la religión católica, de la caridad cristiana, para hacer frente a la miseria, inseparable de la humana naturaleza".

Pero sobre todo, lo que más escandaliza a Cánovas de los diputados republicanos es el "haber abusado de la sublime doctrina de Cristo y de los Apóstoles:

"nos han recordado -dice- que Cristo fue crucificado, fue perseguido, que su Iglesia fué perseguida también a los principios, pretendiendo que si perseguimos nosotros a la Internacional, haremos, poco más o menos, lo que se hizo con la Iglesia católica en sus primeros tiempos. ¿Habeis comprendido bien lo que se quiere. Sres. Diputados?. - ¿Es posible que tomemos nosotros nosotros por un Cristo a cualquiera que pretenda serlo? (...) - ¿A donde iríamos a parar -concluye Cánovas- si cada vez que se presentara un insensato, tal vez un criminal, mil criminales que se dijeran representantes de la verdad, les abrieramos las puertas de:

Estado y de la sociedad? Por cruel que os parezca, y quizás os lo parezca, mi doctrina sobre este punto, voy a exponerla con total franqueza".

Esta parte del discurso que sigue a continuación es, sin duda, la más importante para conocer, no sólo la ideología social de Cánovas, sino su método de razonamiento, aprendido concienzudamente de la más pura escolástica tomista. Ambos elementos -ideología y método de razonamiento- darán forma política a la acción gobernadora del "artífice" de la Restauración y el Estado que el mismo contribuyó a configurar.

En cuanto al modo de razonar de Cánovas, nos parece oportuno recordar aquí la opinión que le merecía a "Clarín" uno de los mayores y más agudos críticos del canovismo, quien con su proverbial ironía escribirá a este respecto:

"Jamás discurre, y menos prueba; sólo declama. En vez de razones, alega postulados de la voluntad y esto es lo más grave. Hagámosle la justicia, aunque le mortifique, de reconocer que en este punto no hace más que seguir a otros muchos que pretenden ser filósofos. Es muy corriente entre cierta clase de pensadores preferir a la verdad verdadera, la verdad cómoda, y nada más que aparente". (163)

Ahora bien, dejando aparte este juicio burlesco de "Clarín", pero acertado en el fondo de su aparente - »

caricatura, nuestro objetivo metodológico nos lleva ahora a intentar desvelar cual es, en efecto, el método de razonamiento que ofrece Cánovas en este discurso y que viene a ser un rasgo característico que puede observarse en sus escritos filosóficos y políticos contenidos en su "Problemas Contemporáneos".

Como hemos señalado anteriormente, su aprendizaje teórico responde ciertamente a la lógica escolástica tradicional, lo cual tiene su correspondencia con el período neotomista al que nos hemos venido refiriendo, - verdadera fuente filosófica de todo el pensamiento conservador de la época.

Teniendo en cuenta estas coordinadas teórico-metodológicas, la disertación de Cánovas en este discurso puede sintetizarse de forma que el método deductivo que se observa responde a la fórmula deductiva del silogismo aristotélico según el cual, a partir de una tesis y su correspondiente antítesis, se concluye en una síntesis que ya desde el principio se pretendía demostrar como lo definitivo y verdadero.

Así, aplicando este método apriorístico y falsamente deductivo, Cánovas parte -desde el comienzo de su razonamiento- de la tesis, para él incuestionable, de que en el catolicismo -como doctrina verdadera- es donde hay que encontrar las soluciones a los problemas de la sociedad; por el contrario, el socialismo es la doctrina

falsa, su antítesis, cuyas ideas, por ser contrarias a los "derechos naturales" no podrán triunfar jamás.

"No hay más forma -comienza Cánovas al exponer su doctrina "con total franqueza"- no hay más medio de hacer ver lo que es verdadero y lo que es justo en esta revuelta histórica de la humanidad, que la lucha y el triunfo, sí: cuando una idea es -verdadera, cuando una idea es justa y santa, esa idea triunfa, esa idea se lanza en los torbellinos de la vida, esa idea lucha, esa idea padece y esa idea vence, después de haber padecido y luchado (...)

La doctrina de que estamos tratando -ahora se refiere a la doctrina de la Internacional- es falsa; esa doctrina es el error; esa doctrina es contraria a los principios fundamentales de la sociedad humana; esa doctrina es enemiga de los hombres considerados en la totalidad de su ser y de su conciencia. Todo esto es verdad en tesis filosóficas, y, sin embargo, nos decís, vosotros los economistas, dejadla hacer. No, no la dejaremos hacer, no queremos dejarla hacer libremente; no por que temamos que venza, sino porque tememos que traiga grandes perturbaciones".

Por otro lado, al referirse más directamente a la Internacional, el silogismo en el método de razonar se hace mucho más evidente: las teorías que atentan contra la propiedad y el orden social que la defiende son intrínsecamente males; la Internacional responde claramente a tales teorías; luego esta organización es intrínsecamente mala. Frente a semejante amenaza, la propuesta teórica y práctica de Cánovas es expresada también con la fuerza de su "total franqueza", o, como diría Galdós,

"con los latigazos de su potente oratoria". Esta propuesta defensiva ha de ser, siguiendo la propia lógica de su razonamiento, la lucha y unión de todos los propietarios:

"Luchad, si os empeñais, aunque no teneis razón; luchad, nosotros nos defenderemos: los propietarios españoles, los propietarios de todo el mundo, se defenderán, y harán bien, contra la invasión de tales ideas (...) La propiedad no significa, después de todo, en el mundo más que el derecho de las superioridades humanas; y en la lucha que se ha entablado entre la superioridad natural, tal como Dios la creó, y la inferioridad, que Dios también ha creado, en esa lucha triunfará Dios y triunfará la superioridad sobre la inferioridad". (164)

Aparte del brutal reaccionarismo que encierran estos principios -además del mal disimulado tono de "cruzada santa" con que son proclamados- conviene, no obstante, destacar otro aspecto, al que volveremos a referirnos más adelante, pero que ya está anunciado aquí con la misma sinceridad a que nos tiene acostumbrado Cánovas. Se trata de la alusión al "Estado a la alemana", alusión que adquiere una mayor significación contemplado a la luz de los acontecimientos históricos e ideológicos que van a tener lugar en la Alemania del período imperialista de finales de siglos XIX y comienzos del XX: "Enfrente *de* la indisciplina social que vosotros provocais, se levantará el Estado a la alemana, que ya existe; por donde quiera se esparcirá un cesarismo formidable, y el *ca*serismo será el encargado de devolver a la sociedad su disciplina".

El comentario que sugieren estas afirmaciones deben hacerse con gran cautela. Pero aunque pueda parecer aventurado, no podemos evitar el comprobar las resonancias irracionalistas que subyacen a esta serie de argumentaciones ideológicas. No obstante, queremos destacar aquí al precedente ideológico de Donoso, cuya justificación de la dictadura se apoyaba sobre la misma base de la teología católica con que Cánovas expone sus argumentos. Así, de la misma manera que la herejía reforzaba la fe, así la revolución, su correlato secular, debía exaltar la autoridad; de la misma manera que Dios suspendía la actuación de las leyes naturales ~~por~~ los milagros, así los gobiernos debían suspender el orden político para acabar con la revolución mediante la dictadura. (165)

Por otro lado, la irresistible ascensión hacia el irracionalismo que se observa desde el principio al fin del discurso canovista llega a alcanzar en algunos puntos la más grosera de las demagogias. Así, después de afirmar que la cuestión de ricos y pobres no es nueva, sino que ha existido siempre y "acontecerá eternamente en el mundo" y que el hecho de que se reconozca que "todas estas grandes realidades de la naturaleza y de la vida, no supone -dice- el derecho a dudar de nuestro amor al prójimo, continua: "nosotros le amamos, nosotros procuramos su bien, nosotros le hemos querido y le queremos siempre, todos cuantos sustentamos ideas conservadoras y constitucionales".

Pues bien, después de estas declaraciones de amor

fraterno, Cánovas se lanza a hacer la siguiente afirmación:

"Pero ¿sabeis quienes son los que se oponen a que se modifique, quiénes son los que se oponen a que se mejore la situación de las clases obreras? - Pues es, de una manera directa, la Internacional, y es el socialismo, tal como lo representa la Internacional" (...) "Ellos dicen que todo mejoramiento gradual de los infelices obreros irá creando una especie de propietarios nuevos, que formarán detrás de la masa actual de los propietarios, un quinto Estado. Y vosotros los que tanto habláis del cuarto Estado, ¿cómo quereis que demos gran fuerza a vuestras reclamaciones, cuando ya se nos amenaza nada menos que con un quinto Estado? Ciertamente que si ese quinto Estado se creara y se realizara, no faltaria un sexto, y un séptimo, y un décimo, hasta lo infinito; porque la verdad es que la miseria es eterna; la verdad es que la miseria es un mal de nuestra naturaleza, lo mismo que las enfermedades, lo mismo que las pasiones, lo mismo que las contrariedades de la vida, lo mismo que tantas otras causas físicas y morales como atormentan nuestra naturaleza. ¿Os atreveis a remediarlas todas? Pues nosotros tampoco nos atrevemos a remediar la miseria pública, a remediar la pobreza, y por que no nos atrevemos no lo ofrecemos".

Por nuestra parte, no creemos exagerado, a la vista de lo que aquí se manifiesta, caracterizar de demagógico, tendencioso e irracional estos razonamientos de Cánovas. El significado y la transcendencia de tales afirmaciones están expresadas con la suficiente claridad como para hacer innecesario un comentario que pusiera en entredicho todo lo que aquí aparece. Nuestro

proceder metodológico no se orienta tanto a hacer una lectura tradicional o puntual, según la cual el texto quiere decir un cierto significado controlable y confrontable con otros significados fuera del texto. Esto nos llevaría, en efecto, a confrontar el texto canovista con los significados que desde el "discurso" del socialismo y de la Internacional, vendría así, desde fuera del texto, a rebatir todas y cada una de las afirmaciones aquí expresadas. Nos ha parecido más acertado partir del principio de que todo discurso nace de un interés, de que leer un texto supone identificarse con el proceso de constitución del texto. Este modo de identificación significa "inaugurar una confrontación real con el autor, es decir, no con las ideas del autor, sino con una realidad precedente al discurso del autor, sólo a partir de la cual nace y se justifica su discurso".(166)

En este sentido, como ya dejamos señalado anteriormente, nuestro propósito estaría orientado no tanto a hacer un comentario textual, sino a poner de manifiesto cómo las opiniones y conceptos canovistas responden a toda una ideología conservadora tradicional, cuya pobreza teórica y la incapacidad para adaptarse a las nuevas necesidades sociales, le lleva a adoptar una posición defensiva a partir de los postulados del catolicismo y de la metafísica idealista. Este sería, por tanto, el proceso de constitución del texto, al que nos hemos referido, y a cuya incapacidad dialéctica para superar las contradicciones sociales se debe precisamente al carácter irra

cional que hemos atribuido a su discurso.

Ahora bien, este irracionalismo no es un mero calificativo impuesto desde nuestra propia subjetividad, sino que están claramente manifestados en el discurso canovista. El irracionalismo, en sentido filosófico -como vendría a definirlo G. Lukács- es una simple forma de reacción al desarrollo dialéctico del pensamiento humano. Su historia, depende, pues, del desarrollo de la ciencia y de la filosofía. Se trata, por tanto, de un fenómeno universal dentro del desarrollo humano de la razón que viene caracterizado, a partir sobre todo de la Revolución Francesa, en su lucha contra el ideal burgués del progreso y contra el socialismo. Sin embargo, la diversidad que este fenómeno puede adoptar en los diferentes países, viene determinada por la propia especificidad histórica de estos: De una parte, por el carácter, la altura y la agudización de la lucha de clases; de otro lado, por la herencia filosófica del pasado y por el pensamiento directo del adversario.

A todo ello habría que añadir -siguiendo al citado autor- los aspectos más característicos que aparecen en todo irracionalista, como son: el desprecio del entendimiento y la razón, la glorificación lisa y llana de la intuición, la teoría aristocrática del conocimiento, la repulsa del proceso social, la mitomanía, etc. y, sobre todo, el descenso del nivel filosófico. Todos estos aspectos históricos y sociológicos están reflejados, de

forma más o menos explícita- en el discurso de Cánovas, y a ello responde nuestra anterior caracterización.

Conviene destacar ahora, algunos aspectos del discurso que merecen una especial atención, no tanto por su significado ideológico- que naturalmente subyace a lo largo de toda su disertación- sino por el contenido práctico que encierran y donde pueden apreciarse no sólo las facultades políticas de Cánovas, sino el "bosquejo" de lo que más tarde será la "solución canovista" mediante el sistema de la Restauración.

Sin abandonar su posición defensiva, Cánovas procederá ahora a hablar no como "filósofo" sino como político, dirigiéndose a los propietarios y en defensa de la propiedad, puesto que ésta será la cuestión que divida en el futuro a las sociedades latinas:

"De todas las consideraciones expuestas en estos días por las personas que han coincidido conmigo en la manera de ver esta cuestión; de todas las desaliñadas observaciones que he tenido el honor hoy de exponeros, tarde o temprano se deducirán consecuencias, y entre ellas una muy importante y muy grave, si es que no quiere ya deducirse desde ahora. Y esta consecuencia es, que lo que más principalmente ha de dividir en lo sucesivo a los hombres, sobre todo en estas nuestras sociedades latinas, que lo que principalmente ha de dividirles, no han de ser los candidatos al trono, no ha de ser siquiera la forma de gobierno: ha de ser - más que nada esta cuestión de la propiedad. La - propiedad, representación del principio de continuidad social; la propiedad, en que está representado

el amor del padre al hijo y el amor del hijo al nieto; la propiedad, que es desde el principio del mundo hasta ahora la verdadera fuente y la verdadera base de la sociedad humana; la propiedad se defenderá, como he dicho antes, con cualquier forma de gobierno. Con todos los que real y verdaderamente dependan la propiedad (que será defender la sociedad humana, y con ella todas sus necesidades divinas y materiales), se creará una grande escuela, se creará un grande y verdadero partido, que, aún cuando entre sí tenga divisiones profundas, como todos los partidos las tienen, estará siempre unido por un vínculo, por un fuertísimo lazo común. Y enfrente de éste, tarde o temprano, y por más que habéis todos ahora una misma lengua de libertad, y por más que pretendáis en un mismo tecnicismo confundiros los unos con los otros, estareis los que pretendéis haber penetrado ese misterio, los que imagináis haber descubierto ese nuevo mundo de la propiedad reformada o colectiva".

Ese "grande y verdadero partido" a que se refiere Cánovas se convertirá en el objetivo fundamental de su estrategia "hacia la Restauración" y constituye, sin duda, una de las maniobras que con más astucia e inteligencia política pueden contarse en el "haber" del canovismo: el Partido Conservador formado sobre las ruinas del Partido Moderado, cuya desaparición estaba en la base misma de la estrategia canovista. Las maniobras y vicisitudes de esta operación de cirugía política ha sido estudiada en un exhaustivo e interesante estudio de José Varela Ortega, donde el autor valora así la formación de este "gran partido": "El acuerdo de formar un partido -el conservador- sobre estas bases fué pieza clave y punto de inflexión en la política canovista". Y más adelante

señala: "La reunión en el Senado el día 20 (1875) fué el punto de inflexión en la lucha canovista contra el Partido Moderado, porque éste resultó dividido y el recién nacido Partido Conservador dueño desde entonces del campo de la derecha monárquica. "Aunque no falten cuestiones ni dificultades, porque esas no han de faltar jamás, todo lo que en esto queda por hacer es ya pleito ordinario", fué el epitafio con que Cánovas enterró al Partido Moderado". (167)

Otro aspecto destacable es el que se refiere a la profesión de fe proteccionista que manifiesta Cánovas con su rechazo al "dejad hacer", proteccionismo -de carácter pre-burgués, en cualquier caso,- que responde a su concepción organicista de la sociedad y del Estado y supone, en definitiva, un aspecto más de su irracionalismo ideológico por cuanto ello supone, un rechazo contra la idea burguesa del progreso representada por el liberalismo económico: "Sentiré -dice- que preocupaciones de cierta índole, o fanatismos de cierta especie, hagan creer - que luchas de esta naturaleza, que luchas históricas de esta importancia, que luchas que radican en lo más susceptible de las pasiones humanas, puedan resolverse por medio del dejad hacer. No, no se resolverán por medio del dejad hacer tan pavorosos problemas".

Más adelante pasa Cánovas a exponer lo que para nosotros representa la más clara manifestación de su proyecto político: la creación de un partido formado por

todos aquellos que tengan el culto a la propiedad", es decir, un gobierno de propietarios que viene así a preludiar lo que va a ser el futuro "bloque oligarquico", de la Restauración:

"No hay más remedio sino que tarde o temprano olvidemos lo que aquí nos divide, y delante de la lucha que desgraciadamente plantea el proletariado extraviado, corrompido por insensatas predicaciones, pongamos la reunión en un vínculo común de los partidos monárquicos; ¿qué digo de los partidos monárquicos?, vínculo común, - cualquiera que sea la forma de gobierno, de todos aquellos que tengan el culto de la propiedad y con el culto de la propiedad, que es la base de la sociedad antigua y moderna, el culto de todos los principios salvadores de la sociedad humana".

Para completar el sentido político de lo anterior, no podemos dejar de señalar por ser igualmente significativo para entender el sistema canovista de la restauración, cómo entiende Cánovas, en este contexto, el concepto de legitimidad. "Yo defenderé hasta donde mis fuerzas alcancen a todo gobierno, sea quien quiera el que lo componga, que diga y proclame que en la medida de sus fuerzas está dispuesto a reñir batallas en defensa del orden social. Porque en la defensa de este orden social está sin duda alguna la mayor legitimidad."⁽¹⁶⁸⁾

Por último, Cánovas concluye su discurso con estas recomendaciones al gobierno:

"Oid, pues, señores de la mayoría y señores que componeis el Gobierno: yo no exijo al Ministerio que haga lo que tal vez haría yo; pero le exijo (digo mal, y retiro la palabra), le pido, y deseo que no vacile, que haga uso de todas sus - fuerzas, absolutamente de todas sus fuerzas: - primero, para defender a la sociedad de los ataques de la Internacional; segundo, para desengañar, por medio de la discusión y por todos los medios que estén a su alcance, a las clases obreras, y hacerles ver el principio a donde se los quiere llevar (...) Esteis seguros de que, además de las bendiciones de la historia (que esas no pueden faltarles en modo alguno), obtendrán el apoyo desde hoy de todos los hombres honrados e inteligentes del país. He dicho".

Este discurso de Cánovas fue ampliamente contestado en el Congreso de los Diputados por parte, sobre todo, de los diputados republicanos -Castellar, Salmeron y Pí y Margalla⁽¹⁶⁹⁾ por lo que Cánovas procederá a una segunda intervención "por alusión" y cuyo texto, en sus principales fragmentos, se halla incluido en el tomo I de sus Problemas Contemporáneos.

Una de estas alusiones críticas que se le harán estará referida a su instrumentalización de la religión para defender temas políticos, por lo que no podemos dejar de señalar la sorprendente y falaz respuesta de Cánovas a esta acusación: "Y por mi parte, no pretendo ahora, ni ha pretendido jamás, ni pretenderé un solo momento en mi vida pública, mezclar para nada la religión con la política". Sin embargo, dada la insistencia de la citada alusión, será sobre este punto con el que

Cánovas concluirá finalmente esta segunda parte de su discurso parlamentario:

"Voy a concluir, y se me olvidaba ya rectificar un cargo que se me ha atribuido; olvido causado por la espontaneidad y natural desaliño con que estoy pronunciando este discurso. No he pretendido yo nunca, como dije antes, no pretendo ahora, no pretenderá jamás realizar por medio de las ideas religiosas, y desgastando los sentimientos religiosos, el ideal político, siempre pequeño, de una escuela y un partido determinado. Pero para contestar a ciertas alusiones que se me han dirigido, sea a mí o a otras personas de las que se sientan en estos bancos, seré muy franco (...). En medio de todo, y con toda la franqueza que me es propia, quiero declarar una cosa en esta hora solemne, que palpita en mis escritos y en todo - cuanto digo, y es, que yo no puedo pensar en las cuestiones morales y políticas, que no puedo detener un momento mi corazón en problemas tales, sin encontrarme frente a frente con la objetividad sublime de Dios, que con fuerza irresistible se me impone".

Ahora bien, aunque no vamos a proceder a comentar este segundo discurso -reiterativo y mucho más corto que el anterior- donde Cánovas se limitará a corregir y ratificar las críticas recibidas de sus oponentes, sin embargo, creemos importante destacar algunos párrafos, en los que, no solo se ratifica en sus apreciaciones anteriores, sino que la vocación antidemocrática y hasta militarista de Cánovas le lleva a proclamar su consabido "recurso a la fuerza" justificada ahora con unos argumen-

tos ideológicos que por su irracionalismo están próximos -aún suponiendo que Cánovas no sea consciente de ello- a un tipo de ideología claramente prefascista.

Así, vuelve de nuevo a reafirmar su profunda y - asumida convicción: "siempre habrá un bajo Estado, siempre habrá una última grada en la escala social, un proletariado que será preciso contener por dos medios: con el de la caridad, la ilustración, los recursos morales, y, cuando este no baste con el de la fuerza". Pero veamos a continuación con qué argumentos justifica Cánovas la necesidad de esa dictadura y quienes recurrirán a ella, pues a pesar de que todo ello se diga en nombre de la "libertad", quede bien patente que este concepto tiene aquí un contenido de clase inequívoco que no puede ignorarse:

"Por último, Sres. Diputados, más que nada temo yo, ya lo dije el otro día y lo repito ahora, temo que la inevitable consecuencia de todo ello sea la imposibilidad de la libertad. Cuando las minorías inteligentes, que serán siempre las minorías propietarias, encuentren que es imposible mantener en igualdad de derechos con ellas a las muchedumbres; cuando vean que la muchedumbre se prevale de los derechos políticos que se le han dado para ejercer tiránicamente su soberanía; - cuando vean convertido lo que se ha dado en nombre del derecho en una fuerza brutal para violentar todos los demás derechos; cuando vean que todo lo inicuo puede aspirar al triunfo con la fuerza desencadenada por los apetitos sensuales; cuando todo eso vean, buscarán donde quiera la dictadura; y la encontrarán. Tal es la historia eterna del mundo. (...) Porque como no hay nada que sea igual en el mundo, hasta en el valor hay superioridades.

La del valor engendra y crea militares, y el militarismo crea los déspotas y los tiranos. Y como todo tiene su papel en el mundo, como todo puede servir a una necesidad social, lo mismo que acude la inteligencia en horas dadas a ilustrar los períodos de la libertad, a legalizar los periodos normales, lo mismo acuden los hombres superiores de la fuerza, lo mismo acuden los vencedores, los conquistadores, a la hora histórica, a la hora - precisa en que hacen falta".

4. LA CONCEPCION CANOVISTA DE LA HISTORIA

4.1. "De la Mejor Manera de Escribir la Historia"

(Discurso)

En la trayectoria política de Cánovas aparece un período de excepción, destacado por sus biógrafos, donde su actividad no va a estar tan volcada en la lucha política diaria, sino dedicada más bien a una de sus más queridas aficiones: el estudio y la investigación de temas históricos. Esta especie de "retiro" voluntario viene determinado por su decisión, ya mencionada, en vísperas del destronamiento de Isabel II, de mantener una posición de reserva que consistió en inhibirse de toda acción y permanecer en una calculada expectativa, "cuanto tiempo hiciese falta" hasta que las circunstancias permitieran la proclamación del Príncipe de Asturias. Es en este "camino hacia la Restauración" donde hay que situar este "retiro" de Cánovas, al tiempo que su actividad política se reducía a ocupar después su escaño en las Cortes Constituyentes en los términos ya expresados por F. Almagro: "Como jefe de grupo y, sobre todo, con su autoridad personal y vigorosa elocuencia, Cánovas influiría en los debates. Pero era fuera del hemiciclo donde Cánovas estaba llamado a desarrollar su decisiva actividad". Pero con esta afirmación su biógrafo no se estaba refiriendo, obviamente, a la labor de investigación en los archivos, sino a otro tipo de actividad canovista.

mucho más "política" aunque se realizara "fuera del hemisiciclo", y que consistía, precisamente en preparar el ya citado "camino hacia la Restauración".

Sin embargo, teniendo en cuenta el objetivo final que orienta esta estrategia extraparlamentaria y el clima ideológico que hemos observado durante el Sexenio, la actividad intelectual de Cánovas durante estos años no ha de considerarse como marginal a su quehacer político, sino más bien como una contribución, en efecto decisiva, a la consecución de dicho objetivo histórico. Es decir, la actividad de Cánovas durante estos años tiene para nosotros un doble frente de actuación pero ambos dirigidos al mismo fin. Por un lado, un frente político, donde han de inscribirse desde sus relaciones con el grupo alfonsino, las relaciones con Isabel II desde el exilio - para conseguir su abdicación, pasando por sus contactos con grandes financieros hasta sus no menos decisivas relaciones y contactos con el estamento militar, actividades a las que haremos referencia en su momento.

Por otro lado, un frente ideológico desarrollado a través de sus varios estudios, artículos y discursos en Academias y Ateneos, y que tiene para nosotros una gran significación por tratarse de una actividad que está en plena correspondencia con el "rearme ideológico" a que nos hemos referido. En este sentido, conviene recordar las palabras de Cánovas en el Ateneo donde hacía referencia a la necesidad de "luchar donde quiera, y por

nosotros mismos, ora informando y ora propagando, así en las cátedras como en los libros, las nociones, las ideas las creencias, que constituyen la conciencia moral de los individuos y el principio vital de las naciones cultas".

A este ideal militante responde la actividad publicista de Cánovas, lo cual no supone una característica exclusiva del gran político conservador, sino que responde más bien al clima y al ambiente intelectual de polémica en que tienen lugar los debates ideológicos y científicos del sexenio.

La contribución de Cánovas a esta especie de repliegue ideológico del moderantismo tradicional -donde la ingente labor de M. Pelayo dejaría empequeñecida cualquier otra aportación- no deja, sin embargo, de ser relevante. Y ello no tanto por la profundidad o el alto nivel de sus escritos y discursos, sino por la resonancia social que tienen al pertenecer a una figura pública de su talla, cuyo prestigio venía de lejos y al que contribuye, sin duda, la influencia de la Iglesia y la alta sociedad madrileña a cuyos salones y tertulias era Cánovas un asiduo invitado.

"Cánovas -dirá F. Almagro- desde sus comienzos en la vida madrileña, alternó con gentes distinguidas y, sobre todo, a su vuelta de Roma, le franquearon su acceso los salones más encumbrados - (...) Cánovas atraía, muy personal y principalmente por su talento y cultura, y quienes no supieran

apreciarlo en todo su valor intelectual, les bastaba con oírle, por ser un conversador amenísimo que daba extraordinaria cultura a tertulias y sobremesas. No buscaba Cánovas otra cosa en los salones que el trato de gentes y el galanteo de las damas. Cánovas no se acercó jamás a una mesa de juego, así como tampoco bailaba ni fumaba". (170)

Desde el año 1866 en que decide apartarse de las responsabilidades directas del poder, hasta 1874, "en que vuelve a asumirlas con peso mucho mayor" (F. Almagro), Cánovas publicó numerosos estudios de cuyo conjunto vamos a centrar ahora nuestra atención en un discurso sobre cuya importancia coincidimos con la apreciación que hace F. Almagro: "Pero es de un interés más general, respecto a toda la obra producida por Cánovas, su discurso de contestación a Godoy Alcántara, porque el tema elegido por éste⁽¹⁷¹⁾ para disertar a su ingreso en la Academia de la Historia, tanto interesó a Cánovas, que se extendió por cuenta propia en muy atentas consideraciones acerca de una cuestión que a él, historiador de raza, le afectaba directamente: "De la mejor manera de escribir la Historia". No quiso, pues, desaprovechar la oportunidad que se le presentaba de exponer sus puntos de vista sobre la Historia: concepto, método, forma de expresión". (172)

El interés de este texto canovista, de 1870 es fundamental no solo por el contexto socio-cultural en que se produce, sino para conocer con mucha más precisión el pensamiento historiográfico de su autor, cuyas opiniones adquieren así un doble interés al provenir de un personaje

como Cánovas cuyo "realismo" político ha sido valorado en función de su conocimiento de la Historia de España. En este sentido se pronuncia J.L. Comellas en el capítulo II de su "Cánovas" y que lleva el expresivo título "De la Historia a la Política". Después de referirse a que el primer trabajo de Cánovas fué un resumen histórico del Banco de San Carlos, que terminó en menos de un mes "y cobró por el seis mil quinientos reales", el citado autor señala: "Pero no fue el interés económico, sino el intelectual, la pura afición, lo que empujó a nuestro joven Cánovas del Castillo hacia el estudio de la Historia. Encontraba en ella algo vivo, palpitante, encontraba el setido de todo aquello que le rodeaba, y que no era, en definitiva, más que el último capítulo del libro de la Historia, historia in fieri. Sin este sentido de íntima y viviente conexión con la realidad, el cuadro de la - Historia hubiera ofrecido a Cánovas mucho menos interés. Por eso puede decirse, como alguien ha dicho ya⁽¹⁷³⁾ que Cánovas, más que estudiar, "vivía" la Historia. - Nuestro hombre, hombre práctico, activo y proyectivo, vivía la Historia por pura afición intelectual, pero - también mediante un sentido interpretativo, que es lo que habrá de tener una más íntima relación con su historicismo político. Comprendía que el pasado puede iluminar al presente y, a la luz de esa iluminación permite enderezar el porvenir, o, cuando menos, contemplar sus problemas con una amplia perspectiva".⁽¹⁷⁴⁾

39

Por nuestra parte, si por un lado podemos aceptar

lo que hay de reconocimiento en cuanto a la afición de Cánovas por la Historia, sin embargo, no estamos de -- acuerdo en la interpretación que se deriva de estos juicios del autor, debido a que lo que nos interesa destacar no es tanto el reconocimiento de las aficiones de Cánovas, sino la función y el significado ideológico de su obra.

En cuanto a la propia cronología del discurso, el contexto socio-cultural en que se produce está caracterizado, en efecto, por un marcado historicismo que condiciona todos los debates de un periodo que por sus características va a dotar de ignificación a lo que los historiadores y sociólogos de la literatura han venido a definir con la denominación de "generación del 68".⁽¹⁷⁵⁾

Por su parte, López Morillas, dirá también, "los - hombres del 68 son vehementes historicistas. Lo histórico se filtra en todo: en la novela de Galdós, en la poesía de Núñez de Arce, en la pintura con Pradilla, en los estudios literarios y estéticos con Menéndez Pelayo, en el derecho con costa , en la religión con Canalejas, etc. Las figuras políticas de más relevie -Castelar, Cánovas, Pí y Margalla- cultivan asiduamente la historia". Hasta tal punto todo esto es cierto, que, dado además el espíritu de polémica que caracteriza este periodo de sexenio, la Historia será utilizada, según el mismo autor, como "un arma arrojadiza". Pero hay algo más -dirá también- "y es que con este empleo polémico de la historia se - disfrazan en la mayoría de los casos un militante desafecto

a la vida actual (...) El uso de la historia como instrumento de polémica, delata la rebelión, entre la gente ilustrada, del pasado y el porvenir contra el presente, del tradicionalismo y el progresismo contra la España - actual. Lo que se desdeña es, efectivamente, la España del día, ora en nombre de una grandeza pretérita, ora en el de un imaginado esplendor futuro". (176)

Ahora bien, el espíritu de polémica en que va a desarrollarse el discurso historicista del Sexenio responde también a la necesidad de corregir el proceso histórico "alterado" con la Revolución a cuya orientación deberá contribuir, en efecto, un nuevo replanteamiento historiográfico; de ahí que tanto desde el progresismo, como desde el tradicionalismo, se produzca ese "desafecto a la vida real" a que alude el citado autor. Ello significa la constatación, o si se quiere, una toma de conciencia, desde ambos campos ideológicos, de que el debate historicista tiene una gran transcendencia en tanto que, la Historia constituye un instrumento de renovación y transformación que afecta a todos los ámbitos de la actividad social.

Sin embargo, conviene recordar que este espíritu de polémica no es nuevo en la historia de España. El más claro precedente lo encontramos en la Ilustración, en cuyos "reformadores" y "tradicionalistas" podemos encontrar un claro parentesco ideológico con los krausistas y conservadores de esta época. Desde el punto de vista --

»

historiográfico, queremos recordar aquí la apreciación que en un interesante y sugerente artículo hace J. Antonio Maravall a este respecto:

"El papel de la Historia en el pensamiento ilustrado, como instrumento para promover la reforma de una sociedad con cuyo estado presente no se está conforme, da a aquella un carácter polémico". Y más adelante señala: "Claro que en el fondo, si se disputa, a veces acremente, sobre la labor historiográfica, ello deriva de una discrepancia fundamental acerca de lo que se piensa sobre el acontecer histórico real, es decir, sobre los hechos que se han sucedido en el pasado nacional. Y en la medida en que este proceso del acontecer se identifica con su resultado último, esto es, con el estado actual de la cultura de un pueblo, nos encontramos con que las diferencias que oponen a reformadores y conformistas en el plano de la Historia, se resuelven en una polémica sobre la cultura del país; en nuestro caso, la tan citada polémica sobre la cultura española". (177)

En este ambiente de polémica y antagonismo ideológico, los planteamientos historiográficos de Cánovas reflejados en su discurso De la mejor manera de escribir la Historia responde, por un lado, al carácter revisionista que alienta los debates de estos años pero al mismo tiempo, esta revisión se realiza desde una posición tradicionalista cuyos contenidos ideológicos se corresponden con los postulados contrarrevolucionarios de la historiografía legitimista de De Maistre y de Bonald, y con los cuales se identifica el neo-catolicismo español de estos años.

es decir, una concepción religiosa y feudal del mundo, y de las relaciones sociales, un rechazo a la filosofía ilustrada del S. XVIII y por tanto, a la concepción burguesa del mundo y a su ideología política. Como dirá F. Almagro, aunque no compartimos su entusiasmo por el pensamiento histórico canovista:

"no hay que profundizar mucho en las ideas filosófico-políticas de Cánovas para descubrir la raíz de ellas, no ciertamente en el doctrinarismo francés, aunque de éste le vangan los conceptos de mecánica del Estado, sino en las teologías de "nuestra grande escuela del siglo decimosexto", por él tan admirados que les hace vencedores "facilmente -palabras textuales- en cualquier comparación hasta con Platón o Aristóteles". (178)

En cuanto al intento revisionista antes señalado, queda ya expresado por su autor al comienzo de su discurso:

"Dado que en cierta medida "una propia manera del mundo es toda", según dijo ya nuestro buen amigo Luis Cabrera de Córdoba, y que los vicios peculiares de cada época fácilmente penetran en sus pensamientos o en sus obras, con razón, es de temer que otros errores, si distintos de los pasados, no por eso menos perjudiciales, corrompan la historia ahora, por lo cual conviene aprender a extirparlos. La veracidad, no sólo estricta y completa, sino comprobada por la crítica, ha llegado a ser condición tan esencial en los historiadores, que no alcanzaria ya crédito el mayor de ellos, si diera bajo su palabra a la estampa noticias capaces de alterar los anales de una nación, cual infelizmente alteraron los de España, tantos falsarios audaces... Mas no puede negarse, en cambio, que -

iguales o mayores extravíos suelen nacer hoy de la varia manera de concebir la historia, y de los puntos de vista diferentes adoptados por sus autores."

A continuación, después de elogiar el discurso de Godoy Alcantara donde su autor hace un repaso histórico sobre las opiniones de nuestros escritores, de acuerdo con el título del discurso, Cánovas resumen así el objeto que le ha llevado a hacer su contestación: "Seame lícito -dice- penetrar de nuevo en sus ambitos para inquirir y exponer particularmente las cualidades que tiene o debe tener en nuestro siglo y los escollos que al presente ha de evitar con más esmero el bajel majestuoso de la historia".

En esta primera parte de su Discurso, Cánovas, - movido en su afán historicista por encontrar en el más remoto pasado argumentos de legitimidad para sus teorías, realiza un exordio grandielocuente y "erudito", remontándose al concepto helenístico de la palabra "historia" que "es relación sencilla de lo visto u oído" de lo cual deduce "el caracter de crónica de las primeras historias" y a las que faltó "durante mucho tiempo ese caracter de ciencia": "No supo el politeísmo, a pesar de las maravillosas metafísicas que lo ennoblecieron, el levantar la historia a la dignidad de ciencia, limitándose a considerarla como una de las bellas artes."

Pero el caracter no-científico de esta historia se

debe, en la concepción de Cánovas, a que no conocían la Providencia de Dios que es el principio fundamental que eleva la historia a la dignidad de ciencia: "En vano formuló San Agustín en la enciclopedia de ciencias morales, que intituló "De civitate Dei" un grande y fundamental principio, capaz de abrir por sí sólo las puertas de la ciencia al arte histórico, señalando la Providencia de Dios como Ley esencial de los hechos, sin perjuicio del libre albedrío, y explicando, por vía de ejemplo, con arreglo ya a tal principio, la potente decadencia de Roma."

Continuando en su exordio, Cánovas se lamenta de que toda esta doctrina quedó en el olvido tras la invasión de los bárbaros hasta llegar al Renacimiento:

"Quedó en verdad la semilla en tierra para germinar mucho más tarde... Hasta la razón misma de los grandes Doctores y Santos Padres, después de haber desenvuelto los principales dogmas evangélicos, y elevado la gran fábrica de la Iglesia católica desapareció por un plazo larguísimo, durante el cual todas las ciencias, como todas las artes, volvieron a su infancia, sin exceptuarse la historia". Con el Renacimiento, alude Cánovas a la gran labor realizada por los españoles al traducir a los clásicos, "lo cual basta para potenciar el aprecio en que tenían a los maestros clásicos los españoles cuando comenzaron a meditar y escribir sobre el modo de componer la Historia".

Alude también a los historiadores que ocupan un lugar relevante como Vitoria, Soto y Suárez "igualados

con Platón o incluso "superándolos" para lo cual cita a Francisco Cervantes de Salazar quien, "por ejemplo con tradijo la bien conocida teoría de Aristoteles favorable a la esclavitud, y a la sazón triunfante en Europa, en la excelente continuación que escribió del "Diálogo de la dignidad del hombre" del Maestro Oliva (libros de - Francisco Cervantes Salazar, Madrid, 1772.

Sin abandonar la línea de continuidad en las relaciones e influencias de los historiadores españoles del S. XVI con los autores clásicos y los Padres de la Iglesia, Cánovas destaca con especial preferencia la figura de Luis Cabrera de Córdoba, "el honrado historio-gráfo de Felipe II, a quien "nadie puede disputarle la gloria de haber encontrado el primero una sentencia profunda, que escriben al frente de sus libros, con sentidos diversos, los modernos autores de Filosofía de la Historia: "Diónosla Dios y la conserva", dice de la historia, al resumir el fin de ella, "para que su admira-ble potencia y perpetuo cuidado de las cosas humanas maravillosamente se declarasen". Si el germen -continúa Cánovas- está en San Agustín, cual queda dicho, fuerza es reconocer, a pesar de eso, que sobre la gloria de haber lo hecho planta y sacado a luz, tiene el de nuestro compatriota la de haber comprendido mucho antes que el gran Bossuet su fecundidad interna y las singulares ventajas de su cultivo".

Con la sola referencia a estos dos autores preco-

nizado, por Cánovas puede apreciarse ya en qué dirección se asienta la concepción canovista de la historia. No creemos necesario detenernos aquí en analizar las teorías providencialistas que han servido de fundamento para sustentar determinadas Filosofías de la Historia cuyo carácter especulativo se reduce, en definitiva, a concebir la Historia como metafísica, donde los acontecimientos vienen a depender de "las órdenes secretas de la Divina Providencia", del azar o de un destino incognoscible para los hombres y que otros historiados de más talla que Cánovas, como Leopoldo Von Ranke, definiría como "el dedo de Dios".

Sin embargo, no se trata sólo de constatar aquí la concepción canovista de la historia o de las referencias teóricas que se reflejan en este discurso, sino de comprender la función ideológica que desempeña en el contexto político y cultura de España en estos años anteriores a la Restauración. Por otro lado, la filosofía de la historia "ese arte de profetizar el pasado", como agudamente decía Juan Varela- estaba a la orden del día en estos años. "Quien más quien menos- dirá López Morillo- todo individuo medianamente letrado afirma ver -- claro en la oscura significación de acontecimientos pretéritos y, armado de la garantía que ese pretendido conocimiento supone, enjuicia lo actual y lo venidero con una impertinencia soberana".(179)

Cánovas, después de afirmar que con las numerosas referencias a historiadores españoles por él citados "palpablemente se demostraría no ser inferior la actitud en esta nación meridional que en sus hermanas peninsulares, Grecia e Italia, para las especulaciones científicas", termina este exordio recordando que "la superioridad que alcanzó sobre los preceptistas del S. XVII el P. Fray Jerónimo de San Josef, lo que indica es cuán verdad sea que en el reinado de Carlos II, por otros conceptos tan lamentable, despuntó otra vez, sin embargo, la libertad del ingenio español, a causa de la flaqueza misma, con que se ejercía a la sazón aquella autoridad regia, mitad seglar, mitad eclesiástica, que fundara en peculiares fines la Inquisición española".

Sin embargo, la parte del discurso donde Cánovas expone más claramente sus teorías historiográficas aparecen después de este exordio inicial que constituye, dentro de la estructura del Discurso, la base argumental para legitimar después sus planteamientos ideológicos. Sobre estas bases, Cánovas comienza por diferenciar la antigua historia de la de nuestros días en estos términos: "Pero bien sea relatando los hechos desnudos, bien procurando sacar a la luz el espíritu interior que los engendra, siempre difiere la de nuestros días de la antigua historia, en dos fundamentales conceptos al menos; es a saber: por la mayor amplitud y sinceridad de sus propósitos y por el diverso ideal social que la informa o inspira".

Ahora bien, como vamos a ver a continuación, no es

una casualidad ni se debe a la estructura "formal" del discurso, el hecho de que en la evolución de pensamiento historiográfico que ha seguido Cánovas en su exordio elogiando la escuela teocrática de los Santos Padres y de los historiadores católicos españoles del S. XVI, es tablezca un "punto de inflexión" precisamente al llegar el S. XVIII. La explicación ha de buscarse, una vez más, en el terreno de la ideología, en el sentido de que las opiniones vertidas por Cánovas en este discurso, vienen condicionadas "a priori" por la función social que estaban llamados a cumplir en el contexto histórico del Sexenio: para preparar el camino de la Restauración: "De los más varios elementos sociales o políticos -dirá F. Almagro- tenía que surgir la fuerza imaginada por Cánovas para que la Restauración se produjera con la espontaneidad, razón y eficacia de un anhelo nacional. De ahí sus palabras en otra de sus cartas a la Reina: "No olvida S.M. que no hay en España ya ningún partido ni hombre alguno capaz de restablecer la Monarquía legítima; que esta sólo puede ser restablecida por un gran movimiento de opinión pública, que es preciso estimular y no contrariar en lo más mínimo".⁽¹⁸⁰⁾

El objetivo de nuestro trabajo al estudiar el pensamiento historiográfico de Cánovas, no está orientado a hacer una mera constatación de tales teorías, sino a señalar hasta qué punto una historiografía determinada, aquella que contribuyó en mayor medida a dar una "obli- gada" legitimidad a la Restauración, puede llegar a ser

un factor obstaculizante para la formación de una concepción crítica de la historia de España y de sus tradiciones liberales y democráticas. Si esta hipótesis, ya planteada anteriormente, pudiera considerarse acentuada, las teorías de Cánovas reflejadas en este Discurso confirman dicha hipótesis al comprobar el grado de manipulación ideológica aquí realizado. Ello constituye, en efecto, ese factor fundamental que contribuye a que este tipo de historiografía ofrezca una imagen distorsionada del proceso histórico -en este caso de la propia historiografía- reproduciendo así una ideología reaccionaria, o mejor, contrarrevolucionaria- que sirve de obstáculo para la formación de una concepción más crítica y veráz de las contradicciones sociales, o de concepciones historiográficas más críticas y que han sido aquí intencionadamente soslayadas. Porque, en efecto, resulta sorprendente que en un Discurso pronunciado en la Real Academia de la Historia en 1870, y cuyo tema es esencialmente historiográfico, no se haga referencia alguna a los historiadores españoles del siglo XVIII. La explicación, por tanto, no puede buscarse en argumentos psicológicos o a un "simple olvido". Repitamos de nuevo que no hay -ninguna ideología "inocente" sino que es precisamente en función de una interesada ideología que, en nombre del Providencialismo y de la metafísica rechaza los avances del racionalismo moderno, donde hay que buscar tan significativas ausencias.

El hecho de no hacer referencia a historiadores como

Mayans, los PP. Mohedano, Forner, Masdeu o el propio Jovellanos, se debe precisamente a su condición de - - "ilustrados" y a que su labor como historiadores, con todas las contradicciones propias de la Ilustración española (y a pesar de la condición de eclesiásticos de algunos de ellos) supuso un encomiable esfuerzo por abrir "nuevas luces" en medio de oscurantismo cultural y religioso que arrastraba la sociedad y la historiografía española del S. XVIII. De ahí el espíritu de polémica que hemos señalado anteriormente al hablar de la Historia y la Ilustración.

A la hora de desvelar e interpretar el pensamiento historiográfico que Cánovas refleja de forma inequívoca en este Discurso, lo que no se puede soslayar es precisamente la importancia y significación que tienen estas ausencias de los ilustrados y en cambio la constante referencia e identificación con los historiadores católicos del S. XVI y con el "insigne Bossuet".

En cuanto a la trascendencia y responsabilidad que corresponde a este tipo de historiografía, la educación histórica de futuras generaciones, resulta reveladora la reflexión que hace un historiador de nuestros días a este respecto:

"La historia raisonnée, a la que nuestros ilustrados se adscriben -una Historia que se emplea en el "ejercicio de la racionalidad", conforme a la fórmula de los PP. Mohedano- se explica, a su vez,

históricamente, porque contiene las razones de los cambios sociales que se proyectan. Como ésta, aquella sale del "propio fondo" del historiador. Cuando, pensando en el conservadurismo que dominaba en ciertos sectores de la Universidad de Madrid, alrededor de 1930, recordamos que de las obras de Historia "razonada" se decía despectivamente que no eran más que "caldo de cabeza", se comprende perfectamente lo que los ilustrados pretendían". (181)

Volviendo al Discurso de Cánovas, y después de hacer su diferenciación entre la vieja y la nueva historia, podemos observar como hay una inequívoca, aunque velada referencia a la amenaza "democrática" que suponía para la concepción teocrática de la historia que el rei vindica, los principios individualistas preconizados por Rousseau y ensalzados después con la Revolución francesa:

"Desde fines del siglo último -dice- rápidamente comenzó a cambiar todo esto. Surgió entonces la pretensión inopinada de que el objeto social, realizable sólo por la armonía de los derechos y deberes de todos y cada uno de los individuos humanos, se fiase a la suma aritmética de las voluntades parciales del mayor número, considerado como voluntad general; y este principio, que informa desde aquella Era la política, también ha adquirido vecindad en la historia, yéndose de uno a otro extremo, cual de ordinario".

Como puede apreciarse, Cánovas se sitúa en la escuela legitimista surgida como reacción "contra el -

individualismo de la Revolución francesa". Sostiene, de acuerdo con esta concepción historiográfica, que es absurdo querer basar la organización de la sociedad en los derechos del individuo, puesto que, en realidad, lo que asegura la permanencia de la sociedad son reglas sociales creadas por la costumbre y la experiencia. Se trata, por tanto, de no concebir al hombre más que formando parte de una familia, de una sociedad, a cuyas condiciones debe adaptarse, y someterse así a las leyes de esta, lo cual significa considerar la sociedad "por encima" del individuo.

Por otro lado, y dado que la supremacía de la religión debe presidir todos los dominios de la vida social, y de las ciencias, ello se traduce, a la hora de interpretar el Providencialismo de Cánovas en que hay que hallar y asimilar el pensamiento divino, escuchar sumisamente la doctrina de Dios a través del pensamiento católico de los Santos Padres y especialmente de San Agustín. Este llamamiento significa, en la práctica, la tendencia a paralizar el desarrollo social, frenar todo progreso, en resumen, volver al Antiguo Régimen, feudal y absolutista, anterior a la Revolución.

Pero veamos cómo lo expresa Cánovas en su Discurso: "Hoy ya, por poco que el espíritu científico penetra en los libros históricos, dos primeros actores se alzan en la escena: el individuo y el Estado... Siéntese ya en ella (en la Historia) un espíritu superior que la anima;

aunque los que la escriben no se hayan fijado todavía en la fórmula fecunda de San Agustín y Luis Cabrera, lo universal les va conduciendo a todos, como por la mano, hacia lo infinito".

Más adelante, al referirse a la función que debe cumplir la historia, dice:

"Porque no hay que olvidar, señores, que el individuo humano, por sólo serlo, y sin necesidad de elevarse sobre el nivel general de su tiempo, en la acción o la vida, forma ya más o menos directamente en todas partes las instituciones, en casi todos contribuye a la redacción de las leyes, y va modificando por donde quiera, cuando no violentamente truncado, las seculares constituciones u organismos colectivos del Estado. Recordad a este propósito, que el insigne Bossuet puso al frente de su "Discurso sobre la ley del Universo" las siguientes palabras".

No creemos necesario reproducir aquí en su totalidad la larga cita a que se refiere Cánovas. Se trata, en efecto, de un texto del que sólo transcribimos la parte donde están básicamente reflejadas las teorías de Bossuet en la que se apoya Cánovas para exponer sus razonamientos sobre la función de la historia:

"Aunque la historia fuera inútil para los demás hombre, sería preciso, con todo eso, que la leyeran los príncipes, porque no hay medio mejor de saber lo que pueden las pasiones y los intereses, los tiempos y las ocasiones, los buenos y los malos consejos; y por la misma razón de que los libros históricos únicamente están tejidos con sus reales

acciones, parecen peculiarmente escritos para ellos."

De este texto de Bossuet que responde claramente a la más vieja concepción de la historia como "espejo de príncipes", lo que sorprende no es lo que dice -- Bossuet, sino el comentario que hace Cánovas sobre el absolutismo y, sobre todo, el querer reivindicar la actualización de estas teorías en 1870.

"Pues esto --dice Cánovas-- que se escribía en la corte de un príncipe que dijo, y dijo bien, que él era el Estado, para que sirviese de lección de los de su clase, con idéntica razón ha de aplicarse ahora a todos los ciudadanos gobernantes en esta nuestra sociedad, mucho más rica en fuerzas y elementos activos que la de entonces, y mucho más necesitada de ciencia en su dirección por consiguiente. Y ¡ójala que los libros de buena historia alcanzasen a satisfacer así, en adelante, la creciente necesidad de leer que todas las clases sociales están experimentando".

Sobre este punto Cánovas hace ahora una reflexión sobre el papel que cumplieron para la "formación histórica" de aquellas generaciones pasadas los libros de caballerías y los romances, hasta llegar al género literario más característico del siglo XIX: La novela, sobre la cual emite un juicio donde se observa su desagrado por "un género literario que había desencadenado el individualismo filosófico y político, género de literatura que pone en escena esas pasiones mismas, y las adula cuando

no las despierta".

No es difícil deducir de estas opiniones los gustos literarios de Cánovas, y que están, por otro lado, en clara correspondencia con su propia concepción del mundo y de la Historia.

Su rechazo al individualismo burgués anteriormente mencionado le lleva, en lógica consecuencia, a rechazar, en el plano de las realizaciones culturales, un género literario que constituye la más característica concreción de la mentalidad burguesa.

Sin embargo, hemos de precisar que lo que se observa en estas reflexiones de Cánovas, no es tanto un rechazo global a este género literario, sino más bien hacia ese tipo más concreto de novela que, como el dice, "pone en escena sus pasiones mismas, y las adula, cuando no las despierta". Es decir, si tenemos en cuenta el contenido ideológico del "Discurso" que estamos comentando, hay una correspondencia entre las estimaciones historiográficas de Cánovas y los que se refieren a la literatura.

En este sentido, interesa destacar aquí una parte del Discurso de Godoy Alcántara en que se refiere a Luis Cabrera, ya que como hemos comprobado es el autor al que Cánovas considera como "modelo de historiador".

"Propúsose Luis Cabrera de Córdoba escribir las historias de Carlos V y Felipe II, esto es, la historia del período más difícil de la edad moderna, cual es el que aquellas dos figuras presiden y en sí personifican. Que Cabrera estaba penetrado de la importancia y dificultad de su empresa, demuéstralo el detenido estudio que, por vía de preparación hizo sobre la manera de escribir la Historia en su libro "De la Historia, para entenderla y escribirla". Comienza anunciando el asunto con aparato épico:

"Escribo la importancia de la historia, la del buen historiador, las partes que ha de tener, las de la legítima y perfecta historia y cómo se hará tal". En su opinión, "es la historia narración de verdades por hombre sabio, para enseñar a bien vivir", ampliación del famoso "magistra vitae", que hace veinte siglos se ha repetido tanto con el labio y la pluma".

Godoy Alcántara alude también a la opinión de otro de nuestros historiadores, Fox Morcillo, quien "se contentaba con aconsejar al historiador que no refiriera cosas "prave et vitiosa". La historia, continua el autor, "debía ser y fue decente, honesta, ejemplar y hasta edificante, como convenia que lo fuera en sociedades católicas recogidas por poderes absolutos e incontestados; entró en la condición que imponen los moralistas a la novela y a las obras destinadas a la representación escénica: que aparezca siempre castigado el vicio y la virtud premiada. Cabrera -continúa Godoy Alcántara- siguiendo la corriente, advierte que el historiador "no ha de enseñar más que lo justo y honesto. Calle las cosas feas y deshonestas, porque no ofenda los ánimos y orejas".

Con esta digresión hemos pretendido dotar de mayor

fundamento a la correspondencia -antes señalada- entre la Historia y la literatura en Cánovas y comprobar hacia qué tipo de novela podían inclinarse sus preferencias. No creemos necesario hacer una nueva digresión sobre la novela costumbrista del siglo XIX para poder afirmar que es hacia este tipo de novela donde Cánovas encuentra su mayor predilección. Pero no en el costumbrismo de Larra, por ejemplo, sino en el costumbrismo estático y huidizo de su tío, Serafín Estebanez Calderón, a quien dedicaría Cánovas un extenso panegírico en "El Solitario y su Tiempo". Un gran estudioso de nuestra literatura del S. XIX J.F. Montesinos, dice sobre él: "la mayor parte de las virtudes que hicieron el encanto de sus contemporáneos desaparecieron con él, sin dejar reflejo en sus libros; como ocurre comunmente con escritores españoles, su obra fué, inferir a su persona". Y más adelante señala: "Cánovas, que nada tenía de artista, no supo evocar aquella gallarda y seductora figura, y su vocinglero panegírico ha dañado más que beneficiado la fama póstuma de "El Solitario". El empeño del biógrafo debió ser revivir al - hombre, y no meramente loar de un modo disparatado una obra tan interesante como defectuosa".(182)

En efecto, de acuerdo con el criterio de Luis Cabrera y de Cánovas sobre la conveniencia de "callar las cosas feas y deshonestas para que no ofenda los ánimos y las orejas", en la Andalucía de Serafín Estebanez Calderón, no aparece el bracero paupérrimo y desposeído, de rostro macilento, itinerante buscador de trabajo en viñedos y olivares.

"Muy fuera están de su mirada los hombres amontonados en los pueblos en larga espera, para que el capataz de un señor feudal señale a dedo -"sí, no"-; dedo que apunta al azar (¿azar o buen conocimiento de ideologías y actitudes?). Sí, estos costumbristas españoles se pintan así mismo: evaden la España le vantisca que va adquiriendo conciencia de clase y romantizan al español envalentonado y jactancioso, al español "digno en su hambre" (según ellos), individual (no comunitario, ni asociacionista). En la evasión romantizada de este escritor burgués, el cuarto estado conservaba las virtudes tradicionales- que tan certeramente satiriza Larra- gracias a las cuales el país saldría de su decadencia. La decadencia no parece ser otra que una plebe que exige "soberanía nacional", asociación o muerte".⁽¹⁸³⁾

En cuanto a Cánovas, su reflexión sobre la novela le hace extenderse también sobre la importancia y significación que ha supuesto en los tiempos contemporáneos el interés de las gentes en la lectura y el conocimiento de los problemas de su tiempo y preve, no sin temor, la fuerza social que irá adquiriendo "lo que llamamos opinión pública".

"Quien con su voto, quien con su voz, cual con su pluma, cual con una mera suscripción de periódico, nadie hay ya apenas en las clases cultas que no contribuya de algún modo al universal conocimiento político, religioso, industrial, científico. No por otro camino se forma actualmente lo que llamamos opinión pública, la cual temprano o tarde engendra los acontecimientos, destruye o forma los gobiernos y hasta grandemente ayuda a acrecentar o desmembrar hoy las naciones. Y la ciencia primera, y acaso la única, donde todos estos innumerables gobernantes y

pensadores pueden aprender algo que les prepare a cumplir con sus presentes destinos, es, a no dudarlo, la historia".

De acuerdo con estos planteamientos, el oficio de historiador, es, según Cánovas, de una gran trascendencia y responsabilidad, pero concebido en los siguientes términos que apenas si requieren comentario: "Su oficio, en algo semejante al de los poetas primitivos, iniciadores de la civilización humana, tanto tiene de sacerdocio como de magisterio. El triunfo, en suma, de la Literatura histórica sobre la de las fábulas exentas de sentido real ni moral, que ha estado y aún está algo en moda, será no menos que un triunfo social y político a la par de científico".

Sin embargo, donde Cánovas expresa más claramente sintetizado su pensamiento historiográfico es cuando exponer no sólo su concepto de la Historia y cómo deba ser ésta, sino también su viejo moralismo -"como convenia que lo fuera en sociedades católicas regidas por poderes absolutos e incontestados, a que antes hacíamos referencia -y donde llega a plantear- del mismo modo que - los noveles costumbristas o "de tesis"- las virtudes que deben adornar a esa historia "personalizada" donde también las colectividades humanas deben aparecer de forma que "parezca siempre castigado el vicio y la virtud premiada".:

"Para que estas lecciones de la historia proporcionen todas las ventajas deseadas, lo que hace falta es que sea aquella real y viva, y hasta anecdótica si se quiere, pero tal que presente ni mejores ni peores que en si fueron a los hombres y a las instituciones pasadas. Ningún maestro como la historia así realizada puede enseñar a distinguir lo hacedero de lo imposible, y a no esperar ni desesperar con exceso de nadie ni de nada; ninguno demostrará tan a las claras que las personas con sus defectos, y las instituciones con sus irregularidades y vicios, puedan ser, y con frecuencia son, utilísimos instrumentos sociales; ninguna pondrá tan de relieve que la moderación, la prudencia, la laboriosidad, la perseverancia - constituyen los mejores recursos de cada pueblo, para retener o acrecentar la herencia de sus antepasados; y que lo mismo en las colectividades que en los individuos, premia Dios tan largamente esta moderación, esta prudencia, esta laboriosidad, y la perseverancia esta, cuanto inflexiblemente castiga la ligereza, la imprecisión, la flojedad o la impaciencia".

Ahora bien, si estas palabras de Cánovas expresan por si mismas el carácter reaccionario de su concepción historiográfica, ello se hace mucho más evidente si observamos que dichas opiniones consttuyen una respuesta ideológica frente a las teorías contemporáneas orientadas - precisamente a poner de manifiesto, como diría el economista y abogado catalán Pedro Estasen, uno de los más representativos receptores del positivismo en España - que la metafísica idealista "no puede vivir en nuestras ciudades industriales, en nuestros centros de comercio, en nuestros centros científicos en que se revisa de arriba a abajo el Inventario General de los conocimientos -

»

humanos, y donde todo está sujeto a conocimiento perpetuo y continua lucha". (184) En efecto, es en contra de las ciencias empíricas, positivas y no especulativas, contra la razón desligada de la metafísica y la teodica, de la Historia desligada del Providencialismo y la teleología, contra lo que se revela el "espíritu canovista";

"Porque lo que hay que temer de hoy más sobre la Tierra -continua Cánovas- es el imperio de lo superficial, de lo vago, de lo mal definido, de lo intransigente, de lo extremado, de lo irreflexivo, de lo que está en contradicción, en fin con la experiencia de los siglos pasados, o es incompatible con la armonía de los hombres; lazos indispensables estos dos últimos de la sociedad y de la Humanidad, cuyo afianzamiento es acaso el más próximo y directo fin de la historia... Bien que el moderno individualismo haya introducido ya su democracia en desusadas esferas, nunca realizará tampoco la igualdad de facultades, de aspiraciones o de necesidades morales, entre individuos de naturaleza diferente. Y digan lo que quieran de la - metafísica la escuela de Augusto Comte, o los positivistas contemporáneos por una parte, así como - ciertos modernos místicos (se refiere a los krausistas). La verdad es que las ciencias puramente especulativas responden a lo más esencial y mejor del hombre, y serán siempre asilo y recreo de las almas más visitadas por el luminoso reflejo de Dios".

Como se recordará, en otro lugar de este trabajo dejamos señalado el papel nada despreciable que ha jugado el rechazo del entendimiento y la razón y la repulsa del progreso social, como elementos consustanciales, entre otros, del irracionalismo filosófico. Con ello va nece-

sariamente aparejado la exaltación de las tendencias - apologéticas y demagógicas y, finalmente, como consecuencia obligada de ello el constante descenso del nivel filosófico, que constituye otra de las características del citado irracionalismo.

Todos estos factores pueden observarse en los -- planteamientos teóricos y filosóficos expresados por - Cánovas y no sólo en este Discurso. Iguales opiniones hemos podido observar con motivo del Debate sobre la - Internacional al igual que en muchos de sus Discursos del Ateneo durante estos años recopilados en sus "Problemas Contemporáneos". La simple lectura del pormenorizado e ilustrativo índice de esta última obra donde aparecen los contenidos semánticos de cada uno de los puntos que desarrollaba Cánovas en aquellos Discursos, sería su ficiente para conocer los aspectos fundamentales de la ideología canovista.

Así, por ejemplo, en el segundo de estos Discursos al hablar del "Concepto e importancia de la teodicea popular" dirá textualmente:

"Mientras el materialismo y el panteísmo (léase krausismo) no acierte a dar cuenta - sin Dios, en todo esto, y a contribuir todo esto sin Dios, dentro o fuera del hombre, la Teodicea será la primera de las ciencias, como hasta aquí ha sido, y al hacer popular la Teodicea, de los mayores servicios que a la confusa humanidad pueden hoy prestarse... Tan es, pues, el alcance de la en señanza de la Teodicea, nunca quizá tan oportuna co mo en los tiempos presentes"⁽¹⁸⁵⁾

Resulta obvio resaltar el contenido profundamente integrista a que responden tales planteamientos en el último tercio del siglo XIX, lo que interesa resaltar, en todo caso, son las consecuencias históricas que este integrismo "renovado" y nada renovador ha podido suponer como freno ideológico al desarrollo científico de la cultura española, si tenemos en cuenta que tales opiniones corresponden a un "político-clave" que pocos años más tarde se alzaría como "hombre de Estado" y dará forma y contenido a un sistema político basado en la idea canónica de la legitimidad y la tradición.

En este sentido resulta revelador y no menos trágico, comprobar el grado de intolerancia y cerrazón mental con que va a enfrentarse este integrismo a otra gran polémica de la época: la teoría darwinista. Diego Núñez que ha estudiado detenidamente el tema dirá:

"Era tal y tanto el influjo de la mentalidad teocrático-integrista, que se había convertido en lugar común entre los adversarios despojar al darwinismo y a toda la ciencia empírica del carácter de "verdadera ciencia". Solía ser frecuente calificar a los naturalistas de "científicos vulgares" o "vulgarmente científicos" (186)

Por su parte, Cánovas, cuya opinión no podía faltar en ningún debate, se situará también en este grupo de detractores. En uno de sus Discursos en el Ateneo en noviembre de 1872⁽¹⁸⁷⁾ sobre "La moral independiente y

la moral cristiana", aparecen dos epígrafes titulados "Darwin y Liebig en sus relaciones con el problema religioso" y "El pretendido origen instintivo de la moral y su desenvolvimiento histórico según Darwin" Del contenido de este discurso, creemos suficiente resaltar los siguientes juicios de Cánovas:

"...diríase que Darwin no se propone otra cosa sino hacer inútil la idea de Dios por medio de sus - - obras científicas" y más adelante dice: "La historia del desarrollo de la moral a partir de este - origen instintivo, que luego traza Darwin, es por todo extremo inverosímil y arbitraria, bien que es té urdida ingeniosamente".

Varios años más tarde (1889), cuando Cánovas ya se había convertido en el "hombre de Estado" de la Restauración, dirá en otro Discurso de Contestación al de ingreso en la Real Academia de la Historia del doctor Don Juan Vilanova y Piera:

"La verdad es que no sabemos, ni aún por el testimonio auténtico de los sagrados Libros, cuáles eran las fechas ciertas de aquella edad en que se sentía, y demostraba todo, al decir de Bossuet, la nouveaute du monde. (188)

Un dignísimo sucesor en el apostólico episcopado de aquel expositor elocuente de la continua intervención de Dios en los sucesos, acaba de confirmar la certeza de que "los descubrimientos de la arqueología y paleontología caben perfectamente dentro del cuadro y límites de exégesis bíblica, sin contar con que la Escritura Sagrada no contiene una »

data formal respecto a la creación del hombre"(189)
Esta opinión autorizadísima (se trata de la Fr. Ce
ferino González) de todo punto conforme con la del
señor Vilanova, no puede menos de satisfacernos
a los buenos cristianos; pero hay hartos que, no
siéndolo, con esta conclusión quedan muy mal con-
tentos".

En cuanto a las motivaciones de la polémica susci-
tada por el darwinismo y especialmente la demostración
realizada desde el moderantismo, creemos de gran interés
las observaciones de Diego Nuñez. "La teoría darwinista
encerraba, como ya hemos apuntado, motivos más que sufi-
cientes para irritar y exasperar a la mentalidad reli-
giosa tradicional. Marcando un hito importante en la
línea de pensamiento secularizado de la modernidad, el
darwinismo ofrecía una explicación de la vida natural y
humana que chocaba de frente con los esquemas escolásti-
cos y con la interpretación literal de la Biblia, cosas
ambas a las que andaba firmemente aferrada la Iglesia -
española. El tema transformista, por tanto, estaba lla-
mado a alcanzar en nuestro país proporciones ideológico-
políticas considerables. De un lado, porque, como ha se-
ñalado el profesor Aranguren, el catolicismo español era,
ante todo, en cuanto actitud generalidad, un "catolicismo
político".

"Politización que hay que entender, por supuesto,
en un sentido antiliberal y antimoderno. Dicho -
catolicismo político se traducía en la práctica en
una alianza tácita, cuando no explícita (el caso de
los concordatos), entre la Iglesia y la derecha -

tradicional. Se creó así en el país una constante atmósfera de imbricación político-religiosa, a contrapelo del creciente ritmo de secularización de la vida moderna, que imposibilitaba el correcto planteamiento de las cuestiones científicas y bloqueaba el libre desarrollo intelectual con las trabas institucionales de rigor y el continuo gasto de energías invertido en las inevitables polémicas" (190)

En efecto, esta oposición religiosa reaccionaria y teocrática suscitada por los avances científicos, (por la tendencia a situar en el más acá la cosmología y la antropología, contra la posibilidad de una sociedad que funcione sin el más allá, sin una moral cristiana transcendente,) tenía que provocar lógicamente, violentas polémicas. Pero en estas polémicas se manifiestan también ciertas motivaciones discursivas que van a jugar un papel importante en el irracionalismo a que venimos haciendo referencia y del cual forman parte. Estas motivaciones, vienen suscitadas, a su vez, por la negativa a un determinado desarrollo social surgido tras las revoluciones burguesas y el capitalismo industrial, cuyas contradicciones exigen para su comprensión o resolución un esfuerzo intelectual acorde con la naturaleza dialéctica de aquellos. Ahora bien, entre la imposibilidad de la metafísica para acceder a un conocimiento dialéctico, dichas contradicciones se presentan de antemano como insolubles para el entendimiento humano, de ahí que lo único que pueda dar un sentido a su vida, no solo individual, sino social, sea la vivencia religiosa, la creencia en un ser

»

superior que dirige la Historia y sus destinos. Sin embargo, cuanto más se agudizan las contradicciones sociales y más en peligro se ve la concepción religiosa - del mundo, con mayor contundencia se pretenderá negar desde el irracionalismo que sea posible llegar a concebir racionalmente la realidad. Ahora bien, es esta supuesta "imposibilidad de "conocer" la que el pensamiento irracionalista eleva a una categoría "superior" de conocimiento lo cual se traduce, en el campo de la historia y de la historiografía a crear una "nueva ciencia" donde la religión deba defenderse contra los avances del materialismo, del positivismo, del darwinismo y de todos los "ismos" de la ciencia moderna, recurriendo a un método "más moderno", "más filosófico", o, como dirá el propio Cánovas, "otras formas superiores de la historia". Esta nueva ciencia será la Filosofía de la Historia, a cuya conclusión llegará Cánovas en las siguientes palabras de su Discurso:

"No sólo habrá, pues, siempre quien, aparte de interrogar por medio del sentido común, su propia conciencia, o la conciencia individual y general de sus contemporáneos; procure saber también, mediante la historia, el estado de conciencia de sus antepasados, en todos los climas y edades, sino que asimismo ha de haber muchos, anhelosos por juntar el conocimiento del individuo y de la sociedad humana en lo pasado, el de las leyes que rigen a la Humanidad constantemente, haciéndola caminar antes, ahora y después, hacia un fin oculto. De aquí el que poseamos, no tan sólo una historia en general más científica y filosófica que la de los antiguos, sino también una nueva ciencia denominada Filosofía de la Historia. Quizá no deba esta última ser contada entre las hojas del árbol histórico, -

sino entre los de la filosofía, porque lo que suelen realmente hacer los verdaderos historiadores, es dar materia primera en este caso a otra ciencia más alta, con procedimientos aparte, con pretensiones diversas, que usa o tiene la simple historia. Tal es la ciencia que indicó San Agustín, al dirigirse a sí propio esta pregunta profunda: "¿Es posible, exclamaba en su tratado De Civitate Dei, "que aquel Dios uno y omnipotente, creador y autor de todas las almas y los cuerpos todos, que hizo al hombre animal racional, dándole alma y cuerpo juntamente, que no ya sólo al cielo o la tierra, al ángel o al hombre, sino al más pequeño o más vil de los animales, a la pluma del ave, a la florecilla silvestre, a la hoja del árbol, dió proporción entre sus partes, para que gozase de paz o armonía, tan sólo ha dejado fuera de su Providencia los reinos de los hombres, con sus dominaciones y servidumbres?"⁽¹⁹¹⁾ Ya lo veis todos, señores Académicos: sobre la historia común y llana, señalada anteriormente, levántase al oír esta invocación, y a la manera de las montañas sobre los valles, otras formas superiores de historia, desde donde va cada vez distinguiéndose más cantidad de relaciones y mayor número de leyes abstractas en el género humano, hasta tocar en lo más alto con la Filosofía de la historia".

A lo largo del Discurso, lo que subyace en estas descripciones "históricas" de Cánovas, es un intento a veces desesperado, por armonizar los postulados científicos con la religión y metafísica tradicionales. Como dirá Diego Nuñez,

"El hilo conductor sobre el que la apologética española vertebra la relación entre lo científico y lo religioso será la doctrina "concordista". Pero, como ha señalado Rafael Samís en un trabajo sobre el tema, dicha armonía "no proviene del hecho de -

que ciencia moderna y religión tengan diferentes objetos y obedezcan a métodos y hábitos mentales distintos, sino que más bien la ciencia exige lógicamente, en sí misma, las soluciones que sólo la metafísica, primero, y la religión, en última instancia, son capaces de aportar". El riesgo pues, de este planteamiento armonista es evidente: por una parte, se practica una utilización apologetico-religiosa de la ciencia, aún a costa de continuos sobresaltos ante cada nuevo descubrimiento científico; por otra, se acerca excesivamente lo trascendente al nivel de las realidades terrenas, al precio de desnaturalizar su propia esencia. Esto es, al no demarcarse con claridad el terreno específico de cada esfera, se abrían las puertas a una constante mixtificación en detrimento de ambos. La argumentación concordista no sobrepasaba, en definitiva, los límites del viejo esquema teocrático-tomista, con su implícito vasallaje de la razón respecto de la fe."(192)

En relación con todo lo anteriormente expresado, otro aspecto importante que resalta con especial relevancia Cánovas en su Discurso, es la cuestión del fatalismo:

"La gran cuestión que hoy separa a los panteístas o simples materialistas, de un lado, y de otro a los cristianos y deístas, es la del fatalismo: cuestión que no puede ya dejar en olvido nadie que trate de historia. El fatalismo, que en tantos notables obras históricas reina, al presente, sólo puede ser debidamente examinado por la Filosofía de la Historia; y, sin embargo, tan inmediato y peligroso es su influjo, que conviene hacerle lugar hasta en estas someras consideraciones. Vanamente lo buscan algunos en la doctrina de Luis Cabrera y los demás pensadores cristianos; porque, según dijo ya San Agustín, bien puede el Dios del Gólgota prever, y previendo disponer o adoptar designios sobre los hombres, sin privarlos de su libre albedrío:

siendo muy distintas cosas, a no dudarlo, quitar la libertad que saber de antemano el uso que ha de hacer de ella quien la disfrute (193). Algo mejor podría el fatalismo deslizarse en la doctrina de Botero, Herder, Montesquieu, y más modernamente Bucher, según la cual ejerce la Providencia su influjo en las humanas acciones por medio de la naturaleza, esclava siempre de inevitables leyes. Pero, aún prescindiendo de que hay que forzar la doctrina de tales autores para deducir semejante consecuencia, con más claridad cada día nos está la experiencia enseñando que es impotente la naturaleza humana para dominar por sí solo el espíritu".

En primer lugar, para saber qué entiende Cánovas por fatalismo, es necesario, previamente, tener en cuenta su concepción providencialista de la historia, sin olvidar que dicha concepción es mantenida, además, como respuesta ideológica a las nuevas teorías científicas del materialismo, del darwinismo o del positivismo en tanto que suponen un rechazo crítico a la metafísica idealista tradicional y por tanto una apertura hacia nuevos métodos - de conocimiento de la Naturaleza y del proceso histórico general. Como hemos venido señalando, esta respuesta ideológica se va a desarrollar en un clima de polémica, donde la actitud mantenida por los defensores de una concepción teocrática y religiosa del mundo será una actitud defensiva que se traduce, en el ámbito filosófico en la imposibilidad de acceder a las nuevas formas de conocimiento científico.

Ello se debe, fundamentalmente, a que dichas concepciones religiosas y metafísicas no están en condiciones

de crear, como en tiempo de Santo Tomás o de San Agustín, una imagen del universo basada en principios religiosos, que, a su vez, parezca y pretenda abarcar y comprender los principios, los métodos y los resultados de la ciencia y la filosofía.

Por otro lado, estos resultados científicos, al desligar la ciencia de la religión y socavar las teorías providencialistas y teológicas del curso de la Historia, que parecían dotar de sentido al mundo, a la Naturaleza y al hombre, dejan una especie de vacío en aquellos espíritus arraigados en estos principios, cuya pérdida es sentida y vivida como desamparo, como abandono del hombre a las leyes de la Naturaleza que es incapaz de comprender y controlar. Es esta actitud, compleja pero comprensible en sus profundas motivaciones a lo que se refiere el fatalismo de Cánovas. El fenómeno, sin embargo, no es nuevo. A lo largo de la historia, las crisis que el cambio de una formación social por otro lleva consigo, ha sido siempre acompañada de crisis religiosas.

Ahora bien, si esta actitud de desamparo ha podido encontrar a lo largo de la historia diversos testimonios y manifestaciones culturales de gran altura, ya sea en el campo de la filosofía, del arte, o de la literatura -y cuya calidad ha de ser esitmada al margen de su contenido ideológico- en el caso de Cánovas, lo que sin duda se hace más censurable es su propia actitud, no sólo por el bajo nivel teórico de sus planteamientos sino por el burdo dogmatismo de esa "sabia ignorancia" con que Cánovas des-

califica las nuevas teorías científicas y donde se hace más evidente su irracionalismo.

Como hemos venido señalando, una característica fundamental del discurso irracionalista es precisamente hacer de la incapacidad para acceder a un conocimiento racional y científico, una forma superior de conocimiento. Y en efecto, según los planteamientos de Cánovas, el hombre no puede acceder al conocimiento de la historia, o - mejor, a conocer su forma de desarrollo:

"Si la verdad, la belleza, la conciencia del derecho pueden residir íntegros en tal o cual individuo intelectualmente privilegiado, la historia, por el - contrario, no puede realizarse sin el concurso de todos los individuos altos y bajos, presentes y venideros; y el secreto de esta suma inmensa, de esta resultante de tantísimas fuerzas desiguales y heterogéneas, tan solo Dios puede alcanzarlo. Al juzgarlos hay que remontarse al principio superior que - los dirige, el cual para ser justo ha de ser libre, y siéndolo, residir no en cosa, sino en persona, - porque la persona únicamente es capaz de libertad".

Sin embargo, otro aspecto que interesa destacar aquí es por qué Cánovas concede tanta importancia en este Discurso a la cuestión del fatalismo. Si como ya dijo anteriormente, éste "sólo puede ser debidamente examinado por la Filosofía de la Historia", a la cual habría considerado como una "forma superior de conocimiento", lo que a Cánovas le interesa ahora es salir al paso del peli

gro que suponen otras Filosofías de la Historia donde no aparece este "dios personal", puesto que para Cánovas el carácter superior de esta disciplina histórico-filosófica, lo es en tanto en cuanto responda inequívocamente a la idea teocrítica de que es "este Dios" quien dirige el curso de la historia y donde radica su total comprensión. A esto responden las siguientes palabras de su - Discurso:

"Reflejo la de los individuos mortales, de la de un supremo Ser inmortal e infinito, ¿qué obstáculo han de oponer ellos, ejercitándola en su esfera limitada, a que declare este en la historia, como Luis Cabrera decía, su admirable potencia y perpetuo cuidado de las cosas humanas?. Y en tal manera entendido en la historia el principio divino, ¿como no ha de ahuyentar el fatalismo a que inadvertidamente conduce la frase de Herder, de que Dios está en la naturaleza, y al cual, tan sin remedio llega Hegel, sustentando a un tiempo que Dios está en la Historia, y la historia en Dios? Fáltale a este último sistema como a todos los de los panteístas, concertar y explicar la simultánea existencia del principio superior que llaman divino, aunque impersonal, y confundido con el universo, con la de un ser libre y dotado de conciencia propia, como es el hombre".

En cuanto a las consecuencias teóricas y prácticas que se deducen de los planteamientos historiográficos de Cánovas, al pretender actualizar las viejas concepciones de Luis Cabrera, no pueden ser desdeñadas. Porque no se trata de una mera disertación académica, sus implicaciones trascienden el propio contenido del discurso puesto que se trata de actualizar una concepción de la historia

en función de la cual se establece una adecuación entre lo real y "lo metafísico", como un todo único, de forma que el proceso histórico obedezca así a unas leyes divinas que vienen así a legitimar metafísicamente cualquier sistema político, cualquier "orden establecido". En esta perspectiva no le faltaba razón a Ortega y Gasset cuando al hablar de la Restauración canovista decía que se había hecho "del monarquismo un dogma sobrenatural, indiscutible, rígido".

Pero sigamos el razonamiento de Cánovas:

"Mientras que tal relación no se establezca, el fatalismo que es la más común de las enfermedades, así como el mayor de los peligros de la moderna - historia, triunfará donde quiera que a la callada o al descubierto el panteísmo impere. De eso procede que la cuestión más importante ahora, ya no solo de la Filosofía de la Historia, sino de la historia en general, sea la misma que divide en las apuestas corrientes toda la filosofía contemporánea; es a saber: la de la unidad o cualidad de principio y sustancia; la del panteísmo o del deísmo, en suma, entendiéndose como las religiones positivas puede entenderlo este último término.

Del partido que aquí se adopte ha de depender ya eternamente la aspiración moral con que todo libro histórico se escriba."

Ahora bien, como acabamos de señalar, los planteamientos que aquí se manifiestan no pueden reducirse o interpretarse como exponentes de una disertación académica.

Las implicaciones que de ellos se derivan tienen su traducción en la práctica -"depende- como el mismo dice-, del partido que aquí se adopte"- puesto que, como va a plantear Cánovas a continuación, el peligro de las modernas filosofías radica en sustituir "la libre voluntad divina, en la suprema dirección de las voluntades individuales". No es difícil deducir que debajo de estos planteamientos subyace la idea de participación del pueblo, o de los individuos, a través del sufragio, "fruto del individualismo revolucionario", cuyo rechazo aparece aquí presuntamente razonado con argumentos pseudo-filosóficos. Porque, en efecto, no pueden considerarse científicos ni filosóficos los argumentos de Cánovas en este Discurso. Como hace observar Lukács,

"La agudización de una crisis científica, la inexcusable necesidad de optar entre seguir avanzando por el camino dialéctico o emprender la fuga hacia lo irracional, coincide casi siempre -y no de un modo casual, por cierto- con las grandes crisis sociales. Pues si el desarrollo de las ciencias naturales se halla determinado, ante todo, por la producción material, las conclusiones filosóficas que se desprenden de sus nuevos problemas, y de sus nuevas soluciones o intentos de solución dependen en la misma medida de las luchas de clases del período de que se trata. La decisión acerca de si las síntesis filosóficas de las ciencias naturales representan un avance en cuanto al método y a la concepción del mundo o, por el contrario, entorpecen la marcha hacia adelante y marcan un retroceso, o, dicho en otros términos, La posición de partido de la filosofía ante este problema responde -consciente o inconscientemente- de la actitud que sus representantes adopten en los hechos de clases del período en que viven". (194)

Esta observación de Lukács puede ayudar a entender mejor el significado histórico de la actitud de Cánovas cuando aludía a que "del partido que aquí se adopta ha de depender ya eternamente la aspiración moral con que todo libro histórico se escriba".

En cuanto a su falta de rigor y el dogmatismo con que descalifica Cánovas las modernas teorías científicas, queda suficientemente expresado en las palabras que siguen a continuación:

"Y si es claro que todo materialismo' suprime por necesidad, la libertad, y de consuno con ella el ideal, el progreso, la razón, y en resumen, todas las leyes de la vida moral; si es verdad que el materialismo de una parte, y de otra el liberalismo y la civilización moral, son contradictorias; si es a la par cierto que el positivismo moderno no es más que un materialismo inconsecuente y un disfrazado ateísmo; si es indudable, en fin, que esta tesis del ateísmo es tan enemiga de la filosofía como de la historia, y se halla en formal oposición con la ley de continuidad que rige el principio activo de todo organismo, cual ha proclamado el krausismo por medio de una de sus principales doctrinas, no es para mí de menos fácil prueba el que iguales consecuencias produce cualquiera doctrina que, recelando hacer a Dios, como de Renan se ha dicho, alguna cosa, sustituye con solo un principio encarnado en los hechos, sea fuerza, sea idea, la libre voluntad divina, en la suprema dirección de las voluntades individuales que pueblan con mortales certezas el planeta que conocemos y habitamos. Lo que cada día revela o declara la historia, para seguir empleando la frase feliz de Cabrera, no es sino la existencia de un sumo Ser, perpetuamente cuidadoso de las cosas humanas. Ser no identificable con el espíritu ni con la naturaleza, sino en

si real y absoluto (...).
Sólo los sensualistas y materialistas más ciegos
podrán ~~negar~~, que cuando no lo fuese en principio
en sus resultados es esta doctrina, de todas suer
tes, lo única que se halle conforme con el ser del
hombre, con la idea de la Humanidad y con la marcha
general de la historia".

4.2. El Bosquejo Histórico de la Casa de Austria en España (1869)

En el conjunto de las más importantes obras históricas de Cánovas, el Bosquejo Histórico se sitúa a mitad de camino entre la primera de éstas, Historia de la Decadencia (1854) y la más posterior, los Estudios del reinado de Felipe IV (1888). Esta trilogía, objeto de nuestro trabajo, constituye la base fundamental de la obra historiográfica de Cánovas, caracterizada por el estudio de los Austrias españoles, o más concretamente, sobre la historia de España durante los siglos XVI y XVII, investigaciones que han merecido considerar a Cánovas como uno de los historiadores "de la decadencia española".

El Bosquejo Histórico, corresponde, pues, a este segundo período de la historiografía canovista, donde -como ya hemos señalado- la Revolución y los turbulentos años del Sexenio, infringen en la evolución ideológica de su autor una clara inflexión que va a reflejarse en la rectificación de algunos aspectos historiográficos mantenidos en su primera obra y que eran precisamente los que pudieran considerarse como más próximos a los planteamientos historiográficos del liberalismo romántico.

En efecto, como ya dejamos señalado en su momento, la Historia de la Decadencia ofrecía interpretacio-

nes que por su caracter ideológico -sobre todo en lo referente al tema de la Inquisición y sus consecuencias y también de la propia monarquía Austriaca- estarían - en la línea de la historiografía liberal. A ello se - debe la buena acogida que en su momento tuvo esta obra en algunos periódicos liberales, y que más tarde se lo harían recordar a Cánovas a la vista de su posterior - evolución política.

A este respecto, interesa recordar lo que diría Clarín en uno de los capítulos titulado "Cánovas historiad_or" de su ya citado folleto "Cánovas y su tiempo".

"Pues volviendo a Cánovas, es preciso declarar que preside la Academia de la Historia, porque esto es un hecho; pero historiador, lo que se llama historiador, no lo es. ¿Qué historia ha escrito hasta la fecha?. Una, que le han alabado mucho algunos periódicos liberales con el santo fin de echársela en cara, porque en ella ataca, según ellos, lo que hoy venera, y contribuye a desacreditar lo que hoy tiene por santo, por inviolable. Pero de ese trabajo histórico, que es la Historia de la Decadencia, como Cánovas dice, casi, o sin casi, reniega hoy el autor mismo". (195)

Cuando Clarín escribió este folleto aún no había publicado Cánovas sus Estudios sobre el reinado de Felipe IV, que aparecían un año más tarde. Sin embargo al margen de la posible temeridad que pueda haber en este juicio del autor de la Regenta, lo que sí es cierto es que Cánovas se retractaría de aquella primera obra

"de juventud" rectificando no solo algunos aspectos historiográficos, sino la propia interpretación de las causas, orígenes y consecuencias de esa misma decadencia. En este sentido si es acertado lo que dice Clarín a continuación:

"Declara en varios pasajes de sus obras que la tal Historia hoy no la escribiría como la escribió; que no conocía entonces los trabajos - (casi todos de extranjeros, por cierto, por - desgracia), que han permitido juzgar al cabó con relativa claridad y con justicia los complejos negocios de aquellos reinados, que han sido como lugar de cita para los duelos en que las pasiones de los partidos han luchado más encarnizadamente en el terreno de la historia. Se - añaba sí, de no haber seguido ciegamente a los que acogían sin examen, y solo por mala voluntad a los reyes de la casa de Austria, cuentos y su percherías ya tradicionales; pero en suma, estí ma en poco su crítica de aquel tiempo, y la disculpa, no solo por la insuficiencia de los datos, sino por los pocos años de su autor. En efecto, Cánovas era joven cuando escribió esa historia. Pero, así como fuera injusticia tomársela en cuenta para examinar las dotes de historiador que actualmente pueda poseer, sería gracia excesiva el proclamarle émulo de los Prescott y de los - Irving por la historia...que no ha escrito todavía." (196)

Ahora bien, teniendo en cuenta la doble vertiente de Cánovas, como historiador y como político, la citada evolución ideológica tiene, por tanto una especial significación, porque no se trata sólo de una evolución historiográfica en la formación de todo historiador na-

cional, sino que, como hemos venido observado y debido a su propia concepción de la historia como "espejo de príncipes", dicha evolución implica, sobre todo, un - intento de legitimación para llevar a cabo una práctica política determinada. Sobre esta relación, ha observado recientemente un historiador de la Universidad Roosevelt de Chicago:

"La cambiante interpretación histórica de Cánovas representa una evolución política. No descubrió, efectivamente, en los archivos, las responsabilidades del gobierno y de los pueblos o el falso y perjudicial sistema de culpar a los gobernantes por todas las cosas, sino como político, intentando configurar a España como una monarquía constitucional, centralista y conservadora, aprendió de primera mano las limitaciones del poder gubernamental. Lo primero para escribir la Historia es... hacerla o haberla hecho, escribe. La ignorancia histórica, declara, es la mayor enfermedad de que pueden adolecer los políticos. Para Cánovas, historia y política se entrelazan, sus análisis históricos recogen sus experiencias políticas y éstos se alimentan de su comprensión de la historia" (197)

Teniendo en cuenta también la concepción Providencialista de la historia que ostentaba Cánovas, la - valoración que se ha venido haciendo de su labor historiográfica responde al carácter "providencial" que se - ha querido atribuir a su actuación como "político-artífice" de la Restauración. En efecto, si en el prólogo a la Historia de la Decadencia Pérez de Guzmán decía que Cánovas "no fué un historiador perfecto...hasta que se

hizo y fue ese hombre completo de Estado", a ello se debe que el Bosquejo Histórico sea considerado, por es te mismo autor, como una obra de tránsito,

"un resumen de la grandiosa obra general que ya en aquel tiempo Cánovas del Castillo tenía medi tada. Acaso, de haber podido realizar este plau sible pensamiento, todavía habría depurado más algunos puntos, especialmente en el juicio que le merecieron muchos personajes, sobre los que tanto había modificado sus opiniones primeras al escribir la Historia de la Decadencia; más con todo, en el Bosquejo está firmemente esta- blecido el espíritu general de lo que habría de ser su obra fundamental". (198)

Sin embargo, el ideal legitimista que anima a to da la obra histórica de Cánovas, afecta también a sus comentaristas conservadores, quienes consideran tales mo- dificaciones históricas no en función de los plantea-- mientos políticos de Cánovas, sino como meras rectifi- caciones a los errores por el cometidos "siguiendo a otros historiadores", lo cual sirve para exculpar a Cá novas y ensalzar aún más su honesta vocación por la His toria. A este respecto interesa destacar el juicio emi- tido por Cos Gayón en su necrológica sobre Cánovas: "Por lo que a el personalmente interesaba como autor, quiso corregir los errores e inexactitudes que, siguiendo a otros historiadores, había cometido, y al mismo tiempo tuvo empeño en probar que si sus estudios propios le habían puesto en el caso de rectificar hechos y aprecia ciones, fue siempre una misma, aunque algunos supusieran

lo contrario, la constante tendencia de sus juicios sobre las instituciones fundamentales." (199)

En efecto, esta línea de continuidad, de "constante tendencia", cuya significación queda sintetizada en la "inquebrantable fidelidad" de Cánovas a la institución monárquica, es precisamente la que con reiterativa insistencia se ha venido destacando de la personalidad de Cánovas como historiador y como político, y cuya valoración retrospectiva viene así a legitimar no sólo la evolución cambiante de su obra histórica sino la gran operación política de la Restauración.

Sin embargo, aparte de la valoración que las citadas modificaciones merecieron a sus contemporáneos y biógrafos, la versión que tiene mayor interés para nosotros es la que nos ofrece el propio Cánovas. En su Introducción a los Problemas Contemporáneos, hace una "exposición de motivos" que le llevaron a imprimir tales discursos; su carácter circunstancial, al hilo de los acontecimientos políticos, que "han desenvuelto y agitado los animos de España, en un plazo de tiempo - durante el cual me ha tocado en suerte combatir sin tregua, y cuerpo a cuerpo, con el desatentado "revolucionarismo" de las escuelas irreligiosas y demagógicas, sin renegar por eso de ninguna de las conquistas legítimas de la civilización".

A continuación se refiere a la continuidad de su

pensamiento em los siguientes términos:"La verdad es que desde que, en edad bien corta, comencé a dar mis pensamientos a la imprenta, o decirlos en público, hasta este día, ninguna modificación, absolutamente ninguna, he tenido que hacer en mis opiniones religiosas, filosóficas o sociológicas, ni en los fundamentales sobre derecho público⁽²⁰⁰⁾

No podemos prescindir aquí de la opinión de Clarín al referirse concretamente a estas palabras de Cánovas. Su agudo comentario, no exento de esa mordaz ironía que le caracterizaba, viene aquí a "apostillar" la contundencia de las citadas palabras, ridiculizando precisamente el carácter "inamovible" del pensamiento canovista:

"Se alaba al Sr. Cánovas de que él siempre ha pensado lo mismo desde que comenzó a publicar sus ideas en corta edad, sin tener que hacer ninguna modificación, absolutamente ninguna, en sus opiniones religiosas, filosóficas o sociológicas.

Tal creo; Cánovas, a pesar de leer muchas revistas y algunos libros, es hoy el mismo que publicaba, siendo estudiantil autor, la Historia de la Decadencia (no dice la decadencia de qué, por que supone que todos los sabemos y no pensamos en otra cosa). Amigo, esa es la ventaja de pasar la vida en un ripio perpetuo. No dudo que el Sr. Cánovas, pensando siempre lo mismo y no modificando absolutamente en nada sus pensamientos filosóficos y políticos, se habrá ahorrado muchos dolores de cabeza; pero eso lo consigue el que puede, no el que quiere. Los hombres de esta índole nacen, no se hacen. !Lastima grande para el Sr. -

Cánovas que esta su manera de ser, ya que no por la fuerza intelectual y grandeza de espíritu, no se distingue a lo menos por lo rara!. No, no se distingue. Lo general es eso. Ruiz Gómez, Jové y Hevia, Toreno y otros filósofos que no quiero nombrar, son así también, tan inquebrantables, y tan... ¿por qué no decirlo? tan inmuebles como el Sr. Cánovas, que es un fundo filosófico, un pensador de la clase de raíces... quod solo tenetur El Sr. Cánovas acaso no ha pensado bien en lo - corriente que es esa permanencia en materias metafísicas; algo más difícililla suele ser la constancia política. No cambiar de Dios, ni de sistema filosófico y aún sociológico, es fácil para gente como el Sr. Cánovas; lo peliagudo para esta clase de personas consiste en no cambiar de partido. No se puede negar que aun en política Cánovas es consecuente y ortodoxo como el solo, desde que en su partido no manda nadie más que él⁽²⁰¹⁾

Pero volvamos, pues, a las propias fuentes, a los textos mismos de Cánovas. En la ya citada Introducción, insistiendo aún sobre la "inmovilidad" de sus ideas, alu de ahora a sus trabajos anteriores a 1868, de carácter histórico y político. Haciendo referencia a su controvertida Historia de la Decadencia, dice: "De todas suertes, nada es tan fácil de probar, como que al sentido - íntimo y general de nuestra historia en los siglos XVI y XVII, que descubrí y potencié en aquella obra juvenil, es el mismo que le doy todavía, después de treinta años de estudios casi incesantes acerca de los hombres y las cosas de aquellos tiempos". Pasa después a exponer que el motivo que le impulsó a hacer de los estudios de la Casa de Austria en España la mayor ocupación literaria

de su vida posterior "fue en definitiva reivindicar la figura de Felipe II tan maltratada por sus adversarios". Más adelante, y saliendo al paso de lo que habían propagado sus enemigos políticos de que "en aquella obra de los veinte años mostré yo ideas diferentes de las que profeso ahora en política, y hasta poco favorables al principio monárquico: disculpese, pues, que con textos fehacientes, patentice aquí lo contrario".

Pues bien, en la respuesta de Cánovas a tales -acusaciones pueden comprobar, una vez más, las razones ideológicas que subyacen en el pensamiento canovista. Así, haciendo alarde de su fidelidad incuestionable a la tradición y la monarquía española, presenta como prueba fehaciente la crítica liberal adversa a Felipe II como un elemento diferenciador de los que profesan "el espíritu incrédulo y demagógico" frente a los que como el mismo, pretenden juzgarle imparcialmente. He aquí sus palabras:

"¿Cuál es la mejor señal para conocer si un historiador participa poco o mucho del espíritu -incrédulo o demagógico y es poco afecto a la tradición española, que equivale a decir, al catolicismo y a la monarquía?. Nadie habrá que niegue que tal señal sea el odio ciego y brutal a Felipe II, y eso que es verdad hoy todavía, ¿se recuerda bien lo que en 1854 era, antes que nadie, ni extranjero ni español, tomara a empeño el juzgar imparcialmente a aquel monarca? ¿Qué historiador se atrevía a dudar entonces sus supuestos parricidios siquiera? ¿Cuál habría tenido la temeridad de alabarle, comparándole con los modelos más heroicos que la crítica suele ofrecer en

la antigüedad? Pues véase lo que dice un juvenil autor de la Historia de la Decadencia de Felipe II".

Lo que sigue, obviamente, es una cita suya de la obra mencionada que no viene al caso reproducir de nuevo, por haber sido referida anteriormente en este mismo trabajo.

En su empeño por demostrar su continuidad en los principios, Cánovas alude a otro de sus Discursos parlamentarios de 1855, homologándolo con otro más anterior (enero de 1854): "la cuestión a que en ambos casos me refería no es otra que la del origen y fundamento de la soberanía nacional". Sobre este punto ya hicimos referencia y como se recordará, Cánovas aseguraba que el nunca había puesto en duda dicho principio, entendido filosóficamente, es decir, como manifestación del "libre albedrío", el cual se ha venido manifestando siempre, incluso en los momentos más bajos de la nuestra historia: en el reinado de Carlos II. Sin embargo, Cánovas pondrá como ejemplo supremo donde quedaría "manifestada claramente la soberanía nacional", en la guerra de la Independencia, a cuyas conclusiones, sobre el hecho de que "lo mismo da votar que empeñar las armas" ya hicimos nuestro oportuno comentario.

Conviene recordar, sin embargo, que toda esta -- "exposición de motivos" que aparecen en la citada Introducción son otras tantas justificaciones a su actuación política, elevada a una especie de "imperativo categórico"

en función de esa peculiar identificación que hace Cánovas del catolicismo y la monarquía como intereses y "esencias" metafísicamente nacionales.

Creemos, por otro lado, que ya han sido suficientes las ocasiones donde ~~hemos~~ podido comprobar su también inquebrantable rechazo al sufragio universal. Sin embargo, de nuevo aquí no pierde oportunidad para insistir sobre ello, para evitar, quizá posibles malentendidos de democráticos que puedan atribuirle sus adversarios. Así al referirse a las sesiones de las Cortes de 1869, recuerda Cánovas una única rectificación en su trayectoria:

"pero entonces, como ahora, negué yo el libre albedrío nacional, y la voluntad nacional que se pretende ejercitar en votaciones, o asumir en las Asambleas políticas, reconociendo, sí, a las naciones por señoras de sí mismas, mas a ellas íntegras, y en su gran vida histórica, que no a ninguna minoría de habitantes de uno u otro sexo, ni siquiera a ninguna mayoría ebria, pasajeramente seducida, o de cualquier modo extraviada".

Ahora bien, volviendo al tema que ocupa ahora nuestra atención, el Bosquejo Histórico de la Casa de Austria en España, Pérez de Guzmán y Gallo, "Individuo de Número de la Real Academia de la Historia", le dedica un extenso prólogo -al igual que lo hacía en la obra anterior- fechado en Madrid, el 12 de octubre de 1911. La obra, además, va precedida de una emotiva y lapidaria

dedicatoria de un sobrino de Cánovas, a cuya memoria
va dirigida la edición.⁽²⁰²⁾

En cuanto a la gestación de la propia obra resulta curioso constatar el origen y posterior destino de este Bosquejo. La iniciativa partió de dos ilustres publicistas y a la vez jurisconsultos y hombres de administración, los Sres. D. Estanislao Suarez Inclán y - D. Francisco Barca, quienes se propusieron redactar y publicar un Diccionario de Administración y Derecho. A la hora de distribuir los artículos por orden alfabético, le fue encomendado a Cánovas del Castillo la tarea de escribir, en la letra "A" una reseña histórica sobre el reinado de la Casa de Austria en España. Sin embargo, lo más curioso, según hace constar el autor del prólogo, es que este fue el "primero y único tomo que salió a luz. Aquel artículo enciclopédico, escrito, en efecto, por el Sr. Cánovas del Castillo, es el que constituye este Bosquejo del que, con la caja del Diccionario, se imprimieron aparte cien únicos ejemplares, ofrecido al autor por único pago de su trabajo, para que éste pudiera obsequiar con ellos a los amigos y personas estudiosas que quisiese. A tales circunstancias se debe que se haya constituido en libro por todo extremo raro y difícil de obtener".

No es nuestra intención dar demasiada importancia a tales hechos porque tampoco tenemos datos para poder asegurar la posible existencia de otras razones

no confesadas para que el tal Diccionario no pasase de la primera letra y que el citado trabajo fuera precisamente el que llegara a la imprenta en forma de libro del Sr. Cánovas del Castillo. La curiosidad se hace, no obstante, inevitable e incita a sospechar -teniendo en cuenta el talante pretencioso y arrogante de Cánovas- que la citada forma de pago fuese sugerida por el propio Cánovas para dar así mayor relevancia y categoría a un artículo suyo destinado a ser incluido en el anónimo de un oscuro Diccionario. Por otro lado, en cuanto a los datos que aporta F. Almagro, parecen no coincidir con los conocimientos de Pérez de Guzmán, quien, sin duda, debía estar mejor informado por ser amigo personal de Cánovas y compañero "del número" de la Academia de la Historia.

En efecto, Fernández Almagro reconoce al mencionar el Bosquejo Histórico "que había visto la luz primeramente en el Diccionario General de Política y Administración de Don Francisco Barca y don Estanislao Suárez Inclán, obra que no pasó del primer tomo". Posiblemente el autor desconocía que el citado tomo ocupaba íntegramente la letra "A" correspondiente al artículo de Cánovas, puesto que más adelante F. Almagro, al referirse en tono hagiográfico sobre la actividad historiográfica de Cánovas, dice: "Sabemos que la primera obra histórica "formal" de Cánovas, Historia de la Decadencia de España desde Felipe III hasta Carlos II, vió la luz en 1854. Pues bien; catorce años más tarde Cánovas -

enriquece (?) el Diccionario de Administración y Derecho, antes citado, con un artículo que revisa aquel mismo tema y que reimpresso por separado, bajo el título - Bosquejo histórico de la Casa de Austria en España, marca la segunda etapa de un camino que el autor se proponía recorrer con ánimo de superación y espíritu de continuidad, realmente raros en la Minerva española".⁽²⁰³⁾

Sin dejarse llevar por el fervor de F. Almagro hacia su biografiado, es fácil comprobar que Cánovas no enriqueció el tal Diccionario, sino que enriqueció, en todo caso, su propio "curriculum" como historiador y - ello, quizá, mediante una hábil maniobra que sin duda hubiera dado ocasión a nuestro "Clarín" para incluirlo como un dato más en su galería de "gestos" canovistas. De cualquier manera y dejando esta cuestión del "nomnato" Diccionario como una simple anécdota, lo cierto es que el Bosquejo se convirtió en una obra histórica sobre los Austrias españoles y que ha de tenerse en cuenta en el "haber" historiográfico de Cánovas.

En cuanto a las fuentes utilizadas por su autor, es esta una cuestión que merece, por el contrario, un tratamiento menos curioso y más atento. En primer lugar, hemos de recordar el sentimiento nacional y hasta patriótico -acorde, por otro lado, con el espíritu historiográfico del romanticismo- con que Cánovas exponía las motivaciones que le habían impulsado a escribir su primera obra: "hemos procurado beber siempre en fuentes originales y españolas...porque ante todo, hemos querido

hacer un libro español y para España, que era lo que hacía falta".

Pues bien, las fuentes españolas que utiliza Cánovas en el Bosquejo Histórico son las que ya había aportado en el S. XVI el "honrado historiador de Felipe II" Luis Cabrera de Córdoba, del que hará extensas referencias a lo largo de su obra. No obstante, si tenemos en cuenta su Discurso "De la mejor manera de escribir la Historia" y lo que el mismo Cánovas confiesa en la Introducción a los Problemas Contemporáneos, tal referencia al citado historiador era previsible y acaso inevitable. Así, para reivindicar la figura de Felipe II, objeto fundamental de su dedicación al estudio de los Austrias, Cánovas seguirá fielmente la versión de un autor como Luis Cabrera, hombre de confianza del monarca y cuya Historia de Felipe II debía reunir todas las características de una obra "oficial", escrita por un hombre que por su proximidad directa y activa con el poder, reunía también las cualidades que tanto apreciaba Cánovas en un historiador: "haber vivido la historia y haberla hecho".

Por lo que respecta a Luis Cabrera de Córdoba - (Madrid, 1559-1623) hemos de dedicarle alguna atención por nuestra parte, puesto que se trata, como hemos podido comprobar, de un historiador que por sus características tienen un gran ascendente sobre la formación histórica de Cánovas. Sin duda, el autor del Bosquejo como

cería la trayectoria de su biografía política, la cual tiene evidentes coincidencias con la de Cánovas en cuanto a la doble actividad política y su dedicación a la historia.

En efecto, Luis Cabrera de Córdoba entró muy joven al servicio de la administración pública y en 1584 era "escribano de ración " del Duque de Osuna, entonces virrey en Nápoles. Contribuyó a organizar la expedición marítima para defender a los caballeros de Malta contra los piratas turtos y venecianos, intervino en la construcción de algunos de los barcos que después formaron la Armada Invencible y en 1585 pasó a España con objeto de informar al rey de un tumulto ocurrido en Nápoles. - Al regresar a este último país marchó a Flandes acompañado de algunas fuerzas mandadas por el duque de Semina y, enviado a España por Alejandro Farnesio, el rey le ordenó que acompañase al secretario Andrés de Alba para ocuparse en el equipo de 30 navios, quedando después al servicio inmediato de Felipe II, que le empleó en la ordenación de los documentos del Estado y en otros asuntos de importancia. A la muerte del monarca, pasó a ser secretario de la reina y cantinero de la casa real de Castilla.

Escribió también algunas poesías, en las que se nota la influencia de Góngora, pero su obra más importante es la Historia de Felipe II, cuya primera parte se publicó en Madrid en 1619. La segunda no se imprimió en vida de su autor, porque creyendo los diputados de

Aragón que en ella se aludía de manera poco satisfactoria a los sucesos ocurridos en aquel reino en 1591, rogaron al rey que no permitiese su impresión sin antes revisarla, de cuya misión se encargó Bartolomé Leonardo de Argensola, y como Cabrera no quisiera admitir ninguna enmienda, quedó inédita hasta 1876 en que se publicó junto con la primera. Esta obra, si bien escrita en el estilo oscuro y conceptuoso, es notable por la exactitud y abundancia de las noticias que ofrece sobre aquel período, la notoria imparcialidad en juzgar hechos de los que fue testigo y ha valido al autor figurar en el catálogo de autoridades de la lengua. Carvantes le cita en su viaje al Parnarso. Además de la citada obra está también "Historia para entenderla y escribirla" (M. 1611) a la que ya hemos hecho referencia en el Discurso de Godoy Alcántara y "Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España de 1599 a 1619".

Ahora bien, el hecho de que la principal obra de Luis Cabrera, La Historia de Felipe II no se publicara hasta 1876 no deja de ser, desde el punto de vista historiográfico, un dato significativo que ha de ser tenido en cuenta. Aunque la fecha no corresponde a los límites cronológicos del período historiográfico que estamos ahora analizando -el del sexenio revolucionario- la significación a que aludimos se refiere a la coincidencia de su publicación en un periodo, el de la Restauración, donde el Neotomismo, en su lucha contra la "modernidad", necesita recuperar y "poner al día" las doctrinas

nas tradicionales en su esfuerzo por emplazar el tomismo en el núcleo del pensamiento moderno. En este sentido, la obra de Luis Cabrera vendría así a contrarrestar la interpretación crítica que la historiografía liberal venía haciendo sobre el absolutismo y la intolerancia del monarca español. Si a ello añadimos que la imagen creada por la historiografía liberal en torno a la figura de Felipe II era presentada por los supuestos detentadores de la tradición española como encarnación de "el espíritu incrédulo y demagógico", según lo expresado por el propio Cánovas, resulta explicable que la Historia de Felipe II de Luis Cabrera fuese ahora recuperada de su olvido para ser presentada como una obra que por su contenido y tratamiento histórico y por las características políticas e ideológicas de su autor, venía a legitimar no solo esa "nueva manera de escribir la historia" proclamada por Cánovas, sino también y en cierta medida, el propio sistema ideológico de la Restauración, cuyos fundamentos legitimistas encuentran en la obra de Luis Cabrera la "objetividad" de un digno representante de historiador-cronista, cuya historia había de ser necesariamente ~~histórica~~ historiográfica no sólo de la figura y comportamiento del rey, sino también de la propia institución monárquica.

De acuerdo con esta concepción historiográfica y en relación con las fuentes utilizadas por Cánovas, es digno de ser destacado además de su procedencia extranjera, los criterios de selección en función de los

cuales se consideran más "objetivas" para reivindicar la figura de los monarcas austriacos, y más concretamente la de Felipe II. Dichos criterios están basados en que tales referencias historiográficas proceden de altos - funcionarios de la diplomacia, lo cual se corresponde con la concepción canovista de la historia según la cual son estas personalidades las que por su proximidad con el poder y "con los más altos personajes" los que pueden escribir la historia "por que la han hecho".

El autor del Bosquejo -según Pérez de Guzmán-

"Para que este estudio reflejara bien la suma imparcialidad de su apreciación, los primeros elementos de ilustración que investigó fueron los que proporcionaban los escritos de aquellos extranjeros, que, habiendo residido en nuestro país en posiciones cercanas a los más altos personajes, y sido, por lo tanto, testigos de los sucesos y hasta de los pensamientos que los engendraron, dejaron consignadas sus impresiones, no en escritos públicos de que rara vez se salvaban de ejercer su cohecho las pasiones o los intereses egoistas cuando no parciales, sino en informes privados y de tal naturaleza, que llevan el sello de la verdad como sus autores lo sentían, destinados a permanecer siempre en el secreto de los archivos, ninguna previsión podía acompañarles de que alguna vez hubieran de ser objeto del libre análisis de la publicidad. Estos documentos se los facilitó la publicación de los Relaciones de los embajadores vénetos a la Señoría de Venecia, dado a luz cuando aquel poder de todo punto se había extinguido y la corriente impetuosa de las revoluciones modernas enteramente había cambiado el modo político de ser de todas las sociedades antiguas". (204)

A continuación cita el autor algunos de estos em bajadores como Federico Badoero, embajador en 1557, a Pablo y Antonio Tiépolo, sucesivos continuadores de su misión diplomática cerca de Felipe II, a Juan Soranzo y Tomás Contarini, a Segismundo Cavalli y Agustin Nani, entre otros, para afirmar sin el menor sigor histórico y sin poner en cuestión la indudable parcialidad de las citadas fuentes; que "después de la publicación de tantas selectas documentaciones, después de los trabajos de Cánovas en este Bosquejo, y de otros dignos imitadores suyos, ya es lícito defender y presentar a Felipe II como el hombre de mayor probidad y honradez que en su tiempo hubo sobre los tronos de Europa".

El mismo criterio historiográfico en el uso de las fuentes va a ser utilizado por Cánovas a la hora de reivindicar la figura de Felipe IV, "vilipendiado" también en la crítica hostil del liberalismo. Así, al llegar a los problemas nacionales en su reinado en el siglo XVII, -
-continúa Pérez de Guzmán-,

"El autor de este libro tuvo el mismo cuidadoso empeño de asesorarse de los juicios de Pedro - Gritti, Luis Mocénigo, Francisco Corner, Juan y Jerónimo Justiniani, Luis Contarini y Jacobo Qui rino (...) y no solo el Rey sale engrandecido - de ellos por la bondad de sus intentos y por la suma de sus virtudes, hasta ahora olvidados, para hacer resaltar sobre ellas los defectos que tuvie ra y que la novela, ponzaña de la historia, pres tándoles un tinte dramático, tan miserablemente ha exagerado, sino aquel ministro convertido en vilipendio de la tradición, cuando realmente, como

los mismos franceses sus rivales algún tiempo escribieron de don Gaspar de Guzmán, Conde-Duque de Olivares, fue sin duda el mayor hombre político que su siglo tuvo y en la lealtad de su política y carácter muy superior a su mayor émulo y enemigo el Cardenal Richelieu". (205)

En efecto, como comprobaremos más adelante, la figura del Conde-Duque será, sin duda, la que será so-metida a una especie de metamorfosis interpretativa a lo largo de toda la obra canovista sobre los austrias españoles. Tales transformaciones han de ser contempla-das en relación con la propia evolución política de Cá-novas y más concretamente con la concepción del Estado y de la propia monarquía que ambos estadistas compartían. Por otro lado, la identificación de Cánovas con el Con-de-Duque se podrá observar más claramente en la última de sus obras, los Estudios sobre Felipe IV donde su - autor, convertido ya en "ese completo hombre de Estado", ofrece una visión casi panégyrica del Conde-Duque y don-de incluso sus defectos y actitudes no compartidas son excusados y hasta justificados por el propio Cánovas.

Por último, volviendo al tema de las fuentes his-toriográficas utilizadas por Cánovas, "no fueron solos los embajadores vénetos los llamados a juicio por Cáno-vas del Castillo al formar el plan de su Bosquejo histó-rico". De acuerdo con los datos aportados por el citado autor del Prólogo, entre los autores consultados, todos ellos extranjeros, figuran Bengensoth y Hillebraud, res-

pecto al primer Felipe y a Doña Juana de Aragón, su mujer; Amadeo Pichot, Sterling, Robertson, Mignet y Gachard, sobre Carlos V, de los mismos Gachard y Mignet, Teodoro Juste, Guizot, de Croze y Carlos Moüg, sobre Felipe II; de Daru, Gardiner Rawson y Aumale para Felipe IV y finalmente, del Marqués de Villars, de Divenent y de Madame D'Aulnoy, con relación al gobierno tutelar de Doña Mariana de Austria y al reinado de Carlos II.

Continuando las observaciones de Pérez de Guzmán, "no era esto, ciertamente, toda la bibliografía - extranjera sobre asuntos históricos de aquel tiempo en España, de que se podía disponer, ni como materia de - ilustración, ni como materia de controversia; pero, en realidad, los límites del Bosquejo no permitían otra - cosa. Si después de la publicación de los Estudios sobre Felipe IV en 1888, Cánovas del Castillo hubiera podido realizar en toda su plenitud el desarrollo de su Historia fundamental del reinado de la Casa de Austria en España el examen así de los escritores extranjeros, como de los nacionales que desde 1854 había venido trabajando con la fe de los archivos acerca de estudios de nuestra historia, había sido tan vasto como era lícito presumir del catálogo que ya conocemos de su opulenta Biblioteca histórica".

En cuanto a la importancia y valoración del Bosquejo Histórico que Pérez de Guzmán describe, su visión responde a la misma concepción historiográfica de Cánovas, si bien ha de ser destacado el tono panegírico con

que ensalza la significación histórica de la obra: "libro de una importancia y de un interés supremo y cuyo conocimiento, cuya vulgarización y cuyas enseñanzas deberían decretarse en todas las escuelas para que el alma de la juventud en las nuevas generaciones fuese formando esa conciencia nacional ilustrada de que frecuentemente vemos con pena carecer hasta a la mayor parte de los que en las altas jerarquias del Estado políticamente nos dirigen".

Por otro lado, el carácter nacionalista y patriótico que atribuye a este Bosquejo queda traducido en el siguiente juicio que viene a resumir "la esencia" de esta obra histórica en la secular rivalidad entre España y Francia y que a modo de "conspiración" ha sido origen y causa de nuestras vicisitudes y ha venido condicionando toda la historia de España:

"Si en su más íntima esencia se examina bien el Bosquejo histórico de la Casa de Austria, del Sr. Cánovas del Castillo, considéresele o no como el plan y el resumen de la Historia general que proyectaba de esta parte tan interesante de nuestra Historia nacional, la resultante definitiva no puede ser otra que la historia de la rivalidad de Francia contra España, rivalidad que a través de los siglos aparece siempre viva, con unos mismos caracteres así desde el origen de la corona de León y Castilla, como del de la de Aragón, hasta la unión de las dos para constituir la unidad de la monarquía española; rivalidad que encarna todo el campo de nuestra acción política en el mundo durante el periodo de nuestra mayor grandeza que

en el Bosquejo se describe; rivalidad que sigue siempre en función hostil contra España, aun después de haber trocado en nuestro solio la sangre de los Austrias por la de una rama de la familia entonces reinante en Francia; rivalidad que nos agobió del mismo modo cuando la revolución arrojó al filo de la guillotina todo el edificio del pasado, rivalidad que el regimen napoleónico todavía extremó más y más hasta ponernos a punto de extinguirnos; rivalidad que en el Congreso de Viena de 1815 hizo imponer sobre nuestros débiles esfuerzos la misma Restauración, a cuyo triunfo tanto contribuimos; rivalidad que la monarquía de los Orleans hizo pesar sobre nosotros en la cuestión de los matrimonios regios españoles; rivalidad que el segundo imperio después de haber contribuido al éxito de la revolución que destruyó a la reina Doña Isabel II, volvió a hacer onerosa a nuestra soberanía en la cuestión de las candidaturas regias; rivalidad que, en estos mismos momentos, se ha hecho patente por tantos procedimientos obstruccionistas de nuestros derechos y de nuestra acción en Marruecos, en tanto que con su pretendido protectorado sobre el imperio del Mogreb, se propone establecer un verdadero asedio contra la ciudadela de nuestro aminorado poder, teniendo nos por todas nuestras fronteras naturales atropellados y sometidos a la superioridad accidental con que desde 1815, desde el Congreso de Viena, las vengencias de Europa mantienen la ficción política, que es la única base de su decantado poderio." (206)

Ahora bien, la reiterada secuencia con que Pérez de Guzmán presenta la rivalidad franco española, como una constante a lo largo de la historia de España, aparte del dudoso rigor científico de que pueda ser tachado, constituye, sin embargo, un exponente claro de la preocupación existente en el ámbito de la historiografía es-

pañola, no solo por el escaso conocimiento de la propia historia nacional, sino por el hecho de que este mismo desconocimiento había contribuido también a que no se hubiera formado un sentimiento o "conciencia nacional" capaz de identificar a las sucesivas generaciones con su pasado histórico. En este sentido, a la hora de deducir las consecuencias de la "impotencia" con que España se ha encontrado frente a la "superioridad" de Francia, el autor considera que ello se debe a que "en España, cada uno de los casos en que esta rivalidad se ha extremado contra nosotros, siempre nos ha cogido en la misma imprevisión". No obstante, ni la "pretendida superioridad" de Francia, ni la citada "imprevisión" española, a que se refiere Pérez de Guzmán, son atribuidas a fuerzas materiales o de poder militar, sino a la existencia de esa conciencia nacional, que al ser consecuencia del conocimiento de la propia historia, España no poseía y Francia había venido "inculcando" en la educación de sus súbditos:

"La causa de este defecto -dirá el autor- consiste en que mientras en Francia el sentimiento nacional, lo mismo en la masa del pueblo francés que en el alma de los hombres de Estado que dirigen su gobierno, forma el concepto de esta pretendida superioridad, como fruto del conocimiento íntimo de su propia historia, aprendida desde los primeros rudimentos de la educación juvenil e inculcada como el verdadero catecismo de la conciencia y de las virtudes cívicas, sin admitir idea, versión ni conceptos alguno que emana del extranjero; en España el abandono de la historia nacional es tan absoluto, que durante los tres últimos siglos su cultivo enteramente ha estado

entregado a los extraños, de los cuales hemos recibido las malas traducciones con que hasta en las escuelas se enseñan las pocas nociones que en las aulas se suministran, no formándose en su estudio ni la conciencia del pueblo, ni la educación fundamental de los mismos que llevan sobre sí la dirección y el gobierno del Estado".

No es extraño, por tanto, que a la hora de destacar la importancia historiográfica de la obra canovista, se haga especial referencia a su carácter "regeneracionista" y que el propio autor del Prólogo considere que el Bosquejo "debiera preceptuarse en las escuelas como catecismo de la conciencia nacional", o -como dirá también, que este libro "representa una obra grande e inmortal de un gran hombre de Estado y de un gran patriota". (207)

Sin embargo, si el hecho de que una nación llegue a lograr la unidad nacional está estrechamente relacionado con el surgimiento de la sociedad moderna, el problema que aquí se plantea, ligado con el de la unidad nacional, trasciende al momento historiográfico que ahora nos ocupa, puesto que constituye una cuestión que lejos de haber sido definitivamente superada, vuelve de nuevo a plantearse en el ámbito de la historiografía española contemporánea donde las polémicas teorías de - - Américo Castro sobre "el nombre y el quien de los españoles" serían un claro exponente de este conflicto hispánico:

Por otro lado, la importancia de este problema

está presente -como pudimos comprobar ya en su Historia de la Decadencia"- a lo largo de toda la obra canovista, cuya constante preocupación -como hombre político e historiador-, podría explicar el carácter nacional y patriótico con que sus biógrafos y comentaristas han calificado la producción historiográfica de Cánovas del Castillo.

En este sentido, refiriéndonos ya a la propia obra que aquí comentamos, el Bosquejo histórico de la Casa de Austria en España, es necesario resaltar las palabras que a modo de prólogo antepone su autor para dar conocimiento al lector de ciertas premisas históricas que han de tenerse en cuenta al tratar el período histórico objeto de su estudio.

La primera, y sin duda la más controvertida en el ámbito de la historiografía española, es la rotunda convicción de Cánovas al afirmar que "es el advenimiento de la Casa de Austria cuando forma ya España una nación permanente" (...) "Ni antes ni después de aquella época ha sido otra cosa España que un rincón del continente europeo, más o menos unido, mejor o peor gobernado, pero aislado, de todas suertes e incapaz de disputar siquiera el primer lugar de las naciones".

Ahora bien, teniendo en cuenta que una de las características que hemos destacado del Bosquejo es la -rectificación de algunos aspectos historiográficos mantenidos en su primera obra, las citadas afirmaciones de

Cánovas suponen, en efecto, un cambio significativo en cuanto a la interpretación global que sobre este mismo tema concedía el autor en su Historia de la Decadencia.

No se trata, sin embargo, de considerar "falsas" o "verdaderas" tales apreciaciones, sino en todo caso poner de manifiesto la existencia de esta evolución interpretativa, cuyas estimaciones han de ser observadas en función no sólo de haber consultado Cánovas nuevas fuentes bibliográficas e históricas, sino también de - su propia evolución ideológica, lo cual contradice, en buena parte, la negativa de Cánovas a aceptar estas modificaciones en su obra, sobre cuyas críticas ya hicimos referencia anteriormente.

Uno de los datos más significativos de esta evolución interpretativa lo constituye el juicio que mereció a Cánovas la propia dinastía austriaca en España. Frente a la opinión positiva citada recientemente, Cánovas dice en su Historia de la Decadencia:

"Con la España austriaca, pereció la verdadera, la antigua, la grande España de los Reyes Católicos, no quedando más que el odio que a causa de lo pasado nos han profesado hasta ahora unánimemente los extranjeros". Y en otro lugar - afirma también: El Gobierno de Felipe III y de Felipe IV, los horrores de la Regente, la nulidad de Carlos II y la avaricia de su mujer Doña Mariana, habían hecho odioso a todos los españoles el nombre austriaco." (208)

Por otro lado, en el Bosquejo no se observa esta especie de nostalgia por el periodo de los Reyes Católicos como un pasado nacional y definitivamente perdido influencia sin duda del romanticismo histórico- y ni siquiera concede importancia al hecho del Descubrimiento de América ni a las conquistas realizadas por catalanes y aragoneses del período anterior: .."Ya los Reyes Católicos figuraron gloriosamente en el mundo; pero no era su poder el de una nación todavía, sino más bien el de una alianza entre las principales naciones peninsulares; y sus armas no pasaron de los confines de España, la cesta de Africa, los límites meridionales de Italia o las primeras islas exploradas del Nuevo Mundo".

En relación con todo lo anterior, otra de las premisas históricas que el autor del Bosquejo hace constar en estas palabras preliminares, es la siguiente:

"Ha sido por tanto una figura retórica, que conviene dar al olvido, antes de leer estas páginas, lo de llamar desdeñosamente paréntesis de nuestra historia a los reinados de la Casa de Austria. No fue aquel, en verdad, un accidente, sino el - apogeo mismo de nuestra historia. Mas no se piense por lo dicho, tampoco que juzguemos su grandeza pasajera como un bien útil para la nación española. Ni los individuos ni las naciones logran a la larga ventajas, levantándose más que consienten sus condiciones propias. Por eso, al tratar no ha mucho de la superioridad militar de los españoles en aquellos tiempos, hizo el autor de este libro reflexiones que repetiré aquí en los mismos términos, para no ejecutar dos veces inutilmente un trabajo mismo".

Cánovas se refiere aquí a su artículo titulado "Del principio y fin que tuvo la supremacía militar de los españoles en Europa, con algunas particularidades de la batalla de Rocroy, que fué publicado en el primer número de la Revista de España, en 1868. Este mismo trabajo lo incluirá después Cánovas en el tomo II de sus Estudios sobre el reinado de Felipe IV, y cuyas ideas sobre el desacierto de la política imperial y sus consecuencias para España constituyen, una constante a lo largo de sus obras.

Ahora bien, hay que tener en cuenta que la referida advertencia de Cánovas, lejos de ser gratuita venía, por el contrario, a desautorizar toda una tendencia historiográfica que desde las Cortes de Cádiz había sido mantenida por historiadores liberales y progresistas del S. XIX, como Muñoz Torrero, Argüelles, Adolfo de Castro Castelar, etc. quienes al referirse al pasado español no dejarían de ofrecer una imagen funesta de la España Imperial, centrándola, en la mayoría de los casos, las razones de la decadencia, en la influencia nefasta de la Inquisición. Así, por ejemplo, Castelar, hablando del pasado español, se expresaba en los siguientes términos:

"No hay nada más espantoso, más abominable, que aquel gran imperio español que era un sudario que se extendía sobre el planeta. No tenemos - agricultura, porque expulsamos a los moriscos... no tenemos industria, porque arrojamos a los judíos... no tenemos ciencia, somos un miembro -

trofiado de la ciencia moderna... Encendimos las hogueras de la Inquisición, arrojamos a - ellas a nuestros pensadores, los quemamos y después ya no hubo de las ciencias en España más que un montón de cenizas." (209)

No obstante, la idea o el sentimiento de que el pasado histórico de España ha sido un proceso discontínuo, o "a saltos", aflora en la conciencia de la historiografía nacional, como hace señalar A. Castro en su obra La Realidad histórica de España, donde abundan significativos ejemplos. (210)

A continuación, advierte Cánovas sobre la falsa imagen que a lo largo de los siglos han venido creando los extranjeros que visitan España, quienes "han concedido siempre más estima en España a la tierra que al hombre que la puebla, cuando lo contrario es lo justo en nuestro concepto". Después de citar numerosas referencias de viajeros que describen el estado de abandono de los campos en contraste con la variedad de especies forestales que se observaba en otros lugares, Cánovas glorifica a los españoles y en especial a sus soldados, como heroicos sostenedores de la supervivencia de España durante aquellos siglos sobre naciones mucho más ricas y pobladas: "Y lo cierto es, en fin, que únicamente la individual superioridad de los españoles, y en especial de sus soldados, puede explicar hoy el que las pobres y pequeñas naciones, unidas en la Península, predominaron siglo y medio sobre tantas otras más ricas

y pobladas, y más fuertes en todo que ellas. Partiendo de estos hechos es como puede juzgarse con imparcialidad a la casa de Austria en España."

Por último, Cánovas concluye sus palabras, dando a conocer el tratamiento y el enfoque con que va a abordar el presente trabajo que a pesar de su pretendida síntesis -dado el destino que en un principio iba a corresponderle para el ya citado Diccionario- constituye un voluminoso estudio de más de cuatrocientas páginas:

"Cinco, entre todos -dice Cánovas- fueron los reyes austriacos, y de ellos tratará brevemente este libro, aspirando más bien que a presentar un inútil resumen los sucesos militares o políticos, a describir el carácter y calidades de los diversos príncipes; la forma y tendencia del gobierno de cada cual; las principales consecuencias, por último, así internas como externas que su reinado produjeron. Esto parece lo más apropiado al objeto y dimensiones de la presente obra."

En efecto, la labor de síntesis, aunque extensa, es una característica esencial de este Bosquejo sobre el que hay que señalar, además, la incorporación de los reinados de Carlos V y Felipe II, que sólo fueron tratados en su Historia de la Decadencia a modo de - "antecedentes históricos".

En cuanto al diferente tratamiento dado por su autor en cada una de estas obras, puede ya apreciarse

en las recientes advertencias de Cánovas. Se trata, en definitiva, de dotar a su segunda obra de un tratamiento mucho más político y pragmático, alejado, por tanto, de la visión un tanto ideologizada de su primera obra, donde la detallada descripción de los sucesos militares, acompañados de sucesivas derrotas venía así a justificar la mala política de los monarcas austriacos responsables, en definitiva, de la decadencia de España.

Esta visión interpretativa de su "Historia en la Decadencia", que dominaba entre los historiadores del liberalismo romántico de la época, no era ya compartida por Cánovas en 1869, cuya proyección política iba en ascenso y por otro lado, los sucesos del año anterior le llevarían a madurar su gran proyecto político en el que la Monarquía debía ser no solo restaurada como el mejor sistema político para España, sino legitimada e incluso enaltecida también en su larga historia, haciendo ver a los españoles un pasado imperial que tan injustamente había sido mancillado.

En este sentido, y teniendo en cuenta el criterio metodológica que seguimos en este trabajo, el análisis del Bosquejo ha de abordarse haciendo resaltar aquellos aspectos que en relación con su obra anterior son modificados en función de la propia evolución política e ideológica de Cánovas y que inciden, por tanto, en la concepción historiográfica de su obra histórica.

En primer lugar, uno de los temas cuyo tratamiento

venía siendo un "lugar común" en la historiografía liberal de la primera mitad del siglo XIX, es el tema de las Comunidades de Castilla, considerado como un movimiento en defensa de las libertades castellanas tradicionales frente al absolutismo imperial de Carlos V.

Cánovas, en su Historia de la Decadencia, después de referirse a las luchas y enfrentamientos de los nobles durante la regencia de Cisneros, en vísperas de la llegada del primer monarca austriaco, ofrece la siguiente interpretación de aquellos acontecimientos y sus consecuencias:

"La muerte impensada de Felipe dio al fin la victoria al suegro, y algunos nobles de los más soberbios e independientes, de los que sus padres y por sí propios habían hecho temblar al trono en tantas ocasiones, hubieron de emigrar a Flandes, y desde allí asistieron despechados al júbilo de sus contrarios, que como todos los que vencen, no sabían disfrutar la victoria sin abusar de ella. Vino Carlos de Austria a reinar, y aunque los grandes vinieron con él y se agruparon en torno suyo, no lograron reparar sus pérdidas, ni pudieron considerar la vuelta como victoria, porque el poder que nace de la fuerza y de la ocasión sin fundamento racional muy evidente, si una vez se pierde, no se recobra jamás: así ha de decirse que entonces cayó la nobleza castellana. Pero no tardaron en llegar los días de Villalar, y, peleando con todo su poder contra los pueblos, tomó de su afrenta des dichada venganza. En vano el noble Hurtado de Mendoza formuló la unión indispensable de nobles y plebeyos en aquella sentencia enérgica que conservaron sus manuscritos: "El clamor de la injuria

del pueblo despierta e incita a la venganza el animo de los nobles". Ya era tarde, y el poder real, apoyado por los grandes, acabó en Castilla con las franquicias populares, lo mismo que a aquellos los habian humillado antes con el fervor del pueblo (...) Como en Castilla no se pudo llegar a tal concierto, se perdieron las libertades. Mirándose aquí absolutos, puesto que no quedaba más que una vana apariencia de libertad en las Cortes, los monarcas quisieron serlo en todo y en todas partes; pero no supieron llevarlo a cabo. Cayeron los privilegios del reino de Valencia casi al mismo tiempo que los de Castilla, vencidas las facciones y bandas que allí se levantaron con nombre de germanias. Y aunque las de Aragón, mal vistas y amenazadas ya por Isabel la Católica, subsistieron más tiempo, vinieron a morir, en fin, a manos de Felipe II, legítimo sucesor y continuador de la política de aquella Reina, notándose en su perdición las mismas causas que se vieron en Castilla, y, principalmente, el propio desconcierto y decisión que allí hubo entre los grandes y los pueblos." (211)

El tono y el tratamiento a la hora de interpretar los referidos sucesos, difieren ostensiblemente del enfoque con que son observados en el Bosquejo Histórico, cuya proximidad con los planteamientos de la historiografía liberal y el posterior abandono en ésta última, ha sido valorada por algunos de los panegeristas de Cánovas, en los siguientes términos:

"Observamos, pues, que el sentir de Cánovas ya está de regreso y alejado de la posición típica en la escuela liberal española de la primera mitad del siglo XIX, uno de cuyos temas predilectos

es este de las glorias de antiguas instituciones celosamente veneradas como depósito de patrias libertades; en esta posición entran la glorificación de la rebeldía comunera frente a Carlos y el denuesto de éste concebido como extraño y déspota. Es una postura retórica y grandilocuente, vana y tópica, combativa y literaria, cuya rectificación por parte de Cánovas hasta ser, en verdad, abandonada, resulta consoladora." (212)

En efecto, el cambio de interpretación observado en el Bosquejo en relación al tema de las Comunidades se centra, esencialmente, en la actitud que Cánovas manifiesta en favor del poder real y en contra de toda política -ya sea dirigida por los nobles o por el pueblo- que tendiera a debilitar la autoridad del monarca. En este sentido, la figura de Cisneros, por ejemplo, tan cautelosamente tratada en su Historia de la Decadencia, es duramente criticada en el presente estudio, al igual que el mismo pueblo castellano, cuya denominación de "ignorante muchedumbre", implica un cambio semántico -cuyo sentido peyorativo no puede ser soslayado: "Cisneros, por altivez propia de su carácter, propendía a apoyarse en el pueblo contra los grandes, atento solamente a las ambiciones de éstos, y sin medir bien los peligros de dar sobrado poder a la ignorante muchedumbre" (213)

Y más adelante observa también:

"Había a no dudarlo, una grande indisciplina en el espíritu de los españoles de aquel tiempo, y la ambición particular se sobreponía con sobrada frecuencia entre ellos al bien público. Pero -

conviene también recordar que los pueblos de la península, y sobre todo los castellanos, eran de suyo pobres, y aunque el reinado inteligente de los Reyes Católicos produjese una prosperidad relativa, y hubiese decadencia real y grande en los subsiguientes, por el mal Gobierno o las continuas guerras externas, nunca, ni en la mejor época del siglo XVI, dejaron de doler los tributos extraordinariamente". (214)

Sin duda, hemos de considerar, en favor de Cánovas, que su interpretación sobre las Comunidades es mucho más completa y objetiva en el Bosquejo que la que nos ofrecía en su obra anterior, donde había una cierta ingenuidad sobre todo en lo referente a esa "unión indispensable de nobles y plebeyos", cuya idealización venía reflejar su indudable influencia romántica.

Por el contrario, en la visión que nos ofrece en el Bosquejo, están ya consideradas muchas de las causas históricas que la historiografía posterior, enriquecida con nuevas fuentes, ha tenido en cuenta a la hora de tratar el controvertido movimiento revolucionario. Así, el tema de la presión fiscal, acrecentada por Carlos V tras su nombramiento de Emperador, el carácter de "lucha social y política" de las Comunidades, el odio a los flamencos o el "vanguardismo" de las peticiones políticas, sociales y económicas por parte de las ciudades comuneras, son considerados por Cánovas como un conjunto de factores que estarían en el origen de la revolución castellana, advirtiéndose incluso su carácter de "movimiento antiseñorial", lo cual coincide con interpreta--

ciones historiográficas más recientes.(215)

"Por eso los subsidios -dice Cánovas- que al cabo obtuvo Carlos I en las Cortes que convocó en Santiago y terminó en La Coruña, no sin emplear para ello ruegos, amenazas y hasta el soborno de algunos de los procuradores según se sospecha, fueron causa principal del terrible levantamiento llamado de las Comunidades de Castilla, poro después que se hubiese ya iniciado el de las Germanias en Valencia. En una y otra parte, sin embargo, lo que vino a resultar realmente fue una lucha social y política, de largo tiempo antes preparada en la nación, y cuyo estallido coincidió por desgracia con la ausencia de España del joven monarca, con la imposición de nuevos tributos, con la debilidad de la regencia que quedó a cargo del referido cardenal Adriano, y con el odio encendido en el pueblo español contra los ministros flamencos, que servían o acompañaban a la dinastía reinante".

Y más adelante, al referirse a las ciudades, afirma:

"Es también indudable que los concejos y ciudades del reino, en quienes el poder real venia ya de tiempo antes buscando apoyo contra la aristocracia, habían llegado a llenarse de no menos ambición y orgullo, por su parte; pretendiendo no solamente destruir o mermar los derechos señoriales, sino poner límites y dar leyes, al propio tiempo, al poder real (...) Ideas liberales casi no sospechosas hasta allí, cundieron de repente por Castilla, poniendo en grande aprieto la autoridad real. Llegaron a pretender las ciudades -castellanas, en ciertos capítulos, que se excluyera de la sucesión del reino a las mujeres para que no gobernase más en el ningún príncipe nacido en el extranjero (...) Si esto iba contra el - -

poder real, contra los caballeros se pretendía más todavía, era echarlos de sus casas". (216)

Dado pues, el enfoque historiográfico de Cánovas sobre esta primera revolución española de la Edad Moderna, su línea interpretativa le llevaría a "tomar - partido por el Emperador", cuya autoridad, fortalecida tras la derrota de las Comunidades, constituye para Cánovas, un factor de indiscutible prestigio que dotaría a la Monarquía de Carlos V de un carácter providencialista:

"El curso rápido, aunque latente al principio, de las ideas absolutistas en todas las clases de la sociedad española; la derrota y castigo de los populares; la necesidad que vieron los caballeros que tenían del poder real para no ser devorados por sus propios vasallos; el gran prestigio que añadió a su carácter de rey de España el de Emperador de Alemania, a quien muchos, de los nuevos hombres de letras, consideraban heredero entonces de la Autoridad única de los antiguos emperadores de Roma, no podían menos de exaltar el grande espíritu de Carlos V, inspirándole el convencimiento sincero de que, por medio de la Monarquía, estaba destinado providencialmente a dirigir los destinos del género humano". (217)

En este mismo capítulo II del Bosquejo, llevado en su afán por ensalzar la figura de Carlos V y, sobre todo, su acción política, gracias a la cual "la nación entra en el pleno concierto e intervención de Europa", Cánovas se revela contra la idea de considerarle "extranjero" y afirma:

"porque Carlos, aunque no nacido en España, era español ante todo, y la nobleza y los soldados españoles ocuparon siempre el primer lugar de su imperio. La mayor importancia, pues, de este reinado está en los sucesos exteriores y en los intereses generales de la especie humana, que - durante el se controvertieron, hacia los cuales convirtió al fin su atención entera la nación - española." (218)

Todo lo que resta del presente capítulo lo dedica el autor a resaltar las vicisitudes de esta política mundial y a poner de manifiesto que las cuestiones "que más pusieron a prueba a Carlos V y atormetaron más su vida - fueron, a no dudarlo, aquellas en que mediaban ideas o intereses religiosos; las mayores entonces y más influyentes de todas entre los hombres". (219)

En el capítulo tercero, Cánovas nos ofrece un - cuadro, nada triunfalista por cierto, de la situación - social y económica en que quedó la Península al morir - Carlos V, "ni más poblada, ni más pujante que de los Reyes Católicos la hubiese aquel recibido". Sin embargo, conviene tener en cuenta, que este capítulo está concebido casi a modo de introducción o preámbulo al reinado de Felipe II, de ahí que casi en su totalidad, sea una larga cita de la obra de Luis Cabrera, cuyas apreciaciones sobre la realidad económica del país y las costumbres de sus gentes, constituyen, sin duda, un pintoresco mosaico colorista y sorprendente, descrito con la sensibilidad propia de un costumbrista, aunque dando una ima

gen casi bucólica de una sociedad cuyo primitivismo idealizado recuerda a veces las descripciones de los historiadores de Indias. Aunque la cita resulta en exceso - extensa, no renunciamos a reproducir alguno de estos curiosos párrafos:

"Los pueblos -dirá Luis Cabrera- llenos de gente belicosa y armigera, naturalmente robusta, gallarda, no admitían los casamientos antes de la edad de treinta años y más, y las mujeres de veinticinco; ni la sensualidad y derramamiento pedían otra cosa, ajustados entonces a la virtud y razón de los hombres por naturaleza, costumbres y templanza en el beber y comer manjares gruesos, con variedad poca para cebar el apetito; con lo cual eran todos de larga vida; no estando la malicia poderosa, ni usándose delicadeza y regalo, - superfluidad introducida por la comunicación con extranjeros y aromas de las Indias, venciendo a la moderación española, como a los romanos los regalos de la misma Asia. La juventud ocupada respetaba a los ancianos, digno muchos entonces de veneración, y sus advertencias, a las hijas asistían a la continua labor de sus ajuares para su dote, siendo su pureza, clausura y estimación la mayor parte y más esencial, y diez meros el costo de la dote que hoy, en el tanto" (220)

La admiración de Cánovas por el "historiador de Felipe II" no le impide, sin embargo, reconocer la idealización del panorama que Cabrera describe, de ahí que, sin llegar a desautarizarle, haga Cánovas las siguientes puntualizaciones: "Algo puede haber en este cuadro, inspirado por aquel común parecer de que cualquier tiempo pasado fue mejor, consignado en las coplas anteriores de Jorge Manrique; pero el fondo no puede menos de ser -

exacto (...). Había aquí, pues, una nación más bien pobre que rica ciertamente, a pesar de que a eso llamase Cabrera riqueza, y de fuerzas desproporcionadas al papel que representaba en el mundo; pero honrada, varonil, sobria, capaz de mantener como mantuvo por largo tiempo, la vida activa y la lucha desigual en que estaba empeñada" (221)

A continuación Cánovas anticipa uno de los aspectos más siniestros y censurados del reinado de Felipe II; "el de la represión de las ideas y la actividad, cada vez más sistemática a partir de ahora, de la Inquisición". En este aspecto, el autor del Bosquejo, se muestra aquí mucho más "ponderado" en sus apreciaciones que en su obra anterior, haciendo recaer la responsabilidad de tales abusos, no tanto en la persona del monarca, sino en la misma sociedad española y en las circunstancias históricas coétaneas, donde dominaba el espíritu de intolerancia generalizado:

"No falta más, para completar este interesante cuadro de Cabrera, sino señalar ya aquí la luz siniestra, con que comenzaba a alumbrar la nación, y a secar de paso su inteligencia, la sistemática represión de las ideas, en el instante de subir Felipe II al trono (...) No fueron, no, y esto es ya hoy bien sabido, las persecuciones religiosas, hijas del carácter de este o el otro príncipe, sino del sentimiento de la mayoría inmensa de la nación, sin diferencia de clases. La aparición de Felipe II en el poder no fue sino una coincidencia casual con el violento desarrollo en España de aquel espíritu de intolerancia, que llegó a constituir el hecho culminante y decisivo de nuestra historia en los si-

glos posteriores (...) Mas no se quiera, como la pasión de ciertas escuelas da a entender con frecuencia, que el principio de conferir a un hombre solo, con sus consejeros o sin ellos, el derecho de suprimir la libertad individual de los hombres, amoldándolos todos al tipo estrecho de cada reinado o familia soberana, fuese solo peculiar de Felipe II o de España en aquel siglo (...) No existía entonces la idea de la tolerancia civil o religiosa, en ninguna nación, ni entre los fieles, ni entre los infieles; nadie reconocía el derecho al libre examen ni entre los tradicionalistas, ni entre los novadores; pensando igualmente, que era justo frenar a sus contrarios, el célebre inquisidor general de Felipe II, D. Fernando Valdés, y el heresiarca Calvino... La única diferencia, en suma, entre lo de aquí y lo de fuera, consistía en que Felipe II con la Inquisición, y el catolicismo con los Papas, eran más lógicas con los adversarios; por lo cual afirmaron mejor e hicieron durar más cualquier error social político que hubiera en su sistema" (222)

En cuanto a la figura de Felipe II, la política y vicisitudes de su reinado y la situación general de España al finalizar éste, son los principales temas - abordados por Cánovas en los capítulos IV y V del Bosquejo.

Ahora bien, teniendo en cuenta que el motivo que impulsó a Cánovas a hacer de los estudios de la Casa de Austria en España la mayor ocupación literaria de su vida posterior, "fue en definitiva reivindicar la figura de Felipe II tan maltratada por sus adversarios", los juicios del autor a este respecto se corresponden, pues, con esta intención histórica. Sin embargo, de acuerdo

también con las declaraciones de Cánovas manifestadas anteriormente en la Introducción a sus Problemas contemporáneos, la imagen historiográfica de Felipe no supone, en efecto, un cambio interpretativo sustancial al manifestado en su Historia de la Decadencia. En ambas obras, la personalidad y el carácter del monarca son contemplados con meditada ponderación, destacando aquellos rasgos que han sido, por otro lado, ampliamente reconocidos y casi tópicos por parte de los historiadores de todas las épocas.

Debido, pues, a este propósito reivindicativo, la intención de Cánovas en el Bosquejo está orientada a valorar e interpretar la figura y la obra de gobierno de Felipe sin caer en los excesos y deformaciones con que se había venido tratando hasta entonces, considerando, por el contrario, no sólo las circunstancias históricas que pudieron determinar su comportamiento, sino haciéndole aparecer ante la historia como un heredero y fiel continuador de una política ya trazada por su antecesor:

"Pocos hombres han reinado -dirá Cánovas en su Bosquejo- que sean objeto de tan opuestos juicios como Felipe II. Fue él, para unos un perverso, y un santo varón para otros; para estos engrandeció más que nadie a España, para aquellos la amenguó, dando principio a su decadencia; - - quien le juzga, en fin, como un hombre todo extraordinario, quien le rebaja al nivel de los más vulgares tiranos. En ninguna de estas opiniones extremas hay exactitud ni justicia".

Y más adelante, ofrece Cánovas esta semblanza del tan contravertido monarca:

"Era, en sustancia, Felipe II, un monarca moderno por sus hábitos y su talento, como fue su padre un monarca de tiempos todavía heróicos: el último de los príncipes paladines de la Edad Media, así como el primero de los príncipes, que supo ser verdadero hombre de Estado en la moderna Europa. Timido, en el entretanto; desconfiado, irresoluto, seco y poco sensible, sincero y profundamente religioso, poseído, sin duda alguna, de una grande veneración por la memoria y las ideas de su padre, pero más terco que él todavía, Felipe condensa en sí, a las claras, y mejor que nadie representa el sistema social que sostuvo España en el mundo, durante todo el tiempo de la casa de Austria; porque, así como el las huellas de su padre, servilmente siguieron más tarde las suyas propias sus sucesores. Por eso tiene el reinado de Felipe tanta importancia, o más, que el de su gran padre, aun siéndole inferior, y llama tanto a sí la atención, por eso mismo, de los pensadores actuales. No hay que dudarlo: la cuestión entre España y el mundo; la oposición entre el pensamiento político-religioso de la casa de Austria y el proceso inevitable de las ideas humanas, que ultimamente se ha estudiado con tal empeño, las halló ya Felipe II planteadas, cual queda dicho; no fueron no, obra de su propio espíritu. Nada es más injusto, por tanto, que acusar a Felipe II de inventor de una política que halló creada. Ni más ni menos que su padre pudo el también juzgarse destinado por Dios a defender eternamente la verdadera fe, contra turcos y protestantes, sin darles nunca paz o tregua. A imitación asimismo de su padre fue como hizo de la España la corona defensora de la Iglesia. Tanto como su padre pensaba, sinceramente, que su misión de guardar y proteger a la Iglesia, era de origen divino, al modo que la de los Papas;

mirando en estos, más bien que unos superiores temporales, que era lo que ellos pretendían ser, ~~unos~~ aliados espirituales, que no siempre sabían cumplir con su fin sagrado. (223)

En la descripción detallada de los acontecimientos políticos y militares que tuvieron lugar durante la segunda mitad del siglo XVI, puede apreciarse cómo el tratamiento historiográfico de Cánovas responde, fundamentalmente, a las premisas ya señaladas, haciendo resaltar a lo largo de su análisis las circunstancias históricas en que tuvieron lugar dichos acontecimientos, ~~Ante~~ te a los cuales la política de Felipe II se movería -- siempre en función de la responsabilidad histórica y religiosa en el depositada y haciendo prevalecer la -- razón de Estado como criterio esencial y característico de los monarcas de su tiempo.

En este sentido, sólo hubo un momento en su reinado --según Cánovas-- en el que Felipe II abandonaría esta ley fundamental de la política con motivo del trágico enfrentamiento con Antonio Pérez.

"La razón de Estado --dirá Cánovas-- tal como en aquel tiempo se entendía, de cierto le aconsejaba que no ~~diese~~ lugar a la fuga de Pérez, poseedor de los mayores secretos de la monarquía, una vez que con su lealtad no podía ya contar. Felipe II, sin embargo, aunque lleno de rencor contra Pérez, no olvidó, sin duda, mientras le tuvo en Madrid preso, lo mucho que había de personal en la causa; y su natural justificación le movió a dejar a un lado, por entontes, los terribles

consejos de la razón de Estado. Posible es que lamentara más tarde tales escrúpulos al verle - llegar a Calatayud libre y salvo y tomar sagrado en un convento de donde no se le pudo sacar ya - por los agentes reales, sino para entregarle inmediatamente a la corte del Justicia de Aragón, con arreglo al famoso privilegio de manifestación de los aragoneses, y ser conducido a la cárcel foral de Zaragoza". (224)

Cánovas concede indudable importancia a este tema, no sólo por las repercusiones políticas que originó sino también por constituir un aspecto del reinado de Felipe II que junto con el dramático asunto de su hijo Carlos, contribuyó a difundir y engrosar las páginas de la famosa "leyenda negra" de la monarquía española.

Por otro lado, el enfrentamiento con Antonio - Pérez, constituye además un aspecto fundamental en relación a las libertades políticas e institucionales implícitas en la concepción de la monarquía austriaca, cuyas contradicciones representan para Cánovas un tema de constante preocupación. Sin embargo, frente a las acusaciones de absolutismo regio con que se había venido considerando la actuación de Felipe II en las alteraciones de Aragón, Cánovas nos ofrece su versión de tales hechos, poniendo de manifiesto, de acuerdo con los estudios realizados por el marqués de Pidal⁽²²⁵⁾ que tal actuación no fue un acto debido sólo a la voluntad regia, sino contando para ello con la aprobación de las Cortes "legalmente convocadas".

"De lo grande del sentimiento y de lo mucho que llamaron la atención estas alteraciones en todo el reino, dedujose erradamente, y ha sido voz muy general hasta ahora, que Felipe II privó con esta ocasión de todos sus fueros a los aragoneses, la verdad es, que los redujo y modificó bastante según Mignet observa; más no por eso es inexacto lo que el marqués de Pidal escribiera de que "si reforzamos estos fueros, fue por medios y trámites legales en ellos establecidos; es decir, por medio de las Cortes legalmente convocadas; y que después de esta reforma, Aragón quedó con lo esencial de ellos intacto; quedó un reino aparte con su organización diferente de las demás de la monarquía y con sus leyes especiales". Puede en verdad disputarse si era esencial o no bastante de lo reformado; pero en el fondo lo que dice el moderno historiador español es cierto. Ni era propio del espíritu conservador de Felipe II llevar a cabo las obras de demolición de un golpe. Por eso mismo durante su reinado se reunieron con tanta frecuencia las Cortes de Castilla, prefiriendo a prescindir de su concurso, ganar con dádivas y amonestaciones la voluntad de los procuradores, para que se rindiesen a sus deseos, y llevando con mucha paciencia las repulsas que recibía de aquellos cuerpos, impotentes ya, por que les faltaba el apoyo y la confianza de los pueblos; mas no mudos todavía. La verdad era que aquellas Asambleas políticas en ninguno de los reinos de la Península podían influir mucho con las escasas facultades que alcanzaban en los negocios generales del Estado. Lo ordinario era llamarles solo a conocer o negar recursos, cuando el gobierno estaba ya empeñado en las empresas para las cuales se requerían; y lo más que lograban con su oposición, era que se llevase a cabo mal o a deshora. Esto, por lo que toca a sus facultades económicas, que en cuanto a la de pedir reformas en las leyes, como estaban tan dominadas o más que los ministros reales por los errores de la época, pocas veces proponían cosas útiles

y prácticas. Lo único, pues, para que servían las libertades que en aquel reinado quedaban, era para prestar fuerza con su aquiescencia a ciertas leyes graves, para conceder servicios extraordinarios, harlo más copiosos siempre que en Aragón que en Castilla, o para describir y lamentar los males públicos, sobre todo la pobreza y descaecimiento que cada vez más iba sintiéndose en toda España". (226)

En relación con los aspectos aquí señalados y más concretamente el que se refiere al tema de la decadencia que ya se anuncia a finales del reinado de Felipe II, Cánovas nos ofrece en el capítulo siguiente un excelente análisis de la situación general de la sociedad española, haciendo alarde de una capacidad de síntesis, ajustada y completa, cuyo tratamiento y variedad de los temas tratados, ponen de manifiesto sus indudables dotes de historidor. De acuerdo con la concepción metodológica seguida por Cánovas en el Bosquejo, su autor dedica a cada uno de los reinados de los monarcas austriacos, un capítulo fundamentalmente político, donde se describen las vicisitudes internas del reinado, y otro dedicado a presentar el estado general de la sociedad en sus más variados aspectos.

En función, pues, de este esquema, el capítulo que ahora nos ocupa, sin duda uno de los más acertados de la obra, está concebido no sólo a modo de recapitulación del reinado de Felipe II, sino también como introducción al mismo tema de la decadencia, cuya atención y estudio constituye el objetivo fundamental de la obra

canovista. En cuanto al propio planteamiento del capítulo, las palabras de Cánovas expresan por si mismos la ambición de su propósito:

"Que fué, en realidad -tiempo es ya de considerarlo- aquella grandeza pasajera de la casa de Austria y de la España?. Puesto que de aquí en adelante nos toca describir solo su decadencia común, preciso será hacer alto y detenernos más que de ordinario consiente este trabajo. Para darse exacta cuenta del poder de España a fines del siglo XVI, como de cualquiera otra nación antigua o moderna, hay que ver su estado social y su organización gubernativa, la riqueza general, el ejército, la marina, y el espíritu militar de las diversas clases, el orden y situación de la Hacienda pública, de que depende el que las fuerzas de mar o tierra puedan estar debidamente preparadas y asistidas, para imponer o mantener en respeto a los extraños, la inteligencia, el saber, las ideas cardinales, en fin, que inspiran y guían la conducta de la nación de que se trata, sobre todo en la política; porque una nación que no es verdaderamente inteligente, en su conjunto, ni alimenta ideas profundas, no puede mantener su actividad moral ni conservar su poder material por mucho tiempo. De todo esto hemos de tratar ahora, por lo mismo, en pocos párrafos" (227)

Sin duda, la atención y el interés que merecen las observaciones y juicios expresados por Cánovas, harían necesario reproducir en su totalidad este excelente capítulo, tarea a la que hemos de renunciar por ser un texto fácilmente accesible a cualquier lector interesado. No obstante, si tratamos de destacar las dotes de Cánovas como historiador, se hace inevitable la referencia a algunos de los temas aquí tratados, cuyo tra-

tamiento crítico contrasta con el tono apologético a la hora de justificar toda una política basada en la defensa de la fe católica.

En primer lugar, al describir "nuestro estado social", Cánovas aborda el problema en su raíz: el de la propiedad y su reparto, donde no falta la crítica a los estamentos privilegiados, cuyo comportamiento social se hace especialmente censurable, tanto por el excesivo poder territorial de los eclesiásticos, como por la medio cridad y el parasitismo a que habían llegado los "grandes de España".

"No era, en primer lugar, lisonjero nuestro estado social. Los pueblos, en comparación con los de otras parte, vivían, sin duda, pobrisimamente ...la propiedad, hecha tres partes casi iguales, de los que una sola poseían los particulares, otra la nobleza y el clero otra, en los principios del siglo, al decir de Lucio Maríneo Sículo, parecía ya repartida en dos solas porciones: la una de los eclesiásticos, la otra del resto de la nación, por virtud de las donaciones que la piedad de los tiempos cada día más estimulaba. Era, pues, muy rico el clero y exento de contribuir a las cargas públicas por regla general, como no fuese por concesión del Papa, al decir del veneciano Agustín Nani. Daban lugar los privilegios del clero a frecuentes discordias con los ministros reales, sobre todo cuando se trataba de cobrar las pocas rentas eclesiásticas obtenidas. (...) Los grandes de España por su lado, - aunque muy ricos aun en posesiones territoriales, estaban llenos de deudas y no se sabía de alguno que tuviese dinero a mano, por lo cual se halla-

ban de acuerdo con Nani, Sagismundo, Cavalli y otros. Para el segundo de estos diplomáticos eran ya los grandes de España, en 1570, "gente vanísima y de ningún valor, que no tenía, como suele decirse, "voz en el capítulo" o sea, en el gobierno del Estado. Tratábanles peor que el rey todavía el consejo real y los justicias, - dando la razón a los vasallos contra sus señores casi siempre en las diferencias que sobrevenían; recordando frecuentemente sus contrarios al rey, como cuenta Cabrera, para que no les diese paz ni tregua, que ellos habían preso a Juan II depuesto a Enrique IV, combatido a la reina católica" (...) Los más de los señores de aquel tiempo, permanecían, pues, ociosos en sus casas, y lo mismo sus hijos, a no ser aquellos que, o arruinados o perseguidos por la justicia a causa de alguna aventura escandalosa, pasaban a - buscar impunidad o fortuna en los ejércitos de Italia y Flandes. A tal insignificancia estaba ya reducida la antes poderosísima y valerosa nobleza de grandes y titulados, con sus inmediatas ramas, al dejar la vida Felipe II". (228)

Siguiendo su disertación sobre la nobleza, Cárnovas hace referencia también a las distintas instituciones del Estado, cuyos más altos funcionarios, los golillas, procedentes de este mismo estamento nobiliario, confieren, por su influencia en la administración y el gobierno de la monarquía, muchos de los vicios que sufren los citados organismos.

"Llegó al más alto punto, en cambio, por entonces el poder de los togados o golillas, como, por des-pique, llamaban a los hombres de la ley, los señores. No dejó nunca de haber letrados en el mismo Consejo de Estado, principal de la monar-

quia por su autoridad, por presidirlo el rey y por entender en los negocios de paz y guerra y en todas las negociaciones externas; pero cuya influencia no fue nunca en sustancia tan grande como la del real Consejo y Cámara de Castilla, donde sólo entraban ya togados, con su gobernador o presidente, y a cuyo cargo corria el gobierno interior de la mayor parte de España, así como la provisión de innumerables empleos civiles y eclesiásticos. Equivalia el primero al actual Ministerio de Estado; era para Castilla, el segundo, Ministerio de la Gobernación, de Fomento y de Gracia y Justicia; y con esto basta para comprender cuál seria la superioridad de poder el de los togados que lo formaban. Togados compusieron también, desde el principio, el Consejo de Aragón y el de las Indias, el de las Ordenes y gran parte del de la Guerra; sala de togados tuvo el de Hacienda; juristas habia igualmente en el Consejo de Italia en el mismo de la Suprema Inquisición. La organización de estos cuerpos, consultivos y activos a un tiempo, con carácter más bien juridico que político a los cuales estuvo fiada la administración de la monarquia por dos siglos, fué poderosamente iniciada por Carlos V, con la base del Consejo del rey que dejaron los Reyes Católicos y perfeccionado por Felipe II. Lentos, rutinarios y apegados a los textos y prácticas legales, no es esta ocasión de exponer todo el inmenso influjo que tuvieron en la administración y gobierno de España durante la casa de Austria; pero si debemos consignar que a ellos se debieron especialmente la parsimonia, la lentitud, el grande espíritu conservador y tradicionalista que distingue la acción del poder en España, desde el primer tercio del siglo decimosexto hasta los últimos años del siguiente". (229)

En cuanto a la población y la riqueza en los últimos años del reinado de Felipe II, las observaciones de cánovas se anticipan, en muchos de sus aspectos, a los análisis -

históricos realizados con posterioridad, ofreciendo una apretada síntesis donde aparecen las variadas fuentes - por el utilizadas.

Así, respecto a la población, Cánovas menciona la gran obra emprendida en tiempo de Felipe II para llevar a cabo un Censo español, proyecto "que más alta idea de los talentos de moderno político y administrador que poseía". Así mismo, sus estimaciones sobre este tema se apoyan en los datos aportados por los viajeros y diplomáticos venecianos; historiadores extranjeros como Prescott y M. Weiss y de los españoles Capmany y Colmeiro. "Bien puede asegurarse -dice Cánovas- a pesar de los muchos cálculos infundados que en otro tiempo se han hecho, y a los cuales hemos ya puesto algún correctivo, que no pasaba (la población) en tiempo de los Reyes Católicos, de diez millones de almas; los cuales durante el reinado de Felipe II, se disminuyeron bastante todavía, hallándose reducidos en 1599 a poco más de ocho millones".

En cuanto a la industria y al comercio, Cánovas repasa brevemente su evolución y tras destacar que ya en 1594 fué notoria la decadencia general de las ciudades comerciantes e industriales, como Burgos, Valladolid, Toledo, Segovia o Córdoba, y más concretamente Medina del Campo, observa el autor como desde el año 1555,

"empezaron a decaer aquellas ferias famosas y a la par la villa misma; parte por virtud del establecimiento allí de las alcabalas y el abuso que hizo del crédito de sus comerciantes Felipe II; parte porque, con el descubrimiento de las Indias y el aumento de la navegación en nuestros mares, tenían que dejar de ser, por fuerza, ciertos pueblos del interior los principales mercados de la Península", lo que hubo fue -concluye Cánovas- "que el aumento mismo del comercio facilitando la introducción de los géneros extraños y muy superiores ya a los nuestros, impidió la conservación de la escasa industria nacional que existía, y que no pudo competir con la extranjera por muchas y diversas causas que es imposible determinar completamente en este libro. La industria, en suma, de las aventuras en ambos mundos, más brillante de seguro y más a propósito para enriquecer a tal o cual individuo afortunado que las de las manufacturas, llegó a ocupar bien - pronto y por completo la actividad nacional; y esto sólo bastaba, aunque no hubiese habido otras muchas causas eficaces, para que fueran lentamente paralizándose los telares de Toledo o Segovia".(230)

Ahora bien, la amplia visión histórica de Cánovas le lleva a plantear el origen de este progresivo - empobrecimiento económico "producido -dice- por la política ambiciosa de Carlos V y Felipe II". Para abordar el tema, el autor del Bosquejo hace una larga disertación sobre la política fiscal de ambos gobiernos cuyos antecedentes se describen en el estado de la hacienda pública al abdicar el Emperador, de acuerdo con los datos aportados por el historiador Luis Cabrera. (231)

Los errores e insuficiencias de esta política, unido a las graves repercusiones en el ámbito financiero, se dejarían sentir con dramáticas consecuencias en el futuro

económico de la nación, hasta el punto -dirá - que "toda via hoy experimenta dolores España, cuya raiz está en los descubiertos financieros que tuvimos tres siglos ha-
ce".

Sin embargo, la conclusión a que llega Cánovas - después de su análisis, no por ser lógica, deja por - ello de sorprender, puesto que supone, en cierta medida, poner en cuestión todo el fundamento ideológico en que se había apoyado el tan glorificado esplendor de España durante la monarquía austriaca.

"Pero el exceso constante de los gastos sobre los ingresos -dice- nada basta, mientras no se ataja a costa de cualquier sacrificio, por rudo que sea; y el que España necesitaba entonces, no era menos que abandonar su posición en el mun-
do, y la causa religiosa que a tanta costa sus-
tentaba". (232)

Al comenzar el reinado de Felipe III, Cánovas se plantea una clara divisoria en la estructura metodológi-ca del Bosquejo, puesto que se trata de abordar ahora un período de la historia de España al que ya habia de-
dicado su primera obra. En este sentido al tratar aqui de nuevo el tema de la decadencia quince años después, el autor del Bosquejo intentará rectificar algunas de sus concepciones anteriores teniendo en cuenta la mayor perspectiva histórica de su propio trabajo, que va a ser ahora enriquecido con nuevas investigaciones. En efecto,

es ahora cuando Cánovas reconoce los errores cometidos en su obra anterior, pero conviene advertir que tales modificaciones interpretativas no se refieren tanto a los acontecimientos políticos, cuyo tratamiento viene a ser semejante a su obra anterior, sino más bien a la actitud que frente a ellos adoptaran los descendientes de Felipe II. En esta misma línea interpretativa, adquiere especial relevancia la versión de Cánovas con respecto a la figura del Conde Duque de Olivares, personaje sobre el cual va a girar toda la atención de Cánovas en su labor histórica posterior. He aquí sus palabras al comenzar esta segunda parte del Bosquejo:

"No es la primera vez que escribe el autor de este bosquejo acerca de los últimos reinados de la Casa de Austria. Al tocar de nuevo el asunto, quince años después de dada a luz su imperfecta y breve Historia de la decadencia, son no pocos los errores o juicios temerarios que le obligan a deshacer mayores y más detenidas investigaciones; y por más que no deba éste ser un trabajo completo, ni mucho menos, con gusto aprovecha la ocasión que se le presenta de describir con exactitud el carácter y circunstancias de los principales personajes españoles del siglo XVII. Obró el autor de buena fe siempre, siguiendo las versiones más generalmente recibidas; pero no por eso se juzga dispensado de volver hoy por los fueros de la verdad y la justicia. Propónese, en cambio, utilizar en este artículo cuanto convenga de aquella obra, para dar bien a conocer los momentos en cuyo tiempo se realizó nuestra decadencia" (233)

Sobre el reinado de Felipe III, la visión de Cánovas no hace sino poner de manifiesto la mediocridad y

decadencia general del periodo, aspectos que parecen corresponder con las características del débil sucesor de Felipe II, y cuya exagerada religiosidad, más cercana a la beatería y a la superstición, acabaría por dominar durante su reinado.

"De este carácter exclusivamente religioso y con templativo de Felipe III se derivaron dos cosas: la una, que los ministros gobernasen por si solos con el nombre de privados, hasta allí apenas oído, y que nunca pudo representar lo que entonces con monarcas como los anteriores; la otra, que estos tales privados o ministros, para congraciarse mejor con el rey, aparentando el sincero ardor religioso que el tenía, secundaran y hasta exagerasen su deseo en la fundación de conventos y obras piadosas de todas clases, abandonando, por ellas o ellas, los más importantes servicios públicos. Aquel ejemplo del rey y sus ministros, seguido, por imitación, en todas partes, produjo el exceso del estado eclesiástico, que muy luego criticaron justamente el canónigo Navarrete y tantos otros economistas y políticos".(234)

En cuanto a los acontecimientos políticos del reinado, que al decir de Cánovas "no fueron, entre tanto, ni muy numerosos, ni de muy transcendental importancia", hemos de destacar, sin embargo, la expulsión de los moriscos, tema al que el autor del Bosquejo concede gran significación y cuyos juicios son similares a los manifestados en su obra anterior. Frente al pacifismo que caracterizó la política exterior de Felipe III,

"Una sola causa de temor o peligro interior que_ daba en pie -dice- y esa desapareció en 1610, por la expulsión de los moriscos: el mas osado y bár_ baro consejo que hubiese hasta allí oído el mundo, segun dijo Richelieu más tarde (...) No quedaron ellos solos destruidos sino que de nuestra parte fue también grandísimo el daño, según reconocen todos los economistas de la época: arruináronse miserablemente las ricas y populosas costas de Valencia y Granada; olvidóse buena parte de la poca industria que nos quedaba y los moriscos - ejercian; se abaonaron muchos campos, que ellos solos cultivaban bien; centenares de pueblos de- siertos y millares de casas destruidas, dieron larga señal de su partida". (235)

Por último, desde el punto de visto historiográ- fico, en relación a las fuentes utilizadas aqui por Cánovas, ineresa destacar la referencia a los datos apor- tados por Bernave de Vivanco, historiador de Felipe III y de Felipe IV, sobre cuya obra Cánovas publicaría un breve y sugerente artículo en la Revista de España en 1872, titulado, "Un historiador anónimo".

Ahora bien, como hemos venido señalando, y te- niendo en cuenta la especial preferencia que dedica Cá_ novas a los "grandes protagonistas" de la historia, uno de los personajes más estudiados y que más cambios in- terpretativos ofrece a lo largo de su obra histórica - sobre los austrias españoles, es, sin duda, el Conde- Duque de Olivares. Sin embargo, este interés por el va_ lido de Felipe IV, lejos de constituir una singularidad de la obra canovista, forma parte, por el contrario, de una larga tradición historiográfica caracterizada por -

una amplia controversia originada no sólo por la personalidad, ya de por sí contradictoria de Olivares, - sino por el Programa y la actuación política llevado a cabo durante su privanza. Las razones, de esta polémica tienen, pues, una lógica histórica, ya que el "fracaso" de Olivares, al que siguió la más importante y decisiva crisis de la Monarquía española, daría lugar a diversos enfoques interpretativos, donde la figura del Conde-Duque -víctima y verdugo de un gran proyecto reformista- ha sido finalmente esclarecida gracias a las sucesivas investigaciones todavía recientes-.⁽²³⁶⁾

Todo ello ha contribuido a dar una interpretación más objetiva y razonada de su fracaso político, al margen de los "odiamientos" de que ha sido víctima la persona y la obra del más famoso valido de la Historia de España.

Por otro lado, la comparación de Olivares con su homólogo francés, Richelieu, ha sido también una referencia inevitable -(a la que no escaparía la visión de Cánovas)⁽²³⁷⁾ que no siempre ha favorecido la imagen del español. Por el contrario, ha servido para demostrar la superioridad de aquel ratificada además por los éxitos obtenidos en favor de la monarquía francesa, frente a los fracasos políticos del Conde-Duque y el declive de la Monarquía española. Es indudable también que la figura de un

vencido es mucho más objeto de crítica que de comprensión, de ahí que la historiografía liberal, al considerar al Conde-Duque como un "enemigo de las libertades patrias", ofreciera una interpretación sobre la política del valido muy mediatizada por esta misma ideología y no siempre acorde con las circunstancias históricas que contribuyeron a su fracaso. Un ejemplo ilustrativo de esta tendencia podría ser la representada por el historiador Adolfo de Castro, quien dirá en el prefacio de una de sus obras: "Mostrar los estragos que causó a España la privanza del Conde-Duque de Olivares ha sido mi intento al escribir el presente libro"⁽²³⁸⁾ Esta misma línea interpretativa será adoptada por Cánovas en su Historia de la Decadencia, donde su autor expresa en los siguientes términos la valoración que le merecen la personalidad y la obra de gobierno del valido:

✧ "El Conde-Duque D. Gaspar Guzmán, que lo era cínico y absoluto (se refiere a su condición de "privado") y lo que por tantos años, no carecía ciertamente de talento, bien que no fuese tanto como su vanidad; pero no tenía la sagacidad política, la profunda comprensión, y la instrucción y corta experiencia que necesitaba en tan peligrosas circunstancias la monarquía. Fue también más atento al provecho propio y a contentar sus pasiones que al bien del Estado, cosa harto común por desgracia en los ministros y privados, sobre todo en España y en aquellos tiempos". (239)

Y más adelante, Cánovas seguirá en estas palabras su implacable juicio sobre Olivares:

✠ "Así, por todos estos conceptos fue el Conde-Duque de Olivares, el ministro más funesto y de odiosa memoria que haya tenido jamás España, donde tantos se han hecho dignos de censura. Y eso que como hombre, ni por su inteligencia ni por su caracter puede decirse que fuera un hombre vil como - otros no tan funestos como él, lo han sido". (240)

Sin embargo, en cuanto al criterio adoptado en la obra que ahora comentamos, el Bosquejo Histórico, - Cánovas hace ya rectificaciones interpretativas que hacen de este estudio un ensayo más ajustado y reflexivo sobre la figura del Conde-Duque, donde su caracter y - cualidades personales, ampliamente resaltadas en su obra juvenil, dejan paso para un mayor acercamiento y comprensión de su programa político.

Esta evolución interpretativa, que hemos claficado anteriormente como una especie de metamorfosis sobre la personalidad política del valido, encuentra su ver--sión más acabada en los Estudios del reinado de Felipe IV (1888) en cuya obra podrá apreciarse no sólo la evolución del pensamiento historiográfico de Cánovas y su "nuevo modo de escribir la historia" desde la perspectiva política de un "hombre de Estado", sino también la identificación de Cánovas con el propio Conde-Duque y con su - proyecto político.

En este sentido, las rectificaciones interpreta--tivas que aparecen en el Bosquejo, adquieren así una -

mayor significación, puesto que pueden ser consideradas como un precedente de lo que será más tarde su versión más completa y definitiva reflejada en los citados Estudios.

Por otro lado, si las características del Bosquejo otorgan a éste cierto carácter de transición en la evolución historiográfica de Cánovas, ello debe ser analizado teniendo en cuenta también el momento histórico en que su autor aborda de nuevo el estudio de la dinastía austriaca en España, es decir, durante el año de 1868, cuyos decisivos acontecimientos de septiembre sorprenden a Cánovas investigando en el Archivo de Simancas. Pero lo que interesa resaltar aquí, no es solo este dato biográfico, sino toda la experiencia política acumulada por Cánovas desde su participación en la Vicalvarada, su actividad dentro del partido de la Unión Liberal y el posterior fracaso, en 1866 del último gobierno de -- O'Donnell.

Es entonces cuando Cánovas se retira de la política activa, decepcionado por el fracaso de un proyecto político en el que había confiado, e indignado también por los recientes acontecimientos de una revolución que amenazaba con alterar el proceso histórico de España que el había concebido sin rupturas. Con este espíritu, marcado sin duda por el pesimismo y la desilusión, se enfrenta Cánovas con el tema de la decadencia al escribir su Bosquejo. Por ello no puede resultar extraño el cambio de actitud respecto al Conde-Duque, cuyo fracaso político

comprende Cánovas mucho mejor ahora en un intento de - aproximación a su figura y a su obra que acabará siendo una clara identificación en sus Estudios de 1888.

En cuanto a la obra que ahora nos ocupa, un aspecto significativo de este cambio de actitud puede observarse al comprobar cómo el Conde-Duque ha pasado de ser prácticamente culpable de la decadencia, a ser víctima de sus propios errores de gobernante, puesto que la tesis que mantendrá Cánovas hasta el final es el carácter inevitable de la decadencia de España.

Por otro lado, esta nueva imagen del Conde-Duque le ha venido sugerida a Cánovas por las aportaciones recogidas en los despachos recién publicados de los em. bajadores venetos, a cuyos juicios nos remite el autor del Bosquejo.

"Parece que al principio no fuese Olivares simpático, al Príncipe que no supo pasarse luego sin él por tantos años. Verdad es que al decir de Luis Mocé nigo, era muy distinto su proceder del de otros favoritos; veía poco a su señor, le trataba con rigor, en lugar de persuadirlo o rogarle; parecía como si diera órdenes, y aunque le viera ya con opinión formada, mantenía a todo trance la suya propia. (...) De este retrato de Luis Mocé nigo, lleno de verdad sin duda alguna, se trasluce bien lo que era en sustancia quel ministro: hombre de entendimiento no vulgar, lleno de buen deseo, y hasta de noble ambición de servir a su patria; pero falto de aplomo, y la experiencia que solamente el hondo estudio o la larga práctica de los negocios proporcionan; un político -

visionario, en fin, de esos que engendran todos los tiempos, y en todos traen sobre los pueblos, que ciegamente los siguen, confusión y estrago. Lo que Mocénigo dijo, y lo que el autor de este trabajo piensa, lo confirma el embajador Francisco Corner, diciendo, que era el Conde-Duque de - muy capaz entendimiento, que estaba siempre sobre los negocios, alimentando únicamente su alma con las ideas del poder (...). Acusábanle también, y no sin razón, según las noticias todas, de insolentamente altanero en su trato, de hablar de masado y con tal vehemencia, que dejaba descubrir sus intenciones a los enemigos (...) El último embajador veneto que de Guzmán trata, es Luis Contarini, que desde 1638 a 1641 estuvo en España, y esforzando cuanto habian dicho los anteriores le proclama "hombre capaz y astuto, no bastante estimado, muy prudente y perspicaz, desinteresado, asiduo al trabajo dia y noche, religioso, pio, amante de lo justo y de lo honesto; pero colérico, impetuoso, terco, hasta el punto de no querer oír muchas veces a los que mantenían opiniones contrarias". Tal le habia hecho a la larga la práctica del gobierno". (241)

Después de haber considerado las referencias que los embajadores venetos habian aportado sobre el Conde-Duque, el autor del Bosquejo nos ofrece su propia versión con el fin de reivindicar la memoria de un personaje - histórico que por "la excesiva duración de su mando, y a un tiempo mismo así sus buenas y malas cualidades, le enajenaron la voluntad de los más poderosos de sus contemporáneos; y el vulgo, que juzga siempre por el éxito a sus gobernantes, también le aborreció, por que fué - desgraciado, condenando sin defensa su memoria". Pero es hora ya -continúa Cánovas- de que la historia pronuncie

imparcialmente su fallo, no absolviendo ciertamente de sus notorias y graves faltas al desdichado ministro, sino reduciéndolos a su justo valor".

Con estos planteamientos, Cánovas, a modo de juez imparcial que somete a juicio la actuación del Conde-Duque, nos ofrece un veredicto que hemos de considerar acertado y justo, teniendo en cuenta la coiridencia que sobre esta figura histórica han compartido después los más diversos historiadores que han tratado las responsabilidades del valido en la crisis de nuestro siglo XVII.

Sin embargo, lo que interesa resaltar aquí es, sobre todo, la diferente apreciación de Cánovas dentro de su propia obra historiográfica. Así, el veredicto de culpable otorgado al Conde-Duque en su primera obra, es corregido aquí después de un tratamiento mucho más indulgente por parte de Cánovas. He aquí su juicio sobre el Conde-Duque en esta su segunda comparecencia ante el Bosquejo:

"El más inteligente, el más trabajador, el más honrado, el de más buera fe de todos aquellos ambiciosos inexpertos, ~~que~~ D. Gaspar de Guzman, sin duda alguna; pero no era posible que tal cual era, dejase de imprimir una errada dirección a la política, y cuando la quiso acaso cambiar, no era ya tiempo. (...) Olivares con su constante atención a los negocios, con su actividad quizá excesiva, con su inteligencia evidentemente superior, dio cierta unidad de nuevo a la acción del

poder, que acaso le permitió resistir a la contraria fortuna por algún tiempo. Pero la lucha principal había de ser con Francia, que contaba ya a la sazón con veinte millones unidos de almas, cuando la de España, que algún tanto creció, no obstante, en este reinado, con la poca paz que hubo, no debía de pasar de ocho apenas. Por otra parte, los Estados de fuera de la Península, aunque ricos y poderosos en sí, nos obligaban a diseminar nuestras ya escasas fuerzas; los fueros de las provincias vascongadas, de Navarra y de Aragón, echaban todo el peso de los tributos y de la guerra sobre la Corona de Castilla; y ninguna de estas dificultades las había creado Olivares. Tampoco estableció el Santo Oficio, y con él la superstición y la ruina pronta de todo saber útil en España, ni ocasionó la desaparición de las industrias, y de las célebres ferias nacionales, del todo ya realizada en tiempo de Felipe III, ni dió rienda suelta a la amortización y a las fundaciones monásticas, que tanta parte tuvieron en el empobrecimiento material de España, ni expulsó judíos o moriscos, ni siquiera estimuló las persecuciones religiosas contra judíos o hereéticos, ni dió por sí solo lugar al descontento de la Corona de Aragón que venía desde Felipe II, ni fué quien dejó a Portugal tan suelto del resto de la monarquía, y tan poco afectó a su unión con los demás reinos, nunca de buena voluntad aceptada. En lo que pecó principalmente fue en no estudiar bastante a fondo aquellos males que, no porque no los hubiese originado él, existían menos, y en querer remediarlo y salvarlo todo a un tiempo. Pero mantener más en pie aquel deformé coloso de la monarquía española era imposible de todas suertes, como desde el principio de esta obra dejamos ya indicado; y dado que no era verosímil que rindiera España, sin combate, la cerviz al destino, quizá fue Olivares, por su propio amor a lo imposible, el hombre propio de las circunstancias". (242)

Ahora bien, si tenemos en cuenta que uno de los principios básicos que configuran la filosofía política de Cánovas es la integridad de España, los acontecimientos que tendría lugar el año crucial de 1640, adquieren una especial preocupación no solo por la importancia objetiva que suponía la quiebra de la monarquía austriaca, sino también por las responsabilidades políticas que el Conde-Duque había contraído al asumir un ambicioso programa de reformas cuyo fracaso vendría a corroborar el carácter "inevitable" de la decadencia de España que Cánovas había historiado en sus estudios sobre los Austrias.

Por todo ello, el reinado de Felipe IV adquiere en la visión historiográfica de Cánovas la categoría de tiempo culminante en el que todas las contradicciones del sistema pactista austriaco, basado en el difícil equilibrio de un pluralismo político e institucional pondría en evidencia la debilidad interna de la monarquía española.

Se trata, por tanto, de un aspecto clave en la amplia visión de Cánovas sobre el tema de la decadencia, puesto que la unidad de la Monarquía era esencial no solo para el ejercicio del poder, sino para algo mucho más importante y trascendental: la formación de una "conciencia nacional" capaz de identificar en sus objetivos las realizaciones políticas de una monarquía moderna, cuyo ejemplo venía siendo para Cánovas el mode-

lo francés. En este sentido, la evolución historiográfica de la obra de Cánovas se observará también en su propia interpretación de la decadencia que, como ya hemos señalado anteriormente, está relacionada con su propia evolución política e ideológica.

* Así, en su obra juvenil, influenciada por el liberalismo romántico, los planteamientos políticos dejan paso a una interpretación moralista de la decadencia de España, cuyos pueblos sufren las consecuencias de los vicios y la ineptitud generalizada de sus gobernantes. Pero en el Bosquejo, esta visión será mucho más matizada y personal como resultado no solo de la utilización de nuevas fuentes y documentos, sino también de la mayor experiencia política de Cánovas, que ve ya en el Conde-Duque virtudes y méritos políticos no observados en su obra anterior, pero que aún no reúne las cualidades de un hombre de Estado. Finalmente, en sus Estudios de 1888, Cánovas, que había ya detentado poderes semejantes a los de Olivares, reconocerá el acierto de la política del Conde-Duque y al observar la decadencia de España en relación a la de otros países -especialmente la Alemania Bismarck- acabará finalmente culpando a los pueblos de España de su decadencia, amenazada ahora por la "invasión bárbara del proletariado ignorante".

Volviendo a los acontecimientos de 1640, Cánovas reproduce con fidelidad y acierto las vicisitudes y consecuencias de aquellos trágicos sucesos que llevaron a

la independencia definitiva de Portugal, aspecto sobre el que volverá a insistir con mayor detenimiento en su obra posterior y cuyas apróceciaciones ya está en el Bosquejo ampliamente precisadas.

Después de referirse a los sucesos del Corpus - de 1640 en Barcelona, hace Cánovas el siguiente análisis:

"Tomó parte muy principal en esta revolución todo el alto y bajo clero de Cataluña, considerándola como nacional, por lo ~~mal~~ borradas que se hallaban las antiguas diferencias de Estado a Estado en la Península. Y aunque al principio proclamasen los sublevados que no iban contra la corona de España, tan pronto como supieron que se formaba ejército para sujetarlos, se echaron en brazos de Richelieu y de la Francia, que de muy buen grado les dieron todo género de auxilios. Entretanto el ejército, difficilísimamente reunido, al mando del marqués de los Vélez, fue derrotado por los barceloneses al intentar apoderarse de la montaña de Montjuich, para dominar la ciudad. Pero cuando aconteció tal desastre, no era ya sólo Cataluña entera quien ayudaba a nuestros enemigos, sino todo Portugal también; porque el 1º de Diciembre de 1640 se alzó Lisboa, aclamando por rey al duque Juan de Braganza, nieto de la infanta Catalina, que tan tibiamente disputó la sucesión a Felipe II; siendo aquel desde luego reconocido como tal por todas las clases, y con más entusiasmo por el clero mismo y las ordenes religiosas. (...) Mas la verdad era, según ya se ha dicho, que Portugal no llegó a estar nunca de buena voluntad unida a España, y que Felipe II y Felipe III, no habían hecho nada para apagar la antipatia de aquellos naturales contra los castellanos, cosa difícil de cualquier modo, ni para quitarles los medios de rebelarse en la primera ocasión que se les viniera

a las manos. ¿Qué especie de tiranos eran aquellos monarcas españoles que dejaban residir tranquilamente a los duques de Braganza en Portugal, aun después de sospechar que conspiraban?. Con la parsimonia del gobierno de aquella época, con su respeto generalmente nimio en la práctica de los fueros y leyes especiales de cada provincia, con la falta de tropas permanentes que las guarnecieran y lo reciente de los lazos que juntaban unas a otras, no era posible conservar la unidad de la nación, ni siquiera mantener el orden público, donde el clero se divorciaba de la corona, como en Cataluña y Portugal, en que hasta los jesuitas e inquisidores se declararon contra España. Empeñado en una lucha suprema que debía fijar, por siglos la posición de España en el mundo, y sintiendo ya su verdadero peso, después de haberla aceptado tan gustosamente, natural era que Olivares pidiese tributos y hombres a la nación entera, no contentándose con que diese solamente unos y otros. Castilla, por ser injusto y por no ser bastante. Pero la desgracia era que España no era una, sino uno el soberano; que había monarquía común, no patria común, y que ni los catalanes y portugueses primero, ni los napolitanos o sicilianos después, miraban como suyos propios los intereses o las necesidades, la gloria o el infortunio de la Corona. Unicamente los castellanos, a decir verdad, se sentían siempre identificados con la suerte de nuestros ejércitos o de nuestras escuadras y con los aciertos o errores de nuestra diplomacia. En toda Europa representaba el rey aún la patria; pero, en realidad, había también ya patria común en algunas partes, principalmente en Francia, que era nuestra enemiga. Por atender demasiado a la unidad religiosa y a la unidad del poder, desantedió bastante Felipe II otra unidad más permanente, la territorial, la de la nación, que, cuando llega a establecerse bien, es la única perpetua. Desde Felipe II, el único gobernante español capaz de comprender aquel grande interés político fué Olivares; pero ninguno se halló en circunstancias menos oportunas para realizarlo" (243)

En cuanto al reinado de Carlos II, Cánovas dedica un extenso capítulo a los acontecimientos que tuvieron lugar durante la difícil regencia de doña Mariana de Austria, no sin antes hacer una reflexión sobre las características y los peligros que rodeaban a estos sistemas de gobierno en la época de las monarquías absolutas:

"Las regencias -dice- en todos tiempos agitadas y peligrosas, lo eran más ciertamente en las monarquías absolutas del siglo XVII, faltos de toda institución nacional en que apoyarse, que pueden serlo ahora, en cualquier nación regularmente constituida. Añádase a esto que el poder personal y absoluto exige para ejercerse con éxito condiciones de juicio, experiencia y carácter, que es muy difícil que reúna en sí una mujer, y fácilmente se comprenderá lo mucho que le faltó a doña Mariana de Austria para darle a España el gobierno que necesitaba". (244)

Para Cánovas, sin embargo, la ineptitud para asumir las tareas de gobierno no se ciñe solo a las propias limitaciones de la reina o a las dificultades del sistema de regencia; la ineptitud abarca asimismo a los protagonistas principales de aquel período y por eso, dirá también:

"Puesto que fue personal el origen de las cuestiones que acabaron de engendrar consecuencias tales, tiene que fijarse en las personas la historia, preguntando: ¿cuál era el verdadero carácter de doña Mariana? ¿cuál el del Padre Nithard?

¿cual el de Valenzuela? ¿cual el del segundo - Don Juan de Austria? Responder sucesivamente a esto, es explicar la minoridad de Carlos II, con mucha más exactitud que pueden hacerlo lo sucesos, que presentaremos a la par en resumen" (245)

En efecto, Cánovas nos pinta con fidelidad y acierto un cuadro histórico dominado por las pasiones e intrigas cortesanas de unos personajes que parecen actuar en el escenario de una "opera bufa" y donde no faltan ejemplos grotescos como este, referido a Valenzuela:

"El 6 de Noviembre de 1675 cumplió Carlos ~~II~~ catorce años, y con aquella fecha misma escribió la reina a los ministros, que diesen ya todos los decretos a nombre del rey, que entraba en posesión del reino, según el testamento de su padre. Púsosele también poco antes casa aparte. Pues en Noviembre del año siguiente, fue cuando Valenzuela se hospedó ya en palacio, y en las mismas habitaciones de los infantes, haciendo allí alarde del título de primer ministro, recibiendo en la cama visitas de embajadores, llamando a los grandes señores que componían la Junta de Gobierno a deliberar en su cuarto. De una carta original de aquel tiempo, que a la vista tenemos (246) resulta que el rey mismo bajó al aposento que había de ocupar Valenzuela, para ver si estaba bien preparado, lo mismo que la reina, la cual, hallándolo desabrigado, mandó que ardiese allí constantemente una chimenea (247). En la concesión de la grandeza de España tuvo también mucha parte cuando menos el rey, como aparece de otra carta original, que forma colección con la anterior, en que se cuenta que, cazando aquel cierto día con el almirante de Castilla y el marqués de Villasierra, D. Fernando de Valenzuela, erró el tiro

a un ciervo y acertó a dárselo al marqués en un muslo. Por indemnizarle de la herida involuntaria y poco grave que le hizo el joven rey, se le dio luego al punto la dignidad de grande de España, conforme la citada ~~carta~~ dice, y confirma un memorial (248) que dirigió más tarde Valenzuela al rey, de la que posee copia el autor de este trabajo"... (249)

Cánovas se refiere también, a la profunda rivalidad de D. Juan de Austria y el padre Nithard, cuya caída vendría provocada por aquel al protagonizar, en 1669 "el primer pronunciamiento militar de España". El calificativo de Cánovas al caracterizar de pronunciamiento la llegada de d. Juan a Torrejón de Ardoz -quizá influenciado por los acontecimientos vividos en 1868- ha prosperado, por su acierto, en la historiografía más contemporánea, siendo utilizado. También por uno de los historiadores hispanistas más especializados en la historia de la España Imperial (250)

Pero dejando aparte la detallada referencia de los acontecimientos, cuya transcripción se haría muy extensa y reiterativa; lo que más interesa destacar es el análisis y la valoración global que Cánovas nos ofrece como historiador de un período, a cuyo conocimiento había dedicado la casi totalidad de su obra historiográfica.

En este sentido, hemos de destacar, en primer lugar, la valoración de Cánovas sobre el citado periodo,

donde puede apreciarse ya otra de las características de su pensamiento político: la prudencia en los asuntos internacionales, en función de las posibilidades que limitaban el poder de la propia monarquía. Cánovas se pronuncia aquí por la necesidad de una revolución que revitalizase el decaído poder de los austrias, pero reconoce la imposibilidad de que esta pudieran llevarla a cabo los monarcas de la misma casa reinante.

"Se necesitaba -dice- "fundir la campana rota de esta monarquía, para que volviese en nueva fundación a cobrar su antiguo sonido", según decía un papel anónimo de la época; o en otros términos, lo que hacía falta era una verdadera revolución, que arrancase de raíz ciertos males, lo cual no estaba ya al alcance de la casa de Austria. - Cuando menos era indispensable lo que hubo al fin; una gran mutilación territorial y un cambio de dinastía, que nos convirtiese en Estado penisular y marítimo, de Estado continental que éramos, sacándonos del palenque de las luchas europeas y trayéndonos grandes períodos de reposo de una parte, y de otra ideas nuevas que animasen la ya yerta monarquía de Felipe II" (251)

Más adelante, pasado el período de regencia durante la minoridad de Carlos II, Cánovas aborda el reinado del último monarca austriaco, al que trata con la indulgencia y piedad que le inspira su débil personalidad enfermiza, cuya miseria física parecía reflejar la miseria moral de una sociedad sumida en la anarquía, la superstición y el fanatismo. Si la desmembración total de la monarquía durante los veintiun años que gobernó

Carlos II, no se llegó a producir, tres cosas, dirá Cánovas, lo impidieron:

"Una, el nativo valor de los pueblos marítimos y fronterizos, armando de su cuenta corsarios los primeros, y deteniendo los segundos la marcha al interior de los ejércitos franceses, con el sistema de guerrillas ya adoptado por los - terribles miqueletes o revolucionarios catalanes, poseídos de aborrecimiento a sus vecinos, después de los sucesos pasados; otra, el grande interés que tenían Inglaterra y Holanda, con ella unida por aquel tiempo, y más que nadie el imperio, en que no cayesen todas nuestras plazas y territorios de Flandes bajo el dominio francés; la tercera, en fin, el proyecto a la larga concebido por Luis XIV, nuestro mayor enemigo, de recoger de una vez todos los Estados españoles para su dinastía". (252)

Por otro lado, en cuanto al poder mismo de la monarquía, la decadencia se hacia aún más evidente al comparar el estado de postración a que habia llegado en esta época, con el prestigio alcanzado durante los reyes católicos y los primeros austrias:

"Aquellos reinados, sin embargo, fueron desatando los lazos del respeto tradicional, y limando sor-damente los resortes del poder, de tal manera, que, durante la minoridad de Carlos II, estuvo España entregada a una anarquía oligarquica, en la cual todos, menos el pueblo, tan profundamente disciplinado por el Santo Oficio, tomaron activa parte. Después, en el gobierno de Carlos II, se hizo total la anarquía, porque a las continuas disputas del poder, nunca en miserias igualadas por nin

gún sistema parlamentario; a la intervención de todo género de influencias ilegales en el mando, principiando por la de los gobiernos extranjeros y más émulos de España; al rumor, en fin, de las innobles pasiones políticas desencadenadas en la corte, se juntó ya también alguna vez el rugido temeroso o la furia suelta de las tempestades populares". (253)

Ahora bien, si en este párrafo la participación del pueblo queda excluída de la "anarquía oligárquica" y cuando adquiere protagonismo es a través de "la furia suelta de las tempestades populares", más adelante, al concluir sus reflexiones sobre la Casa de Austria, Cánovas no solo hace responsable a este mismo pueblo, sino que llegará a afirmar que el poder mismo estuvo en manos del pueblo español a través del militarismo de Don Juan de Austria:

"Atada la corona al lecho del dolor de Carlos II, entregada la Inquisición a la emulación de las otras jurisdicciones, y desprestigiada por los ineptos jefes que los favoritos o primeros ministros la daban, cual Rocaberti u otros, no habiendo arraigado el militarismo aquí todavía, aunque de él hiciera ya un buen ensayo D. Juan de Austria, ¿en manos de quien estuvo el poder durante este reinado sino del pueblo español?. (254)

Como se podrá comprobar, el cambio de actitud es apreciable con respecto a su primera Historia de la Decadencia. Incluso su valoración sobre la dinastía austriaca, tan denostada y hostil a los intereses de España en aquella obra de juventud, es ahora legitimada

por Cánovas, puesto que con todos sus errores y trágicas vicisitudes, representa inevitablemente la "España genuina". En este sentido, lo que trata Cánovas de exponer en el Bosquejo, frente a la tradición historiográfica - del liberalismo, es la continuidad política de la dinastía austriaca con la España de los Reyes Católicos, sin que haya, por tanto, ninguna razón histórica para considerar "exogena" la política de la Casa de Austria en nuestra historia:

"Todo induce a creer -dice Cánovas- que la Casa de Austria no sacó de su cauce la actividad nacional, sino que la dejó seguir o la impelió sólo rápidamente, por el que los mismos Reyes Católicos dejaron abierto. ¿Por qué pretender hacer exótica la política de la Casa de Austria en nuestra Historia? ¿Fue diversa ella, en suma, de la que creó la Inquisición, expulsó a los judíos, conquistó Orán, fue a buscar a los turcos a las islas de Grecia y conquistó y guardó a Nápoles? No: aquella España de la Casa de Austria, mejor o peor, de cualquier modo que quiera hoy juzgárela, era, a no dudarlo, la antigua España, la genuina, la que engendró en esta tierra la Edad Media, madre común de las naciones modernas. No ha encubierto el autor de este larguísimo trabajo ninguna de sus faltas maliciosamente, pero ¡calumniarla! ¡oscurecerla!, jamás. Y ya que se trata de la verdad justo es saberla o reconocerla por entero. Malos reyes fueron los últimos de la dinastía austriaca; pero por ventura, ¿era mejor que ella la nación que gobernaban?. Todas las clases sociales intervinieron más o menos en los casos públicos durante este gran período que hemos descrito y todas cometieron parecidas faltas." (255)

Siguiendo en esta misma línea interpretativa, - que resume, por otro lado, el pensamiento canovista en cuanto a su concepción jerárquica del poder, el autor denuncia a continuación los vicios y faltas de los distintos estamentos sociales y hace la siguiente descripción del estado llano, cuyo tratamiento queda ya muy lejos del que le daría en su obra primera, poniendo de manifiesto otro de los principios característicos de la filosofía política de Cánovas: su profunda desconfianza en el pueblo como sujeto activo de la historia.

..."Fue el estado llano indisciplinado con el Cardenal Cisneros, que lo protegía, y con el joven Carlos V, que aún no osaba tiranizarlo de veras; exagerado y temerario en sus pretensiones contra la corona y la nobleza, al comenzar las Comunidades; necio y turbulento al organizar su poder y preparar la lucha que el mismo provocaba; cobarde al sostenerla en las almenas o en los campos; humilde en la adversidad, cuanto soberbio en su pasajera fortuna. Y todas tres clases, nobleza, clero, estado llano, rivalizaron luego en fanatismo religioso, todas en protección a los conventos y en entusiasmo por los autos de fé; todas, al fin, en vicios privados, y en hipocresía pública; hasta en la pereza puede decirse, con alguna exactitud, que rivalizaron" (256).

Finalmente, Cánovas, termina su Bosquejo haciendo una llamada de atención sobre la utilidad de la historia, no solo para los reyes, "como Bossuet pensaba", sino para los pueblos, concluyendo, al fin, con una frase lapidaria que revela la esencia conservadora del pensamiento canovista:

La historia debe ser util ya, no solamente para los reyes, como Bossuet pensaba, sino tanto o más para los pueblos; y la de la casa de Austria para todos guarda amarguisimas lecciones... No nos cansemos de repetirlo: Dios da a cada nación a la larga lo que merece en el mundo" (257).

5. EL PERIODO HISTORIOGRAFICO DE LA RESTAURACION

5.1. Los orígenes ideológicos de la Teoría Cano
vista.

Si el estudio de nuestro siglo XIX ha sido objeto de investigación científica en fechas relativamente recientes, no es menos cierto que el Sexenio y la Restauración han sido dos períodos-clave que al estar relacionados con el problema de nuestra controvertida "revolución burguesa", la crítica histórica ha dedicado una atención preferente.

Sin embargo, hemos de señalar también que la mayoría de los estudios sobre la Restauración, han sido abordados bien desde una optica política, de lucha de partidos, o de sociología electoral, o bien, desde una perspectiva jurídica, analizando la naturaleza del sistema emanado de la Constitución de 1876, sin olvidar el fenómeno del caciquismo como elemento estructural que resta legitimidad jurídica a las bases mismas del sistema.

Por nuestra parte, lo que intentamos en el presente trabajo es contemplar la restauración desde el punto de vista ideológico, en la medida que su implantación supone también una respuesta ideológica (y práctica) para rectificar el proceso histórico de transformación social iniciado con la gloriosa.

Desde esta perspectiva, el sistema de la Restau-

ración hemos de considerarlo como el resultado final de un largo proceso cuyos orígenes se remontan no ya a los conflictivos años del sexenio anterior, sino a "otro - sexenio" mucho más alejado en el tiempo y ya mencionado en este trabajo: el que discurre entre los años de 1848 y 1854. Ciertamente no existió en este último período el grado de conflictividad y de cambios políticos que se darían en el Sexenio que siguió a la revolución del 68, pero son, curiosamente, los periodos políticos significativos, cuya abortada consecución pondría de manifiesto el tímido y contradictorio proceso de la revolución burguesa en España, y más concretamente, la implantación de un régimen liberal estable. En este sentido, institucional, una de las interpretaciones más aceptadas por parte de la historiografía actual es que "la Restauración fue tanto una reacción contra el Estado Liberal burgués, como un intento de hacerlo al fin viable, tras la sinuosa experiencia histórica que arranca de 1812".(258)

Por otro lado, ambos periodos, que tienen un claro y determinante protagonismo del Ejército, serán -- "clausurados" mediante un pronunciamiento militar, a -- partir del cual se intenta un proyecto de "conciliación" política, de contenido reformista, que asegura la defensa incuestionable de la Monarquía legítima, con la exclusión del poder de los partidos políticos que son considerados, desde ese centro, como los más extremos e irreconciliables.

Desde esta perspectiva histórica, el primer --

proyecto de conciliación, protagonizado y dirigido por la Unión Liberal, será intentado durante los años que transcurren entre los dos movimientos revolucionarios que sirven de flanco a este período: el de 1854 y 1868. Su fracaso pondría en evidencia no sólo la debilidad del citado proyecto, sino la crisis de disolución de los partidos dinásticos que lo habían impulsado, hecho que constituye uno de los aspectos dominantes en la vida política española durante estos años del reinado de Isabel II.

En cuanto al siguiente proyecto de conciliación, la Restauración de 1874 -que en palabras ya citadas de Fontana, "fue el segundo acto de la pseudorrevolución de 1868", estaría por tanto, estrechamente relacionado con el anterior, no solo por su intencionalidad política, sino también respecto a las fuerzas políticas que lo alientan, algunos de cuyos principales protagonistas habían participado ya en la Vicalvarada o procedían en su mayoría de la Unión Liberal.

Al comparar ambos proyectos políticos, pero evitando la falsa apreciación del mecanismo reflejo, no podemos evitar la referencia a Marx cuando el rebatir en su Diocisclo Brumario de Luis Bonaparte la idea de Hegel de que "los grandes hechos y personajes de la historia universal se producen, como si dijéramos dos veces". "Pero se olvidó de agregar -dice Marx- una vez como tragedia y otra vez como farsa". (259)

Esta observación puede ser tomada en cuenta al -

comprobar el proyecto Canovista, en el que la Restauración si de algo ha podido ser más caracterizado por la crítica histórica ha sido precisamente por la farsa que su sistema político representaba. Porque, en efecto, si el primer proyecto de O'Donnell podía tener un sentido de consiliación para consolidar el sistema liberal, la "tragedia" de su fracaso pondría de manifiesto la imposibilidad de seguir manteniendo una institución monárquica que para la mayoría de los españoles se había convertido en uno de los principales "obstáculos tradicionales". La Unión liberal fue un partido, que "más escéptico aún, si cabe, que el moderantismo, y ayuno de toda doctrina, no consiguió, con su alianza del ala izquierda de aquel y el ala derecha del progresismo, más que prolongar durante algunos años la situación de inestable equilibrio del trono de Isabel II".⁽²⁶⁰⁾ Pues bien, frente a ello, el famoso "realismo" de Cánovas consistió en intentar de nuevo la experiencia fallida y, aprovechando los esparcidos restos de los partidos isabelinos⁽²⁶¹⁾ -restos de un deplorable naufragio político-, construir con ellos el principal motor de la locomotora canovista: al movimiento alfonsino, concebido y orientado precisamente para hacer "necesaria" la "salida" de la Restauración.

Ahora bien, si desde el punto de vista de "la política", la Restauración ha venido siendo interpretada como la "síntesis alfonsina" ante la crisis de los partidos dinásticos (M. Espadas) o también, "entre la te-

sis del orden conservador y la antítesis de la Revolución"⁽²⁶²⁾ (J.C. Comellas) desde una perspectiva ideológica, que es lo que aquí nos interesa resaltar, la Restauración se nos manifiesta como el resultado final del proceso de rearme ideológico del moderantismo tradicional, cuyos orígenes se remontan al año 1848. Fue entonces cuando se produjo una clara inflexión en el supuesto "liberalismo" romántico de Cánovas, cuya dirección idealógica le iría aproximando hacia posiciones cada vez más conservadoras y reaccionarias. Las circunstancias históricas en que se produciría esta involución han de buscarse en los acontecimientos que tienen lugar en Europa con la gran oleada revolucionaria del 48, cuyas repercusiones alcanzan también a la España de Narvaez y que, a pesar de ser ahora reprimidas sin dilación, volverán a manifestarse de nuevo en las jornadas revolucionarias de 1854.

Ahora bien, la actitud de Cánovas frente a esta "irrupción de las masas" en el proceso histórico, estará ligada al grupo de los "prutitanos", verdaderos iniciadores del citado rearme ideológico y que a partir de 1848 han advertido con todo su dramatismo de clase, la transcendencia y el peligro que tales alteraciones, de inequívoco signo revolucionario, podían suponer para el futuro. Las manifestaciones más elocuentes de esta reacción ideológica serán, sin duda, los cursos impartidos en el Ateneo durante estos años, a través de cuyas disertaciones alcanzarán gran relevancia las figuras señeras de N. Pastor Díaz y J. Francisco Pacheco. Deposi

tarios de una gran formación jurídica, ambos ejercen - una gran influencia doctrinal en el grupo "puritano" - formado principalmente por hombres del Derecho, y ambos también alentaron el espíritu de la Unión Liberal. En cuanto a la política práctica, Pacheco será el jefe indiscutible de los "puritanos" -de ahí el calificativo de "pontífice" con que solían mencionarle- cuya admiración por parte de Cánovas fue siempre mantenida a lo largo de su vida. En uno de sus discursos en el Ateneo -en 1884- Cánovas habla sobre "Sus cualidades de jurisconsulto, muy superiores a las de erudito y filósofo", en estos elogios y grandilocuentes términos: "Todo cuanto pensaba era oído con un respeto que, no obstante su respectivo mérito, se solía negar a las ideas de Donoso y Galiano. No pienso que sacerdote alguno, junto al ara de un templo helénico o latino, fuese más creído que - Pacheco en su cátedra". (263)

En efecto, la autoridad y la influencia que ejercía Pacheco entre los "puritanos" se dejaría sentir especialmente en la formación del pensamiento canovista hasta el punto de poder considerar a Cánovas como el - más legítimo continuador, y sobre todo, "realizador" - del proyecto político que los puritanos no pudieron conseguir. Esta línea de continuidad ideológica que comienza con este grupo de "disidentes" del partido moderado, continua con la Unión liberal y triunfa al fin con la Restauración, constituye, pues, un dato fundamental que ha de ser tenido en cuenta a la hora de rastrear los -

orígenes ideológicos del sistema canovista. No se trata, por nuestra parte, de establecer falsas o forzadas - - "continuidades", sino que esta misma apreciación ya fue advertida por Díez del Corral, cuya obra se sitúa en la historiografía conservadora contemporánea, tan adepta a considerar elogiosamente la figura y la Restauración de Cánovas. "Si Pacheco -dice- no fue capaz de ejercer efectiva dirección en los acontecimientos políticos, - acertó, desde una posición social sobresaliente, a marcar rumbos generales y a fomentar una atmósfera de comprensión nacional. Esta línea media que se esforzó por mantener con el grupo puritano, se ayudará después con la de la Unión Liberal, a cuyo orto contribuyó no poco el mayor jurisconsulto del siglo, que tendrá su mejor realizador en Cánovas."⁽²⁶⁴⁾

Ahora bien, si entre los movimientos revolucionarios de 1854 y 1868 asistimos a la crisis de disolución de los partidos dinásticos, no es menos cierto que durante estos mismos años tiene lugar también, en correspondencia ideológica con dicha crisis, el proceso de desintegración del moderantismo, al hacerse inviable el - proyecto político conciliador que estos propugnaban. Los antecedentes de este proceso, cuyo punto de inflexión hemos situado en 1848, tienen lugar en unas condiciones históricas, especialmente dramáticas, que hacen necesario establecer una "armonía" en una sociedad dividida por una permanente guerra civil, entre progresistas y conservadores. En estos antecedentes no podemos olvidar

la figura de Jaime Balmes (1810-1848), uno de los representantes más lúcidos e independientes del catolicismo español, que ocupa un lugar destacado en esta línea de conciliación política, que continuaria después Pacheco. La política de este último, antes de su escisión al frente de los "puritanos" pretendía el mantenimiento de una conducta política de convivencia que se consideraba instaurada por la Constitución de 1837, admitida por moderados y progresistas, y se estimaba amenazada por la nueva reforma constitucional.

El contrapunto a esta línea de conciliación, vendrá dada por la toma del poder de Narvaez en 1844, quien para salvar la Constitución moderada de 1845 no vacilará en amordazar la prensa, emplear espías y agentes provocadores y a legislar y señalar impuestos por decreto. El mismo Pastor Díaz se opuso a las continuas persecuciones a la prensa de Narvaez sobre la base de que en política la prensa había sido una fuerza conservadora (Cf. El Heraldó, 14 de noviembre de 1844). Pero las ideas de Narvaez sobre la prensa eran de una brutal simpleza: "No es suficiente confiscar los periódicos; para acabar con los malos periódicos habría que matar a todos los periodistas"⁽²⁶⁵⁾ No es extraño, pues, que la crudeza y rotundidad con que imponía Narvaez su concepto de orden, horrorizara no solo a los civiles, sino a sus mismos rivales dentro del generalato. El general Manuel Concha -según nos refiere R. Carr- miembro de un poderoso clan militar moderado, le dijo al embajador inglés Bulwer:

"Gobernar con un ejército es bastante bueno, pero ser gobernado por un ejército es cosa intolerable".^(266)

No obstante, después de una eventual destitución de Narvaez por la Reina, los moderados "puritanos" acceden al poder en 1846 (Isturiz) pero la vuelta del General al año siguiente y tras un lamentable periodo de barajarse gobiernos, se precipita la división de este sector para formar un tercer partido, cuyo proyecto había ido ganando terreno como consecuencia del "exclusivismo" de los moderados. La base del nuevo conservadurismo debía ser la reconciliación de moderados razonables y progresistas cautos, en una nueva versión de aquel proyecto por "restaurar la armonía de la familia liberal", que bajo diversas formas y exigencias, había sido el caballo de batalla de la política española desde 1833.

Ahora bien, la fragilidad de esta voluntad política que consistía en el difícil intento de armonizar intereses contrarios, sufrirá su primer gran desconcierto al producirse los acontecimientos revolucionarios de 1848 que inducen a Narvaez a adjudicarse abiertamente poderes dictatoriales y cuya justificación teórica va a encontrar ahora su legitimación en el extremismo teológico de Donoso Cortes, muchos de cuyos planteamientos será ahora compartido por este moderantismo "renovador".

En este sentido hemos de resaltar, una vez más, que las reacciones ideológicas no vienen dadas solo por

el proceso intelectual interno de la razón, sino que están en relación dialectica con el entorno social en que se producen y, por tanto, vienen impuestos desde fuera, desde el enemigo social y de clase que en esas circunstancias concretas se manifiesta y amenaza. Para comprender esta dialectica resulta revelador comprobar los razonamientos del propio Donoso en su famoso discurso de 1849 sobre la Dictadura, cuya tesis fundamental es que ante la Revolución del Socialismo que es en si "satánica" no son ya suficientes los medios ordinarios, sino que es necesario recurrir a los extraordinarios:

"Cuando la legalidad basta para salvar a la sociedad, la legalidad; cuando no basta, la dictadura". Porque en realidad, de lo que se trata en definitiva es, según el, de "escoger entre la Dictadura que viene de abajo y la Dictadura que viene de arriba", entre "la dictadura del puñal y la dictadura del sable". (267)

Ahora bien, considerando las circunstancias históricas del momento, es evidente que las temidas y "satánicas" fuerzas de la revolución eran todavía muy débiles y que, por tanto, la amenaza más seria no procedía de la izquierda, sino de la extrema derecha carlista. En efecto, para los carlistas, mucho más partidarios de la "dictadura del sable y la sotana", no pareciendo suficiente la dictadura de Narvaez, aún se atreverán a imponer un Ministerio absolutista, sirviéndose del rey consorte, Francisco de Asís, y de la camarilla clerical que rodeaba a la reina, a cuyo frente figuran su propio

confesor, el padre Fulgencio y Sor Patrocinio, la famosa monja de la llagas.

Sin embargo, para el moderantismo, tanto tradicional como "renovador" el carlismo sólo representaba un peligro para la estabilidad política, un obstáculo que hacia que "no se cerrara nunca el periodo constituyente" como manifestó disgustado Pastos Diaz. Pero para el tradicionalismo ultramontano carlista y su clericalismo radical, servía de ideología común a los moderados, puesto que ambos compartían la idea de Donoso de que "la Revolución ha destruido el orden social creado por la Iglesia", de ahí que las doctrinas legitimistas de De Maistre y de Bonald, con toda su carga nostálgica del orden medieval, no solo las hiciera suyas el carlismo, sino también el moderantismo católico tradicional, "neocatolicos" y "neotomistas", en los momentos en que el peligro de una revolución social se hiciera más amenazante. Para ellos, la verdadera amenaza social, venia representada por los acontecimientos revolucionarios del 48, donde se anuncian ya las teorías democráticas de la soberanía nacional, que constituye la piedra de toque fundamental en la teoría política de los moderados, puesto que, según dirá Pacheco en sus lecciones sobre el socialismo en el Ateneo de Madrid en 1848, la democracia condena inexorablemente el comunismo. (268)

Como se recordará, estas mismas ideas fueron compartidas por Cánovas, según hemos comprobado en este trabajo, y sobre todo serán más abierta e inequívocamente

expresadas en su ya referido discurso sobre la Internacional, donde se revela una vez más, no solo el condicionamiento social de la teoría, sino los intereses y el contenido de clase que subyacen en toda manifestación ideológica.

Por otro lado, y a medida que transcurrieran los años, la "via media" moderada se iba haciendo cada vez más difícil, en medio del descontento creciente de progresistas y demócratas, cuyo partido fue creado en 1849, a raíz de los citados acontecimientos.⁽²⁶⁹⁾

Así, tras el fracaso de la Unión Liberal, la situación en vísperas de la revolución del 68 se haría especialmente dramática, situación que ya había sido percibida por Pastor Díaz quien en 1856 ya admitió, como criterio orientador de su política, "el hecho incontrovertible de que en España, sobre los intereses tradicionales, sobre los principios fundamentales en que se sostenía "ha pasado la reja de la revolución". Más ese buen propósito de "armonizar" y de realizar política contrarrevolucionaria "se ha malogrado" e incluso ha llegado a un empeoramiento de la situación, al darse en ella dos nuevos hechos: "la actitud amenazadora del partido progresista" y el rápido crecimiento, propagación y organización del partido demócrata".⁽²⁷⁰⁾

Ahora bien, en la base de este proceso de desintegración del moderantismo -y de los partidos dinásticos

que se suceden en el poder hasta el derrocamiento del -
régimen de Isabel II- lo que en realidad subyace es
un claro temor a la revolución y a la participación del
pueblo, cuya incapacidad de superación implica la - -
ambigüedad ideológica de sus planteamientos políticos
que en el caso concreto del moderantismo revela su ine-
vitable dependencia y oscilación entre una posición -
"armonizadora" que evite realizar "una política contrarre-
volucionaria"-, o cuando esta sea inviable, el recurso
a las medidas de fuerza, a la dictadura, que en tal
caso se justifica ya sea en nombre de la "legitimidad di-
nástica", de la "constitución interna" o en "defensa de
la sociedad",⁽²⁷¹⁾ con lo cual se pone de manifiesto la de-
pendencia doctrinal del moderantismo "renovador" respec-
to a las teorías extremistas de Donoso, a las que forzo-
samente habrán de recurrir cuando su concepto de orden
social se viera más amenazado.

Por otro lado, y desde el punto de vista de una
nueva y auténtica convivencia política de los españoles,
era necesario acceder a uno de los principios básicos
de toda sociedad civil: la soberanía nacional, cuyo sen-
tido democrático nunca sería aceptado por los partidos
dinásticos y moderados y en concreto por Cánovas. A ello
habría que añadir también su incapacidad para advertir
no solo la creciente concienciación de clase de las -
masas que tímidamente aún irrumpieron en los aconteci-
mientos del 48, sino la reacción generalizada y no me-
nos dramática contra los excesos del centralismo, cuya

oposición iba a adoptar sus formas más extremas en el federalismo cantonal.

Todos estos problemas, que estaban planteados desde hacia tiempo, fueron abordados con mayor perspectiva política por el partido demócrata, que se convertirá en la nueva fuerza política capaz de aglutinar un amplio frente de oposición para derrocar la monarquía de Isabel II.

Por último, hemos de mencionar, dentro del ámbito de las ideas y de los nuevos planteamientos políticos, la creciente influencia del krausismo que aparecerá como "otro proyecto armonizador" alternativo al de los moderados, a cuyas rivalidades y enfrentamientos ideológicos durante los años del sexenio ya hemos aludido anteriormente.

5.2. Los "Intereses Restauradores" y el Ascenso
al Poder de D. Antonio Cánovas del Castillo

Una de las hipótesis que hemos intentado desarrollar a lo largo de este trabajo ha sido poner de manifiesto no tanto las circunstancias históricas que harían "necesaria" la Restauración, sino más bien el contenido ideológico de una determinada historiografía empeñada en presentar como inevitable dicha "necesidad" razonada en función de una supuesta "continuidad histórica". En este sentido, al abordar ahora el citado periodo histórico, nuestro objetivo ha de centrarse en desvelar no sólo el significado ideológico de esta "continuidad" sino los intereses concretos que subyacen a toda una operación de gran alcance histórico cuyo éxito viene así a legitimar el sistema político "restaurado" en 1875.

Por otro lado, el régimen canovista constituye un período decisivo no solo por lo que significa de rectificación histórica con respecto al proceso iniciado en 1868, sino también -como ha señalado recientemente M. Cuadrado- para comprender "los orígenes del autocratismo en la sociedad española contemporánea". En este sentido, la herencia historiográfica de la Restauración, donde ha sido dominante el pensamiento integrista y conservador, ha soslayado este aspecto fundamental, desviando sus análisis "críticos" de la institución monárquica a un periodo histórico concreto, el reinado de Fernando VII, donde dicha institución aparecía más funestamente representada. Esta visión historiográfica, cuya - -

"objetividad" viene ya intencionadamente planteada, ha sido denunciada por el citado autor en los siguientes términos:

"Reivindicando una de las etapas más negras y siniestras de la España contemporánea, buceando con gruesas lupas y casi toda la ayuda oficial a su favor esta historiografía neo-integrista ha mostrado no sólo sus debilidades científicas sino también "políticas" centrándose en el reinado de Fernando VII como modelo de referencia y olvidando los ritos y referencias a un periodo de mayor raigrambre y relevancia para la propia institución monárquica de periodos posteriores, esencialmente el período de 1876 a 1923. Incluso cuando alguno de los más avisados miembros de las escuelas indicadas, que no solo pertenecen al integrismo católico, se han inclinado a los periodos indicados, ha solido hacerlo "críticamente", - confundiendo y confundiendo precisamente a las verdaderas escuelas críticas." (272)

Ahora bien, teniendo en cuenta los límites metodológicos de nuestro trabajo y ante la imposibilidad de proceder a una descripción detallada de la extensa historiografía que ha venido insistiendo sobre el carácter inevitable de la Restauración, hemos creído más conveniente tomar como referencia algunas obras recientes, con lo cual hacemos constar que esta línea de interpretación se mantiene con vigente actualidad. En este sentido hemos querido destacar uno de los estudios que han aparecido con motivo del I Centenario de la Restauración de Alfonso XII, que por circunstancias históricas de todos conocidas, ha venido a coincidir con una nueva restauración

monarquica, hecho al que continuamente se ha aludido, verbalmente o por escrito, en estos años. Con este motivo e intencionalidad, fue publicado uno de estos estudios, cuyo autor, José Luis Comellas responde certeramente a esta línea de interpretación historiográfica conservadora.⁽²⁷³⁾

En efecto, su identificación ideológica con el espíritu legitimista de la Restauración, así como con su "artífice moral", se pone de manifiesto en este trabajo cuyo sentido apologético es fácilmente detectable. Su autor, después de "admitir que la Restauración ha tenido, por lo que se refiere a su valoración histórica, mala suerte"⁽²⁷⁴⁾, su planteamiento historiográfico gira en torno a su ya conocida teoría -tan repetida desde entonces- basada en considerar la Restauración "como una especie de sistema que garantiza una mínima posibilidad de "síntesis"- en sentido hegeliano- entre la tesis del orden conservador y la antítesis de la Revolución".⁽²⁷⁵⁾ Sin embargo, una de las afirmaciones que queremos destacar con especial interés porque refleja con mayor claridad lo que venimos denunciando a lo largo de nuestro trabajo con respecto al carácter de falseamiento a que puede llegar este tipo de historiografía, es la siguiente:

"Alfonso XII llegaba al trono, no por votación de una mayoría en las Cortes, como don Amadeo, ni por efecto de un pronunciamiento, como el de Martínez Campos (que Cánovas condenó); sino en virtud de un derecho anterior y superior a su propia proclamación. No se instauraba una monarquía

nueva: se restauraba la monarquía legítima, la única, la de siempre"⁽²⁷⁶⁾

Como puede apreciarse, los argumentos no pueden ser más claramente identificables con los que utilizaría Cánovas. Con ello ponemos de manifiesto el hecho, ya señalado anteriormente, de que la investigación historiográfica se mueve en el nivel ideológico de la interpretación y ello a su vez viene condicionado en función de una determinada concepción de la historia y de un modelo de desarrollo social preconcebido que determinados intereses desean e intentan imponer.

En este sentido, nuestra atención ha de centrarse ahora en desvelar el trasfondo real que hace, en efecto, inevitable la restauración, a partir, también, de otra consideración que nos ofrece el citado autor:

"Pero para que esta síntesis cuajase en una realidad estable, fueron precisos muchos ensayos previos, cuyo fracaso sucesivo, estrepitoso, fue haciendo cada vez más obvia la "salida" de la Restauración. Sin comprender el mecanismo de estos fracasos, no comprenderíamos el mecanismo ni tampoco el éxito, del sistema canovista." (277)

En efecto, cualquier estudio sobre el Sexenio pone de manifiesto el difícil contexto internacional de estos años, su carácter inestable y el fracaso de cuantas reformas políticas se intentaban. Como ellos y otros muchos historiadores, culpan de ello al "maximalismo de los programas políticos de los partidos", a la

"absurda pretensión del todo o nada", que censuró también Cánovas. Es indudable así mismo el agotamiento y el desgaste que hubo de producir tantos intentos fallidos y de ahí que se haya considerado la Restauración como algo deseado y con Alfonso XII la llegada del "pacificador".

Sin embargo, lo que no parece ser tenido en cuenta en los análisis de este tipo de historiografía a que nos referimos, es el hostigamiento y el bloqueo continuo a que se vería sometido cualquier régimen que surgiera después de 1868, por parte de unos sectores sociales convencidos ahora de la legitimidad de "realizar una política contrarrevolucionaria", frente a un sistema cuyos planteamientos económicos librecambistas, por un lado, afectaban peligrosamente sus intereses tradicionales, y por otro, unos planteamientos políticos basados en la soberanía nacional a través del sufragio universal, que ponían en peligro también el control oligarquizo del poder.

En este sentido, hemos de destacar el importante estudio de M. Espadas sobre los orígenes de la Restauración, publicado precisamente el año del I Centenario, de cuyas aportaciones sobre la trama golpista que lleva a la Restauración no se hace referencia alguna en el libro de Comellas.

Porque, en efecto, así como es rigurosamente --

cierto la puntualización de éste último historiador de que "sin comprender el mecanismo de estos fracasos, no comprenderiamos el mecanismo, ni tampoco el éxito, del sistema canovista", lo que no se puede ocultar ni soslayar es la existencia de una actividad sediciosa que viene actuando desde el inicio mismo del Sexenio y que actúa como un factor de desestabilización política -a la espera "de encontrar el momento oportuno"- para interrumpir un proceso histórico y rectificarlo, a su vez, de acuerdo con los intereses de los "restauradores". Desde esta perspectiva, el acierto político de Cánovas, no sólo consistió -como se dice en un reciente estudio- en que "fue un político excepcional más que extraordinario, en tanto que supo encontrar mejor que otros las frustraciones, ideales y esperanzas de muchos coetáneos".⁽²⁷⁸⁾

La inteligencia política del "artífice de la Restauración" consistió, sobre todo -y esto es lo que debe ser más destacado- en su capacidad para aglutinar en torno al movimiento alfonsino un amplio frente de la gran derecha conservadora -tradicional y tradicionalista- aprovechando precisamente el deterioro y el desgaste político de Sexenio que estos mismos sectores del alfonsismo contribuyeron a generar. El hecho, por otro lado cierto, de que una vez restaurada la monarquía legítima, el sistema canovista ampliara su espectro político a otras fuerzas "desengañadas de la revolución", y que se admitiera también una "oposición consentida", no invalida el contenido ideológico que alienta el -

hecho histórico de la Restauración. Porque en definitiva, de lo que se trataba era de crear un sistema concebido y orientado para impedir no solo el recurso al pronunciamiento militar -aspecto que ha sido ampliamente destacado para glorificar el canovismo- sino para impedir y hasta conjurar un nuevo intento revolucionario. - Un sistema, en fin, en el que, como diría Galdós en su Cánovas, "todos los poderes residen en el Rey y en las camarillas a las que están subordinados los jefes de las ganaderías políticas"⁽²⁷⁹⁾ Y en efecto, no resulta aventurado asegurar, utilizando esta imagen literaria de Galdós, que son estas mismas "ganaderías" las que llevarán la - Gloriosa y el Sexenio el "remanso" de la Restauración, cuyo bloque oligarquico, a modo de crustaceo de gigantescas patas y de pequeña cabeza se instalará en el poder para hacer tabla rosa y cuenta nueva y "continuar la historia de España"- como dirá también Galdós- "desde las ollas de ultramontanismo".

Ahora bien, dejando aparte estas valoraciones literarias, sin duda discutibles, existen por el contrario unos hechos históricos, concretos e irrefutables, que ponen al descubierto el trasonfo de ese "mecanismo" al que se refería Comellas y cuyo conocimiento nos ayuda a comprender mejor el significado histórico de ese caracter "inevitable" de la Restauración.

Para empezar, el primer dato que hemos de tener en cuenta es que el citado "mecanismo" -que no es otro que el movimiento alfonsino- comienza a funcionar desde

el momento mismo en que se convocan las primeras Cortes constituyentes después de la Revolución.

Sobre la actitud "expectante" que mantenía entonces Cánovas, al frente de su pequeñísimo grupo alfonsino, ya hicimos referencia anteriormente. Como se recordará -según palabras ya citadas de F. Almagro- "era fuera del hemiciclo donde Cánovas estaba llamado a - - desarrollar su decisiva actividad". Como complemento significativo a esta referencia de Almagro queremos destacar también lo que dirá el propio Cánovas en una de aquellas sesiones al referirse a los "revolucionarios": "La experiencia nada ha dicho en favor vuestro, quien todo lo ha hecho es la victoria, y yo no me dejo, señores, convencer por la victoria".^(28C)

En efecto, se podría argumentar que se trata sólo de una frase más de las muchas que se decían y sin otra transcendencia que la de ser pronunciada en el contexto de un polémico debate parlamentario. Creemos, - por el contrario, que la importancia de esta afirmación viene determinada precisamente por la transcendencia que va a tener la actividad "extraparlamentaria" de Cánovas y es aquí, observando ésta, donde adquiere plena significación el sentido profundo de la citada frase.

En segundo lugar, otro de los datos que han de tenerse en cuenta es que el eje fundamental de ese mecanismo que haría triunfar la Restauración es el alfonso, que como ha dicho M. Espadas, no fue propiamente un

partido, sino más bien un movimiento. Ahora bien, teniendo en cuenta la función social que iba a desempeñar, se podría afirmar que el alfonsismo fue, además, un gran aparato de propaganda ideológica que por su contenido ultraderechista, y por las formas organizativas que adoptan los "círculos alfonsinos" -creados a semejanza de los llamados Voluntarios de Cuba- se presenta con evidentes connotaciones pre-fascistas. A este respecto, el propio M. Espadas hace referencia a una cita de Hugh Thomas que consideramos oportuno transcribir aquí:

"Los Voluntarios fueron un anticipo de aquellos grupos tumultuarios integrados por jóvenes de la clase media baja protestando, con frecuencia violentamente, contra el fin del Imperio. Al grito de ¡viva España!... antecedente de los "pieds - noir" de Argelia, llenan un hueco entre el carlismo y el fascismo" (281)

A este respecto, merece también ser tenido en cuenta el hecho de presentar al alfonsino como una fuerza que está por encima de los partidos políticos, en correspondencia con la terminología empleada por los sectores alfonsistas del ejército, donde era frecuente dirigirse a los políticos como los "charlatanes de la política". Así, según afirma el general Lerchundi, uno de los más representativos alfonsistas, en carta dirigida a la Reina, ya en 1869: "la causa de V.M. y de su augusta dinastía será tanto más fácil y más fuerte cuanto más se levante sobre la esfera de los partidos políticos." A todo ello hay que añadir el contenido racista

de la prensa hispano-cubana, como reacción a las medidas reformistas y abolicionistas del gobierno.

En efecto, el trasfondo cubano en la trama de los intereses restauradores ha sido una de las aportaciones más importantes que la obra de M. Espadas ha venido a ofrecer para dar mayor amplitud al ámbito de intereses económicos y financieros que están en juego en los orígenes de la restauración alfonsina. Con ello corroboramos la valoración que Jover Zamora ha estimado en una de las más recientes (mayo, 1981) obras que se han publicado sobre la Restauración:

"Pero ha sido el libro de M. Espadas...el que ha venido a manifestar, de manera tan evidente y documentada como dramática, el papel de los intereses coloniales antillanos y de sus representantes peninsulares en el proceso político -conducente a la Restauración. La conexión entre el conservadurismo cubano y el conservadurismo peninsular; las implicaciones del movimiento antireformista, durante el sexenio, entre las que cuenta la explícita y calurosa adhesión de la -Grandeza de España; la conexión existente entre los intereses colonialistas cubanos y la larga conspiración llamada a culminar en Sagunto, quedan perfectamente explicadas". (282)

Desde la perspectiva metodológica de nuestro -trabajo, los datos aportados por M. Espadas nos ayudan a desvelar el contenido ideológico del tipo de historiografía que venimos denunciando y más concretamente nos ayuda a conocer mejor las responsabilidades históricas

de Cánovas cuya imagen apologética se ha creado a base de soslayar cuando no ocultar, su trayectoria política conspiratoria. El hecho de que el pronunciamiento de Sagunto "contrariara" los planes trazados por Cánovas, no puede ocultar el hecho de su directa vinculación a la trama golpista del alfonsismo, de lo cual era precisamente su jefe indiscutible y cuyos poderes le vendrían directamente confirmados por la propia Isabel II. Por su parte, la Reina, desde los primeros días de su exilio, y convencida de que sólo con el Ejército podría recuperar el trono -cuya utilización había sido durante su reinado una práctica habitual para solucionar crisis de gobierno- comenzó ya sus primeros contactos con los militares "contrarrevolucionarios" más dispuestos, con lo cual el camino militar de la Restauración se convirtió así en una serie ininterrumpida de complots y de pronunciamientos frustrados.

"Sería difícil -afirma M. Espadas- establecer un orden cronológico, desde el primero de que tenemos noticias, al encargado a general don Manuel Gasset, presidiendo una junta con otros jefes -militares -el Conde de Cheste, Calonge- y políticos procedentes del moderantismo- Alejandro de Castro, Alcañices, Claudio Moyano-, hasta el protagonizado por Martínez Campos que llevó al trono a Alfonso XII. Los hubo de todos los tonos y matices. Algunos no salieron de un simple y lejano proyecto cuyo testimonio no pasó de la correspondencia de la reina con generales que en un momento determinado le ofrecieran garantías de llevar a cabo la misión encargada. Fracasado el plan de Cheste, Calonge y Gasset, al que se pensaba unir una figura de prestigio nacional, -Espartero-

idea que rechazó desde el principio el viejo candidato progresista-, se sucedieron en los planes de Isabel II el general Lersundi, uno de los hombres más destacados del moderantismo, cuyo compromiso con la misión propuesta nunca quedó demasiado claro, el general Reina, el general Caballero de Rodas y una vez más el general Calonge, cabeza de una conspiración cuyo centro era Valencia, en el verano de 1871" (285)

Hubo, sin embargo, dos altos mandos militares que por su prestigio militar y personal serán decisivos para el movimiento restaurador: el General Serrano y el general D. Manuel Gutierrez de la Concha, marqués de Duero. Este último sería el "favorito" de Cánovas, si bien parece no estar muy aclarado el punto referente al buen entendimiento entre ambos. F. Almagro, apoyándose en las informaciones de uno de los amigos más íntimos de Cánovas, afirma:

"El marqués de Lema, que agota la documentación relativa a los antecedentes inmediatos a la Restauración, y que gozó, como es sabido, de la intimidad de Cánovas en los últimos años de éste, afirma categóricamente que "en la primavera de 1874, Cánovas y el Marqués del Duero se hallaban ya de acuerdo en lo sustancial del plan" (284)

En cualquier caso, lo que está fuera de duda es que la desafortunada muerte del general Concha en el mes de junio de ese mismo año -cuando luchaba en el frente carlista- fue un duro contratiempo para los planes de Cánovas, quien al parecer habria previsto -según

su biógrafo- "Si no sería en ese momento de alta moral que la toma de Estella hubiese provocado, cuando se - produjera el "estallido" que Cánovas esperaba".⁽²⁸⁵⁾

Quedan, sin embargo, otras figuras secundarias, a las que no fue solicitado su favor con tanto interés y que, no obstante, su actuación iba a resultar a lo largo mucho más comprometida y eficaz: el general Villate, conde de Balmaseda, y el que entonces era su ayudante en Cuba, Martínez Campos.

"El papel de estos dos hombres en la génesis militar de la Restauración, con un trasfondo común a los otros jefes del ejército ya citados, es de primera importancia".⁽²⁸⁶⁾

Pues bien, teniendo en cuenta estos antecedentes: por un lado, la constante impaciencia de los sediciosos por ver llegado el momento oportuno, y por otro lado, Cánovas, conocida la arrogancia de su talante personal y profundamente convencido de ser él quien mejor conocía las "claves" de su proyecto político, "lo que Cánovas no admitía -según la observación de Fernández Almagro- es que la oportunidad de restaurar a Alfonso XII se apreciara por otro que no fuera el. Pero negar la iniciativa al Ejército, no era prescindir de su apoyo y refrendo en el momento decisivo".⁽²⁸⁷⁾

Teniendo en cuenta también la estrecha relación del alfonsismo con los círculos hispano-ultramarinos, -

creados en Cuba frente a la insurrección iniciada en -
Yará, la "necesidad" de la Restauración comienza ya a
configurarse en la Península casi simultáneamente: la
llegada de ese "momento decisivo" inicia su cuenta - -
atrás hasta concluir en Sagunto:

"Hay un camino del movimiento restaurador que
iniciado en Cuba se mantiene vivo y actuante
durante el Sexenio y conduce al pronunciamiento
de Martínez Campos, el que comienza en 1869 José
Gutierrez de la Vega asegurándose la adhesión del
Conde de Balmaseda" (288)

En cuanto a Cánovas su actividad "fuera del hemi-
ciclo" se hará presente en cada uno de los momentos en
que se deciden los contactos indispensables de la tra-
ma: ejército, finanzas y la prensa, uno de los pilares
básicos, junto con los "círculos alfonsinos" para crear
ese "estado de opinión" indispensable, según Cánovas, -
para el triunfo de la causa alfonsina. La Epoca, El Eco
de España, El Diario Español (alfonsinas); La Esperanza
La Reconquista o La Regeneración (carlistas), e incluso
republicanos moderados como El Debate, actúan al servi-
cio de la causa alfonsina y forman parte de la llamada
"liga contra el filibusterismo y la Internacional".

Por otro lado, conviene recordar que la creación
en Madrid de los denominados "escuadrones" de volunta-
rios, fueron autorizados por el Gobierno del General -
Serrano para uso de armas y uniformes, como réplica a
otra milicia, la primitiva de los federales, los "gorros

colorados". Según la referencia de F.Almagro, aunque el pretexto para el aislamiento de aquellos era la defensa del orden, sin expreso color político, tratábase en realidad de una organización alfonsina.

Mandaba uno de estos escuadrones el duque de Sesto, recién nombrado por Cánovas presidente del Circulo Liberal Alfonsino; gran señor con el que se contaba para todo, por su ascendiente en la Corte, su relieve en la alta sociedad y sus simpatías en el pueblo⁽²⁸⁹⁾.

Es interesante destacar que al mismo eclecticismo político con que fueron creados los círculos alfonsinos, responden también estos escuadrones dirigidos por aristócratas a los que por el tono social predominante en cada uno de ellos se les conocía con expresivos títulos del más burdo tipismo zarzualero. El más popular era el del Duque de Sesto: "el del aguardiente", que reunía "broncos reclutas, matarifes, toreros, charlatanes, chisperos y gitanería: la flor y nata de la calle Toledo.

Otro "popular" aristócrata, el marqués de Bogaraza, mandaba el escuadrón del "Agua de Colonia", el de los señoritos del lugar, y por último, el del "Aguarrás" a cuyo frente estaba el ex diputado progresista, don Inocente Ortiz y Casado, que lo formaban los horteras de la capital.

A ello hay que añadir la colaboración prestada al movimiento alfonsino de las figuras más populares del -

momento, como los toreros Pucheta y Frascuela -este último era sargento del escuadrón de Sesto- o gente de dudosa condición como "El Arias" y "El Monje", o Ducazal, antiguo cajista y amigo de Romero Robledo, "que utilizó a los obreros de la Asociación del Arte de Imprimir en grupo de matones conocidos como la "partida de la porra".⁽²⁹⁰⁾

Todas estas gentes formaban el coro de los voceros del alfonsismo, pero las "primeras partes" -como dice F. Almagro- "había que buscarlas en salones de alta sociedad- Alba, Torrecilla, Heredia-Spínola, Molins, Torneros, Miraflores..., despachos de banqueros y hombres de negocios -Salamanca, Manzanedo, Vallejo, Urquijo..., cuartos de banderas y estandartes, en auténtica expresión del sentir nacional".⁽²⁹¹⁾

Sobre la ayuda financiera, D. Jacinto Maria Ruiz, uno de los principales "enlaces" entre la Reina Isabel II y Cánovas, da algunos datos sobre la ayuda económica a la prensa alfonsina: "Tres mil duros mensuales se gastaban sólo en subvencionar a la prensa, antes de encargarme yo de esta gestión... En catorce meses que yo tuve los poderes de la prensa gasté 22.000 reales, que entregué por mano de don José de Bascarán al marqués -de Valdeiglesias para subvencionar a tres periódicos alfonsinos de provincias que iban a morir si no se les subvencionaba". Cánovas -según F. Almagro- "dió mayor impulso a la propaganda de ese tipo, por aumentar nota-

blemente la aportación económica de los monárquicos pu
dientes". (292)

En cuanto a este eclecticismo ideológico fomen-
tado sin escrúpulos al servicio de la causa alfonsina,
son reveladoras las palabras de Cánovas sobre su estra
tegia política:

"Mi propósito es que nadie deje de ser alfonsino
por antecedentes ni escrúpulo político -escribía
Cánovas al marqués de Torres-Cabrera, Jefe del
alfonsismo cordobés-; y para esto hacen falta dos
centros, cuando menos, en cada pueblo; uno más
conservador, donde quepan hasta los que la impa-
ciencia ha hecho carlistas, cuando vean que el
carlismo es la más lenta y difícil de las solucio-
nes; y otro, más liberal, donde puedan acogerse
los desengañados de la revolución. Sólo de esta
manera puede formarse el ancho molde que una di-
nastía necesita para hacer sólida y fecunda la
institución monárquica" (293)

Sin embargo, siguiendo de cerca la actividad -
"extraparlamentaria" de Cánovas, las palabras citadas
ponen al descubierto cuáles eran las bases que hacían
"sólida y fecunda" la restaurada monarquía. Lo primero
que hemos de constatar, es que estos "centros" a que se
refiere Cánovas, tienen su antecedente en el Casino Es-
pañol de La Habana -verdadero cuartel general de los vo-
luntarios cubanos- que fué creado el 11 de junio de -
1869, como una sociedad patriótica. Su carácter de auto-
ridad paralela fue afianzada por una rápida extensión
a todos los puntos de la Isla, donde se crearon casinos

siguiendo el modelo citado. Pero los casinos de Cuba, encabezados por el de La Habana, "no fueron realidades aisladas en el mundo colonial antillano, sino que tuvieron una prolongación también muy ramificada en la propia España por medio de los Centros Hispano-Ultramarinos, con los que "sostenían frecuentes relaciones de benévola fraternidad".⁽²⁹⁴⁾

Pues bien, el Círculo de Madrid fue creado en noviembre de 1871, presidido por el general don Laureano Sanz y por el millonario marqués de Manzanedo "representante general en Madrid de los negreros de Cuba". Ante la política de reformas anunciada por el gobierno fue convocada una reunión urgente de la cual salieron unas comisiones integradas por los principales representantes de los partidos políticos. He aquí los nombres: por el partido de la antigua Unión Liberal fueron designados Caballero de Rodas, Cánovas y don Pedro Salaverria; - por los conservadores constitucionales, Topete, López de Ayala, Balaguer y Romero Robledo; por los moderados, el conde de Toreno, Fernández de San Román y Trúpita; por los carlistas, Echevarria, Vildósola y el conde de Canga-Arguelles. A ellos hay que añadir también la patriótica adhesión de la Grandeza de España, acordada en una reunión en el Palacio de Liria, "a la que asistieron - ciento treinta y seis Grandes de España y Títulos del Reino".⁽²⁹⁵⁾

En esta línea y con el mismo espíritu que alentaba a estos centros, fue creada una Liga Nacional, en

cuya comisión directiva figuraban Cánovas, López de Ayala, Torenó, Manzanedo, Moyano, Romero Robledo, Caba^ll^lero de Rodas y García Llorente. A este respecto, son también significativas las alianzas que se establecen dentro de esta misma agrupación de partidos: "la política antirreformista de la liga sirvió de Centro de re^agrupación de los elementos de la derecha en torno a Serrano, mientras que las dos principales corrientes res^tauradoras, la alfonsina y la carlista, ponían su confianza en el papel mediador que el integrismo cubano - pudiera depararles".⁽²⁹⁶⁾

Ahora bien, las responsabilidades de esta comisión directiva fueron asumidas por el propio Cánovas - quien, "dió encargo especial a López de Ayala para que, utilizando el patriótico impulso que había dado lugar a la formación de los círculos hispano-ultramarinos, en los que dominaban, naturalmente, los elementos conservadores, fundara una liga nacional que tuviera por objeto el convertir dichas instituciones, meramente manifes^tantes hasta entonces, en centros de política activa y resueltamente alfonsina".⁽²⁹⁷⁾

Por otro lado, la falacia de las argumentaciones patrióticas que en nombre de la integridad de España ocultaban los intereses azucareros de esta trama, era descaradamente difundida por la prensa y los círculos alfonsinos, intentando crear un "estado de opinión" sin más horizonte que la restauración de don Alfonso. Falacia que se pone de manifiesto al comprobar hasta qué

punto eran conscientes los restauradores de la manipulación ideológica que estaban protagonizando.

Así, por ejemplo, para Serrano, a pesar de su cambiante posición política, pero perfecto conocedor de los intereses que estaban en juego, "la monarquía no vendria nunca por el peso que por sí misma tuviera en el país, sino como aliada al programa político de la Liga Nacional y casi como consecuencia de su triunfo".⁽²⁹⁸⁾

Por otro lado, hubo también, además del Ejército, significados representantes de la burguesía industrial y mercantil catalana cuyo apoyo fue decisivo para el triunfo de la causa alfonsina: Güel y Ferrer, el conde de Foxá, el futuro marqués de Comillas Antonio López y López, Ferrer y Vidal, Amell y Bon, todos ellos con amplios y arraigados intereses económicos en la isla de Cuba. Y además, hay que contar también destacadas personalidades del mundo de la Banca, las familias Zulue-ta o Pastor, cuya acción era decisiva para la marcha política de Cuba, así como a la propia reina madre Maria Cristina y su marido el duque de Riansares, que figuraban entre los más ricos propietarios de la Isla.⁽²⁹⁹⁾

Desde la perspectiva, pues, de estos antecedentes, la supuesta "necesidad histórica" de la Restauración aparece como una de tantas categorías corregidas, en función de unos determinados intereses, instrumentalizados a través de una ideología reaccionaria y defensiva que es presentada con carácter "universal".

Porque, en efecto, la Restauración no vendría da da tanto por la propia trayectoria de la historia de Es paña anterior, sino impuesta y hasta forzada desde fuera y como respuesta ideológica de estos mismos sectores so ciales, en tanto que manifiestan un terror irracional no sólo frente a los cambios revolucionarios, sino a la participación de las masas en el proceso histórico a - través del sufragio universal y más concretamente contra la amenaza del movimiento obrero y de la Internacional.

"...las dos grandes fuerzas de la sociedad espa- ñola -se dice en un artículo de prensa- el clero y el trono, han sido siempre protectores de la verdadera democracia que no consiste en rebajar el nivel social a su último grado, sino en per- mitir el desarrollo y crecimiento de todo lo que es digno de levantarse". (300)

En este sentido, la instrumentalización ideoló- gica del alfonsismo consistió en hacer del principio - monárquico un dogma sobrenatural e indiscutible para justificar una política que venia a defender los inte- reses, no de la sociedad en su conjunto, sino los de una minoría oligarquica y colonialista, anclada aún en la mentalidad estamental del Antiguo Régimen y necesaria- mente hostile al desarrollo de una sociedad burguesa en consonancia con las características del capitalismo li- beral. A este rechazo responde la reacción "patriótica" de los negreros cubanos ante las ~~medidas~~ antiesclavistas del régimen surgido de la revolución de 1868, acrecentado aún más por el terror de aquellos a la posible crea- ción en Cuba, de un estado de "antiguos esclavos" siguiendo

do el ejemplo de Haití. Sobre el contenido ideológico de estas reacciones, de carácter inequívocamente racista, son ilustrativos los artículos publicados en la prensa en abierta oposición a las leyes abolicionistas. Un ejemplo podría ser el que aparece en El Debate con el expresivo título de "la humillación de la raza blanca" o también la forma en que se expresa a este respecto El Eco de España:

"Si los abolicionistas de los Estados Unidos llevan su exagerado negrofilismo hasta el punto de intrigar en las elecciones, a tiros, para que sean llevados a las primeras magistraturas de los Estados negros que eran esclavos hace seis años, - ignorantes y poseídos del odio de raza.. qué no harían en la isla de Cuba para vejar a los blancos, sobre todo a los que hubieran sido propietarios de esclavos?". (301)

En efecto, como dirá M. Espadas, "esta radical postura mantenida sobre unos criterios económicos de explotación de la Isla, de cuyas haciendas salía la mitad de la producción mundial de azúcar, bajo razones de "defensa de los intereses españoles en Cuba" y presentada ante el mundo como una cruzada por la integridad del territorio nacional, encarnación del más quintaesenciado patriotismo, se canalizó en su dirección política y en su acción militar o guerrillera a través de dos - fuerzas actuantes en la vida cubana, los llamados Voluntarios de Cuba y el Casino Español de La Habana" (302)

Ahora bien, volviendo a la actividad "extraparla-

mentaria" de Cánovas, uno de los momentos más decisivos y de mayor trascendencia histórica sería, sin duda, el de la concesión de plenos poderes para coordinar y unificar de forma efectiva la dimensión política de la trama restauradora. Esta importante decisión fue acordada en una reunión, presidida por la propia reina Isabel II, celebrada el 4 de agosto de 1873 en el palacio vienés de Basilewski. Entre los asistentes figuraban el príncipe Alfonso, la infanta Isabel, duque de Sesto, marqués de Molins, general Reyna, don Alejandro de Castro y don Jacinto Maria Ruiz.

Como es sabido, uno de los "escollos" más difíciles a los que Cánovas hubo de enfrentarse -aparte de la mutua antipatía que ambos se profesaban- era la actitud de la Reina Isabel II a cuya previa abdicación -fundamental para ree lanzar la causa alfonsina- se resistía con obstinada terquedad. Ante las presiones recibidas en favor de Cánovas, doña Isabel -dice F. Almagro- no pudo resistir ya "y todos los reunidos el día 4 de agosto manifestaron su coincidencia con don Alejandro de Castro, tan decidido como Ruiz en la propuesta a favor de Cánovas: "Cánovas, Cánovas y sólo Cánovas", dijo. Y el marqués de Molins, que había apuntado la conveniencia de un triunvirato, quedó persuadido tan completamente de las ventajas reportadas por el mando único, que se encargó de redactar la carta de plenos poderes. (303)

Desde este momento se puede decir que la "irresistible ascensión" de Cánovas sería un hecho incuestio

nable que junto con su indudable capacidad e inteligencia política le llevarían a convertirse no solo en el "jefe" indiscutible del alfonsismo, sino también en el "hombre de Estado" de la Restauración.

En cuanto al citado documento plenipotenciario, se trata de una carta personal de la Reina Isabel II dirigida a Cánovas que por su importancia histórica suele ser incluida en casi todas las obras que tratan de este período. En la biografía de Fernández Almagro no podía faltar un documento de vital importancia en la vida política de Cánovas, del cual, solo vamos a reproducir algunos párrafos que ponen de manifiesto no sólo la visión apocalíptica de la Reina ante la situación de España sino también la inequívoca responsabilidad y compromiso de Cánovas para utilizar "cuantos medios pueda" para hacer triunfar la causa alfonsina:

"Cánovas; las desgracias que agobian a nuestra amadísima patria afligen cada vez más mi corazón de cristiana, de española, de Reina, de madre y hasta de mujer".

La Religión perseguida, la unidad nacional quebrantada, el trono de mi hijo legítimamente transmitido y por la nación heroicamente levantado, - ahora disputado o destruido. La conciencia, la propiedad, la familia, por todas partes amenazadas.

(...) Por estas razones, tanto mi augusto hijo - como yo, después de meditar serenamente sobre el estado de la Nación y de nuestra propia casa, y habiendo consultado a personas de cuya lealtad

y desinterés no podemos dudar, hemos creído conveniente conferirte plenos poderes para dirigir en mi nombre y en el de mi amadisimo hijo, nuestra justa causa, procurando su triunfo por cuantos medios y recursos puedas; los cuales desde ahora damos por tan valederos como si nosotros mismos personalmente los empleasemos".. Isabel.-Alfonso. 22 agosto de 1873". (304)

Ahora bien, a la hora de desvelar el contenido ideológico que encierra la supuesta "necesidad" de la Restauración, son de gran importancia las referencias e interpretaciones que el propio Cánovas manifiesta ante el desarrollo de los acontecimientos históricos. En este sentido adquieren una gran significación una carta que dirige Cánovas a la Reina Isabel II y que ha sido transcrita por primera vez íntegra y literal en el apéndice documental aportado por Almagro en su biografía.

La carta hace referencia a los sucesos ocurridos el 3 de enero de 1874, en que tuvo lugar el "Golpe" de Pavia, dando cuenta a la Reina del estado de la situación. Poco después, el 9 de enero, el mismo día en que aparecía en la Gaceta el manifiesto del Gobierno, en el que, se decía que a pesar de haber sido suprimida la Constitución, se continuaría la obra de la Revolución, Cánovas escribía a la Reina haciéndole ver las perspectivas que se abrían para la causa alfonsina.

De este importante y extenso documento, transcribimos aquí un párrafo que pone de manifiesto hasta qué

punto el triunfo de la causa alfonsina respondería a un plan trazado a base de una acción política pertinaz y acechante que la harían de este modo, "inevitable". Así, tras los sucesos del 3 de enero, explica Cánovas a la Reina:

"¿Hemos ganado o perdido?. A mi juicio, hemos ganado muchísimo, aunque no ciertamente como si Pavia hubiese preferido la Monarquía. En la nueva situación nada ha puesto de su parte.. Sólo ha prestado su persona para servir de obstáculo a don Alfonso. El Ejército, que sólo se ha preocupado de salvarse así mismo, ha sido - docil instrumento de tales planes, pero de aquí en adelante es dueño de toda la situación. República, democracia, principios democráticos: todos están heridos de muerte. El pueblo, desengañado, aborrece más que a nadie a sus actuales dominadores. El duque de la Torre está gastado y ya adelantado en la vida para hacer concebir grandes ilusiones. La opinión está por don Alfonso; es preciso ahora que deje de ser colegial y recorra las Cortes de Europa...El duque de la Torre sucumbirá bien pronto ante la opinión y la coalición inevitable de intereses y sentimientos que ofende, cambiará de rumbo y de buena fe irá hacia don Alfonso. Al fin llegaremos al fin apetecido; hace falta opinión, mucha opinión en favor de don Alfonso. Se necesita calma, serenidad, paciencia, tanto como perseverancia y energía." (305)

El efecto "el fin apetecido" llegaría necesariamente, pero una vez más estamos en desacuerdo con F. Almagro quien interpretando aquí el pensamiento de Cánovas considera que las líneas de su razonamiento se basaban en el convencimiento de que "el arduo proceso en trámite se sustanciaría con arreglo a leyes de nece-

sidad histórica". (308) Esta afirmación resulta aún más discutible si tenemos en cuenta que el propio F. Almagro ha seguido de cerca los pasos seguidos por Cánovas a lo largo de toda la trama hasta el punto de manifestar a la Reina su imperiosa decisión de hacer posible y necesaria la Restauración. "De los más varios elementos sociales o políticos -asiente F. Almagro- tenía que surgir la guerra imaginada por Cánovas para que la Restauración se produjera con la espontaneidad, razón y eficacia de un anhelo nacional". Y a continuación cita las palabras de Cánovas en otra de sus cartas -27 de enero de 1874- a la Reina:

"No olvida V.M. que no hay en España ya ningún partido ni hombre alguno capaz de restablecer la monarquía legítima; que ésta sólo puede ser - - restablecida por un gran movimiento de opinión pública, que es preciso estimular y no contrariar en lo más mínimo".

Y poco después, presintiendo la caída de la - República, dice en otra de sus cartas de principios de diciembre:

"Es posible que sobrevenga de aquí a un mes una nueva crisis que lo ponga todo en el mayor peligro. Para entonces quisiera yo que hubiera las inteligencias necesarias a evitar un gran desastre, y hago cuanto puedo por evitarlo. ¿Lo logra^{re}? No me atrevo a asegurarlo a vuestra majestad. Lo único que creo poder decirle sin jactancia es que no me detendré sino delante de lo imposible. La opinión, hasta aquí adormecida, se despierta y se empieza a reunir en torno a don Alfonso. Pero

¿y los Generales? ¿Y los políticos que los explotan?. Esos todavía no ven todos claro, y de todos o casi todos necesita nuestra empresa". (307)

Con estos datos, la ya citada afirmación de F. Almagro responde -como hemos venido señalando a lo largo de este trabajo- a la misma interpretación conservadora en que se inscribe la visión historiográfica de su autor, para quien la Restauración canovista es contemplada como la más acertada solución para zanjar definitivamente - "cinco o seis años de esteril subversión".

En este sentido, creemos oportuno resaltar aquí algunos aspectos de esta visión historiográfica que revela la ambigüedad ideológica del biógrafo de Cánovas para justificar "en nombre de la Historia", el trasfondo conspiratorio de la Restauración. A este respecto F. Almagro nos refiere el dato curioso de que el Círculo Alfonsino Liberal que se creó en Madrid estaba situado en la misma casa del círculo Moderado, la llamada del Corredero, en la Puerta del Sol, con vuelta a la calle del Correo y plazuela de Pontejos. "La contigüedad de los dos círculos -dice- aunque no fuera buscada, y su proximidad a Gobernación, parecía representar simbólicamente la lucha de la Monarquía constitucional con el espíritu y las consecuencias de la Revolución de Septiembre". Ahora bien, como veremos a continuación, en la interpretación de F. Almagro, entran en juego la valoración de tres elementos con que trata al "pueblo", como elemento pasivo del

acontecer histórico; la desconfianza respecto a la función que desempeñan los partidos políticos y por ultimo su temor a la influencia de la clase obrera, que ponen de manifiesto la ideología conservadora de su autor y por tanto, el hecho ya señalado anteriormente, de que la investigación historiográfica se mueve en el nivel ideológico de la interpretación. He aquí el razonamiento de F. Almagro expresado a continuación de las ya citadas palabras:

"Sin forzar demasiado la expresión plástica de las cosas, pudiera decirse que todo se iba a dirimir entre unos cuantos señores, tras los que se extendía un pueblo fatigado que, sin otra ilusión -y ya era bastante- que repone fuerzas - en pacífica convalecencia, dejaría hacer a los demás, de igual suerte que se había dejado manejar, o simplemente invocar, durante cinco o seis años de estéril subversión.

Huelga reconocer que los movimientos políticos no deben todo su impulso, ni quizá la parte más cuantiosa, a los adictos de signo positivo, sino a gentes de más baja extracción, pura o impura, porque tanto como del ideal se nutren de la ambición, del despecho, del profesionalismo, de la inquietud aventurera, a veces del simple instinto de conservación, esas agrupaciones de fuerzas -de partidos en este caso- que, a su manera, hacen la Historia. (...) Y suerte fue que todavía no hubiese adquirido la clase obrera, tomada en su conjunto, conciencia política de ninguna especie, porque entonces se habría dilatado y complicado enormemente el ámbito de lucha." (308)

En definitiva, la causa alfonsina llegaría, en efecto, a imponerse, pero no tanto por "las leyes de la

necesidad histórica", sino como resultado de una gran ofensiva política e ideológica cuyos apoyos serían reclutados entre las capas medias y altas de la sociedad española. La Restauración como afirma Varela Ortega -"capitalizó con valores negativos": las clases medias atemorizadas, cansadas de guerras, revoluciones y cambios políticos, que esperaban tranquilidad de la Restauración y ansiaban paz y orden", y el Ejército, que temía la vuelta del Federalismo en tanto la situación permaneciese indecisa". (309)

ahora bien, con respecto al Ejército, es preciso resaltar que la propaganda y adoctrinamiento, -la "opinión" a que con tanta insistencia se refiere Cánovas- fue especialmente sistemática y contumaz. La atmósfera de los cuarteles estaba saturada de alfonsismo -dirá el propio F. Almagro- y actos como el realizado en Castro Urdiales por los Jefes y Oficiales de todas las armas del Ejército del Norte, que visitan al General Echagüe para que transmita al Marqués del Duero sus deseos de una inmediata proclamación de don Alfonso, era todo un síntoma. "Tan al descubierto hacia su camino el alfonsismo, que el Gobierno no puede dejar de darse por enterado y piensa en desterrar a Cánovas, a Molins, a algunos más... y no lo hace". (310)

Cuando llegó el momento decisivo de Sagunto, nadie dudó de que la clave del éxito de Martínez Campos estaba en Cánovas, no sólo por su labor anterior

de organización y adoctrinamiento, sino también porque sus indudables dotes de estrategia político le había - llevado a aparecer quizá como el único político capaz de organizar un sistema que según él venia a "continuar la historia de España" y en el que se pretendia la difícil conciliación de la soberanía del pueblo con el origen divino del poder.

5.3. El Contenido Ideológico de la Teoría Restauradora.

Al hacer referencia a los orígenes ideológicos de la teoría canovista, pusimos de relieve dos aspectos que han de ser tenidos en cuenta en el planteamiento metodológico de nuestro trabajo.

En primer lugar, considerar el sistema de la Restauración como el resultado de un largo proceso cuyos orígenes se remontan al rearme ideológico iniciado por el moderantismo de los años cuarenta e impulsado por el grupo de los "puritanos" de Pacheco y Pastor Díaz. En segundo lugar, y como consecuencia de lo anterior, la Restauración supone también una respuesta ideológica, en tanto que su implantación venía a rectificar la orientación y el contenido progresista del Sexenio revolucionario.

Ahora bien, desde el punto de vista teórico, - ambas consideraciones han de ser contempladas no simplemente como un aspecto más de la historia de las ideas o de las personalidades que las sustentan, sino que dicha respuesta ideológica viene suscitada y conformada en función del desenvolvimiento de la lucha de clases en el propio proceso social. Es dentro de este contexto y conociendo la trabazón de estas fuerzas motrices de orden primario donde pueden ponerse de relieve los contornos fundamentales y decisivos de una determinada fi-

losofía. En este sentido y teniendo en cuenta las obser vaciones que hemos podido señalar a lo largo de nuestro trabajo, podemos considerar que la filosofía del moderan tismo que subyace a la Restauración, presenta una clara proximidad ideológica con el irracionalismo, tanto en lo que tiene de lucha contra la idea burguesa del pro- greso, como en lo que encierra de hostilidad contra el socialismo. Ambos sentidos han sido ya observados en es te trabajo, no solo con respecto a los planteamientos que impulsaban el citado rearme del moderantismo en su lucha contra "la modernidad", sino referidos también al "artífice" de la Restauración.

Por otro lado, al caracterizar de irracional el trasfondo filosófico que subyace en la teoría restaura- dora, responde a que el irracionalismo, en su trayecto- ria filosófica, no obedece a un desarrollo "inmanente", cerrado en si mismo, sino que ha de ser observado más bien -como ha venido en definirlo G. Lukacs- "como la respuesta más característica y más resonante del pensa- miento reaccionario a los grandes problemas de la época en los últimos ciento cincuenta años".⁽³¹¹⁾

A este respecto, es curioso señalar que el acier to de esta definición viene a confirmarse precisamente por la inequívoca afirmación realizada desde el extremo ideológico del citado autor, es decir, desde el propio campo del moderantismo. Así, R. Calvo Serer, en su obra titulada Teoría de la Restauración, a la que habremos de

hacer repetidas referencias, dice textualmente: "La historia de los últimos cincuenta años presenta el aspecto de un fracaso ininterrumpido de la contra-revolución, es decir, de la Restauración".⁽³¹²⁾

En efecto, de todas las obras que hemos consultado ninguna como esta refleja con mayor claridad y contundencia el significado ideológico de la Restauración. Si en más de una ocasión hemos dudado a la hora de caracterizar ideológicamente dicho sistema poniendo de relieve su contenido irracionalista, el estudio del citado autor viene a ratificar, en gran medida, nuestra hipótesis de trabajo.

No obstante, se nos podría hacer una objeción metodológica, que sin duda, hemos de tener en cuenta, y es que al utilizar como referencia esta "Teoría de la Restauración", cuya visión historiográfica procede del más ortodoxo moderantismo católico, estaríamos forzando la objetividad de nuestro análisis. Por ello creemos oportuno hacer algunas puntualizaciones.

En primer lugar, es precisamente la procedencia historiográfica de esta obra lo que hemos considerado de interés para nuestro trabajo, puesto que al tratar el carácter ideológico de la Restauración, nos ha parecido más objetivo utilizar como referencia las teorías y planteamientos procedentes de la propia tradición historiográfica a cuyo carácter legitimista responde el contenido ideológico de la Restauración.

En segundo lugar, al utilizar como referencia la citada obra de Calvo Serer, queremos poner de manifiesto que su teoría de la Restauración, lejos de haber sido superada, continúa vigente en obras tan recientes como la de J.L. Comellas, ya mencionada.

En cuanto a la citada obra de Calvo Serer, conviene precisar que su estudio no se centra exclusivamente en la restauración canovista sino que se trata más bien de un ensayo cuyo análisis trasciende aquel momento histórico para convertirse en una disertación "filosófica" sobre el concepto mismo de restauración.

Sin embargo, no se puede soslayar que el contenido y el tono de su disertación convierten a esta obra en una pieza típica de literatura política militante, en donde el irracionalismo de su discurso llega al extremo de las connotaciones fascistas. A este respecto, he aquí un párrafo de los muchos que podríamos citar y que da una idea de lo que acabamos de señalar: Al referirse a su concepto de "dictadura restauradora", dice lo siguiente:

"Las ideas mueven las revoluciones, igual que hacen también las restauraciones. España en 1936 estaba casi dominada por doctrinas revolucionarias, por el liberalismo y el marxismo. El triunfo guerrero ha hecho posible, de una parte, la eliminación de principios destructores; de otra, la creación de un ambiente cultural aislado de la atmósfera europea desintegradora, lo que ha permitido el desarrollo del

pensamiento tradicional. Pero hoy, cuando se pueden infiltrar otra vez las doctrinas destructoras a través de las concesiones a que obliga el diálogo, debemos tener conciencia clara de esta situación nuestra, y aplicar a la lucha intelectual el heroísmo de que hemos sido capaces con las armas." (313)

Ahora bien, como ya hemos señalado anteriormente, lo que nos interesa destacar de esta obra son sus planteamientos sobre el significado de la restauración canovista, puesto que son un exponente de la continuidad ideológica del moderantismo tradicional y por tanto - expresan con mayor fidelidad el verdadero sentido que los "restauradores" veían en el sistema implantado tras el pronunciamiento de Sagunto.

Por otro lado, no creemos necesario cotejar aquí dichos planteamientos con las ideas que ya han sido señaladas a lo largo de este estudio puesto que como veremos a continuación, las afirmaciones de Calvo Serer se corresponden certeramente con la raíz ideológica del legitimismo postrevolucionario al que ya aludimos, en cuya tradición organicista se configura el pensamiento canovista.

Al fijar los conceptos de Revolución, Reacción y Restauración, Calvo Serer afirma:

"La palabra Revolución tiene hoy un sentido preciso en sus manifestaciones de principios del siglo XIX: es el movimiento espiritual, intelectual

tual y político dirigido contra la tradición cristiana. El pensamiento de la Restauración surge del estudio del proceso revolucionario, y del deseo de evitar las consecuencias de la revolución. (...) Además de la lucha de ideas contra la Revolución, la Restauración del primer tercio del siglo XIX impulsó movimientos políticos contra-revolucionarios.

Sus teóricos fueron entonces: Burke, en Inglaterra (314) Bonald y de Maistre, en Francia; Goerres y Adam Müller, en Alemania; Haller, en Suiza, Balmes y ~~Donoso~~ Cortés, en España. Este pensamiento debe por tanto, llamarse restaurador, pues aunque es verdad que de Maistre habla de contra-revolución, no quiere decir que vaya contra la Revolución, sino que es lo contrario de ella; no es que la Contra-revolución sea un mero anti estático, sino que tiene su propio proceso constructivo, contrario al impulso revolucionario destructor". (315)

Continuando su argumentación, y para que no haya lugar a equívocos que "hay que desterrar por completo de una vez", el autor puntualiza sobre lo que debe entenderse por contra-revolución:

"Cuando lo que se opone al proceso revolucionario es exclusivamente el mantenimiento o el establecimiento de un orden que anteriormente existía para la defensa de unos intereses de clase sin atender a su justificación legítima, eso no es una contra-revolución, sino una reacción, que por su torpe estancamiento es infecunda y no logrará jamás vencer el empuje destructor. En cambio, los procesos contra-revolucionarios o restauradores, únicos que son verdaderamente contrarios a la Revolución, tienen todo el ímpetu creador propio de la vida del espíritu. El peligro nacido de la imprecisión y confusión de los términos, obligó a los movimientos de Contra-revolución a crear nuevos conceptos: Integratismo,

Renovación, Instauración, "revolución conservadora" y, en mi lenguaje, "revolución restauradora".

De acuerdo con estas precisiones, el autor nos lleva hasta la definición que aquí nos interesa especialmente destacar:

"Ejemplo de restauración plasmada en hechura - reaccionaria - en los de la primera mitad del XIX - es la de Luis XVIII; y ejemplo de restauración revolucionaria es la de Alfonso XII, quien con el lenguaje canovista del manifiesto de Sandhurst, se define a la vez liberal y católico." (316)

La valoración y el significado de estas afirmaciones son aspectos que no pueden ser soslayados a la hora de interpretar la Restauración desde una perspectiva ideológica, interpretación cuya objetividad viene - aquí determinada por la inequívoca fidelidad de quien las manifiesta, cuya identificación con el espíritu de la Restauración resulta incuestionable. Es en estas fuentes historiográficas, procedentes del moderantismo restaurador, donde se deben buscar los datos clasificados para caracterizar el contenido ideológico del sistema canovista.

Los estudios sobre la Restauración de 1875, enfocados desde la óptica política o institucional, suelen soslayar estos aspectos ideológicos en función de un análisis que lleva a primer término los logros históricos de haber creado la constitución más "duradera" de la historia de España y de un Régimen que, si en -

efecto, consiguió durante un tiempo evitar el recurso al pronunciamiento militar, fue debido, en gran parte, a que fueron precisamente los sectores más reaccionarios del Ejército quienes lo implantaron.

En función de estos análisis, historiadores como J.L.Comellas pueden considerar "La Restauración como experiencia histórica", título de la obra a la que nos hemos referido, o también el propio Calvo Serer, quien titula uno de sus capítulos "La Restauración como empresa de futuro".

En este capítulo, el citado autor, después de afirmar que "la Restauración española está simbolizada a la vez por Cánovas y por Menéndez Pelayo", explica seguidamente: "Entendemos la Restauración del mismo modo que Donoso y Menéndez Pelayo; o como Cánovas cuando defiende la monarquía hereditaria, combate el sufragio universal y quiere hacer aquella historia de España - con criterio católico y monárquico, escrita por académicos".⁽³¹⁷⁾

En efecto, su interpretación no puede ser más - certera y nos ratifica sobradamente en todo cuanto hemos venido manifestando a lo largo de nuestro trabajo, especialmente en lo que se refiere a los afanes y preferencias de Cánovas.

Por otro lado, el hecho de que La Restauración

esté "simbolizada" en las dos personalidades mencionadas no deja de ser un dato significativo y, sin duda, acertado. Ambas comparten las ideas del tradicionalismo conservador, en todas sus manifestaciones y ambos también, por su prestigio intelectual, podían aparecer como los representantes más autorizados de ese nuevo rearme ideológico con que el neotomismo de Ceferino González venía a enfrentarse en su lucha contra la modernidad.

Sin embargo, aparte de la identificación existente entre ambas personalidades, la apreciación de Calvo Serer tiene mayor fundamento si tenemos en cuenta que fue el propio Cánovas quien franqueó el paso al profesorado universitario de Menéndez Pelayo -tras sus oposiciones en diciembre de 1878- rebajando por ley especial a veintiun años la edad de veinticinco que exigía la de Instrucción Pública.

Sobre este punto y más concretamente sobre las "triunfantes oposiciones" de M. Pelayo, es interesante señalar el "caciquismo" con que fueron amañadas entre Alejandro Pidal, Toreno, y el propio Cánovas. A este respecto, nos remitimos a los datos aportados por F. Almagro, quien reproduce una serie de cartas, como la que escribe A. Pidal a M. Pelayo diciendo que acaba de hablar con Cánovas quien le ha confirmado que "ha quedado con Toreno en que él mismo nombrará el Tribunal".⁽³¹⁸⁾

El interés de Cánovas hacia M. Pelayo quedaría

confirmado después con motivo de las aspiraciones de este a ocupar en la Real Academia Española el sillón vacante por la muerte de Hartzenbusch, interés que también aparece reflejado en una carta incluida en la misma obra de F. Almagro.

Ahora bien, volviendo a la teoría de la Restauración y teniendo como referencia las manifestaciones de Cánovas expresadas más concretamente en los discursos que hemos comentado en este trabajo, las observaciones de Calvo Serer interpretan acertadamente lo que significaba el pensamiento restaurador que Cánovas representaba. Frente a los ideales "individualistas" de la Revolución Francesa, los historiadores de la restauración -dirá el autor- "coinciden en poner como base de la cultura y de la vida social una necesidad sacada del ser de las cosas, y no de la voluntad de los hombres, una autoridad y no una libertad, una jerarquía y no una igualdad, una familia y no un individuo". Y más adelante concluye también: "en tanto que el estado sea democrático y construido desde abajo por la elección, ninguna solución de paz social ni de bienestar social pueden ser soñados".⁽³¹⁹⁾

Creemos que no es necesario insistir sobre la identificación ideológica de Cánovas con estos postulados. Es sobradamente conocido que su rechazo al sufragio universal le llevaría a consentir la manipulación sistemática de las elecciones que junto al caciquismo estructural del sistema le hacían carecer de la más mínima

legitimidad democrática. Cánovas -dirá F. Almagro- "se desentendió de la política electoral. Sabía que Romero Robledo se bastaba sólo para ganar las elecciones, por su conocimiento de las fuerzas políticas en juego, por su habilidad, desparpajo y expeditivo carácter". Y más adelante reconoce también: "En el fondo le tranquiliza a Cánovas, sin duda, el saber que Romero Robledo conjuraría a cualquier precio los peligros del sufragio universal".⁽³²⁰⁾

Ahora bien, el proyecto político de Cánovas basado en la falsa pretensión de conciliar la soberanía del pueblo con el origen divino del poder, forzosamente tendría que fracasar por la propia dinámica de sus contradicciones. Sin embargo, las responsabilidades históricas de quienes más contribuyeron a sostenerlo rebasan el ámbito de un mero análisis político o sociológico para transcender al terreno de la ideología y cuyas repercusiones son no menos dramáticas. Porque dicho fracaso no solo supondría un retroceso histórico en las conquistas democráticas del liberalismo español, sino que ello sería capitalizado por la derecha tradicional y antidemocrática para hacer ver una supuesta incapacidad de los españoles para acceder a sistemas políticos auténticamente representativos.

En este sentido, el autor de la teoría de la Restauración criticará la política de Cánovas porque "su criterio de una monarquía de amplias bases le empujó hasta tolerar en ella una fuerte infiltración revolu

cionaria, que al fin haria ineficaz la Restauración⁽³²¹⁾

Conviene, sin embargo, señalar, que la actitud de Cánovas fue siempre contraria ante la posible democratización de la Monarquía.

Así quedó expresado en las sesiones del Congreso de los Diputados, el 10 de febrero de 1888, en donde - Cánovas rechazando el sufragio universal se manifestó en contra de los proyectos de Sagasta ante la excesiva democratización del regimen que ello supondría. Por - otro lado, no deja de ser significativo la opinión de F. Almagro al afirmar que la "grave aportación del "parlamento largo" a la vida pública española fue el sufragio universal".⁽³²²⁾

El argumento que utilizaría Cánovas en aquella ocasión respondía al siguiente planteamiento cuya fórmula venia claramente ~~no~~ solo[^] evitar un sistema democrático, sino a desvirtuar y desnaturalizar el caracter alternativo de los partidos de la oposición: "Lo que hay que desear -afirmó Cánovas- es que los partidos llamados de Gobierno, que los partidos que necesariamente han de turnar en la gobernación del Estado, estén lo menos dis- tantes que sea posible los unos de los otros, porque si no, si hubiese entre ellos abismos, el advenimiento de cada partido equivaldria a una revolución".⁽³²³⁾

Ahora bien, la vocación totalitaria de Calvo Serr, quien a lo largo de su obra se identifica con las

teorías de Charles Mourras, a quien cita repetidamente. le lleva a hacer un análisis "filosófico de la Restauración, en donde hace la siguiente afirmación:

"A través de estas ideas, podemos comprender que Luis XVI, Nicolás II y Alfonso XIII no fueron - vencidos por la Revolución de la calle, sino por la falta de fe en su propia legitimidad. La Monarquía había sido destruida desde dentro, por la filosofía de la Ilustración, en Francia; por la Intelligentsia rusa (Tolstoi, de modo particular); por los intelectuales en España; y esto último no lo debemos olvidar. A todos ellos les faltó el consejero que contestase como Monsieur de Rauc -convencido demócrata- cuando le preguntaron qué haría si perdiese las elecciones: "Entonces, me echaría a la calle con un fusil". (324)

Estas brutales afirmaciones que sólo pueden ser interpretadas como exponentes del más burdo irracionalismo característico del pensamiento fascista nos hace reflexionar en la idea de que la endebles del movimiento democrático español se manifiesta también por el hecho de que^{no} fuera capaz de oponer a esta campaña ideológica de gran envergadura nada propio, una verdadera historia de España, ni una historia de las luchas por la revolución liberal democrática.

Los publicistas liberales y democráticos que fueron brotando aisladamente, tenían, en la mayor parte de los casos, tan poco contacto con la historia de España, que la reacción se daba frecuentemente al lujo de pasarlos por alto y de tacharlos despectivamente, sin un aná

lisis crítico, recurriendo para ello a una contraposición artificiosamente planteada entre el "caracter español", supuestamente autóctono, "diferente" y la democracia, a la que se solía tildar de "ajena a las esencias metafísicas de España" y refiriéndose a ellos entre signos negativos, como a partidarios de lo "antiespañol", lo cual venia a reforzar todavía más el aislamiento ideológico y político de los autores sueltos dentro de la intelectualidad española.

Esta labor de desprestigio y falseamiento encuentra en M. Pelayo a uno de sus máximos exponentes, cuya obra sobre los Heterodoxos Españoles refleja en buena medida lo que aquí planteamos.

Ahora bien, por otro lado, los caracteres irracionalesistas que subyacen en la filosofía de la Restauración han de buscarse en las contradicciones de la formación económica y social sobre la que se alza el propio sistema. En este sentido, el régimen de la Restauración, con su esclerotizado turno de partidos y el caciquismo como infraestructura, ha de entenderse -como ha puesto de manifiesto J. Acosta Sánchez- como el tipo de régimen correspondiente a una sociedad burguesa en la que ha cristalizado un desarrollo subordinado a otros exteriores y dependiente estructuralmente de éstos. En tal sentido, el Estado de la Restauración puede definirse,

"como la sobreestructura jurídico-política de un capitalismo agrario, vuelto de espaldas a un desarrollo industrial nacional y hostil en última instancia a toda presencia activa de la burguesía industrial". El genio de Cánovas -continúa el autor- "consistió, sencillamente, en ver desde el primer momento que la Restauración no podía ser otra cosa que eso que acabamos de describir. Desde ese reconocimiento lúcido -pero absolutamente conservador y esterilizante- toda su "ingente" tarea consistió en rebuscar en los desvanes del constitucionalismo europeo una fórmula que sirviera, de una parte, para disimular o enmascarar la constitución real del país (desnacionalización de la economía y subdesarrollo político) y por otra, para asegurar su reproducción". (325)

Ahora bien, desde el punto de vista ideológico y en función del planteamiento de nuestro trabajo, creemos que como esta contradicción creada no impedía el desarrollo del capitalismo en España (a base de la dependencia exterior), era inevitable que surgiera una ideología basada en la defensa intelectual de esta contradicción -entre la estructura económica y la estructura política- como una etapa de desarrollo "más alta", como una posibilidad de desarrollo "superior" a la del occidente democrático.

A esta concepción ideológica responde, por un lado, la labor intelectual llevada a cabo por M. Pelayo, y por otro, la teoría restauradora canovista expresada, no sólo en sus planteamientos políticos, sino también en sus ideas sobre la necesidad de una "filosofía de la historia", manifestados por Cánovas en su discurso de contestación a Godoy Alcántara.

5.4. Los Estudios sobre el Reinado de Felipe IV:
La Obra Historiográfica de un Hombre de --
Estado.

Como dejamos señalado al principio de nuestro -
trabajo, esta obra la escribió Cánovas cuando ya con-
taba sesenta años de edad, en plenitud de su poder y -
conocimientos y rodeado de un reconocido prestigio por
ser el restaurador de la Monarquía legítima y "artífice"
de un sistema político consagrado en una Constitución a
la que el mismo se esforzaría en dar forma y contenido.

Por otro lado, su progresivo ascenso al poder,
tras haberle sido concedido "plenos poderes" por la -
Reina Isabel II, le llevaría a convertirse en una espe-
cie de "válido reencarnado", en correspondencia con el
estilo de la monarquía restaurada, al modo tradicional
con que Cánovas la concebía. En este sentido, resulta
comprensible el hecho de que esta obra responda, por su
contenido y planteamientos, a la mentalidad de un hombre
de Estado, de un profesional de la política, más que a la
de un historiador vocacional.

No obstante, nuestra visión de Cánovas como "va-
lido reencarnado" no responde a un mero recurso metafó-
sico, sino que existen datos suficientemente expresivos
para que esta consideración tenga sus fundamentos. In-
cluso se podría decir que no existe precedente de ningún
personaje histórico que haya ostentado tantas atribu-
ciones de poder, ni siquiera el propio Conde Duque. -

Porque, en efecto, si los monarcas más "débiles" de la Casa de Austria solían, al menos, intervenir en la elección de sus "validos", en el caso de Cánovas nos encontramos que no solo será el "artífice" de la Restauración, sino que eligió rey, determinó y encauzó su educación y conducta y casi arregló su matrimonio, configurando de este modo un monarca constitucional que hasta los propios republicanos podían aprobar, pero también haría de Alfonso XII el estadista con menos poder de la historia de España.⁽³²⁶⁾

Sobre estos aspectos de la formación de Alfonso XII, cuya educación estaría directamente encomendada al Duque de Sesto, pero en la que siempre estuvo presente la observación atenta de Cánovas, pueden comprobarse los datos y anécdotas que aporta F. Almagro en su biografía.⁽³²⁷⁾

Sin embargo, a pesar de que las grandes responsabilidades y obligaciones de su cargo le impedían dedicarse con asiduidad a su favorita afición de escribir sobre la historia de España, Cánovas no abandonaría esta actividad, a la que solía retornar en aquellos periodos en que su "omnipresencia" en la vida política del país se veía reducida por las alternativas en el gobierno que el sistema de la Restauración había establecido.

En uno de estos periodos -el de la regencia de María Cristina- en que accede al poder el partido de Sagasta, Cánovas, liberado de los abrumadores deberes de gobernante, dedica su atención a continuar y modificar

con nuevas aportaciones sus estudios sobre la decadencia de España, pero centrando ahora sus reflexiones en torno a Felipe IV y el Conde-Duque de Olivares. El resultado de esta actividad quedaria plasmado en dos volúmenes aparecidos en 1888 y 1889 que componen sus Estudios del reinado de Felipe IV, publicados en la Colección de Egriores Castellanos. Una parte importante de esta obra tiene su inmediato antecedente en los Estudios Literarios, donde se incluyó, como ya señalamos en otro lugar, el ensayo titulado Del principio y fin que tuvo la supremacía militar de los españoles en Europa, con una selección y algunas particularidades de la batalla de Rocroy". Esta primera versión será ahora enriquecida con nuevas notas y un extenso Apéndice de documentos que es, quizá lo que dota a estos Estudios.... de un mayor interés historiográfico.

En efecto, este copioso repertorio documental es una de las características que han de ser destacadas en esta obra, que junto con el Catálogo de nombres propios que le acompañan pone de manifiesto la preocupación de Cánovas por ofrecer un estudio histórico de mayor autoridad y rigor metodológico.

No obstante, hemos de señalar que si su obra anterior -el Bosquejo histórico de la Casa de Austria- venia avalada por las Relaciones de los Embajadores Venetos, los Estudios de Felipe IV vendrán apoyados en fuentes de igual procedencia diplomática y de similar caracter

aristocrático y militar, pero correspondientes, sin embargo, a documentos españoles.

Por otro lado, hemos de observar también que es tos Apéndices documentales ocupan una parte sustancial en el conjunto de la obra, a los que preceden, en el primer tomo dos estudios preliminares: la Separación de Portugal, texts y reflesiones y la Negociación y rompi- miento con la República Inglesa.

En cuanto a los citados Apéndices están clasificados en Tres Series, la primera incluye Documentos referentes a la separación de Portugal; la segunda, a la política exterior de España durante los años que precedieron a la revolución y separación de Portugal, y la tercera, Opiniones de los Embajadores venecianos sobre el Rey Felipe IV, D. Baltasar de Zuñiga y el Conde-Duque de Olivares.

El segundo volumen corresponde integralmente al ya citado Estudio sobre la Batalla de Rocroy, al que preside una dedicatoria de Cánovas "a la memoria del Capitan General D. Leopoldo O'Donnell duque de Tetuan, insigne mantenedor de la gloria de nuestras armas en tierras extranjeras". El resto del volumen lo ocupa igualmente Tres series de documentos. La primera referente a Noticias y documentos respecto a la milicia española en los tiempos de su mayor preponderancia, y en los de su decadencia; la segunda, Relaciones de batallas y consultas con ocasión de ellas del Consejo de Estado;

y la tercera, Sobre la falta de recursos pecuniarios para la guerra durante el reinado de Felipe IV.

En cuanto a las características de esta obra de madurez de Cánovas, creemos interesante destacar que se trata de un estudio que ha de ser analizado en función de la evolución historiográfica de su autor. En este sentido, los Estudios de Felipe IV tienen un sentido de recapitulación en las apreciaciones de Cánovas sobre la decadencia, cuyas responsabilidades políticas son contempladas ahora desde la perspectiva de un hombre - de Estado. Por todo ello, la obra presenta también un aspecto que debe ser destacado y es el carácter de rectificación a muchas de sus interpretaciones anteriores, aspectos ambos que deben ser observados en función de la propia evolución ideológica de su autor, a la cual nos hemos referido a lo largo de este trabajo.

En las "cuatro palabras del autor a los lectores", que a modo de advertencia preliminar anteceden a los Estudios, Cánovas nos ofrece una visión retrospectiva del conjunto de su obra, en donde la Historia de la Decadencia es valorada en los siguientes términos:

"Obra incompletísima por fuerza y salpicada de graves errores, nacidos de no haber ejecutado por mi cuenta investigaciones directas y formales, sujetándome a lo impreso ya por otros en cuanto a la exposición de los hechos. Pero como a estos - - corresponden los juicios naturalmente, resultan también plagadas dichas páginas de injusticias, que, no por ser comunes y andar todavía acreditadas, han empeñado menos mi conciencia en desvir-

tuarlas después, tanto y más que con argumentos y razones, por medio de testimonios fehacientes, y en virtud de un examen mucho más atento y profundo de cosas y personas".

Continuando esta visión retrospectiva, otro dato aclaratorio de su obra historiográfica, es el que se refiere a su Bosquejo Histórico de la Casa de Austria, - que le supuso -dice- "la ocasión que esperaba y apetecía, para descargar mi conciencia, rectificando casi por completo los errores e injusticias esenciales que mi Historia de la Decadencia encerraba".

No obstante, su interés por ampliar aspectos o acontecimientos no suficientemente desarrollados en el Bosquejo, le llevarían a escribir "en diversos tiempos artículos y apusculos" que, de acuerdo con un proyecto más ambicioso formarían su futuro "Bosquejo, Sumario o Juicio crítico de la Casa de Austria de España", o - como el dice: "cualquiera de estos que sea el título que ponga, en fin, a mi trabajo principal, cuando después de revisto y corregido, lo de nuevamente a la imprenta en esta propia colección de Escritores Castellanos".

En función, pues, de este proyecto, y a la espera de poder realizarlo, Cánovas contribuye a su consecución con trabajos parciales, entre los cuales deben ser incluidos -según dice el autor- "la publicación especial que ahora se hace bajo el título de Estudios del reinado de Felipe III".

Por otro lado, es interesante señalar que las observaciones del autor ratifican nuestra consideración, ya señalada anteriormente, de que en el conjunto de su obra sobre los Austrias españoles, el Bosquejo Histórico constituye la obra fundamental donde aparecen ya - perfilado lo que será más tarde su versión más completa y definitiva sobre este periodo histórico. En este sentido, la Observación de Cánovas sobre la valoración que ha de concederse a los citados estudios parciales no puede ser más explícita: "Tratase -dice- de escritos aislados, cuyo enlace únicamente ha de verse en la principal obra, hasta hoy conocida bajo el título de Bosquejo Histórico de la Casa de Austria en España."

En relación a estos trabajos creemos oportuno recordar el interés con que fueron estimados por Menéndez Pelayo a quien le bastaría el estudio de Cánovas sobre la batalla de Rocroy para emitir su prestigiosa opinión en una carta dirigida a "Clarín" en 1887.

"Todos estos estudios y otros muchos que andan dispersos ...son, a mi entender, trabajos históricos notabilísimos, fragmentos si usted quiere, pero fragmentos tan buenos como muchos que pasan por óptimos en Francia y en otras partes. Si usted los lee con ánimo sosegado, convendrá conmigo en que Cánovas no ha escrito una Historia larga y monumental por falta de tiempo, pero no por falta de entendimiento ni de ciencia (...) Conozco pocos españoles, si es que conozco alguno, que tenga la vocación de historiador en tanto grado como Cánovas". (328)

Es claro que la posible objetividad de este juicio responde a la identificación ideológica que unía a ambos "representantes" de la Restauración, según la cual, la producción historiográfica de Cánovas nunca hubiera aparecido en una obra inquisidora como los Heterodoxos Españoles, sino, en todo caso, en una hipotética obra donde figurasen, como "Ortodoxos españoles", los más dignos representantes de la tradición católica y monárquica. Por otro lado, la respuesta "heterodoxa" de "Clarín" sería su folleto sobre "Cánovas y su tiempo", al que ya nos hemos referido, y donde la crítica mordaz e implacable de su autor nos deja una imagen de Cánovas desmitificada y hasta grotesca en todas sus facetas.

Ahora bien, dejando aparte esta digresión anecdótica, los Estudios del reinado de Felipe IV han de ser contemplados teniendo en cuenta los aspectos ya señalados y que a continuación concretamos: En primer lugar, no se trata de una obra lineal o de conjunto, como las dos anteriores, sino fraccional, es decir, formada por una serie de estudios parciales cuya temática ya había sido abordada por su autor pero que aparecen aquí más precisados o rectificadas en sus principales manifestaciones y avalados por un extenso acopio documental.

En segundo lugar, dichas precisiones deben ser analizadas en función de la propia evolución historiográfica de su autor, relacionada, a su vez, con la evolución política de Cánovas, cuyos aspectos se ven reflejados en la citada obra a través de las apreciaciones

realizadas desde la perspectiva de un hombre de Estado identificado con la ideología legitimista de la Restauración. Y por último, la citada obra debe situarse cronológicamente en el contexto histórico de la Regencia de María Cristina, cuando Cánovas, retirado del poder, aborda de nuevo sus estudios sobre la decadencia, catorce años más tarde de haber publicado su Bosquejo Histórico en 1869.

Sin embargo, aparte de estas consideraciones, creemos oportuno señalar también que los trabajos recogidos en los citados Estudios, aunque estén referidos a acontecimientos más decisivos y puntuales de la decadencia española, tienen aquí un tratamiento más específico al ser enfocados desde la perspectiva de una política internacional, lo que sin duda le confiere ese carácter de "obra de Estado". En este sentido, el tema de la decadencia se podría decir que sufre un cierto giro en su visión interpretativa que tal vez viene condicionado por las características de las relaciones internacionales contemporáneas del período histórico europeo en cuyo contexto Cánovas había venido "observando la decadencia de los pueblos latinos". A este respecto es digno de destacar la sensibilidad de Cánovas ante la complejidad de los problemas y tensiones internacionales, a cuya atención dedicará una buena parte de las conferencias pronunciadas en el Ateneo durante el año 1870, dos de las cuales abordaban el tema de Las transformaciones -- Europeas en 1870, y otra, La guerra Franco-Prusiana y

la supremacía germánica en Europa. En su exposición de argumentos se destaca especialmente la admiración de Cánovas por la prepotencia de la Alemania bismackiana, en contraste con la decadencia de España y de los pueblos latinos, como se pone de manifiesto en los significativos epígrafes temáticos de su disertación: "El triunfo de Alemania, ejemplo vivo del vigor y de la persistencia de los gérmenes históricos", "Impotencia de la España actual para contrastar, como en otro tiempo, la personalidad germánica", "La decadencia total del mundo latino, fruto natural, aunque tardío, de la decantada política de Richelieu"; "Europa, o germánica o latina", "El esclavismo como tercer factor en la historia de la civilización europea", "Supremacía, no solo militar, sino científica de Alemania", etc.

Ahora bien, además de esta admiración por la Alemania de Bismarck, fruto también de la inclinación militarista de Cánovas y de su concepción autoritaria del poder, lo que interesa destacar en sus reflexiones ante los problemas contemporáneos es su agudeza por detectar con una amplia visión política el carácter antagónico de las citadas relaciones internacionales. De ahí que en sus disertaciones en el Ateneo aparezcan ya manifestadas las ideas fundamentales de Cánovas respecto a la situación internacional, cuyas características responden, por otro lado, al periodo imperialista del último cuarto del siglo XIX: a) el ya citado antagonismo latino-germano; b) el auge del colonialismo y c) la división del mundo en grandes y pequeñas potencias. (329)

En este contexto histórico, la actitud que desea y preconiza Cánovas para España es una extremada prudencia en los asuntos internacionales que debia manifestar se en una política de neutralidad, evitando los peligros que un enfrentamiento podria suponer para una pequeña - potencia como era España. Sin embargo, no se puede sos- layar que las contradicciones ideológicas de Cánovas se pondrian de manifiesto en relación, sobre todo, a la po- lítica cubana, donde aparece su profunda convicción por las medidas de fuerza, adoptando una actitud de obstina- da intransigencia y beligerancia a ultranza, que nada tienen que ver con el famoso "realismo" y prudencia ca- novistas.

No obstante, seria injusto imputar sólo a Cáno- vas dichas contradicciones, puesto que en realidad res- pondían a las características de las relaciones exterie- res de España durante el siglo XIX y a sus condiciona- mientos en el ámbito europeo, sintetizados por el profe- sor Jover en los siguientes aspectos:

"Situación de pequeña potencia, a la que queda relegada tras el final de las guerras napoleó- nicas; marginalidad territorial dentro del es- pacio geopolítico mediterráneo; pasividad polí- tica internacional, tras el cansancio de su - actividad de potencia mundial en los siglos - precedentes. De ahí también -como dirá el cita- do autor- que "la política exterior del período comprendido entre la revolución de septiembre y la Restauración muestra una notable mezcla de impotencia diplomática -consecuencia directa de

la aguda inestabilidad interior- y de implicación más o menos pasiva en problemas internacionales de primer orden" (330)

Por otro lado, no faltan, sin embargo, en el conjunto de la historiografía sobre Cánovas quienes han criticado no sólo su "pesimismo" sino las consecuencias de éste en la prudente posición de Cánovas en relación a la política internacional. A este respecto, queremos hacer referencia a la obra de leonor Meléndez, Cánovas y la política internacional española, cuyos planteamientos ideológicos reflejan una clara identificación con el pensamiento falangista que dominaba en la España "triumfante" de los años cuarenta.

"Este intento de Cánovas de hermanar la Historia y la Política para deducir de aquella las enseñanzas necesarias a la actuación en ésta, es - por demás plausible, sólo que en él, es preciso señalar un inconveniente que le incapacita moralmente para realizar de forma que resultase como consecuencia lo que todo gobernante debe buscar: la grandeza de su patria y más de una patria como España, de tan glorioso pasado. ¿Cuál es este inconveniente? No es preciso esforzarse mucho para demostrar que uno de los dogmas políticos del siglo XIX en España es el de creer en su decadencia, y el autor de la Constitución de 1876, que es un genuino representante de este espíritu decadentista, yerra al interpretar la historia, confundiendo lo que solo muchos años después, en nuestros días, se ha puesto de manifiesto, es, - a saber: que España no estaba en decadencia, sino solamente vencida. Y como lógica consecuencia, al llegar a la actuación práctica que significa la política, equivoca ésta, y no la encamina hacia la grandeza de España, como sin duda pudo haberlo, sino solo a un modesto "ir pasando". (331)

Ahora bien, volviendo a la obra de Cánovas que ahora nos ocupa, los Estudios sobre el reinado de Felipe IV, hemos puesto de manifiesto que el cambio de tratamiento que observamos con respecto al tema de la decadencia, respondía, por un lado, al enfoque internacional dado por su autor a los acontecimientos en ella tratados, y por otro lado, dicho enfoque estaría relacionado con ^{los} condicionamientos históricos que caracterizan el periodo imperialista europeo de los años ochenta del siglo XIX.

En este sentido, consideramos necesario hacer referencia a un artículo de Cánovas publicado en La Epoca en 1887, que lleva por título "La crisis actual de Europa con relación a España". En él aparecen aún más concretadas sus ideas sobre la situación internacional, cuyos planteamientos ayudan a comprender mejor el tratamiento observado en sus Estudios, publicados al año siguiente.

"Lo que caracteriza determinadamente -dice Cánovas- la época en que vivimos es, por un lado, el planteamiento de cuestiones de fuerza, o, - más propiamente hablando, que no esperan una solución sino de la guerra, y, por otro lado, la profunda perturbación, y hasta el desquiciamiento, que se ha introducido y se va extendiendo visiblemente cada día más en los principios e instituciones y, por consiguiente, en la vida de los pueblos que hasta tiempo reciente habían ejercido en Europa y en el mundo, por virtud de esos principios y de esas instituciones, la supremacía no sólo política, sino también la intelectual y la moral". Y después de referirse al

creciente aumento de las fuerzas de los ejércitos, continua diciendo: "Resulta de todo, si se medita fría y serenamente sobre lo que tenemos delante de los ojos, y es inútil pretender negar, que no hay otro modo de considerar la situación que examinamos sino como de guerra inevitable y fatal, toda vez que el estado de guerra está ya - en las cosas mismas, y que se palpan, por decirlo así, las apariencias de que, como en otras épocas análogas de su historia, la Europa se halla, si no en la presencia inmediata, a distancia medible sin embargo ya con tolerable exactitud a simple vista, de uno de esos sacudimientos o transformaciones, evoluciones, si se quiere en que la fuerza tiene la última palabra, que alcanzan necesariamente a los intereses, al parecer, más distantes o remotos, y concluyen por establecer estados de cosas nuevas, redistribuyendo el poder de los pueblos, con la supervivencia, para seguir la teoría de la evolución, de los más actos y los más dignos, que en este caso quiere decir de los que poseen la superioridad real y la fuerza material preponderante, intelectual, político y moral" (332)

Como puede observarse la citada referencia constituye un texto que podría considerarse representativo no sólo de la capacidad de Cánovas para analizar la situación internacional sino también de los planteamientos ideológicos del periodo imperialista donde van a cobrar nuevo auge las teorías racistas de Gobineau, del darwinismo social y del vitalismo nietzscheano, algunos de cuyos aspectos están presentes en el texto de Cánovas.

Con estos planteamientos que han de ser tenidos en cuenta, Cánovas aborda de nuevo el tema de la decadencia en sus Estudios, donde los temas militares referidos a la Infantería Española ocupa una parte sustan-

cial de la obra, así como la separación de Portugal, cuya independencia de España se debería, según el tratamiento del autor, a la debilidad de una política mantenida allí desde Felipe II:

"El no haber aplastado a la revolución en su origen, cual era fácil, puesto que la quería el partido protestante, a toda costa, y cualesquiera que fuesen sus concesiones, constituye la única falta esencial que Felipe II cometió en Flandes. Aconteció allí, en resumen, lo que por todas partes acontece, que la debilidad del mando obliga tarde o temprano a los gobiernos, primeramente a exagerar sus rigores, y luego a sustentar dudosas luchas, si no prefieren entregarse a merced de sus adversarios, que es lo que hizo a la postre España en Portugal" (333)

Ahora bien, en cuanto al tratamiento global de su estudio sobre la Separación de Portugal -sobre el que vamos a centrar nuestra atención por considerarlo de mayor interés histórico que los referidos a temas esencialmente militares- Cánovas se propone, en primer lugar, ampliar y comentar dos obras que son utilizadas como referencia historiográfica: "El título de la primera -dice- es esta: "De la conquista y pérdida de Portugal", bajo el cual se lee una historia que entre los papeles de D. Serafin Estebanez Calderón quedó inédita... la segunda, y más reciente, consiste en unas ingenuas y sin duda verídicas Memorias de su propia vida, y principalmente de sus campañas en Portugal, que D. Felix Nieto de Silva, marqués de Tembrón, legó a sus hijos manus-

critics, loscuales posan ahora en el Archivo del duque de Moctezuma".

No obstante, en la valoración de Cánovas sobre ambos escritos se advierte el carácter anecdótico con que se relatan los hechos y que se refieren fundamentalmente, a los errores cometidos por los Grandes de España y que provocarían repetidas derrotas y sobre todo el desprestigio de la Infantería española. "Pero lo que falta -dice- es justamente lo que se intenta suplir con estas páginas", es decir, "los orígenes y las fundamentales causas políticas o militares de la pérdida de Portugal".

En segundo lugar, y en función del citado planteamiento, el objetivo de Cánovas es, en efecto, mucho más ambicioso puesto que se propone analizar la Separación de Portugal no tanto en su momento culminante de la ruptura con la monarquía española, sino como un proceso histórico que le lleva a indagar, desde los orígenes mismos de la anexión, en los siguientes aspectos:

"La conducta de España en Portugal desde el comienzo de la incorporación, juzgando en especial lo que hizo o dejó allí de hacer Felipe II", a continuación, examinar "con algún detenimiento la política de Felipe IV, o del Conde-Duque, no tan solo en lo tocante a aquel reino, sino - bajo todos conceptos congruentes e interesantes, y "por conclusión, se indagan y establecen sucesivamente las responsabilidades de todos en la

corta vida y mísero término que tuvo nuestra uni
dad nacional". (334)

Ahora bien, si esta obra debe ser analizada te-
niendo en cuenta la propia evolución historiográfica de
su autor, conviene recordar que si en el Bosquejo Histó
rico se encontraban las rectificaciones a su primera
obra de juventud -iniciando una línea interpretativa
de vindicación de los Austrias y más concretamente de
la figura de Felipe II- en los Estudios aparecen ya cla-
ramente manifestadas.

A este respecto, merecen una especial atención
las reflexiones que Cánovas expone a continuación, donde
puede observarse no solo la autoridad con que expresa
el acierto de sus opiniones, sino también el hecho de
que su crítica historiográfica se dirija precisamente
a la Casa de Borbón y a la escuela liberal, culpando
a ambas de la responsabilidad de haber obstaculizado
"toda tentativa de imparcialidad" respecto a la dinas-
tía austriaca:

"Muchas de las consecuencias que de textos y
reflexiones deduce el autor de estas páginas,
han de parecer a algunos peregrinas y osadas;
pero no serán sino imprevistas de parte de -
ellos, por falta de examen suficiente; que -
cualquiera que hubiese estudiado de veras el
asunto, no es de creer que las hallase contra-
rias. La Casa de Borbón, ganadora, tras de una
guerra encarnizada, naturalmente ahogó en la
historia, hasta sin poner nada de su parte, y
por el curso natural de las cosas, toda tenta-
tiva de imparcialidad respecto a los reinados
de la dinastía austriaca, quedando sus Monarcas

y sus Ministros por igual indefensos, durante - todo el siglo anterior, de las posiciones extran- jeras y de las murmuraciones, que nunca escasean sus compatriotas mismos a los hombres que gobier- nan, sobre todo si por sus culpas o las ajenas no son felices. La escuela liberal española ni pensó, ni quiso hacerse cargo de rectificar - - más tarde lo que hubiese de injusto en los jui- cios vulgarmente acreditados respecto a sus go- bernantes que se sirvieron de la Inquisición - como instrumento político y religioso, cuando sus peculiares principios pedían a voces que se suprimiera. No pudo alabar tampoco a gobernantes en cuyo tiempo, sin que nadie se tomara el tra- bajo de averiguar bien la causa, dejaron de ce- lebrarse Cortes. Ni vió más por otra parte sino que habíamos sido prepotentes en el mundo, 'y ya no lo eramos." (335)

Sin embargo, la crítica de Cánovas a la escuela Liberal no se detiene en los aspectos, sin duda discuti- bles, de la interpretación historiográfica, sino que la interferencia del "hombre de Estado legitimista" aparece aquí interceptada para referirse también a las responsa- bilidades de los liberales de Cádiz respecto a la Eman- cipación americana:

"Ciertamente es que, aún después de haber perdido tanto, todavía reina muchísima mayor indulgencia en España respecto a los que tan mal defendieron las Américas, que tocante a los que dan asunto a las siguientes páginas".

Ahora bien, después de estas observaciones y a la hora de abordar el contenido de su estudio sobre la Separación de Portugal, el criterio metodológico que hemos

creído más acertado es repetir el propio planteamiento de su autor, haciendo referencia a sus reflexiones con respecto a los tres puntos ya señalados.

En relación a la política seguida en Portugal - por Felipe II, Cánovas toma como punto de partida las aportaciones de Alejandro Brandano, un historiador portugués, aunque nacido en Italia, "testigo de los sucesos que siguieron al levantamiento y favorecidísimo por la Casa de Braganza, según confiesa el mismo en el prólogo de su obra".⁽³³⁶⁾

Su visión, lógicamente hostil a la política de la Monarquía española, le sirve a Cánovas para rebatir sus opiniones y poner de manifiesto los errores que, a su juicio, fueron los que sirvieron de precedente a la posterior separación de Portugal:

"Braudano -dice Cánovas- ardiente enemigo de España, que, si confesó la verdad, no hubo de confesarla sino a pesar suyo, pretendió que generosidad tan tamaña (se refiere a la opinión del autor sobre la sospechosa condescendencia de Felipe II respecto a Portugal) se explicaba tan sólo suponiendo el oculto propósito en Felipe II de no cumplir nada de lo prometido, que era de lo que se acusaba a su nieto, aunque no con mucha más razón. En buena lógica debió inferir que aquel Rey, que, después de allanado Portugal en gran parte por fuerza, otorgó, a la cabeza de un ejército triunfante, y sin peligro alguno exterior que por de pronto le amenazara, tan exorbitantes privilegios, y cumplió religiosamente lo prometido durante su vida, protegiendo y aún engrandeciendo a una Casa

que con más o menor vigor le había disputado el Trono, en vez de echarle del Reino, era el menos malintencionado y tiránico que han conocido los siglos. Que para decir la verdad entera, no solamente es falso que fuese en Portugal tirano Felipe II, sino que ni siquiera mereció allí el título que en general merece de Prudente".(337)

Para Cánovas, en efecto, la debilidad de la política seguida por Felipe II en Portugal, fue uno de los mayores errores que harían inevitable la posterior separación. Sin embargo, lo que interesa destacar es el juicio de Cánovas a la hora de interpretar dichos errores, donde puede observarse su inequívoca vocación por las medidas de fuerza, así como el talante militarista que en él se refleja. Su exaltación por un Estado fuerte "a la alemana" -como dirá en otra ocasión- le lleva a identificar la política de Felipe II, con la de los "modernos gobernantes parlamentarios", lo cual no deja de constituir un dato significativo para ilustrar cuáles eran las profundas convicciones políticas de Cánovas -sobre el parlamentarismo. En abierta y radical oposición a la opinión de los historiadores portugueses -Rebello da Silva y Brandano- que se "inclinan a pensar que Felipe II obró de aquella manera porque le obligaban a disimular y sufrir las circunstancias", Cánovas responde con la siguiente argumentación:

"Poco tiene de particular que, sometidos a apasionados prejuicios, busquen interpretaciones malévolas los portugueses a hechos de por sí solos clarísimos. ¿Qué circunstancias podían obligar a Felipe II a política tan funesta para

sus intereses, después del triunfo completo del duque de Alba, y cuando ninguna eficaz resistencia podía ya Portugal, aunque quisiera, oponer?. ¿El propio Rebello da Silva no se queja amargamente del decaimiento moral y físico de Portugal por aquellos días?.

!Ah! No: Lo único que manifiestamente determinó la blandura del Rey fue una ilusión, más propia de modernos gobernantes parlamentarios que de soberanos omnipotentes; la de imaginar que intereses de su propia naturaleza rivales e irreductibles, se pueden conciliar por medio de halagos, o que la sola condescendencia basta para mantener imperios, ni regimen ninguno político por legítimo o popular que sea (...) Buenos son, sin duda, la generosidad y la benignidad, y no debe desperdiciarse ocasión de ejercitarlas, cuando realmente sea hacedero, en los negocios humanos, más no resultan, por desgracia, útiles sino en tanto que queda irresistible fuerza para recoger y asegurar con facilidad las riendas sueltas, reprimiendo en cualquier momento y con mano dura a los ingratos." (338)

A continuación, alude Cánovas a varios aspectos que ponen de manifiesto que la unión de ambos reinos se apoyaba en ciertos antecedentes históricos. Por un lado, el intento de acercamiento de Portugal hacia Castilla, que se remonta a fines del siglo XV, y por otro lado, el hecho de que la lengua castellana fuera utilizada por los portugueses: "El propio Camoens -dice- fundamento principal de la literatura, y por tanto de la lengua portuguesa, escribió primorosamente en castellano, empleándolo asimismo por maravilloso modo muchos de los jefes o mantenedores de la revolución de 1640". Y por último cita Cánovas también el hecho de que españoles y portugueses pertenecen a la misma raza, "porque es

evidente que somos todavía más unos, que muchos de los italianos o alemanes que están reunidos en la actualidad".

Sin embargo, Cánovas reconoce, a pesar de las anteriores consideraciones, que la incorporación de Portugal no era "materialmente útil a los portugueses". No lo era -dice- "ni con mucho, fácil ni aún probable, en paridad, dadas las condiciones con que existía la Monarquía española, por todas partes rodeada de emulaciones o opuestos intereses, y obligada a sustentar en el mundo una posición, no tan sólo de primer orden, sino por lo común predominante".

No obstante, el problema fundamental para Cánovas radica en que los portugueses eran indiferentes a la política imperial castellana, "a la prepotencia y a la unidad nacional, aún más indiferentes, por lo reciente de su unión, que lo fuesen los aragoneses, catalanes, valencianos, navarros y vascongados, y eso que estos, en su mayor parte lo eran también".

Reconociendo Cánovas todos estos condicionamientos y rechazos por parte de los portugueses, se puede observar que su criterio interpretativo no responde, en realidad, a un tratamiento histórico, sino en función de un planteamiento político, condicionado tanto por su evolución ideológica cada vez más próxima al autoritarismo, como por las teorías dominantes de la época imperialista y donde de nuevo aparece su admiración por el gobierno alemán. He aquí su razonamiento:

"Por todo esto junto, merece todavia menos disculpa el que dejase las riendas del gobierno tan por el suelo la benigna pero imprevisora y antipolitica confianza de Felipe II...porque, es bien claro que el sentimiento y el deseo de la unidad nacional debian ser harto más vivas en su animo que en sus pueblos, aunque no fuera sino por lo que importaba a su poderio y al de sus sucesores. Para obligar, en el interin, a la Casa de Braganza a trasladar su residencia a Madrid, y hasta fuera de la Peninsula, ¿hubiera necesitado acaso rigor tan grande como el que emplea ahora el gobierno alemán en las antiguas provincias - germánicas recién conquistadas?.

La unión -concluye Cánovas- existió de milagro, en suma, los cortos años que existió, y aún eso se explica solamente por la paz en que vivió España, y la consiguiente integridad de sus fuerzas, durante el pacífico ministerio del duque de Lerma, y la mayor parte del reinado de Felipe III" (339)

En otro lugar de la obra, se refiere también a Felipe II enjuiciando no tanto su política en Portugal, sino su figura como monarca, de ahí que nos parezca - oportuno referirnos a ello por cuanto en este juicio de Cánovas se refleja su visión sobre el citado monarca, definitivamente alejada de la influencia liberal que aparecía en su primera obra sobre la decadencia.

"Lo cierto es que, aunque Felipe II fuese con efecto, un rey papelista en vez de ser un Monarca paladin, como su padre, y aunque inspirase, dicho sea de pasada, tan escaso terror a sus vasallos, que se le pudiera así motejar en papeles, que, si no estaban inmediatamente destinados a la estampa, cualquier casual suceso po

día poner en su mano, todavía halló modo de sacrificarse más al desempeño de su oficio que - ningún Monarca de su tiempo y que todos los que han gobernado antes o después. Hiciéronlo, - pues, grande, aún juzgando a la moderna las cosas, su aplicación y atención increíbles a los negocios del Estado, su profundísima sagacidad y ordinaria prudencia, su talento incostestable, su vasta comprensión del fondo y los detalles de las infinitas cosas que por su mano pasaron. ¡Así hubieran sido sus sucesores!

Ante este retrato elogioso y casi panegirico de Felipe II, a cuyo objetivo se habia dedicado desde su obra anterior, Cánovas sólo encuentra dos defectos que pone una debil sombra en esta imagen llena de luces y de aciertos:

"Su mayor defecto político estuvo también en extremar la templanza y la espera, antes de obrar, hasta un punto que rayaba en irresolución, y hasta en flaqueza a veces" (...) Y - por otro lado, "el que dadas las circunstancias de la época, fueran una desgracia las pocas aficciones militares de Felipe II" (340)

Siguiendo el planteamiento inicial de la obra, el segundo tema que trata Cánovas con especial atención y detenimiento es "la política en Portugal de Felipe IV con el Conde de Olivares, duque luego de Sanlúcar, por primer Ministro, o sea por privado o valido, cual se decía a la sazón".

Para su estudio el autor se basa en primer lugar,

en los datos aportados por el propio Conde-Duque recogidos -dice- "en unos Papeles, o sea, Memoria suya, que parece imposible que no corra más, en que dió cuenta al Rey de la situación en que halló las cosas. El título es el siguiente: "Papeles que ha dado a Su Majestad el Conde-Duque, gran Canciller, sobre diferentes materias del gobierno de España y sus agregados".

Cánovas hace constar, en nota a pie de página, que el ejemplar utilizado es el que se halla en la Biblioteca Nacional...E.84, y "poseo, además, otra copia sacada de la Biblioteca de Toledo...Sección de varios.. Tomo XI". Sin embargo, a pesar de estas precisiones, el autor no especifica la fecha del documento, aunque dada la importancia del mismo y teniendo en cuenta que ha sido utilizado después por cuantos historiadores han tratado el tema, se trata, creemos, del famoso Memorial que el Conde-Duque presentó a Felipe IV a finales de 1624. "Ninguna persona imparcial que lo examine dejará de convenir en que dicho documento está lleno de sagaces observaciones políticas, y las tocantes a Portugal, especialmente, merecen singular atención".

No creemos necesario reproducir aquí la larga cita que expone Cánovas a continuación, pero sí destacar que en ella se hace referencia a las quejas de los vecinos que apenas veían a su rey, así como la necesidad de otorgar cargos importantes en la administración del Estado, a la nobleza portuguesa, e igualmente, "poner

remedio a los cristianos nuevos de aquel reino".

Ahora bien, teniendo en cuenta que para Cánovas la independencia de Portugal se debió fundamentalmente a los errores de no haber aplicado una política de firmeza, desde el momento mismo de su incorporación a la monarquía hispánica de Felipe II, la valoración que hace del citado documento responde, en efecto, a este planteamiento inicial, de ahí que su crítica respecto al Memorial se centra en que el Conde-Duque, continuando esta tradición de benevolencia con los portugueses, no alude a la "imprudencia con que se consintió a la casa soberana de Braganza".

"No se propondría, por cierto, Olivares adular en este papel secreto a los portugueses. De una materia se trata en esa Memoria, la unificación de España...pero ciñendonos al conjunto, no cabe negar que los propósitos del Conde eran por extremo justos y benévolos hacia los portugueses. Ninguna alusión hay, conforme queda indicado, a la imprudencia con que se consintió a la Casa soberana de Braganza en aquel reino, después de la incorporación, porque a su autor se le vedó sin duda el respeto que inspiraba la memoria de Felipe II a su nieto, y aún a todos los españoles". (341)

Cánovas parece estar convencido de que el Conde-Duque a pesar incluso de su inexperiencia como hombre de gobierno en aquellas fechas, tenía que saber estos errores de origen:

"porque ¿puede creerse -dice- que ni el Ministro mismo, con ser novicio, ni mucho menos los expertos políticos que encerraba el Consejo de Estado español, tan respetado en Europa, y cuyas opiniones oían siempre con atención al Rey y sus Ministros, aunque no las siguieran siempre, desconocieran los extraños errores de conducta de Felipe II en Portugal, y el seguro peligro que la Casa de Braganza ofrecía?. No por cierto: si faltasen claros testimonios de lo contrario, parecería de todas suertes inverosímil".

Por todo ello, el análisis de Cánovas sobre Portugal se va a basar más concretamente en otro documento de Olivares, no menos fundamental que el anterior, que es el conocido por "Nicandro". La razón se debe, por un lado, a que ofrece para Cánovas una mayor credibilidad y realismo político por haber sido escrito después de la caída del Conde-Duque -"cuando no tenía ya que guardar tantos respetos"- y por tanto, con toda la autoridad que el desempeño de su cargo había representado. Por otro lado, en las opiniones de Olivares, el mismo Cánovas se ve reflejada su propia concepción sobre el tema, coincidiendo así con una figura histórica en la que encuentra evidentes rasgos de identificación, no solo política, sino también en lo que pudo representar Olivares como un precedente de Cánovas a la hora de analizar la decadencia no desde la óptica de los arbitristas -cuya herencia está presente en Olivares- sino la de un hombre de Estado que tuvo que asumir graves responsabilidades políticas en situaciones de indudable excepcionalidad y peligro.

"El Nicandro -dice Cánovas- especie de manifiesto atribuido a un clérigo apellidado Humena, pero que, fuera su redactor quien fuera, sin sobra de duda inspiró, sino escribió el propio Ministro, en su defensa, puso ya publicamente el dedo en la llaga, según la expresión vulgar, con las palabras siguientes, que deben tenerse por corolario de las de la Memoria anterior: "De la revolución de Braganza y de Portugal, decía el escritor dirigiéndose al Rey, tuvo la culpa su abuelo de V.M, que debió, hallándose con ejército poderoso, y él en Portugal, traerse consigo al duque de Braganza; que nunca varones de tan alto linaje y con pretensiones de rey se han de dejar en provincias conquistadas y que fueron cabezas de imperio, y que por genio propio y aborrecimiento a castellanos desean restituirse a él". (342)

Tras una larga cita, Cánovas acaba observando que este aspecto fundamental de la tesis del Conde-Duque sería también confirmada por el ya citado historiador portugués Rebello da Silva, quien hace referencia, a su vez, a un escritor lusitano, D. Duarte Gómez Solis, autor de un libro aparecido en 1628, titulado "Alegación en favor de la India Oriental", donde "pedía ante todo que no dejasen de haber Familia Real en Portugal, sobre todo un Infante, cuando no estuviese el Rey; y bien se ha visto hasta dónde insistió Olivares en su Memoria, con anterioridad escrita, respecto a este punto".

Además de esta puntualización destacada por Cánovas, el Libro del historiador portugués tiene aún mayor interés por ofrecer, en conjunto, la misma orientación política del famoso programa de Olivares, cuyo fracaso no fue debido -según Cánovas- sólo al Conde-Duque,

sino que, sobre todo, las reformas que afectaban a la Hacienda pública, fueron obstaculizadas, por un lado, por las Cortes de Castilla, que "por sobornados que en general fuesen sus Procuradores, no dejaban de poner, en los detalles de la administración y las cuestiones económicas, reparos continuos, ni de presentar obstáculos, a las veces graves, como se puede ver en las actas del siglo decimoseptimo que guarda el Congreso". Y por otro lado, el Consejo de Hacienda, "rutinario, lento, como los funcionarios muy ejercitados en este ramo suelen ser".

Ahora bien, si un aspecto historiográfico que debe ser destacado en el planteamiento metodológico seguido por Cánovas es estudiar la Separación de Portugal no solo a partir de las fuentes castellanas o más concretamente de la visión política del Conde-Duque, sino también a partir de las propias fuentes portuguesas, sin embargo, a la hora de proceder a su selección se puede advertir una utilización unilateral por parte de Cánovas, para ratificar así su propia concepción política sobre el tema.

Por otro lado, es digno de destacar también, que en la citada selección, el autor concede mayor credibilidad a un texto anónimo, considerado incluso como apócrifo, pero que sin embargo es una obra "digna de cualquier hombre de Estado", lo cual pone de manifiesto no sólo la concepción historiográfica de Cánovas, sino --

también su identificación ideológica con aquellos portugueses "castellanos" cuyas opiniones venían a incidir y criticar la política "benevolente" de Felipe II. He aquí el criterio de Cánovas para clasificar las fuentes portuguesas que a continuación menciona:

"Poco más o menos -dice Cánovas- hacia los días en que salió a luz el Nicandro, corrió impreso el Parecer de un Ministro consultado sobre la - recuperación de Portugal, obra digna de cualquier hombre de Estado, y más útil que otro ningún documento para conocer las causas de la separación, por más que el autor se ignore, y que no falte quien, por razón de la dureza de sus juicios respecto a los portugueses, la suponga apócrifa y publicada para enardecerlos más contra los españoles. Mal puede ser apócrifo, ni haber obedecido a tan perverso deseo un documento donde, bajo el punto de vista de España y sus Monarcas, sin ceder, aunque rudamente, se expone la verdad pura. Tres ardientes impugnaciones en castellano, hay, cuando menos, del dicho Parecer; trabajo - uno de ellos del famoso historiador D. Francisco Manuel de Mello o Melo (343); los otros dos de escritores también portugueses, o judíos, - expulsos quizá, según la sospecha del obispo - Caramuel. Titúlase el primer Ecco Politico, el segundo Epistola apologética a la Majestad Católica de D. Felipe el Grande (344) y el otro, - Discurso del Duque de Alba al Católico Felipe IV (345). Apasionadas impugnaciones las tres, como era natural, pero ineficacísimas para refutar las justas observaciones del Parecer en cuestión".

Dicen lo siguiente algunos de sus párrafos dirigidos al Rey: "La piedad usada por el Sr. D. Felipe II, abuelo de S.M., en el Reino portugués, y la forma que usó con aquellos vasallos, ha sido un fatal pronóstico de las calamidades presentes, no sólo a España, pero a toda su Monarquía. Porque aquel Reino sólo fue conquistado

en el nombre, y no en el efecto, quedando rico y abundante, con los mismos privilegios, y más de los que tenía, los grandes y la Nobleza en sus casas, el pueblo sin opresión" (346)

Cánovas se extiende en una larga cita del referido "Parecer" y reconoce finalmente la injusticia por parte de su anónimo autor al culpar a los portugueses, "porque al fin -dice- era un enemigo de ellos, cual ellos de los castellanos, quien hablaba". Sin embargo, no por ello deja Cánovas de reconocer -puesto que coincidía con sus planteamientos- su total credibilidad y admiración por unas opiniones que a su parecer tenían la garantía asegurada por proceder de un "hombre de Estado". Por ello dirá Cánovas:

"Cuanto exponía respecto al sistema por unos y otros seguido con el reino incorporado y perdido, era muy propio de cualquiera de nuestros - más expertos Consejeros de Estado; y si, con efecto, era Consejero el tal autor, de seguro conoció su dictamen Olivares.

Si hoy, que no alcanza la cuestión otro valor que el de un mero tema histórico, quisiera cualquiera convencerse de una vez del buen juicio con aquel político español juzgó las causas y antecedentes de la revolución de 1640, no tendría que hacer más que considerar atentamente los argumentos de sus ya referidos impugnadores portugueses". (347)

En efecto, el planteamiento de Cánovas sobre el tema de Portugal responde a una concepción absolutista del poder, en función de la cual la separación del país vecino tuvo su origen en el hecho de no haberse aplicado

allí una política de fuerza desde el principio. Esta concepción le lleva a no considerar legítimas las argumentaciones que desde una perspectiva histórica y jurídica planteaban los ya citados "impugnadores portugueses", de ahí la siguiente observación de Cánovas referida de nuevo al argumento que a él le interesa refutar:

"El principal y casi único con que intentan desvirtuar la generosidad imprudente por la virtud de la cual se dejó residir en Portugal a los Braganza, se apoya en admitir hipotéticamente que no fue conquistado, sino heredado aquel país. De aquí deducen que, siendo señores legítimos, por más que los portugueses no les tuvieron por tales, y debieran sublevarseles, de modo alguno les era lícito a nuestros Monarcas tomar precauciones semejantes para impedir el triunfo de sus enemigos, aunque no hicieran en ello otra cosa que acudir a la defensa natural y a los procedimientos que ningún Rey ni Estado ha excusado jamás en tales o parecidas circunstancias". (348)

En el capítulo siguiente Cánovas analiza la política del Conde-Duque a partir de los cargos y responsabilidades que se proclamaron contra él, enfocados desde la perspectiva política de la integridad de España, que constituye uno de los principios más característicos del pensamiento canovista. En efecto, uno de los principales cargos que se formularon, tanto por los portugueses como por los castellanos fue "el de querer juntar en uno los antiguos reinos con que se hallaba constituida nuestra Monarquía". Desde este punto de vista, el

planteamiento de Cánovas viene a ser el que mantuvo siempre a lo largo de su obra sobre los Austrias, incidiendo de nuevo sobre los aspectos ya tratados: la falta de unidad nacional, debido a los particularismos, y como consecuencia de ello, la ausencia del sentimiento patriótico, "por desgracia desconocido, o poco menos, de los vasallos o súbditos de Felipe IV, aún sin salir de la península".

Tomando esto en cuenta, dirá Cánovas,

"Injusto sería, pues, culpar en especial a los portugueses, que si fueron los que más lo demostraron con su separación definitiva, también eran los que menos motivos tenían para amar a la patria común. Nuestra unidad nacional no aparecía sino en los ejércitos de Flandes, Italia, o Alemania; allí donde al grito de España o cierra España, - los nativos todos de la Península que iban juntos y juntamente eran aborrecidos a título de conquistadores, o simplemente de vencedores, tenían por fuerza que ayudarse peleando en los combates con igual ardor". (349)

Por otro lado, Cánovas reconoce en el conjunto de "agravios" contra Olivares, algunos que considera menos falsos, aunque no por ello deja de ser acertada su política. Uno de estos agravios era la supuesta transgresión del principio particularista y antinacional, que necesariamente implicaba la aplicación de su programa político, y en segundo lugar, los sacrificios, especialmente de dinero, que exigía la guerra que en tiempo de Conde-Duque mantuvo España.

En función del planteamiento político de Cánovas, dichos agravios dejan de ser tales si se tiene en cuenta el sentido de la dignidad y del honor patriótico, que constituyen para el autor principios sagrados a los que no se puede renunciar:

"¿Qué habrían dicho más tarde los ásperos censores patrios de la Casa de Austria, si Felipe IV, o su primer Ministro, abandonaran sin resistencia la partida, consintiendo o fallando por sí mismos, que dejásemos de ser la gran nación, de que toda vía nos gusta tanto descender? ¿La decadencia de los Estados se ha proclamado voluntariamente alguna vez?

Sin embargo, es en el capítulo siguiente donde Cánovas expone más claramente su opinión sobre el tema, en cuyo enfoque puede apreciarse un tratamiento muy diferente del que observamos en su Historia de la Decadencia. Aquí por el contrario, no existen razones suficientes para responsabilizar al Conde-Duque ni a Felipe IV de un programa político que las circunstancias demostrarían inviable y que acabarían en un gran fracaso. En todo caso, las responsabilidades deben repartirse no sólo entre los gobernantes, sino también entre los pueblos:

"Las responsabilidades de Felipe IV, y sobre todo la del Conde-Duque, en la separación de Portugal, no hay por cuanto se ha dicho que buscarla propiamente en los excesos, violencias o tiranías de su política en aquel país. Para dar a cada cual lo suyo, distribuyendo con equidad las responsabilidades, que es lo que aquí se pretende, no hay que disminuir el menor ápice en la que le toca a nadie

y no se intentará, por de contado. Pero conviene que la historia enseñe a los pueblos toda la parte de culpa que en los acontecimientos suele caberles, abandonando el falso y perjudicial sistema de echarle por entero sobre los gobernantes".(350)

Por otro lado y después de elogiar en repetidas - ocasiones⁽³⁵¹⁾ la figura y la política de Olivares, Cánovas centra su atención en un aspecto fundamental que constituye el más serio interrogante en el conjunto de la estrategia política de un hombre de Estado como era el Conde-Duque: el abandono de la política pacifista mantenida durante la época de Felipe III y que Cánovas consideraba justa y necesaria:

"Lo primero y esencial que se ha de considerar-siempre, cuando seriamente se trate de la política de Olivares, es si provocó él o no la guerra general con Holanda, Francia, la Alemania protestante y a la postre Inglaterra, que facilitó la separación de Portugal, impidiendo además que se recuperase a tiempo, que nos hizo perder el Rosellón, y que en poco estuvo que no nos costase Cataluña"(352)

En este punto la apreciación de Cánovas gira en torno a las intrigas diplomáticas por parte de Francia y más concretamente de Richelieu y "su confidente el P. José, que juntos trabajaron en la larga preparación de la ruptura abierta de Luis XIII con la Casa de Austria". Pero también en este punto Cánovas exime de responsabilidad al Conde-Duque, puesto que su visión de historia-

dor le llevó a contemplar la política de Olivares en el contexto de las circunstancias nacionales e internacionales y en ambos campos, la situación de España era objetivamente inferior a la de Francia, comparación a la que Cánovas se ha referido en otras ocasiones con indudable acierto.

"En aquella materia importantísima -concluye Cánovas- de la concentración y aumento de la Potestad Real, único nombre que llevaba y podía llevar el poder colectivo o nacional entonces, por medio de la estrecha unión de todos los Estados, bajo el gobierno común, preciso es confesar que el Conde-Duque vino a ser un Richelieu fuera de sazón. Más quizá ninguna gente peninsular deba jactarse mucho de haber hecho fracasar tan generosos deseos, porque ninguna preza ha ganado en ello la raza en general. Todo lo - que cabe decir es que Olivares ignoró, por su desgracia, que estaba escrito que los españoles no fuesen unos, ni aún dentro de sus confines naturales, aunque otras gentes en parecidas condiciones, hayan procurado al fin y lo logren ya, con aplauso del mundo, su unidad nacional". (353)

Ahora bien, en el planteamiento metodológico seguido por Cánovas se puede observar dos partes bien diferenciadas. En la primera desarrolla los aspectos ya señalados desde el principio, referidos fundamentalmente a la política seguida en Portugal desde Felipe II y sus sucesores. En la segunda parte, establece una separación temática para centrar su estudio en la situación de Portugal después de la caída de Olivares, enunciando en las siguientes palabras el motivo de sus reflexiones:

"Ya no hay que hablar aquí más del Conde-Duque ni de su política, dentro o fuera de Portugal; pero algo conviene aún decir respecto a lo que ocurrió con aquel país después de su caída (...) Portugal, sea como quiera, se perdió en un sólo día, ¿por qué en tantos años de guerra no se reconquistó? ¿Cómo el restante pueblo de España, mucho más fuerte, no pudo vencer?" (354)

En la respuesta a estos interrogantes se puede apreciar una vez más no sólo su visión de hombre de Estado, más que de historiador, sino también su concepción autoritaria del poder al que va ligado el militarismo canovista.

En este sentido, las características aquí señaladas se interfieren en las reflexiones de Cánovas hasta el punto de hacer desaparecer en ellas las necesarias consideraciones históricas que dicho tema requerían para dar paso a una interpretación exclusivamente militarista que pone de manifiesto la inclinación de Cánovas por las soluciones de fuerza, amparadas en nombre de su peculiar sentido de lo patriótico. Por otro lado, dicha interpretación se corresponde con la rotundidad y firmeza con que expresa Cánovas sus razonamientos: "Ninguna duda debe caber de que lo que de allí adelante y, una vez fiado a las armas el pleito, faltó en España, no fue ya tanto buena política, ni fueron tanto buenas Ministros, cuanto un estado militar suficiente para la reconquista intentada".

A continuación, después de manifestar que ello -

no se debía a que "el valor de los españoles hubiese de un golpe degenerado", puesto que "todo decae en nuestro país con frecuencia, menos la raza", Cánovas toma como referencia para apoyar sus convicciones, una cita del "buen marqués de Buscayolo"⁽³⁵⁵⁾ cuyas argumentaciones, de la más caballeresca y castiza demagogia, queremos reproducir aquí, en parte, para comprobar a que tipo de fuentes recurría Cánovas cuando trataba de ensalzar los valores y la "generosidad" de "nuestra raza":

"¿A dónde está la pretendida corrupción? -se preguntaba el marqués después de la vergonzosa derrota de Castel-Rodrigo- ¿Acaso estos últimos diez años han podido quitar las inmemoriales, ingénitas y siempre continuadas leyes de la generosidad española? No, que no obra tan precipitadamente la naturaleza; y el carácter que imprime el vicio se puede borrar por contrarias costumbres. Son argumentos de la ferocidad y menosprecio de la muerte que persevera en los ánimos españoles, las riñas y pendencias de las calles, pues ninguna nación las ejerce con mayores bríos, particularmente con espadas y rodela, en que tienen natural y suma destreza. Por lo dicho, es necesario referir las calamidades de la Monarquía a otras causas que son obvias y conocidas. Una de las principales es el olvido del arte militar". Y a todo ello apostilla, además Cánovas: "Pudiera haber añadido sobre este olvido evidente de aquel arte en nuestras provincias peninsulares, la ausencia en ellas de espíritu patriótico, al propio tiempo que militar, - aunque cueste decirlo" (356)

Más adelante, y después de hacer una larga disertación sobre las limitaciones y deficiencias militares de los españoles, Cánovas expresa su indignación patriótica responsabilizando de ello a la clase gobernante

del siglo XVII; es decir, "a sus grandes, títulos, mayorazgos, caballeros e hidalgos de menor cuantía, letrados, clérigos e innumerables frailes; los cuales poseían como era natural, con el mayor poder, la mayor cultura. Aquella clase gobernante, como todas, debe ser en la historia responsable del decaimiento, la ignorancia y el egoismo del vulgo, porque está obligada a ser su modelo y su guía".

Por otro lado, la citad aindignación de Cánovas, movida por estos sentimientos de indudable raigambre estamental le lleva a identificar el patriotismo con el espíritu de revancha nacional, haciendo observar con admiración a Francia, cuya clase dirigente supo inculcar en sus subditos este sentimiento de cohesión del que carecía España:

"Y es preciso decirlo: la de Francia, compuesta por modo casi idéntico, respondió mucho mejor que la de España en su caso, con el continuo anhelo que experimentó de revancha nacional, a sus deberes hacia el Rey, hacia el Estado, hacia la colectividad de gentes reunidas dentro de un territorio mismo para hacer vida común entre los demás pueblos; deberes que son los que la palabra patriotismo después de creada, y tal como se comprende hoy, encierra" (357)

Este estudio sobre la separación de Porrrugal, la finaliza Cánovas ofreciendo, a modo de resumen, tres - consideraciones de carácter general sobre los siglos XVI y XVII, centrados en los aspectos ya repetidos a lo largo

de su obra sobre los Austrias españoles: La primera, que los Monarcas de la Casa de Austria "fueron los verdaderos creadores y guardadores de la común nacionalidad hispánica"; la segunda, que a pesar de su grandeza y poderío y "de servicios tamaños a la patria y la raza entera, no alcanzaron del todo sus altos intentos, porque faltó la posibilidad durante la vida de Fernando el Católico, y cuando no el tiempo, el acierto después, para dominar los particularismos"; y la tercera consideración consiste en que si el "dominio casual de territorios tan separados y distantes, nos ocupó sin provecho de la interna y permanente constitución orgánica, que era el superior interés, de ese amplio dominio procedió, no obstante, nuestra excepcional posición, porque metidos en la Península, con el inquebrantable cerrojo del Pirineo a la puerta, ni juntos ni separados habíamos llegado a valer nunca lo que valimos".⁽³⁵⁸⁾

Por último, en relación a su concepción sobre el sentimiento patriótico y el sentido de revancha nacional al que hicimos referencia, hemos de señalar que no se trata sólo de una peculiar manera de entender la historia y el poder político, sino que el carácter ideológico de sus planteamientos, adquiere mayor relevancia en la práctica si tenemos en cuenta la perspectiva del "desastre cubano" y su incidencia en el tramado de intereses que subyacen en la Restauración. En este sentido, son clarificadoras las palabras de Cánovas a este respecto que ponen de manifiesto su identificación con los intereses oligarquicos y esclavistas del sistema, a quienes, en -

gran parte, cabrian las responsabilidades del "desastre".

He aqui las reflexiones de Cánovas que hacen referencia expresa al tema señalado:

"Repitamos también, por último, que si hubo error positivo en recoger posesiones tan dislocadas, imposibles de coordinar por lo mismo en nuestro organismo propio, principalmente incumbe la responsabilidad a los gobernantes de la época del encumbramiento y las mayores glorias, porque los demás se limitaron a conservar lo bien o mal adquirido, con tenacidad igual que, en los mayores apuros de nuestros días, ha defendido todo buen patriota y defenderá siempre España, las Antillas, mientras le queden pocos o muchos medios de luchar." (359)

Siguiendo este razonamiento, Cánovas considera que "quizá fuese más cuerdo", a pesar de las pérdidas territoriales de las plazas de Flandes, el Rosellón y la Cerdeña, "agradecer hoy a la constancia de la Monarquía y a la bondad de Dios, que por lo menos, conservásemos Catatuña".

Por otro lado, la referencia a la situación contemporánea de Alemania se interfiere de nuevo en la visión de Cánovas, condicionando así su valoración histórica que le lleva a mantener una posición ambigua entre el reconocimiento de la propia impotencia de la monarquía para conservar sus territorios y por otro lado el requerimiento nostálgico de su prepotencia. El argumento de Cánovas se basa en que todas las monarquías y los políticos que los

han representado han sufrido derrotas y cosechado triunfos a lo largo de su historia. Pero los grandes personajes que los protagonizaron no deben ser juzgados por tales pérdidas, como lo fueron Felipe IV y el Conde-Duque, sobre quienes "se ha desahogado largamente las iras de nuestro moderno orgullo nacional". Por el contrario, se les debe agradecer y considerar la constancia que adoptaron en la defensa de sus posiciones. "¡Igual habria sido -dice- la suerte de Bismarck mismo, si el ejército prusiano, por uno de los casos de la guerra, quedara en Sadowa vencido!".

La supuesta prudencia de Cánovas en los asuntos internacionales parece sucumbir aqui ante el recuerdo de un pasado imperial y sobre todo ante la necesidad de defender, no solo a la monarquía, sino la política seguida por los dos grandes protagonistas del desastre de 1640. Ambos factores le llevan, por un lado, a contradecir o, al menos, no tener en cuenta, su consideración anterior donde reconocía el hecho de haber sido criticados Felipe IV y el Conde-Duque, afirmando ahora que "los pueblos verdaderamente monárquicos distingúense siempre en que, por severos que con otros sean, nunca levantan ligeramente hacia sus reyes las responsabilidades de las públicas desdichas".

Y por otro lado, ambos factores citados, le llevan -haciendo un alarde de abstracción histórica- a comparar a Felipe IV con el actual emperador de Austria, al que les une una desventura común.

"Tal es la causa -dirá a continuación- de que fuese, a pesar de todo, sobremanera respetado y querido Felipe IV hasta su muerte; venerándose le después de la pérdida de Portugal y el Rose-
llón como antes, con parecida indulgencia, en su ma, a que, por este ejemplo, obtiene hoy de sus subditos el emperador de Austria, no obstante que a su cabeza le falte la heredada corona del Imperio alemán y que haya perdido lo mejor de Italia, porque solo se ven en su augusta persona el involuntario representante de la desventura común"(360).

El último capítulo de este estudio sobre la separación de Portugal no puede decirse, en realidad, que - corresponda a nuestro autor, sino al propio Felipe IV, de ahí la advertencia de Cánovas: "Perdónesenos, aunque no todos lo estimen aquí en su lugar, que copiemos a con tinuación cuantos párrafos, que son los más, ofrecen interés para la biografía interna de Felipe IV".

Cánovas se propone en este capítulo honrar la fi gura del monarca y "conocer al hombre bajo cuyo reinado se deshizo la unidad nacional". No creemos necesario vol ver a reproducir el citado texto, sino hacer algunos - observaciones al respecto.

La necesidad de centrar nuestro trabajo en los - estudios de la Casa de Austria de Cánovas, nos ha impedido proceder a un estudio comparativo con respecto a las obras de otros historiadores de la Restauración que abor daron, sino todo el período austriaco, sí algunos de sus aspectos. Ello podría constituir un nuevo trabajo de in

vestigación que no carecería de interés historiográfico.

Sin embargo, es oportuno recordar aquí ados historiadores de la época cuyas obras hacen referencia expresa al tema tratado ahora por Cánovas y que fueron publicadas casi en los mismos años que los Estudios de Cánovas. La primera de ellas corresponde a Francisco Silvela (1843-1903): Cartas de la venerable madre Sor María de Agreda y del señor rey don Felipe IV, precedidas de un Bosquejo - histórico. 2 tomos, Madrid, 1885 y 1886. El otro autor es Joaquín Sánchez de Toca (1852-1942) y su obra Felipe IV y Sor Maria de Agreda. Estudio crítico. Madrid, 1887.

A ambos estudios parece hacer referencia Cánovas, puesto que no los cita expresamente, pero hemos de reconocer que no era la modestia una de sus virtudes, como el mismo dirá aún faltaba para conocer realmente a Felipe IV el documento que él incorpora en estos Estudios:

"Si no parece indispensable -observa Cánovas- poco se perderá, a lo menos, con que del fondo de aquel Monarca se sepa mucho que generalmente se ignora, aún después de andar impresas las intimas, sentidas y bien intencionadas cartas que escribió por tantos años a Sor Maria de Agreda. Esto que queda por conocer, encuéntrase en un prólogo curiosísimo que de mano propia puso Felipe IV a su traducción de algunos libros de la historia de Italia de - Francisco Guicciardini, códice que guarda La Biblioteca Nacional". (361)

Ahora bien, en la evolución interpretativa que venimos observando en la obra de Cánovas, la figura de - -

Felipe IV, al igual que la del Conde-Duque, alcanzan aquí su paradigma más extremo. Si comparamos el juicio duro y desdeñoso que le mereció en su primera obra, con el alegato panegírico de ésta última, el cambio no puede ser más radical. He aquí la comparación de ambos:

"Tales fueron -dice en la Historia de la Decadencia- los hechos de Felipe IV, a quien llamó el Grande la lisonja vil del Conde-Duque de Olivares; dijose de él con donaire, y no falta quien suponga que lo dijo el mismo en época de amargura y desengaño, que no fue grande sino a manera que lo son los agujeros de la tierra, que mientras más se - arranca de ellos, mayores son". (362)

Por el contrario, en la obra que ahora comentamos, dice sobre Felipe IV:

"Razón tuvieron asimismo los españoles de su época para repeter y amar a Felipe IV, que al fin y al cabo fue un buen Monarca civil, como tantos que la historia aplaude, y su recuerdo, nadie lo ignora, tiene eternamente que vivir en nuestros museos, en nuestros teatros, donde quiera que se busquen glorias al genio español. Su buen entendimiento, su bien conocida cultura en letras y artes, su destreza en los ejercicios caballerescos, su magnanimidad, su dignidad y constancia, su corazón excelente, su vivo amor a España y los españoles, le granjearon simpatías tan profundas, que la tradición las ha guardado hasta nuestra edad, no obstante las severidades de la historia pseudo-filosófica, y vacía de noticias, que a saltos, y como por acaso se ha escrito hasta aquí de sus acciones".(363)

Respecto al citado prólogo de Felipe IV que Cáno-

vas reproduce en esta obra, se trata de un texto que responde a la tradicional práctica regia de relatar, a modo de testamento político, la experiencia y vicisitudes del monarca a su futuro sucesor, para que le sirva de ejemplo y "espejo de príncipes". Tales características están expresamente reflejadas en el texto por el propio Felipe IV:

"Habiendo hecho el estudio que diré adelante, me ha parecido para la consecuencia de esta - acción, mayor luz, e introducción de ella, hacer un epílogo, el más breve que he podido, de lo que ha precedido, para enseñanza y vivo ejemplo de quien pretendo instruir (su hijo según se verá, observa aquí Cánovas), de los escollos en que peligran los Reyes y Príncipes en la parte más sagrada, que es la de la enseñanza e instrucción, mostrándole también los caminos con que de mi parte he trabajado y procurado salir de mi entrada a reinar, para que el lo prevenga con su aplicación y lo reimprima". (364)

Como hemos señalado anteriormente, no creemos necesario reproducir el citado texto, cuyo valor histórico reside únicamente en el carácter justificativo que subyace a este tipo de "testamentos regios". Sin embargo, lo que interesa destacar es, no solo la extraordinaria valoración que le merece a Cánovas, sino la utilización que hace de su contenido, como fuente histórica, para emitir un juicio sobre la separación de Portugal donde el rigor histórico es sacrificado en función de unos - planteamientos que hacen prevalecer las virtudes personales del monarca:

"La modestia, sencillez y dignidad de esta especie de confesión pública excluyen toda sospecha fundada respecto a la verdad de los hechos (...) Y después de bien leída y meditada, ¿habrá ningún portugués imparcial que todavía piensa que, al substraerse al poder de Felipe IV sus antepasados, se substraieron al de ningún imbécil, de ningún egoísta, de ningún hombre indigno o tirano? ¿Tuvo ningún país por entonces, ni inmediatamente después, persona de más noble ánimo como Rey? No por cierto; pero hartos queda demostrado ya, y hasta necio fuera insistir, en que, por más que se hablase de faltas, nunca fué esa, en substancia, la cuestión. Felipe IV era español, y no querían ser españoles los portugueses en general; lo más estuvo ahí, - cuando no todo" (365)

El otro trabajo incluido en los Estudios de Felipe IV lleva el título "Antecedentes del rompimiento como España y alianzas de Inglaterra con Francia y Portugal durante el reinado de Felipe IV". Se trata, más bien, de un extenso artículo cuyo objetivo es dar a conocer la prudencia de Felipe IV y su Consejo de Estado en relación al reconocimiento de la Inglaterra revolucionaria de Cromwell.

El estudio se centra, por otro lado, en las negociaciones llevadas a cabo por el embajador español en Inglaterra, D. Alonso de Cárdenas, quien será el verdadero protagonista y portavoz de la difícil posición que debía adoptar España respecto a un régimen de "regicidas" que amenazaba con romper una alianza necesaria para la monarquía austriaca contra Francia.

La prudencial reserva de esta posición respondía

a la necesidad de hacer frente, por un lado, a la presión ejercida por Inglaterra para que el nuevo Parlamento fuera reconocido por las monarquías europeas, y de otro lado, la resistencia de España a este reconocimiento, a la espera de un posible triunfo de la causa realista del príncipe de Gales, que en palabras de Cánovas, "aún podía ser rey de Inglaterra un día, como lo fué en efecto".

A D. Alonso de Cárdenas le propuso, pues, el Consejo que "sin hacer declaración ni empeño alguno, como de suyo, diese a entender al Parlamento la satisfacción que al rey de España le causaba su buena voluntad". -Y el Rey -dice Cánovas- aprobó esta consulta, ni más ni menos que las anteriores, con un lacónico "como parece". Ninguna dificultad tuvieron que vencer, pues, los Ministros de entonces para practicar semejante política, verdadero modelo de conductas de transacción y eclécticas" (366)

Sin embargo, la ambigua declaración española no encontraría satisfacción en el Parlamento inglés y exigió de España "claras contestaciones y una actitud bien definida", de ahí -dirá Cánovas- que "aunque se pretendió todavía obrar con algún disimulo o reserva, no hubo más remedio al fin que preferir abiertamente al partido de los regicidas, reconociendo sin ambages y en toda forma el gobierno de la revolución". (367)

Esta circunstancia, que introducía cierta norma-

lización en las relaciones entre ambas potencias, con el nombramiento de un representante inglés en España, Mr. Ascham, sufrirán sin embargo, un grave quebranto: "Fue Ascham -dice Cánovas- alevosamente asesinado en su propia casa, a poco tiempo de llegar, por algunos realistas ingleses, residentes en Madrid a la sazón; y aunque el gobierno español hizo cuanto pudo para dar satisfacción y hacer justicia, enfrió ya algo aquel suceso las relaciones de España con Inglaterra".⁽³⁶⁸⁾

No obstante, las citadas relaciones llegarían finalmente a su ruptura, cuyas causas las expone así el autor: "El odio fanático que sus principios puritanos le inspiraban a Cromwell contra España, por ser ésta la más católica de las Naciones europeas, y en especial por causa de la Inquisición, produjeron a la larga el temido rompimiento".⁽³⁶⁹⁾

Donde primero se manifestaron los resultados de este rompimiento y su más inmediata consecuencia, fué en la cesión a Inglaterra por parte del Cardenal Mazarino, del puerto de Dunquerque, que tan importante era para las comunicaciones españolas. Posteriormente comenzaría el acecho inglés a las flotas de Indias sin declaración de guerra, así como a la Isla de Santo Domingo.

Como respuesta a esta situación Felipe IV resolvió, a finales de 1654, que se hicieran represalias "en estos reinos y en las Indias occidentales, de todas las

haciendas y navios que hubiera en los puertos, pertenecientes a los súbditos del Protector de Inglaterra ⁽³⁷⁰⁾.

Cánovas termina su estudio haciendo una especie de balance histórico de las graves consecuencias que siguieron a esta ruptura con Inglaterra, justificando, no obstante, la política seguida por el Monarca y sus ministros, eximiéndoles de todas las responsabilidades, puesto que los males no procedían de ellas, sino de la adversidad de las circunstancias:

"Funesto fue el tal rompimiento para nosotros por aquellos días, como sabiamente recelaban Felipe IV y sus Consejeros; pero a lo menos ellos pusieron por su lado cuanto era posible para evitarlo. No fue, por tanto, culpa suya que, aliados los ingleses con los franceses, contribuyeran - mucho aquellos en la batalla de las Dunas de Dunquerque a que perdiésemos esta plaza, ni que las propias armas británicas ayudasen al duque de Braganza, como eficazísimamente le ayudaron, para que arrancase de la Corona de España el Reino de Portugal. Esto sin contar con que nos cerraron - casi las comunicaciones con Flandes, y que sus navios nos hicieran considerables daños por todos los mares, dificultando, cuando no impidiendo del todo, la llegada de las flotas de América, que - eran el único recurso poderoso con que para proseguir nuestras guerras contábamos. Todo cuanto en suma, aconteció, después de frustradas aquellas negociaciones con el gobierno revolucionario inglés, acreditó la acertada previsión política con que por España se iniciaron y siguieron hasta que no cupo más. Y si el rey Felipe IV y sus Ministros no alcanzaron, por fin, el buen éxito que buscaban, su conciencia debió quedar satisfecha

con saber que no procedían de ellos los nuevos males con que Dios quiso entonces afligir a su patria. Después de todo, una vez coligado con Francia Cromwell, se alió con el futuro Carlos II España, y ningún fruto obtuvo tampoco de semejante alianza después". (371)

NOTAS

- 1.- Sobre las amistades y relaciones de Cánovas en esta época de formación, Cf. F.Almagro, Cánovas, su vida y su política. Madrid, 1972. pp. 35 y ss.
- 2.- Cf. F.Almagro, op. cit., p. 46.
- 3.- El historicismo ha sido caracterizado por C.M.Rama en base a los siguientes principios que resumimos a continuación: 1) La historia humana es cambio, evolución, devenir perpetuo. 2) No existen verdades, ideas o valores universales y eternos. 3) Cada hecho o proceso histórico tiene una individualización absoluta dada la multiplicidad y variedad de lo humano, aunque admite el uso del método comparativo. 4) No existe una naturaleza humana inmutable. 5) El hombre social es un ser histórico. 6) Los fenómenos psicológicos, sociales, culturales, etc., son históricos, pues el objeto de la historia es la suma de la existencia (...) 7) Todo juicio lógico o vulgar es juicio histórico. 8) Cada época se explica en una unidad, teniendo en cuenta antecedentes, ambiente, etc. 9) Una concepción histórica del mundo sustituye a las concepciones filosóficas o teológicas del mundo. Cf. C.M.Rama, Teoría de la Historia, Madrid, 1968.

Sobre este mismo tema existe una extensa bibliografía, algunos de los más significativos títulos hemos consignado al final de este trabajo. Sin embargo, hemos de señalar aquí un breve y sugerente estudio, recientemente publicado: CRUZ, Manuel, El Historicismo. Ciencia social y filosofía, Barcelona, 1981.

- 4.- Cf. BURY, John, La idea del Progreso. Madrid, 1971, p. 281.
- 5.- Cf. L.P.GOOCH, Historia e historiadores en el siglo XIX, México, 1977, p. 16.
- 6.- Cf. G.LUKACS, La Novela Histórica, Mexico, 1966, p.20.
- 6bis. Cf. CEPEDA ADAN, José, "España en el marco histórico del Romanticismo". En El Romanticismo, Misiones culturales. Ministerio de Cultura, Madrid, 1978.
- 7.- Cf. G.LUKACS, op. cit., p. 23.
- 8.- C.M.RAMA, La Historiografía como conciencia histórica, Barcelona, 1981, p. 46.
- 9.- G. LEFEBVRE, El nacimiento de la historiografía moderna, Barcelona, 1974, p. 165.
- 10.- Cf. D.Serafin Estébanez Calderón ("El Solitario"), en el Prólogo a La Campana de Huesca, de A.Cánovas del Castillo. Ed. Tebas, Madrid, 1976.
- 11.- Leopoldo ALAS, ("Clarín"), Cánovas y su tiempo, Madrid, 1887, p. 63.
- 12.- Cf. GONZALEZ BLANCO, Edmundo, Ideario de Cánovas, Madrid, 1931, p. 21.
- 13.- Cf. G.LUKACS, op. cit. p. 25.
- 14.- BURY, John, op. cit. p. 282.
- 15.- Cf. G.LUKACS, op. cit. p. 26.
- 16.- MORENO ALONSO, Manuel, Historiografía Romántica Española. Universidad de Sevilla. Sevilla, 1979, p.579.
- 17.- En todo trabajo historiográfico sigue siendo de obligada consulta y referencia la obra de B.SANCHEZ ALONSO, Historia de la Historiografía Española, Madrid, CSIC, 1941. Sin embargo, nos ha resultado más precisa para nuestro trabajo la ya citada obra de Moreno Alonso, Historiografía Romántica Española.

- 18.- Cf. J. PEREZ DE GUZMAN Y GALLO, en el Prólogo a la Historia de la Decadencia de Cánovas del Castillo, Madrid, 1910.
- 19.- M. Moreno Alonso, op. cit. p. 573.
- 20.- Historia de España desde los tiempos primitivos hasta la mayoría de la Reina Doña Isabel II, redactada y anotada con arreglo a lo que escribió en inglés el Dr. Dunhan, por D. Antonio Alcalá Galiano, Madrid, 1844.
- 21.- Sobre estos aspectos de la Enseñanza, Cf. el estudio realizado por J.L. Peset, S. Garma y J.S. Pérez Garzón, Ciencias y enseñanza en la revolución burguesa, Madrid, 1978.
- 22.- M. Moreno Alonso, op. cit. pp. 239 y ss.
- 23.- La obra fue publicada por primera vez en una edición de la de Mariana en La Haya, el año 1733, en latín. La traducción castellana por D. Vicente Romero en otra de Lyon, en 1737. Otra edición de la última se hizo en Madrid, en 1804.
- 24.- "Historia General de España, compuesta, enmendada yañadida por el P. Juan de Mariana, de la Compañía de Jesús, ilustrada con notas históricas y críticas y nuevas tablas cronológicas desde los tiempos más antiguos hasta la muerte del Sr. Rey Don Carlos II, por el Dr. José Sabau y Blanco, canónigo de San Isidro". Madrid, 1817. Imprenta de D. Lorenzo Nuñez.
- 25.- Cf. F. VILLACORTA BAÑOS, Burguesía y cultura. Los intelectuales españoles en la sociedad liberal. 1808-1931. Madrid, 1980, p. 42.
- 26.- M. Fernández Almagro, op. cit. p. 80.

- 27.- Cf. L.DIEZ DEL CORRAL, El Liberalismo Doctrinario. Madrid, 1945.
- 28.- Cf. "Del Socialismo en 1848". Introducción escrita para la nueva impresión de "Los Problemas del Socialismo", de D. Nicomedes Pastor Díaz. Trabajo reimpreso en Estudios Literarios de Cánovas del Castillo. Tomo II. Madrid, 1868.
- 29.- Cf. M. Fernández Almagro. op. cit. p. 63.
- 30.- Cf. Marqués de Lema, Cánovas o el hombre de Estado. Madrid, 1931, p. 40.
- 31.- Cf. M. Fernández Almagro. op. cit. p. 73.
- 32.- Ibidem, p. 80.
- 33.- Cf. SANCHEZ ALBORNOZ, Claudio, Ensayos sobre historia de España. Madrid, 1973, pp 144 y ss.
- 34.- D. Antonio CANOVAS DEL CASTILLO, Historia de la Decadencia de España desde el advenimiento de Felipe III al Trono hasta la muerte de Carlos II. Madrid, 1910, p. 3.
- 35.- Cf. JUAN PABLO FORNER, en la Introducción a su famosa Oración apologética por la España y su mérito literario (1786), pp. 10 y 11.
- 36.- Cf. Benedetto CROCE, Teoria e Historia de la Historia de la Historiografía. Buenos Aires. 1955, pp. 215 y ss.
- 37.- Sobre la figura y la obra de MARTINEZ MARINA, se ha publicado recientemente un importante y pormenorizado estudio, cuyo autor explica así el objeto de su investigación: "A lo largo del presente siglo la figura de Martinez Marina (1754-1833) ha sido objeto de estudio y valoración desde diferen-

tes ángulos, subrayándose su aportación a la historia del derecho público español, su condición de hombre de la Ilustración, su actitud crítica frente al absolutismo y su protagonismo político durante la etapa final del Antiguo Régimen.

Sin embargo, no ha sido estudiada todavía su contribución a la renovación y desarrollo de la doctrina del Derecho Natural, ni siquiera después de la publicación de sus Principios naturales de la Moral, de la Política y Legislación, en 1933, coincidiendo con el centenario de su muerte, obra en la que el autor, en la etapa final de su vida, define y aclara su posición intelectual. (...) El presente estudio tiene como fin investigar si en sus obras existe, implícita o explícitamente formulada, una concepción del Derecho Natural, y en caso afirmativo mostrar cual es ésta. El desarrollo de la investigación demostrará, como veremos, que tal concepción existe y que los fundamentos en los que se apoya deben buscarse en la doctrina iusnaturalista clásica, especialmente en la que se contiene en las obras de Santo Tomás y de sus intérpretes de la Escuela Clásica Española". Cf. Jaime ALBERTI, Martínez Marina: Derecho y Política. Oviedo, 1980, p.2.

- 38.- M.MENENDEZ Y PELAYO, Contestación al Discurso de entrada de don Eduardo de Hinojosa en la R.A.H. (10 de marzo de 1889) Ref. citada por M.Moreno Alondo, op. cit. p. 492.
- 39.- Cf "Evolución del pensamiento historiográfico sobre las Comunidades" en la obra de J.I. GUTIERREZ NIETO, Las Comunidades como movimiento antiseñorial. Barcelona, 1973.
- 40.- A este respecto es interesante resaltar la obra de Bernhard SCHMIDT, El problema español de Juevedo a Manuel Azaña. Madrid, 1976.

Así mismo habría que resaltar también las obras de Costa, Picavea o la de Lucas MALLADA: Los males de la Patria y la futura revolución española. Selección, prólogo y notas de Francisco J. Flores Arroyuelo. Madrid, 1969. Y la de E.TIERNO GALVAN, Costa y el Regeneracionismo. Barcelona, 1961.

- 41.- Cf. P.SAINZ RODRIGUEZ, Evolución de las ideas sobre la decadencia española. Madrid, 1962, p. 117.
- 42.- Ibidem. p. 116.
- 43.- Cf. Cánovas, Historia de la Decadencia... p. 11.
- 44.- Ibidem, p. 12.
- 45.- Ibidem., pp. 21-22-
- 46.- Recogido en L'Espagne en 1897, de Gaston Routier. Paris, 1897. p. 159. Referencia citada por Tuñón de Lara en La España del siglo XIX. Paris, 1968, pp. 293-294.
- 47.- Cánovas, Historia de la Decadencia... pp. 18-19.
- 48.- Ibidem., p. 20.
- 49.- Ibidem., p. 20-21.
- 50.- Ibidem., pp. 22 y ss.
- 51.- Ibidem., pp. 25-26.
- 52.- Ibidem., p. 27.
- 53.- Ibidem., p. 28.
- 54.- Cf. Américo CASTRO, La Realidad Histórica de España. Mexico, 1971. p. 95.
- 55.- A. CASTRO. op. cit. p. 319.
- 56.- Cánovas, Historia de la Decadencia... pp. 34-35.
- 57.- Ibidem., p. 41.
- 58.- Ibidem., pp. 42-43.
- 59.- Cf. Claudio SANCHEZ ALBORNOZ, España, un enigma histórico. Buenos Aires, 1962 vol II., pp. 494-495.

- 60.- Cánovas, Historia de la Decadencia... pp. 44-45.
- 61.- Ibidem., p. 47.
- 62.- Ibidem., pp. 48 y ss.
- 63.- Ibidem., pp. 755-756.
- 64.- Ibidem., pp. 53-54.
- 65.- Ibidem., p. 756.
- 66.- Ibidem., p. 757.
- 67.- Ibidem., pp. 712-713.
- 68.- Ibidem., pp. 757-758.
- 69.- Ibidem., p. 759.
- 70.- Ibidem., pp. 760-761.
- 71.- Cf. "A Cánovas del Castillo: Juicio que mereció a sus contemporáneos". Recopilación de prensa realizada por su hermano Emilio Cánovas del Castillo. Madrid, 1897, pp. 10-11.
- 72.- Sobre los aspectos sociológicos de este período histórico, Cf. el estudio de JOVER ZAMORA, J.M., "Situación social y poder político en la España de Isabel II", incluido en la obra del mismo autor, Política, Diplomacia y Humanismo Popular en la España del siglo XIX. Madrid, 1976, pp. 229-345.
- 73.- Cf. R. CARR, España, 1808-1939. Barcelona, 1969, p. 254.
- 74.- Cf. M. Fernández Almagro, op. cit. pp. 83-84.
- 75.- Diario de Sesiones de las Cortes Constituyentes, 14 de Diciembre de 1854.
- 76.- Cf. R. CARR, op. cit., p. 255.
- 77.- Ibidem. p. 254.
- 78.- Cf. M. Fernández Almagro. op. cit. p. 86.

- 79.- Diario de Sesiones de las Cortes Constituyentes, 30 de Enero de 1855. Este texto aparece también, citado por el propio Cánovas, en la Introducción a los Problemas Contemporáneos, tomo I. Madrid, 1884.
- 80.- Cf. MARX-ENGELS, La Revolución en España. Moscú, 1978. pp. 16-17.
- 81.- Cf. M. Fernández Almagro, op. cit. p. 87.
- 82.- Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados, 10 de Febrero de 1888. Estos argumentos de Cánovas serán aún más explícitos en el Debate de La Internacional.
- 83.- Cf. M. Fernández Almagro, op. cit. p. 116.
- 84.- Cf. ORTEGA Y GASSET, José, "Vieja y Nueva Política". En Discursos políticos. Madrid, 1974. p. 80
- 85.- La Revolución burguesa sigue suscitando en la actualidad vivas polémicas. A ello se hizo referencia en el último de los Coloquios de Pau (Abril, 1979), en una Ponencia presentada por J.S. PEREZ GARZÓN, titulada La Revolución Burguesa en España: los inicios de un debate científico, 1966-1979. Se trata de un esbozo historiográfico que recoge las diversas orientaciones y estudios realizados a partir de un nuevo replanteamiento metodológico. Como dirá el propio autor, "Feudalismo, revolución burguesa y capitalismo", constituyen la triada conceptual que, tal como la ha acuñado el marxismo, ha originado la más fructífera polémica habida en ciencia histórica durante las tres últimas décadas". Cf. Historiografía española contemporánea. X Coloquio del Centro de Investigaciones Hispánicas de la Universidad de Pau. Balance y resumen. Madrid, 1980. pp. 91-139.

- 86.- Cf. LOPEZ MORILLAS, J., El Krausismo español. Perfil de una aventura intelectual. Madrid, 1980, p.80.
- 87.- Cf. la obra de NÚÑEZ, Diego, La mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis. Madrid, 1975.
- 88.- Cf. RODRIGUEZ ARANDA, L., El desarrollo de la Razón en la cultura española. Madrid, 1962, p. 280. Sobre estos mismos aspectos del krausismo, Cf. también la obra de Elías DIAZ, La Filosofía social del Krausismo español. Madrid, 1972.
- 89.- Cf. ARAQUISTAIN, Luis, El pensamiento español contemporáneo. Buenos Aires, 1962, pp. 27-29.
- 90.- Cf. VILLACORTA BAÑOS, Francisco, Burguesía y cultura. Los intelectuales en la sociedad liberal, 1808-1931. Madrid, 1980, pp. 49-50.
- 91.- Cf. J. LOPEZ MORILLAS, op, cit. p. 181.
- 92.- Cf. L. ARAQUISTAIN, op. cit. p. 30.
- 93.- Cf. López Morillas, op cit. p. 182.
- 94.- Cf. LABRA, Rafael Maria de., El Ateneo de Madrid. Sus orígenes, desenvolvimiento, representación y porvenir. Madri, 1878. p. 145. Referencia citada por F. Villacorta Baños, op. cit. p. 52.
- 95.- JOVER ZAMORA, J.M., "El fusilamiento de los sargentos de San Gil (1866) en el relato de Pérez Galdós. Los dos primeros capítulos de "La de los tristes destinos". Incluido en la obra del mismo autor, Política, Diplomacia y Humanismo Popular en la España del siglo XIX. Madrid, 1976. pp. 371-372.
- 96.- Cf. Notas Dispersas. Madrid, 1894. p. 50. Referencia citada por F. Almagro, op. cit. p. 149
- 97.- Cf. F.Almagro.. op. cit. p. 150

- 98.- Cf. E. GONZALEZ BLANCO, Ideario de Cánovas. Madrid, 1931. p. 61.
- 99.- Aparte de la extensa bibliografía existente, Cf. el trabajo de J.L. GUERENA: El "Sexenio revolucionario" en la historiografía (1968-1978). En el volumen ya citado del X Coloquio de Pau. Madrid, 1980. pp. 147-175.
- 100.- Cf. F. Almagro. op. cit. p. 167. El subrayado es nuestro.
- 101.- Ibidem. p. 165. Los amigos a que se refiere el autor eran, Elduayen, Alvarez Bugallal, Francisco Silvela, Vazquez de Puga y Quiroga Vazquez.
- 102.- Cf. J.M. JOVER ZAMORA: "1968: Balance de una Revolución". En Politica, Diplomacia y Humanismo Popular...pp. 350-351.
- 103.- Para una interpretación del Golpe de Sagunto como una rectificación a la trayectoria seguida desde 1868, Cf. la obra de J.FONTANA: Cambio Económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX. Barcelona, 1973.
- 104.- Cf. López Morillas. op. cit. p. 177.
- 105.- "Cánovas, su familia, su carácter privado, sus actos públicos. Apuntes biográficos". Referencia citada por F. Almagro. op. cit. p. 190.
- 106.- Sobre estos aspecto puede consultarse el sugerente estudio de J.L. ARANGUREN: Moral y Sociedad. Madrid, 1974, especialmente los capítulos XI y XII.
- 107.- Anteriormente Cánovas había publicado un extenso estudio titulado Apuntes para la Historia de Marruecos. Madrid, 1860. Segunda edición: Madrid, 1913.

- 108.- Sobre estos aspectos del Romanticismo, Cf. Paul VAN TIEGHEM: La Era romantica. El Romanticismo en la literatura europea. Mexico, 1958. Y especialmente la obra de Vicente LLORENS: El Romanticismo Español. Madri, 1979.
- 109.- Cf. P. VILAR: Historia marxista, historia en construcción. Barcelona, 1974. p. 53.
- 110.- Ibidem. p. 99.
- 111.- Cf. J. López Morillas. op. cit. p. 188.
- 112.- Cf. Carlos PEREYRA: "El sujeto de la historia". Artículo publicado en la revista En Teoría, n. 2. Madrid, 1979. pp. 115-133-
- 113.- Cf. C.MARX: El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte. Obras Escogidas de Marx y Engels. Ed. Fundamentos. Madrid, 1975. p. 250.
- 114.- El mismo Marx lo indica en el Prólogo a la segunda edición de su citada obra, después de refutar las interpretaciones "individualistas" de Victor Hugo y de Proudhon: "Yo, por el contrario demuestro cómo la lucha de clases creó en Francia las circunstancias y las condiciones que permitieron a un personaje mediocre y grotesco representar el papel de héroe". C. Marx. op. cit. p. 247.
- 115.- LOPEZ CORDON, Maria Victoria: La Revolución de 1868 y la I República. Madrid, 1976. p. 80.
- 116.- Cf. J.L. COMELLAS: La Restauración como experiencia histórica. Sevilla. 1977. p. 13.
- 117.- Cf. B.PEREZ GALDOS: Cánovas. Episodios Nacionales. Serie Fianl. Ed. Hernando. Madrid, 1953. p. 235.
- 118.- BORREGO, Andrés: Datos para la historia de la Revolución, de la interinidad y del advenimiento de la Restauración. Madrid, 1877.

- 119.- Cf. J. FONTANA: Cambio económico... p. 115.
- 120.- Cf. M.V. LOPEZ-CORDON, op. cit. p. 81.
- 121.- Cf. Historia de los Heterodoxos españoles. Edición Nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo. CSIC. Madrid, 1948. t. VI. pp. 508-509.
- 122.- Cf. J.M. JOVER ZAMORA: "El siglo XIX en la historiografía española contemporánea". En la obra del mismo autor y aa.vv.: El siglo XIX en España: doce estudios. Barcelona, 1974. p. 15.
- 123.- Ibidem. p. 16.
- 124.- Ildefonso BERMEJO: Historia de la interinidad y de la guerra civil de España desde 1868. vol. I. Madrid, 1877.
- 125.- Cf. G.LUKACS: El Asalto a la Razón. Barcelona, 1972. p. 5.
- 126.- Cf. J. FONTANA. op. cit. p. 116. La referencia, según consta a pie de página, es de V. ALVAREZ VILLAMIL y R. LLOPIS: Cartas de Conspiradores. La revolución de Septiembre. Madrid, Espasa Calpe, 1929. pp. 274-275.
- 127.- Para las vacilaciones de Madóz, Cf. OLIVER BERTRAND, Prim, 130. Apéndices 62, 74, 76 y 77. Referencia citada por R.CARR: España, 1808-1939. Barcelona, 1968, p. 285.
- 128.- Cf. R. CARR. op. cit. p. 286.
- 129.- Sobre el trasfondo cibano de la Restauración, Cf. la obra de M. ESPADAS BURGOS: Alfonso XII y los orígenes de la Restauración. CSIC. Madrid, 1975, pp. 271 y ss.
- 130.- Cf. J.FONTANA, op. cit. p. 117.
- 131.- Ibidem. p. 140
- 132.- Ibidem. p. 141

- 133.- Sobre los debates parlamentarios sige siendo de gran utilidad la obra de Oriol VERGES MUNDO: La Internacional en las Cortes de 1871. Barcelona, 1964.
- 134.- Concretamente, los articulos 17 y 19 de la Constitución de 1869 trataban de la libertad de asociación.
- 135.- En la Bibliografía que incorporamos al final de este trabajo, hemos consignado algunas de las obras que han sido consultadas.
- 136.- Cf. R. CARR. op. cit. p. 421.
- 137.- Cf. J.M. JOVER ZAMORA: "El siglo XIX en la historiografía española contemporánea". En la obra del mismo autor y aa.vv.: El siglo XIX en España: doce estudios. Barcelona, 1974. p. 22.
- 138.- Cf. F. Almagro. op. cit. pp. 195-196. El subrayado es nuestro.
- 139.- Cf. J.M. JOVER ZAMORA: "Conciencia burguesa y conciencia obrera en la España Contemporánea". En la obra del mismo autor, Política, Diplomacia y Humanismo Popular... p. 75.
- 140.- Diario de Sesiones. 29 de mayo de 1871.
- 141.- Cf. O. VERGES MUNDO, op. cit. p. 41.
- 142.- Cf. M.V. LOPEZ-CORDON: "La Comuna de Paris vista desde España". En la obra El siglo XIX en España: doce estudios. p. 374.
- 143.- Cf. Carta de Marx a L. Kugelmann. Londres, 17 de abril de 1871. En Obras Escogidas de Marx y Engels. Tomo II. Moscú, 1955. p. 460.
- 144.- Cf. Albert OLLIVER: La Comuna. Madrid, 1967, p.246.

- 145.- Cf. O. VERGES MUNDO. op. cit. p. 43.
- 146.- Ruiz Zorrilla permitió el regreso a España de los dirigentes internacionalistas, expulsados por Sagasta en junio de 1871. Durante su exilio en Portugal fundaron otra sección regional de la AIT en Lisboa.
- 147.- Cf. Vergés Mundó. op. cit. p. 45.
- 148.- De esta proposición, debido a que el gran debate de octubre atrajo todas las atenciones, no se vuelve a dar noticia, aparte de la sesión del 7 de junio. En ella se da cuenta a los Diputados del nombramiento de Ríos Rosas como presidente de la Comisión, Montesinos vicepresidente y Lostau y Jove y Hebia como secretarios.
- 149.- Cf. Vergés Mundó. op. cit. p. 71.
- 150.- Ibidem. p. 35.
- 151.- Cf. Diego NÚÑEZ: La mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis. Madrid, 1975. p. 26.
- 152.- Cf. J.J. GIL CREMADES: El Reformismo español. Krausismo, Escuela histórica, neotomismo. Barcelona, 1969, p. 155.
- 153.- Cf. Carlos SECO SERRANO en su Prólogo al libro de O. Vergés, La Internacional en las Cortes de 1871. Barcelona, 1964.
- 154.- Cf. J.J. Gil Cremades. op. cit. p. 155.
- 155.- Ibidem. p. 156.
- 156.- Cf. López Morillas. op. cit. p. 183.
- 157.- Ibidem. pp. 183-184.
- 158.- "El tomismo -dice Gil Cremades- sobre todo el aplicado a la consideración del derecho, llega a Espa-

ña desde Italia. Prisco, Taparelli y Sanseverino son conocidos entre nosotros poco antes de 1860. Poco importa a nuestro propósito el hecho de que los maestros de los tomistas italianos fueran españoles, y más concretamente profesores de la Universidad de Cervera, jesuitas muchos de ellos, trasladados a Italia después de su expulsión. El hecho es que el proceso intelectual no se llevó a cabo en España, y que la aparición del tomismo entre nosotros no se vincula directamente a los suarecianos que la Ilustración había expulsado de España". Cf. El Reformismo español...p. 158

- 159.- Cf. Canovas del Castillo en la Introducción a los Problemas Contemporáneos. Madrid, 1884. T. I.
- 160.- Cf. J.J. Gil Cremades. op. cit. p. 10.
- 161.- Ibidem. pp. 160-161.
- 162.- Cf. Canovas del Castillo, Discurso Tercero, 26 de Noviembre de 1872: "El Problema religioso y sus relaciones con el político". En Problemas Contemporáneos. Tomo I. Madrid, 1884.
- 163.- Cf. Leopoldo ALAS ("Clarín"): Cánovas y su tiempo. Madrid, 1887. p. 53.
- 164.- El subrayado es nuestro.
- 165.- Sobre el extremismo de Donoso, Cf. R.FERNANDEZ DE CARVAJAL, Las constantes de Donoso Cortés. Rev. Est. Pl. XCV, 75-109.
- 166.- Cf. Gianfranco DALMASSO: El lugar de la Ideología. Madrid, 1978. p. 183.
- 167.- Cf. José VARELA ORTEGA: Los amigos políticos. Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1875-1900). Madrid, 1977. pp. 116 y 121.

- 168.- El subrayado es nuestro.
- 169.- Estas intervenciones están recogidas también en la citada obra de Oriol Vergés: La Internacional en las Cortes de 1871. Barcelona, 1964.
- 170.- Cf. F. Almagro. op. cit. pp. 129-130.
- 171.- El Discurso de Godoy ALCANTARA tenía por título "Opiniones de nuestros escritores sobre la manera de escribir la Historia". 30 de enero de 1870.
- 172.- Cf. F. Almagro. op. cit. p. 209.
- 173.- J.L. COMELLAS se refiere a la siguiente opinión de M. Fernández Almagro: "Porque Cánovas vivía la Historia, le era imposible desentenderse de la actualidad aunque se lo propusiese, pues solía ceder a la tentación de propagar, por indirectamente que fuese, sus doctrinas políticas al amparo de los temas históricos, y aún literarios que gustaba desarrollar en las Academias o en el Ateneo". Cf. F. Almagro. op. cit. p. 206.
- 174.- Cf. J.L. COMELLAS: Cánovas. Madrid, 1965. p. 35.
- 175.- Sobre estos aspectos histórico-literarios, Cf la obra de J.I. FERRERAS: Introducción a la sociología de la novela española del siglo XIX. Madrid, 1973.
- 176.- Cf. López Morillas. op. cit. pp. 189-190.
- 177.- Cf. J.A. MARAVALL: "Mentalidad burguesa e idea de la Historia en el siglo XVIII". Artículo publicado en la Revista de Occidente. Madrid, Febrero, 1972. pp. 277-278.
- 178.- Cf. F. Almagro. op. cit. p. 211.
- 179.- Cf. López Morillas. op. cit. p. 190.
- 180.- Cf. F. Almagro. op. cit. p. 225.
- 181.- Cf. J.A. Maravall. op. cit. pp. 266-267.

- 182.- Cf. J.F. MONTESINOS: Costumbrismo y Novela. Ensayo sobre el redescubrimiento de la realidad española. Madrid, 1960. p. 25.
- 183.- Cf, Carlos BLANCO AGUINAGA y otros autores: Historia Social de la Literatura Española. Madrid, 1978. vol. II. pp. 104-105.
- 184.- Pedro ESTASEN: El Positivismo o sistema de las ciencias experimentales. Madrid, Ed. Carlos Bailly-Bailliere. s.f. (1877) p. XIX. Referencia citada por Diego NUÑEZ: El Darwinismo en España. Madrid, 1977. p. 18.
- 185.- Cánovas: Discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid el 25-XI- 1871. Incluido en Problemas Contemporáneos. vol. I.
- 186.- Cf. Diego NUÑEZ: El Darwinismo en España. Madrid, 1977. p. 18.
- 187.- Cf. Problemas Contemporáneos. vol. I.
- 188.- Discours sur l'Histoire universelle. Seconde époque: Noé ou le dilugue. Referencia citada por Cánovas.
- 189.- "Discurso sobre la antigüedad del hombre y la prehistoria", del ilustre cardenal y arzobispo de Sevilla Fr. Ceferino González que en este punto está de acuerdo con Lenormant: Histoire ancienne de l'Orient. Tome I, Les Origines, les races et les langues". Citado por Cánovas en el citado Discurso.
- 190.- Cf. Diego Nuñez. op. cit. p. 20.
- 191.- De Civitate Dei, cap. XI. Citado por Cánovas.
- 192.- Cf. Diego Nuñez. op. cit. p. 23.
- 193.- De Civitate Dei. Lib. V. cap. IX. Citado por Cánovas.

- 194.- Cf. G. LUKACS: El Asalto a la Razón. Barcelona, 1972. p. 89.
- 195.- Cf. Leopoldo ALAS ("Clarín"): Cánovas y su tiempo. Madrid, 1887. p. 68.
- 196.- Ibidem. p. 69.
- 197.- Daniel R. HEADRICK: "Cánovas del Castillo y el Conde-Duque de Olivares". Artículo publicado en la revista Historia. 16. Madrid, febrero, 1980, p. 46.
- 198.- Cf. Juan PEREZ DE GUZMAN Y GALLO, Prólogo al Bosquejo Histórico de la Casa de Austria de Cánovas del Castillo, Madrid, 1911. p. IX.
- 199.- Cf. COS GAYON: Necrológica de Excelentísimo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo leída ante la Academia de Ciencias Morales y Políticas. (Sesiones de 19 y 15 de abril y 18 y 24 de mayo de 1898). XII: Cánovas historiador.
- 200.- Cf. Cánovas: Introducción a los Problemas Contemporáneos. Madrid, 1884.
- 201.- Cf. Leopoldo Alas ("Clarín"), op. cit. pp. 33-34.
- 202.- La dedicatoria dice textualmente: "A la ilustre memoria del Excelentísimo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, víctima de las pasiones políticas que le combatieron rudamente en vida, le llevaron traidora y prematuramente al sepulcro, y le siguen persiguiendo con saña después de muerto, dedica esta edición en testimonio de admiración, gratitud y cariño, su sobrino. Antonio.
- 203.- Cf. F. Almagro. op. cit. pp. 207 y 211-212.
- 204.- Cf. Pérez de Guzmán, Prólogo al Bosquejo Histórico... p. X-XI-
- 205.- Ibidem. p. XIII.

206.- Ibidem. p. XV.

207.- A este respecto conviene recordar al obra de M. PEDREGAL Y CAÑEDO: Estudios sobre el engrandecimiento y decadencia de España. Madrid, 1878, y también el artículo de Pedro ESTASEN: "La Crisis", publicado en la Revista Contemporánea (XVI, 15 de agosto de 1878, p. 314). Ambos anticipan ejemplarmente la literatura regeneracionista a cuyo espíritu responde también la obra de Cánovas, escrita casi diez años antes.

208.- Cf. Cánovas del Castillo: Historia de la Decadencia, pp. 712 y 756.

209.- Antología de las Cortes Constituyentes. Tomo I, p. 577. Referencia citada por P. Sainz Rodríguez, op. cit. p. 119.

210.- Américo CASTRO dice en la citada obra: "La idea y el sentimiento -para mí no justificados- de haber sido fallidas casi todas las actividades españolas durante el siglo XVI y XVII, llevaron a don Francisco Giner, en un arrebató de amor y dolor de España, a escribir con motivo de ciertas deficiencias observadas por él en otros países:

Si tanta vanidad y mentira, aun fuera de este rincón -más amado cuanto más oscuro-, queda todavía allá...en el empuje soleado de las naciones soberbias, resplandecientes y gloriosas, ¿cómo podría ser de otro modo en un pueblo [como España] amputado de la historia hace más de tres siglos, cuando menos en la parte más espiritual de ella y más profunda?

En 1910 escribía José Ortega y Gasset:

Gravitan sobre nosotros tres siglos de error y de dolor: ¿cómo ha de ser lícito, con frívolo gesto, desentendernos de esa secular pesadumbre?

En 1937 clamaba la Falange Española:

[Hace] cerca de tres siglos, el ser auténtico e inmortal de España agonizabadesgarrado en

la carne y en el espíritu por los dardos venenosos y extranjeros de una concepción atea y materialista [¿en 1637?] de la vida. Perdimos el destino y la misión imperiales... Ahora que la tradición de todo este ser y poder de España vuelve, renacida con la gracia de la sangre joven, se han hecho carne sagrada de heroísmo las flechas de la Falange.

En 1947, Pedro Bosch Gimpera, un docto arqueólogo, tituló un artículo suyo: Contumacia de las desviaciones históricas; y en él afirmaba que en España,

contumáz en sus errores..., todos los problemas, desde los Reyes Católicos, incluso desde más atrás, han quedado insolubles, o se han solucionado mal... En el criso de España siguen vírgenes las cualidades de sus pueblos y de su carácter.

Cf. Américo CASTRO: La Realidad Histórica de España. Mexico, 1971 (cuarta edición) p. 22.

- 211.- Cf. Historia de la Decadencia, pp. 29-31.
- 212.- Cf. Jacinto HIDALGO: Ideario Histórico de la Restauración. Sevilla, 1955. p. 91.
- 213.- Cf. Cánovas, Bosquejo Histórico... p. 34.
- 214.- Ibidem. p. 36.
- 215.- Cf. la obra de J.I. GUTIERREZ NIETO: Las Comunidades como movimiento antiseñorial. Barcelona, 1973.
- 216.- Bosquejo Histórico... p. 40.
- 217.- Ibidem. p. 43.
- 218.- Ibidem. p. 44.
- 219.- Ibidem. p. 47.
- 220.- Ibidem. p. 57.
- 221.- Ibidem. p. 59.
- 222.- Ibidem. pp. 60-63.

- 223.- Ibidem. p. 68-69.
- 224.- Ibidem. p. 116.
- 225.- La obra del Marqués de Pidal a que hace referencia Cánovas debe ser, sin duda, su Historia de las Alteraciones de Aragón en el periodo de Felipe II. 3 vols., publicada en 1862. Esta obra fue realizada por don Pedro José Pidal (1800-1865) sobre la base de una nueva y amplia documentación, obtenida durante su gestión al frente del Ministerio de Gobernación en 1845 y que vino a superar las obras existentes de Bermúdez de Castro y de Mignet sobre Antonio Pérez.
- 226.- Bosquejo Histórico.. pp. 120-121.
- 227.- Ibidem. pp. 127 y ss.
- 228.- Ibidem. pp. 128-130.
- 229.- Ibidem. p. 131.
- 230.- Ibidem. pp. 140-141.
- 231.- Ibidem. pp. 142 y ss.
- 232.- Ibidem. p. 148.
- 233.- Ibidem. p. 171.
- 234.- Ibidem. p. 178.
- 235.- Ibidem. p. 192.
- 236.- A este respecto, Cf. el estudio de J.H. ELLIOTT: El Conde-Duque de Olivares y la herencia de Felipe II. Valladolid, 1977. Se trata de una conferencia pronunciada por el autor en la Universidad de Valladolid y cuya publicación va precedida de un interesante prólogo de L.M. ENCISO RECIO.
- 237.- En su Historia de la Decadencia, al hacer referencia a la intervención francesa en los Países Bajos, dice Cánovas: "El Conde-Duque, que era quien

más atención debió poner en ello, había dado en mirar en Richelieu un rival suyo y émulo de sus talentos, como si entre aquel hombre perverso, pero grande, y él, cupiese comparación alguna; acaso no imaginaba que Francia fuese rival verdadera y cuasi forzosa de España... Pero el Conde-Duque, incapáz de comprender en toda su extensión aquel pensamiento, miraba como enemiga a la Francia por costumbre solo, y la guerra que iba a emprenderse como otra cualquiera guerra". Cf. Historia de la Decadencia, pp. 237-238.

- 238.- Cf. Adolfo de Castro, en el prefacio a su obra El Conde-Duque de Olivares y el Rey Felipe IV, Cádiz, 1846. Referencia citada en la obra de J.H. ELLIOTT y José DE LA PEÑA: Memoriales y Cartas del Conde-Duque de Olivares. Madrid, 1978. p. XXIV.
- 239.- Historia de la Decadencia. p. 179.
- 240.- Ibidem. p. 400.
- 241.- Bosquejo Histórico... pp. 230-232.
- 242.- Ibidem. pp. 233-235.
- 243.- Ibidem. pp. 257-259.
- 244.- Ibidem. p. 325.
- 245.- Ibidem. p. 328.
- 246.- "Varias cartas de 1676 a 80. Tomo de manuscritos de don Pascual Gayangos, que perteneció a la gran biblioteca del Conde de Villa Umbroso, presidente que fue del Consejo de Castilla". Nota citada por Cánovas en pie de página.
- 247.- "Esta particularidad, que mostraría gran consideración de parte de una reina de aquel tiempo a Valenzuela, y sería tanto más notable, cuantoque

según resulta de la correspondencia, no ha mucho publicada, de la primera mujer de Felipe V con su madre, no halló todavía entonces ninguna chimenea en palacio, sino sólo braseros. La especie de la chimenea parece debió ser una de las muchas invenciones que contra él fraguaron después de su caída los partidarios de D. Juan de Austria". Nota aclaratoria de Cánovas citada en pie de página.

- 248.- "Forma parte de una Colección de copias de documentos tocante a la caída y muerte de aquel ministro, regalada al autor, y que ha pertenecido a la marquesa del Vado, nieta segunda de D. Bartolomé de Rivera y Valenzuela, que debió ser su heredero, por haberse extinguido la rama directa de aquel en su único hijo, que murió sin sucesión. De esta colección son otros de los documentos que se citan". Referencia citada por Cánovas en nota a pie de pág.
- 249.- Bosquejo Histórico. pp. 348-349.
- 250.- Cf. J.H. MILLIOTT: La España Imperial: 1469-1716. Madrid, 1965. pp 395 y ss.
- 251.- Bosquejo Histórico... p. 356.
- 252.- Ibidem. p. 360.
- 253.- Ibidem. p. 361.
- 254.- Ibidem. p. 427.
- 255.- Ibidem. p. 425.
- 256.- Ibidem. p. 426
- 257.- Recordemos que el Discurso, ya citado, sobre "La nueva manera de escribir la Historia", donde Cánovas se identificaba con el pensamiento político de Bossuet, es posterior a la publicación del Bosquejo Histórico.
- 258.- Cf. J.J. GIL CREMADES: "El pensamiento jurídico

en La España de la Restauración". Publicado en la obra colectiva: La Restauración Monárquica de 1875 y la España de la Restauración. Volumen conmemorativo del I Centenario de la Fundación del Colegio de Alfonso XII (1875-1975). El Escorial, 1978. p. 57.

- 259.- Cf. El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte. Obras Escogidas de C.Marx y F.Engels. Madrid, 1975. p. 220.
- 260.- Cf. J.L. ARANGUREN: Moral y Sociedad. Madrid, 1974, p. 131.
- 261.- Sobre este aspecto, Cf. M.ESPADAS: Alfonso XII y los orígenes de la Restauración. pp. 370 y ss.
- 262.- Cf. J.L. COMELLAS: La Restauración como experiencia histórica. Sevilla, 1977. pp. 24 y ss.
- 263.- Cf. Cánovas: Problemas Contemporáneos. vol. II, pp. 150 y ss.
- 264.- Cf. L. DIEZ DEL CORRAL: "El pensamiento político de Joaquín Francisco Pacheco". Incluido en la obra del mismo autor, De Historia y Política. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1956, p. 302.
- 265.- Cf. R. CARR. op. cit. p. 239.
- 266.- Ibidem, p. 238.
- 267.- Cf. J.L. ARANGUREN. op. cit. p.130. Sobre el pensamiento de Donoso Cortés es especialmente significativa a este respecto su obra Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo. Madrid. Espasa Calpe, 1973 (tercera edición).
- 268.- Sobre la actitud de los "puritanos" ante el socialismo, Cf. Luis LEGAZ LACAMBRA: El socialismo visto por Nicomedes Pastor Díaz. en Estudios de His-

- toria Social de España. vol. III. Madrid, 1955.
- 269.- ELIAS ROEL, A. El partido demócrata español (1849-1868). Madrid, 1961.
- 270.- "Diez años de controversia parlamentaria", por Nicomedes Pastor Díaz. En O.C. T. III. Madrid, 1947. p. 734. Referencia citada por J.J. Cremades: Krausistas y Liberales. Madrid, 1981. p. 68.
- 271.- A este respecto conviene recordar que la revista La Defensa de la Sociedad, que aparece en 1872, fue creada contra la amenaza de La Internacional. Cf. Diego Nuñez: El Positivismo en España....pp. 34 y ss.
- 272.- Cf. MARTINEZ CUADRADO, M., "La Restauración canovista". Artículo publicado en la revista Historia 16. Madrid, junio, 1977.
- 273.- Se trata de la obra ya citada, la Restauración como experiencia histórica. Sevilla, 1977.
- 274.- Ibidem. p. 10.
- 275.- Ibidem. p. 24.
- 276.- Ibidem. p. 15. El subrayado es nuestro.
- 277.- Ibidem. p. 25.
- 278.- Cf. J. Varela Ortega. op. cit. p. 26.
- 279.- Cf. B. PEREZ GALDOS: Cánovas. Episodios Nacionales. Serie Final. Ed. Hernando, Madrid, 1953, 190.
- 280.- Diario de Sesiones del Congreso, 14 de julio de 1869.
- 281.- Referencia citada por M. Espadas Burgos, op. cit. p. 284.
- 282.- Cf. J.M. JOVER ZAMORA: La Epoca de la Restauración. Panorama político-social, 1875-1902. Tomo VIII de la Historia de España dirigida por Tuñón de Lara. Madrid, 1981. p. 283.

- 283.- M. Espadas. op. cit. pp. 267-268.
- 284.- M. Fernandez Almagro. op. cit. p. 237.
- 285.- Ibidem. p. 238.
- 286.- M. Espadas. op. cit. p.268.
- 287.- M. Fernández Almagro. op. cit. p. 235.
- 288.- M. Espadas. op. cit. p. 295.
- 289.- F. Almagro. op. cit. p. 243.
- 290.- Sobre estos aspectos, cf. Varela Ortega, op. cit.
p. 32.
- 291.- F. Almagro. op. cit. p. 244.
- 292.- Referencia citada por F. Almagro. op. cit. pp.
227-228.
- 293.- M. Espadas. op. cit. p. 375.
- 294.- Ibidem. p. 375.
- 295.- Ibidem. pp. 288-289.
- 296.- Ibidem. p. 291.
- 297.- Cf. Juan DEL NIDO Y SAGALERVA: Historia política
y parlamentaria del Excmo. Sr. D. Antonio Cánova
del Castillo. Madrid, 1914. p. 398.
- 298.- M.Espadas. op. cit. p. 294.
- 299.- Sobre estos aspectos, además del citad M.Espadas,
Cf. Jordi MALUQUER DE MOTES BERNET: El mercado co-
lonial antillano en el siglo XIX. En la obra edi-
tada por Jordi NADAL y G.TORTELLA: Agricultura, co-
mercio colonial y crecimiento económico en la Es-
paña Contemporánea. Actas del Primer Coloquio de
Historia Económica de España. (Barcelona, 11-12 de
mayo de 1972). Barcelona, 1974. pp. 322-358.
- 300.- El Tiempo, 19 de noviembre de 1874.

- 301.- El Eco de España. 3 de enero de 1873. Citado por
M. Espadas. op. cit. p. 289.
- 302.- Ibidem. p. 282.-
- 303.- F. Almagro. op. cit. pp. 219-220.
- 304.- Ibidem. p. 220-221.-
- 305.- Cf. Apéndice Documental (n. 10) en F. Almagro,
op. cit. p. 590 y ss.
- 306.- Ibidem. p. 233.
- 307.- Ibidem. p. 225-226.
- 308.- Ibidem. p. 224. El subrayado es nuestro.
- 309.- Cf. J. Varela Ortega, Los amigos políticos... p. 32.
- 310.- F. Almagro. op. cit. p. 244.
- 311.- Cf. G. LUKACS: El Asalto a la Razón, Barcelona,
1972. p. 2.
- 312.- Cf. Rafael CALVO SERER: Teoría de la Restauración.
Madrid, 1952. p. 43.
- 313.- Ibidem. p. 127.
- 314.- La influencia de Burke en el pensamiento político de Cánovas ha sido señalada por algunos de sus biógrafos e historiadores, por cuanto la concepción de Cánovas sobre el sistema bipartidista de la Restauración estaría basada en los principios políticos de Burke de "conservation and correction".
A este respecto, Cf. F. Almagro. op. cit. p. 311 y ss.
- 315.- Cf. Calvo Serer. op. cit. p. 32.
- 316.- Ibidem. pp. 35-37. El subrayado es nuestro.
- 317.- Ibidem. p. 113.
- 318.- Cf. F. Almagro. op. cit. pp. 301-302.

- 319.- Cf. R. Calvo Serer. op. cit. pp. 114-115.
- 320.- Cf. F. Almagro. op. cit. pp. 300-302.
- 321.- Cf. Calvo Serer. op. cit. p. 113.-
- 322.- Cf. F. Almagro. op. cit. p. 408.
- 323.- Ibidem. p. 409.
- 324.- Cf. Calvo Serer. op. cit. p. 113.
- 325.- Cf. J. ACOSTA SANCHEZ: El desarrollo capitalista y la democracia en España, Barcelona, 1975. p. 138. A este respecto ha de tenerse en cuenta la publicación de El Banco de España. Una historia económica. Madrid, 1970, así como la obra de G. TORTELLA CASARES: Los orígenes del capitalismo en España. (Banca, Industria y Ferrocarriles en el siglo XIX). Madrid, 1973. Y también, sobre este período de la Restauración, el estudio de Carlos VELASCO MURVIEDRO: "Cánovas del Castillo y la articulación del Estado Nacional". Publicado en Cuadernos Económicos de I.C.E. Madrid, 1978, n. 6. pp. 61-98. En el se hace un análisis de estos grupos (financiero-político) de enorme poder económico, sus relaciones con la estructura política (que se convertía con frecuencia en su portaestandarte) y a su papel determinante en el proceso de la vida pública.
- 326.- Cf. Daniel R. HEADRICK: "Cánovas del Castillo y el Conde-Duque de Olivares". Artículo publicado en la revista Historia 16. Madrid, Febrero, 1980 pp. 39-51.
- 327.- Cf. F. Almagro. op. cit. pp. 221 y ss.

- 328.- Carta fechada en 13 de mayo de 1887. Epistolario de Menéndez y Pelayo y Leopoldo Alas ("Clarín"). Madrid, 1943. pp. 39-40. Referencia citada por F. Almagro. op. cit. p. 422.
- 329.- Sobre estos aspectos, Cf. la obra de Julio SALOM COSTA: España en la Europa de Bismarck. La política exterior de Cánovas. Madrid, CSIC, 1967.
- 330.- J.M. JOVER ZAMORA: "Caracteres de la política exterior de España en el siglo XIX". En Homenaje a Johannes Vinke. Madrid, CSIC- 1962. T. II. pp. 756-794.
- 331.- Cf. Leonor MELLENDEZ: Cánovas y la política exterior española. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1944. p. 14.
- 332.- La Epoca. 20 de febrero de 1887. El subrayado es nuestro.
- 333.- A. CANOVAS DEL CASTILLO: Estudios del reinado de Felipe IV. Madrid, 1888. vol. I. p. 19.
- 334.- Ibidem. pp. 8-9.
- 335.- Ibidem. pp. 9-10.
- 336.- Alessandro Brandano: Storia delle guerre de Portogallo succedut per l'occasione della separazione di quel Regno della Corona Cattolica. Venecia, 1689. Citado por Cánovas en nota a pie de página.
- 337.- Cánovas: Estudios...p. 15
- 338.- Ibidem. pp. 17-18.
- 339.- Ibidem. pp. 24-29.
- 340.- Ibidem. pp. 50-51.
- 341.- Ibidem. p. 36.
- 342.- Ibidem. pp. 37-38.

- 343.- Ecco Politico: Responde en Portugal a la voz de Castilla. Lisboa, por Paulo Craesbeck, 1645.
- 344.- D. Hernando de Molina y Saavedra. Epistola apolo-
gética a la Majestad Católica de Don Felipe el
Grande, contra el "Parecer" de cierto Ministro.
Colonía, 1650. Citado por Cánovas en nota a pie
de página.
- 345.- Discurso del Duque de Alba al Católico Felipe IV
sobre el consejo que se le dio en Abril pasado pa-
ra la recuperación de Portugal. S.L. ni A. Cita-
do por Cánovas en nota a pie de página.
- 346.- Cánovas: Estudios....pp. 43-44.
- 347.- Ibidem. p.47.
- 348.- Ibidem. p. 48.
- 349.- Ibidem. p. 66.
- 350.- Ibidem. p. 84.
- 351.- Los juicios y referencias sobre el Conde-Duque apa-
recen a lo largo de la obra en las siguientes pá-
ginas: 93; 94; 99; 100; 132; 137; 148; 151 y 155.
- 352.- Ibidem. p. 183.
- 353.- Ibidem. p. 192.
- 354.- Ibidem. p. 193.
- 355.- Opúsculos del Marqués de Buscayolo. Madrid, 1785.
p. 185. Citado por Cánovas.
- 356.- Ibidem. p. 195.
- 357.- Ibidem. p. 207.
- 358.- Ibidem. p. 217.
- 359.- Ibidem. p. 218.
- 360.- Ibidem. pp. 219-220.

- 361.- B.N. Sección de mss. I. 31. Nota citada por Cánovas a pie de página. op. cit. p. 230.
- 362.- Cf. Historia de la Decadencia. p. 548
- 363.- Cf. Estudios del Reinado de Felipe IV. p. 220.
- 364.- Ibidem. p. 231.
- 365.- Ibidem. p. 251.
- 366.- Ibidem. p. 271. Sobre este mismo tema Cánovas ya había escrito anteriormente: "Felipe IV y los regidas ingleses. Apuntes históricos". Revista de España. n. 95. Madrid, 1872.
- 367.- Ibidem. p. 278.
- 368.- Ibidem. p. 290.
- 369.- Ibidem. p. 291.
- 370.- Real Cédula existente en el archivo de la casa de Alburquerque, hoy de Alcañices, de 15 de Noviembre de 1654. Referencia citada por Cánovas, p. 22.
- 371.- Ibidem. pp. 292-293.

CONCLUSIONES

Desde la perspectiva metodológica de nuestro trabajo, la evolución política de Cánovas debe ser interpretada teniendo en cuenta dos principios fundamentales que actúan como referentes ideológicos en el pensamiento canovista: En primer lugar, su vinculación a una concepción organicista de la Historia -propia del legitimismo histórico- según la cual las transformaciones o cambios en la sociedad nunca pueden ser debidos a una revolución o a una alteración brusca, sino que aceptando el curso natural y orgánico del proceso histórico, éstos deben llevarse a cabo desde el poder, o bien por parte de aquellas élites cercanas o con posibilidades de acceder a él y cuyo ámbito estará previamente vedado a los demás sectores sociales. En segundo lugar, y en relación con este planteamiento, la citada evolución de Cánovas vendrá marcada por el desafío social de rebatir los llamados "sistemas de igualdad", representados -a partir sobre todo de 1869- por el sufragio universal, el socialismo y el progresivo avance del movimiento obrero y de la Internacional.

Teniendo en cuenta estos dos principios, así como el contexto histórico de la biografía de Cánovas, hemos destacado aquellos acontecimientos que pudieran ser más decisivos para su posterior definición política.

El año de 1854 en que aparece su Historia de la Decadencia, constituye también una fecha significativa,

no sólo para la historia de nuestro siglo XIX, sino para la propia trayectoria biográfica de nuestro autor. Poco tiempo después de su publicación tendría lugar la Vicalvarada, en cuya gestación participaría Cánovas como hombre de confianza de uno de sus principales protagonistas, el general O'Donnell, quien le encomendaría la redacción del Manifiesto de Manzanarès.

Nos encontramos, pues, ante un momento en la vida de Cánovas en que ambas actividades, la de historiador y la de político, coinciden ahora para continuar después íntimamente ligadas y convertirse en las "señas de identidad" del que luego será el gran político de la Restauración.

Ahora bien, este año de la Vicalvarada ofrece para nosotros un especial interés para la posterior evolución política e ideológica de nuestro autor. Representa una fecha que muy bien puede ser objeto de una doble interpretación: por un lado, como punto de llegada en la corta trayectoria liberal del joven Cánovas, o bien como punto de partida de una nueva etapa, en la que una vez abandonados estos primeros contactos con los progresistas de la Vicalvarada, el incipiente liberalismo de Cánovas sufrirá una clara inflexión cuya dirección ideológica le irán aproximando hacia posiciones cada vez más conservadoras.

Los antecedentes de esta involución tendrán lugar algunos años antes, cuando se produce en Europa la gran

oleada revolucionaria de 1848, cuyas repercusiones alcanzan también a la España de Narvaez y que a pesar de ser ahora reprimidas sin dilación, volverán a manifestarse de nuevo en las jornadas revolucionarias de 1854. A Cánovas, que por entonces contaba veinte años, que vivía intensamente el ambiente de "tertulias" y se "fogueaba en los periódicos de combate", no podían dejarle impasible los sucesos de aquel año crucial. Su sensibilidad política le hacía percibir la transcendencia y el peligro que tales alteraciones, de inequívoco contenido revolucionario, podían suponer para el futuro.

Durante estos años Cánovas entrará en relación con una figura relevante que ejercerá una gran influencia doctrinal en su posterior proyección política. Se trata de Joaquín Francisco Pacheco, uno de los políticos del momento que jugará un papel decisivo dentro del partido moderado, al protagonizar la escisión de éste al frente del grupo conocido como los "puritanos", partidarios de una política "que en contraposición a la de Narvaez, tuviera cierto sentido liberal, dentro de un absoluto respeto a la Ley". El sentido de esta opción política vendría así a reflejar el rearme ideológico del moderantismo español, como respuesta preventiva a la presión de los progresistas por transformar la constitución de 1845.

A este respecto son significativos los discursos, conferencias y debates que van a tener lugar en la Cátedra de Derecho Político Institucional del Ateneo durante

1836-1847 por Donoso Cortés, Alcalá Galiano y J. Francisco Pacheco, donde se combinan tres concepciones teóricas -metafísica, utilitaria y jurídica- cuyo resultado será el Doctrinismo, fórmula política del eclecticismo filosófico francés, con que se intenta básicamente armonizar los conceptos de soberanía y subordinación, para justificar así el gobierno de las burguesías censitarias y propietarias.

El Doctrinismo será, en efecto, el modelo teórico referencial del pensamiento político conservador en la España del siglo XIX. Dentro de sus límites se encierra y fortalece, la estructura ideológica de Cánovas cuya oscilación hacia uno de estos principios que la informan, soberanía y subordinación, hará inclinar sus posiciones unas veces en sentido moderado, cuando no hacia fórmulas inequívocas de dictadura.

La doble interpretación que hemos atribuido a la fecha de 1854 adquiere mayor significado en la propia biografía de Cánovas. Su experiencia revolucionaria en la Vicalvarada va a suponer un acontecimiento decisivo en la evolución ideológica de nuestro autor, cuyas reflexiones van a orientar la teoría y la práctica del proyecto político canovista.

Por un lado, su participación en la Vicalvarada supone para Cánovas una tremenda decepción que él mismo justificará después con el argumento "moral" de que -

"un hombre honrado no puede tomar parte más que en una revolución y ésto porque ignora lo que es". Sin embargo, las razones que subyacen en esta justificación no responden tanto a un planteamiento ético a partir de un concepto abstracto de la moral, sino que viene condicionado por la propia dinámica de los acontecimientos, ante los cuales Cánovas tenía ya una actitud prefijada en función de su propia opción social y política.

Su justificación, por tanto, ha de interpretarse teniendo en cuenta que el "pesimismo" de Cánovas -en correspondencia con su concepción de la Historia- es una manifestación de su rechazo a la revolución y a su profunda desconfianza en el pueblo como elemento de participación en los asuntos políticos, actitud que se corresponde con su tajante rechazo a cualquier forma de sufragio no censitario.

Por otro lado, a partir de esta experiencia revolucionaria, se producirá un cambio significativo en la futura actividad política de Cánovas al incorporarse al partido de la Unión Liberal y participar -por primera vez- como diputado en las Cortes Constituyentes de aquel año. Ello supone, en definitiva, abandonar el activismo de aquella primera etapa del liberalismo romántico, de las tertulias literarias y del periodismo, para pasar a formar parte activa de la clase política de la "era Isabelina" donde Cánovas irá adquiriendo el "rodaje" y experiencia necesarios para convertirse en un profesional

de la política, a través de un aprendizaje donde el estudio y la profundización teórica son sacrificados en función de un pragmatismo dinástico de escaso alcance.

Ahora bien, la idea de Ortega y Gasset de que "hacia el año 1854 es donde en lo soterrado comienza la Restauración" constituye una acertada referencia desde la perspectiva metodológica de nuestro trabajo. En este sentido, considerando el proyecto político de la Unión Liberal -cuyos orígenes ideológicos se remontan a la opción armonizadora de los "puritanos"- como un intento de conciliación -cuya inviabilidad desembocaría en la Revolución de 1868- la Restauración suponía también en el proyecto político de Cánovas un intento de conciliación política nacional basado en los conceptos ideológicos de la continuidad histórica y la legitimidad dinástica.

Por otro lado, ambos proyectos políticos presentan unos rasgos comunes en su trayectoria que conviene destacar: en primer lugar, observamos sendos procesos revolucionarios, aunque distintos en intensidad, que preceden a cada uno de ellos: el de 1848-1854, anterior al intento conciliador de la Unión Liberal; y el de 1868-1874, que precede al de la Restauración. Son, pues, dos "sexenios revolucionarios", cuya abortada consecución pone de manifiesto el tímido proceso de la Revolución burguesa en España, aspecto que constituye uno de los temas más controvertidos de nuestra historiografía.

En segundo lugar, ambos procesos revolucionarios, que tienen

un claro protagonismo del Ejército, serán "clausurados" mediante un pronunciamiento militar, a partir del cual se intentará un proyecto de conciliación política, de contenido reformista, que asegure la defensa incuestionable de la monarquía. Y por último, es preciso constatar, en el "haber" de ~~ambos~~ proyectos políticos, el progreso económico experimentado, tanto en la "era de O'Donnell", como en los años de la Restauración.

Por otro lado, las contradicciones políticas e ideológicas que subyacen en estos intentos reformistas, a medio camino entre la revolución y el moderantismo, encuentra su correspondencia teórica en una filosofía necesariamente ecléctica de cuyos planteamientos participan tanto la burguesía liberal como la conservadora.

Si los cursos del Ateneo de los años cuarenta forman parte de una línea continuada del moderantismo por encontrar fórmulas eclécticas y armonizadoras de convivencia nacional, las ideas krausistas -cuyo despliegue se desarrolla entre 1854 y 1874- al ser apropiadas por los liberales progresistas, vienen así a introducir una nueva opción filosófica, política y ética en el rearme ideológico de un sector de la burguesía española que sentía la necesidad de poner un cierto orden racional en el confuso panorama social, burguesía que se verá com prometida más tarde con las tareas revolucionarias del Sexenio. En este sentido, el situarnos en el contexto más amplio del proceso de la Revolución burguesa en España, la polémica suscitada por el krausismo viene a

representar no sólo un correctivo en la trayectoria histórica seguida hasta entonces, sino también un estímulo doctrinal. a partir de esa misma corrección, en la consecución de las tareas históricas de la burguesía.

Sin embargo, en el debate ideológico de estos años, lo que subyace es el problema de "dar entrada en la legalidad" al llamado "cuarto estado". En este sentido, la confrontación ideológica suscitada por el krausismo refleja también -a través de las diferentes posturas manifestadas- el bajo nivel filosófico en el que se desarrolla la lucha de clases en la sociedad española de la segunda mitad del siglo XIX.

Ahora bien, el determinar las opiniones acerca del objetivo deseado en el desarrollo social y al precisar los intereses de clase que puedan determinar la defensa de tales opiniones, es cuando se comprueba que la hostilidad contra el krausismo -a pesar de su escaso contenido revolucionario- viene condicionada por la misión que venia a cumplir en el desarrollo social, es decir, como vehiculo ideológico y doctrinal de un sector de la burguesía comprometida en las tareas políticas del Sexenio revolucionario.

De acuerdo con estas consideraciones, lo que hemos intentado poner de manifiesto es que para comprender en su totalidad el significado de la lucha ideológica de estos años no es suficiente estudiar el krausismo como

una filosofía más en el conjunto de la historia de las ideas o de las personalidades que las sustentan, sino resaltar, más bien, que es el propio desarrollo de las luchas sociales el que plantea los problemas a la filosofía y le suscita las respuestas para su resolución.

Con estos antecedentes, la Revolución de 1868 va a provocar también una aceleración en este proceso de fermentación ideológica cuyo carácter revisionista se manifiesta no solo entre los grupos y clases sociales que intervienen en ella, sino también, y ello es lo más significativo, en el terreno de la historiografía, en tanto que la revolución supone también un intento de rectificación del proceso histórico seguido hasta entonces y a cuya orientación definitiva deberá contribuir un nuevo replanteamiento de la historia. Porque, en efecto, lo que se ventila durante los años de la Septembrina y ~ primeros de la Restauración no es sólo el presente y el porvenir de España, sino "la interpretación que se había de dar a la trayectoria histórica ya recorrida".

En este contexto de revisión historiográfico hemos situado las rectificaciones de Cánovas a su Historia de la Decadencia, modificaciones que hacían referencia a los aspectos históricos cuya interpretación en su primera obra respondía a la tradición historiográfica de la llamada "escuela liberal" y que serán ahora revisados en su Bosquejo Histórico de la Casa de Austria.

Si los años del Sexenio revolucionario provocaron un proceso de fermentación ideológica cuyo caracter revisionista hemos ya señalado, tras el fracaso de la revolución surgirá también un movimiento, especialmente impulsado por las nuevas generaciones, de autocrítica y revisión de los supuestos ideológicos que habían inspirado el anterior comportamiento político.

Ahora bien, si esta línea de revisión crítica va unida a la recepción positivista de los años de la Restauración, no es menos cierto que desde el moderantismo tradicional se procederá también a un revisionismo ideológico a través de la elaboración de una teoría católica del Derecho cuyos postulados filosóficos se inscriben en la escolástica tomista que ahora se pretenderá actualizar con el nombre de "neotomismo".

Este intento de "modernizar" la filosofía católica tradicional lo hemos interpretado como un paso más en el proceso del ya citado rearme del moderantismo iniciado en los años cuarenta y cuyas premisas teóricas -tras el despliegue krausista- necesitan ahora de un "aggiornamento" para hacer frente a los nuevos postulados filosóficos y científicos provocados por las transformaciones sociales y políticas ocurridas en las sociedades europeas de la segunda mitad del siglo XIX.

Una de las figuras más representativas de este gran esfuerzo de reelaboración teórica del neotomismo

será el dominico Ceferino González y Díaz Tuñón, que será también uno de los primeros promotores de la posterior Unión Católica.

La identificación doctrinal de Cánovas con el esfuerzo renovador que supone la obra del citado autor, se pone de manifiesto en varios de sus discursos en el Ateneo, a los que hacemos referencia en nuestro trabajo.

Por otro lado, una de las características más relevantes de este proceso ideológico será no sólo el dramatismo con que las clases conservadoras van a vivir este diálogo con la "modernidad", sino la instrumenta-
lización entre política y religión aspecto que ponemos de manifiesto en el discurso de Cánovas sobre la Inter-
nacional.

Desde la perspectiva de estos antecedentes, el sistema de la Restauración lo consideramos como el re-
sultado final de un largo proceso cuyos orígenes ideoló-
gicos se remontan, no solo a los conflictivos años del
sexenio anterior, sino a otro "sexenio" más alejado en el
tiempo: el que discurre entre 1848 y 1854.

Si el primer proyecto de conciliación, protago-
nizado y dirigido por la Unión Liberal, será intentado
durante los años que transcurren entre los movimientos
revolucionarios que sirven de flanco a este periodo
-el de 1854 y 1868- su fracaso pondría en evidencia no
solo la debilidad del citado proyecto, sino la crisis

de disolución de los partidos dinásticos que lo habían impulsado, hecho que constituye uno de los aspectos dominantes en la vida política española durante estos años del reinado de Isabel II.

En cuanto al siguiente proyecto de conciliación -la Restauración de 1875- estaría, por tanto estrechamente relacionado con el anterior, no sólo por su intencionalidad política, sino también respecto a las fuerzas políticas que lo alientan, algunos de cuyos principales protagonistas habían participado en la Vicalvarada o procedían, en gran parte, de la Unión Liberal.

Si el primer proyecto de O'Donnell podía tener un sentido de conciliación para consolidar la monarquía de Isabel II, la tragedia de su fracaso pondría de manifiesto la imposibilidad de seguir manteniendo una institución monárquica que para la mayoría de los españoles se había convertido en uno de los principales "obstáculos tradicionales".

La estrategia política de Cánovas consistió, básicamente, en intentar de nuevo la experiencia fallida y, aprovechando los esparcidos restos de los partidos dinásticos construir con ellos el principal vector de la estrategia canovista: el movimiento alfonsino, concebido y orientado para hacer "necesaria" la salida de la Restauración.

Si desde el punto de vista político, la Restauración

ha venido siendo interpretada como la "síntesis alfonsina" ante la crisis de los partidos dinásticos (M. Espadas) o también "entre la tesis del orden conservador y la antítesis de la revolución" (J.L. Comellas), desde una perspectiva ideológica, la Restauración se nos manifiesta como el resultado final del proceso de rearme ideológico del moderantismo tradicional, cuyos orígenes se remontan al año 1848.

La actividad de Cánovas -como ya señalamos- estará ligada al grupo de los "puritanos", verdaderos iniciadores del citado rearme. La autoridad y la influencia que ejercía Pacheco se dejará sentir especialmente en la formación del pensamiento canovista hasta el punto de poder considerar a Cánovas como el más legítimo continuador, y sobre todo, realizador del proyecto político que los puritanos no pudieron conseguir.

Esta línea de continuidad ideológica que comienza con este grupo de "disidentes" del Partido Moderado, continúa con la Unión Liberal y triunfa al fin con la Restauración, constituye, pues, un dato fundamental que ha de ser tenido en cuenta a la hora de rastrear los orígenes ideológicos del sistema canovista.

Por otro lado, si entre los movimientos revolucionarios de 1854 y 1868 asistimos a la crisis de disolución de los partidos dinásticos, no es menos cierto que durante estos años tiene lugar también, en correspondo

dencia ideológica con dicha crisis, el proceso de desintegración del moderantismo, al hacerse inviable el proyecto político que éste propugnaba.

En la base de este proceso de desintegración del moderantismo y de los partidos dinásticos que se suceden en el poder hasta el derrocamiento del régimen de Isabel II, lo que en realidad subyace es un claro temor, no ya a la revolución, sino a una renovación política cuyas concesiones democráticas podían llevar al desarrollo de las organizaciones obreras. La incapacidad para superar esta contradicción esencial implica, por un lado, la ambigüedad ideológica que se observa en los planteamientos políticos de la burguesía española y que en el caso concreto del moderantismo revela, por otro lado, su inevitable dependencia y oscilación entre una posición "armonizadora" -que evite realizar una política -contrarrevolucionaria como la de Narvaez -pero que cuando esto no sea posible por la "amenaza revolucionaria" se proclamará entonces el recurso a las medidas de fuerza, cuando no a la dictadura, que en tal caso se justifica ya sea en nombre de la "legitimidad dinástica" de la "constitución interna" o "en defensa de la sociedad". Con ello se pone de manifiesto la dependencia dogmática del moderantismo "renovador" respecto a las teorías extremistas de Donoso Cortes, a las que forzosamente se había de recurrir cuando su concepto de orden social se viera más amenazado.

En este sentido hemos querido resaltar que las

reacciones ideológicas no vienen dadas sólo por el proceso intelectual interno de la razón, sino que están en relación dialéctica con el entorno social en que se producen y, por tanto, vienen determinadas desde fuera, e impuestas desde el enemigo social y de clase que en determinadas circunstancias históricas se manifiesta y amenaza.

En cuanto a la obra historiográfica de Cánovas cuya trilogía sobre la Casa de Austria constituye el objeto de nuestro trabajo, plantea una serie de dificultades metodológicas -a las que hicimos referencia en la Introducción- que se acentúan a la hora de sintetizar nuestra propia valoración.

La primera dificultad viene condicionada por las peculiares características de nuestro autor, cuyas "señas de identidad" hacen referencia a su doble actividad como político e historiador. Ello ha contribuido en gran medida, a que la valoración de su obra historiográfica se haya visto distorsionada por las interferencias de su proyección como político, dando como resultado una valoración desmesuradamente elogiosa al considerarla como el resultado de la labor y estudio de un personaje-clave, cuyo proyecto político vendría así legitimado por su conocimiento de la historia de España cuya "continuidad" vendría representada por la Restauración.

Ahora bien, si esta valoración de la obra histórica de Cánovas ha sido transmitida y casi monopolizada por la historiografía conservadora, es preciso constatar la escasa atención que ha merecido a sus críticos esta importante actividad de Cánovas, a veces sólo mencionada, cuando no objeto de juicios irónicos-como los de Clarín o Galdós y otros a los que hemos hecho referencia a lo largo de nuestro trabajo- que si bien responden a la animadversión que les producía la política canovista no por ello dejan de ser poco rigurosos.

Estos antecedentes en torno a la obra historiográfica de Cánovas podría condicionar también nuestra propia valoración, de ahí que hallamos procedido a su estudio a partir de los planteamientos metodológicos que han orientado nuestro trabajo. Con ello no hemos pretendido acertar definitivamente en nuestros juicios, ni situarnos en una "imparcialidad" incuestionable. Por el contrario, desde la perspectiva ideológica de nuestro planteamiento, hemos intentado poner de manifiesto el significado de la obra histórica de Cánovas y en este sentido aceptamos, en parte, la tradición historiográfica conservadora al considerar dicha obra en relación con la proyección política de su autor.

Ahora bien, a la hora de razonar la citada relación, nuestras conclusiones nos han llevado a un gran distanciamiento de esta tradición, cuyos argumentos ponen de manifiesto el contenido ideológico de una his

toriografía identificada con el proyecto político de Cánovas y orientada por tanto, a presentar el sistema de la Restauración como un hecho inevitable, cuya necesidad es razonada en función de una supuesta "continuidad histórica".

Teniendo en cuenta todos estos condicionamientos, desarrollados a lo largo de nuestro trabajo, la trilogía sobre la Casa de Austria ofrece para nosotros las siguientes características:

En primer lugar, la Historia de la Decadencia (1854) es el resultado de la colaboración de Cánovas en un gran proyecto editorial, que bajo la iniciativa de D. Angel Fernández de los Ríos, se pretende realizar con la publicación de una Historia General de España, que sería la continuación de la ya clásica Historia del padre Mariana.

En el conjunto de la obra canovista, la citada obra corresponde al primer periodo historiográfico, en cuyos planteamientos se pueden observar las influencias del romanticismo y la herencia historiográfica de la "escuela liberal" procedente de la tradición "doceañista" de las Cortes de Cádiz.

Su autor pretenderá en esta primera obra unos objetivos que desde el punto de vista histórico y teniendo en cuenta la situación de los estudios históricos en

España, no pueden ser más encomiables.

-En primer lugar, renovar -puesto que se trataba de una obra distinta a pesar de su continuidad- "el método, el estilo y el espíritu" de la del padre Mariano.

-En segundo lugar, llenar un vacío que desde el siglo XVII existía en la historia de la historiografía española, rectificando los errores en que hubieran incurrido otros autores, nacionales o extranjeros, y sobre todo, "hacer un libro español y para España".

Esta última afirmación de Cánovas sintetiza por sí sola el objetivo fundamental de su autor, y, por otro lado, resulta claramente expresivo el carácter vindicativo que anima a los historiadores del romanticismo, a cuyo espíritu se debe, en gran medida, el surgimiento de las llamadas Historias Nacionales.

En cuanto a las influencias historiográficas de la "escuela liberal", hemos de tener en cuenta que desde la perspectiva del romanticismo, la Edad Moderna fue considerada como la antítesis de la Medieval: pérdida de libertades, autoritarismo, universalismo, etc. cuyas consecuencias serían la ruina y anquilosamiento de las instituciones representativas de la Castilla Medieval, al ser sustituidas por un régimen exógeno, impuesto por los Austrias y reforzado después -hasta el límite del absolutismo- por los Borbones.

Esta herencia historiográfica está reflejada en

esta primera obra de Cánovas, especialmente al hacer referencia a los aspectos que más consideración merecen a la visión interpretativa de su autor: la Inquisición, la Ciencia Española y el provincialismo.

Ahora bien, esta primera obra de Cánovas . de bido precisamente a estas influencias y a la consideración de que debe ser estimada como "obra de juventud", ha sido, en nuestra opinión, injustamente valorada especialmente por los apologetas de Cánovas, puesto que se trata, a pesar de su precocidad, de una obra concebida por un verdadero historiador, cuyas cualidades de método y exposición, así como su amplia visión y entendimiento merecen ser reconocidos y situar esta obra en un lugar preferente, no solo en la producción de Cánovas, sino también entre las obras clásicas de la historiografía española del siglo XIX.

Con ello nos oponemos también a la propia opinión de Cánovas quien -como hemos podido constatar- se arrepentirá de los juicios y planteamientos vertidos en su primera obra. Esta especie de distanciamiento -que será además progresivo- constituye un aspecto fundamental que ha de ser tenido en cuenta: la evolución interpretativa que se observa a lo largo de sus estudios sobre los Austrias españoles.

En relación a la sinfluencias de la llamada "escuela liberal", constituye también un aspecto rele-

vante a la hora de situar la Historia de la Decadencia en una larga tradición de la historiografía que viene actuando desde el mismo siglo XVII a través, no sólo de los "arbitristas" sino también de destacadas figuras de la intelectualidad española, desde Sepúlveda o el propio Mariana, pasando por Saavedra Fajardo, Quevedo o Cadalso.

Esta larga tradición será recogida en el siglo XIX, en donde la obra de Cánovas podemos considerarla como una importante y temprana aportación al conjunto de la historiografía que en torno al tema de la decadencia o del llamado "problema de España" continua con el regeneracionismo y la "literatura del desastre", hasta llegar a la época contemporánea con Ortega y Gasset, Marz tu, Madariaga, M. Pidal, Américo Castro o Sánchez Albornoz.

En la Historia de la Decadencia de Cánovas se puede encontrar una serie de aspectos interpretativos que forman parte del acervo común de esta tradición: la constancia del carácter nacional, las virtudes de la raza y la crítica a las clases dominantes, en donde la recriminación no se hace depender de un cambio en la estructura social, sino desde una posición que anhela más bien, la restauración de una estructura social preburguesa. Así mismo, los ataques a la Iglesia y a la Inquisición, no llegan nunca a ser globales o radicales, sino estableciendo una diferenciación en lo que consti-

tuye un exceso de religiosidad y de fanatismo. En cuanto a la doctrina imperial contrarreformista no se cuestiona su función de apoyo para los estamentos y clases dominantes, sino que es justificada en función de la misión providencial que España estaba llamada a cumplir para la "salvación universal". Por otro lado, es especialmente relevante el prejuicio, cuando no desprecio, a los avances del racionalismo europeo, frente al que se manifiesta un claro desafecto como algo extraño a las esencias tradicionales y casi metafísicas del carácter y del catolicismo españoles.

En cuanto a la evolución historiográfica de Cánovas tiene para nosotros un amplio significado. En primer lugar hemos de señalar que las rectificaciones del autor a su propia obra no se contradicen, en lo esencial con los rasgos anteriormente mencionados. Sin embargo su significación viene determinada por los aspectos concretos que van a ser objeto de rectificación en esta primera obra, cuyos planteamientos "liberales" dejarán paso a una concepción orgánica y legitimista de la historia en cuyas coordenadas se configurará la evolución ideológica de Cánovas. En este sentido, las rectificaciones de Cánovas inciden en aquellos aspectos que debían ser reinterpretados no sólo a la luz de las nuevas aportaciones documentales o debido a una mayor profundización en la ciencia histórica, sino a la necesidad de enfocar dichos aspectos desde su peculiar concepción histórica.

En efecto, desde la perspectiva de una concepción orgánica y legitimista, las alteraciones o cambios revolucionarios son descalificados e incomprensidos por atentar contra una supuesta estabilidad "natural" y por otro lado, la autoridad y la jerarquía de los que ejercen el poder de la monarquía -cuyo principio institucional es concebido como incuestionable- debe ser legitimado y enaltecido en función de su capacidad para ejercer y mantener un orden en el que debe prevalecer lo que se podría resumir con el concepto absolutista de la "razón de Estado".

Desde estas coordenadas, la revisión de la obra historiográfica de Cánovas, a partir de su Historia de la Decadencia, tiene un sentido utilitario y pragmático que debe ser interpretado en función de un proyecto político, cuyos orígenes comienzan en 1854 y cuyo contenido ideológico responde a la necesidad de establecer un orden social, que, en correspondencia con la concepción legitimista de la historia, rectifique y asegure definitivamente un proceso histórico amenazado por los cambios revolucionarios.

En el Bosquejo Histórico de la Casa de Austria en España, que constituye por otro lado, una gran síntesis del período austriaco, tiene también un carácter de transición en la evolución interpretativa a que venimos haciendo referencia.

Según las observaciones del propio Cánovas, se

trata en definitiva, de dotar a su segunda gran obra sobre los Austrias de un tratamiento más político, alejado, por tanto, de la visión ideologizada de su primera obra, donde la aparición detallada de los sucesos militares, acompañados de sucesivas derrotas, sólo venían a ratificar la mala política de los monarcas austriacos, a los que se hacía responsables, en definitiva, de la decadencia de España.

Esta visión interpretativa que dominaba entre los historiadores del liberalismo, no era ya compartida por Cánovas en 1869, cuya proyección política iba en ascenso y, por otro lado, los sucesos del año anterior le llevarían a madurar su gran proyecto político en el que la Monarquía debía ser no sólo restaurada, sino legitimada y analtecida en su larga historia, haciendo ver a los españoles un pasado imperial que tan injustamente había sido interpretado.

En este sentido y para no repetir en estas breves conclusiones lo que hemos expuesto más detalladamente en nuestro trabajo, los aspectos que van a ser modificados en el tratamiento historiográfico de Cánovas —aparte de sus matizaciones globales sobre la propia dinastía austriaca— hacen referencia a los siguientes temas: la revolución de las Comunidades de Castilla; la figura de Felipe II, cuya vindicación se propuso Cánovas con especial interés; la Inquisición respecto a sus causas y consecuencias; y muy especialmente, la figura del Conde-Duque de Olivares en relación a su actuación

política en la gran crisis de la monarquía española de 1640.

En cuanto a su tercera obra, los Estudios sobre el reinado de Felipe IV, tiene, finalmente, un sentido de recapitulación en las apreciaciones de Cánovas sobre la decadencia, cuyas responsabilidades históricas serán contempladas desde la perspectiva política de un hombre de Estado.

En sus planteamientos, el tema de la decadencia sufre un cierto giro en la visión interpretativa de nuestro autor, condicionado ahora por las características de las relaciones internacionales contemporáneas del período histórico europeo, en cuyo contexto Cánovas había venido observando la "decadencia de los pueblos latinos". A este respecto es digno de destacar la sensibilidad de Cánovas ante la complejidad de los problemas y tensiones internacionales, a cuya atención había dedicado también una buena parte de las conferencias pronunciadas en el Ateneo durante el año 1870, dos de las cuales abordan el tema de La transformaciones europeas y otra, La Guerra Franco-Prusiana y la supremacía germánica en Europa.

En su exposición de argumentos se destaca especialmente la admiración de Cánovas por la prepotencia germánica, en contraste con la decadencia de España y de los pueblos latinos. Pero además de esta admiración por la Alemania de Bismarck, fruto también de la inclina-

ción militarista de Cánovas y de su concepción autoritaria del poder, lo que interesa destacar en sus reflexiones ante los problemas contemporáneos, es su agudeza para detectar, con una amplia visión política, el carácter antagónico de las citadas relaciones internacionales. De ahí que en sus disertaciones en el Ateneo aparezcan ya manifestadas las ideas fundamentales de Cánovas respecto a la situación internacional, cuyas características responde, por otro lado, a las del período imperialista del último cuarto del siglo XIX.

En cuanto a sus Estudios sobre Felipe IV, la obra debe ser contemplada teniendo en cuenta los siguientes aspectos que la caracterizan:

En primer lugar, no se trata de una obra lineal o de conjunto, como las anteriores, sino fraccional, es decir, formada por una serie de estudios parciales --cuya temática ya había sido abordada por su autor-- pero que aparecen aquí más precisados en sus principales argumentaciones y avalados por un extenso acopio documental.

En segundo lugar, dichas precisiones responden a la propia evolución historiográfica de su autor, relacionada a su vez con la evolución política de Cánovas, cuyos aspectos se ven reflejados en esta obra a través de las apreciaciones realizadas desde la perspectiva de un hombre de Estado identificado con el poder legiti-

mista de la Restauración.

Y, por último, desde el punto de vista cronológico, la obra se sitúa en el contexto histórico de la Regencia de Maria Cristiana, cuando Cánovas, retirado del poder tras la subida de Sagasta, aborda de nuevo sus estudios sobre la decadencia, catorce años más tarde de haber publicado su *Bosquejo Histórico* en 1869.

En la citada obra, además de constituir una vindicación histórica de la dinastía austriaca, los temas que son tratados con mayor atención son La Separación de Portugal y, más concretamente las figuras de Felipe IV y La Política General del Conde-Duque cuya personalidad va a sufrir a lo largo de la obra canovista lo que hemos venido en calificar de "metamorfosis interpretativa" cuya valoración definitiva estará reflejada en esta última obra y donde hemos podido detectar una clara identificación de Cánovas con el famoso valido de Felipe IV.

Finalmente, en relación a esta misma evolución interpretativa que constituye un aspecto esencial de la obra canovista, hemos de reconocer y valorar en Cánovas, al margen de nuestra posición crítica, su esforzado empeño para dotar a su obra histórica y política de una coherencia intelectual que hacen de nuestro autor una de las figuras más relevantes y significativas del moderantismo español del siglo XIX.

F U E N T E S

PRODUCCION HISTORIOGRAFICA DE D. ANTONIO CANOVAS DEL CASTILLO

A.- OBRAS FUNDAMENTALES SOBRE LA CASA DE AUSTRIA

- Historia de la Decadencia de España, desde el advenimiento de Felipe III al Trono hasta la muerte de Carlos II. Madrid, 1854. Segunda edición, Madrid, 1910.
- Bosquejo Histórico de la Casa de Austria en España. Madrid, 1869. Segunda Edición, Madrid, 1911.
- Estudios del Reinado de Felipe IV. 2 vols. Madrid, 1888.

B.- OTROS ESTUDIOS Y PUBLICACIONES.

- Problemas Contemporáneos. 3 vols. Madrid, 1884.
- "Del socialismo en 1848". Introducción escrita para la nueva impresión de los Problemas del Socialismo de D.Nicomedes Pastor Díaz. Trabajo reimpreso en Estudios Literarios, Tomo II. Madrid, 1868.
- "Del asalto y sacco de Roma por los españoles". Epistola dirigida al Excmo. Sr. D.Serafín Estévez Calderón, de la Real Academia de la Historia. Madrid, 1858.
- Apuntes para la Historia de Marruecos. Madrid, 1860. Segunda edición, Madrid, 1913.

- "La dominación de los españoles en Italia".
Discurso de ingreso en la R.A.H. de D. Antonio Cánovas del Castillo. 20 de mayo de 1860.
Madrid, 1860.
- Discurso de contestación al de ingreso de D. Emilio Lafuente Alcántara en la R.A.H. sobre el tema Consideraciones sobre la dominación de las razas africanas en España. 25 de enero de 1863. Madrid, 1863.
- "Roma y España a mediados del siglo XVI". Revista de España. Nums. 5, 7 y 10. Madrid, 1868.
- "De las ideas de los españoles durante la Casa de Austria. Apuntes criticos". Revista de España, Num. 16, Madrid, 1868 y Num. 21, Madrid, 1869.
- "De la mejor manera de escribir la Historia"
Discurso de contestación al de ingreso de Godoy Alcántara en la R.A.H. 30 de enero de 1870.
Madrid, 1870.
- "De la escarpela roja y de las banderas y divisas usadas en España". Artículo publicado en el suplemento del número 28 de La Ilustración Española y Americana. Madrid, 1871.
- "Un historiador anónimo. Apuntes bibliográficos". En La Ilustración de Madrid. Madrid, 1872.
- "Felipe IV y los regicidas ingleses. Apuntes históricos". En Revista de España, Num. 95. T. XXIV. Madrid, 1872.
- "Estado de Extremadura en el Reinado de Isabel la Católica". Discurso de contestación al de Vicente Barrantes en la R.A.H. 14 de enero de 1872. Madrid, 1872.

- "Matias de Novoa. Monografía de un historiador español desconocido. Madrid, 1876.
- "Carta-Prólogo a la Vida de la Princesa de Eboli, de D.Gaspar Muro. Madrid, 1877.
- "Los escritos de los Mudéjares y Moriscos". Discurso de contestación al de ingreso de D.Eduardo Saavedra en la Real Academia Española. 29 de Diciembre de 1878. Madrid, 1878.
- "Introducción a las Memorias de Felix Nieto de Silva. Madrid, 1888.
- "Carlos V y las Cortes de Castilla". En La España Moderna. T. I. Madrid, enero, 1889.
- "Geología y Protohistoria Ibéricas". Discurso de contestación al de ingreso de D.Juan Vilanova y Plera en la R.A.H. 29 de junio de 1889. Madrid, 1889.
- "De la desmembración y repartición de la antigua monarquía española. Estudio histórico. Introducción a las Memorias militares de D.Jaime Miguel de Guzmán Dávalos Spínola, Marqués de la Mina, sobre la guerra de Cerdeña y Sicilia en los años de 1717 a 1720 y guerra de Lombardía en los años de 1734 a 1736. Madrid, 1898.

BIBLIOGRAFIA

- 1.- ABAD DE SANTILLAN, Diego, Contribución a la historia del movimiento obrero en España desde sus orígenes hasta 1905. Madrid, 1960.
- 2.- AJA, Eliseo, Democracia y socialismo en el siglo XIX español. El pensamiento de Fernando Garrido, Madrid, 1976.
- 3.- ACOSTA SANCHEZ, José, El desarrollo capitalista y la democracia en España, Barcelona, 1975.
- 4.- ADORNO, Theodor W, La ideología como lenguaje, Madrid, 1975.
- 5.- ALARCON CARACUEL, Manuel R., El derecho de asociación obrera en España (1839-1900), Madrid, 1975.
- 6.- ALAS, Leopoldo ("Clarín"), Cánovas y su tiempo. Madrid, 1887.
- 7.- ALAS, Leopoldo ("Clarín"), Solos de Clarín, Madrid, 1971.
- 8.- ALBERTI, Jaime, Martinez Marina: Dercho y Política, Oviedo, 1980.
- 9.- ALCALA GALIANO, Antonio, Historia de España desde los tiempos primitivos hasta la mayoría de la Reina Doña Isabel II, redactada con arreglo a lo que escribió el Dr. Dunham, Madrid, 1844.
- 10.- ALCANTARA, Godoy, "Opiniones de nuestros escritores sobre la manera de escribir la Historia" Discurso de ingreso en la R.A.H. Mdrid, 30 de enero 1870..

- 11.- ALTHUSSER, Louis.- Ideología y aparatos ideológicos de Estado. Buenos Aires, 1974.
- 12.- ALTHUSSER, Louis.- Sobre el trabajo teórico: dificultades y recursos, Barcelona, 1970.
- 13.- ALVAREZ VILLAMIL, V. y LLOPIS, R.- Cartas de conspiradores. La revolución de septiembre. Madrid, 1929.
- 14.- ARANGUREN, J. L.- Moral y Sociedad. Introducción a la moral social española en el siglo XIX. Madrid, 1974.
- 15.- ARAQUISTAIN, Luis.- El pensamiento español contemporáneo. Buenos Aires, 1962.
- 16.- AROSTEGUI, Julio.- "El Bienio Progresista (1854-1856). Espadones contrarrevolucionarios". En la revista Historia 16, Madrid, Junio, 1977. pp.47-61.
- 17.- ARIEL DEL VAL, Fernando.- Filosofía e ideología Liberal, Fascismo. Valencia, 1976.
- 18.- ARTOLA, Miguel.- Partidos y programas políticos, 1808-1936. 2 vols. Madrid, 1974-1975.
- 19.- AZCARATE, Gumersindo de.- El regimen parlamentario en la práctica. Prólogos de Adolfo Posada y E. Tierno. Madrid, 1978.
- 20.- BALIBAR, E., J.FONTANA y otros.- Hacia una nueva Historia. Madrid, 1976.
- 21.- BENOIS, Charles.- Cánovas del Castillo. La Restauration Rénovatrice, Paris, 1930.
- 22.- BLANCO AGUINAGA, Carlos.- Juventud del 98, Barcelona, 1978 (2ª edición).
- 23.- BLANCO AGUINAGA, C. y otros autores.- Historia Social de la Literatura Española, Madrid, 1978. Vol.II.

- 24.- BLASCO IBÁÑEZ, Vicente.- Contra la Restauración. Periodismo político, 1895-1904. Compilador P. Smith. Madrid, 1978.
- 25.- BLOCH, M.- Introducción a la Historia. Mexico, 1975.
- 26.- BORRERO, Andrés.- Datos para la historia de la Revolución, de la interinidad y del advenimiento de la Restauración. Madrid, 1877.
- 27.- BRAUDEL, Fernand.- La historia y las ciencias sociales. Madrid, 1868.
- 28.- BRENNAN, Gerald.- El Laberinto español. Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil. Paris, 1962.
- 29.- BUJARIN, Nicolai.- Teoría del materialismo histórico. Madrid, 1974.
- 30.- BUNGE, Mario.- Teoría y Realidad. Barcelona, 1975.
- 31.- BURY, John.- La idea del Progreso. Madrid, 1971.
- 32.- CABRERA, Hilda.- Revolución Liberal y Restauración Borbónica. Madrid, 1978.
- 33.- CABRERA DE CORDOBA, Luis.- Historia de Felipe II. Madrid, 1619 (primera parte). En 1876 se publicó la obra completa.
- 34.- CALVO SERER, Rafael.- Teoría de la Restauración. Madrid, 1952.
- 35.- CANOVAS DEL CASTILLO, Emilio.- "Antonio Cánovas del Castillo: Juicio que mereció a sus contemporáneos". Recopilación de prensa realizada por su hermano Emilio... Madrid, 1897.

- 36.- CARDOSO, C. y PEREZ BRIGNOLI, H.- Los métodos de la historia. Introducción a los problemas, métodos y técnicas de la historia. Barcelona, 1976.
- 37.- CARR, E.H.- ¿Qué es la Historia? Barcelona, 1976.
- 38.- CARR, Raymond.- España, 1808-1939. Madrid, 1968.
- 39.- CARRERAS ARES, Juan José.- "Categorías historiográficas y periodificación histórica". En Once ensayos sobre Historia. Fundación J. March. Madrid, 1976.
- 40.- CASTRO, Américo.- De la Edad Conflictiva. Crisis de la cultura española en el siglo XVII. Madrid, 1976.
- 41.- CASTRO, Américo.- La Realidad histórica de España. Buenos Aires, 1962. Vol. II.
- 42.- CASTRO, Adolfo de.- El Conde-Duque de Olivares y el Rey Felipe IV. Cádiz, 1846.
- 43.- CEPEDA ADAN, José.- "España en el marco histórico del Romanticismo". En El Romanticismo. Misiones Culturales del Ministerio de Cultura. Madrid, 1978.
- 44.- CEPEDA ADAN, José.- "La figura de Sagasta en la Restauración". Hispania, XCII, Madrid, 1963, pp. e-24.
- 45.- CLAVERO, B. y otros autores.- Estudios sobre la revolución burguesa en España. Madrid, 1979.
- 46.- COMELLAS, José Luis.- Los Moderados en el poder, 1844-1854. Madrid, 1970.
- 47.- COMELLAS, José Luis.- Cánovas. Madrid, 1965.
- 48.- COMELLAS, José Luis.- La Restauración como experiencia histórica, Sevilla, 1977.

- 49.- CORTES, Donoso.- Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo. Madrid, 1973.
- 50.- COS GAYON.- "Necrológica del Excelentísimo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo". Leida ante la Academia de Ciencias Morales y Políticas. 18-24 de mayo de 1898.
- 51.- CROCE, Benedetto.- La historia como hazaña de la libertad. Mexico, 1971.
- 52.- CROCE, Benedetto.- Teoría e Historia de la Historiografía. Buenos Aires, 1955.
- 53.- CRUZ, Manuel.- El Historicismo. Ciencia social y filosofía. Barcelona, 1981.
- 54.- CUENCA TORIBIO, José Manuel.- Aproximación a la historia de la Iglesia contemporánea en España. Madrid, 1978.
- 55.- CHESNEAUX, Jean.- ¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores. Mexico, 1977.
- 56.- CHILDE, V.Gordon.- Teoría de la historia. Buenos Aires, 1971.
- 57.- DALMASSO, Gianfranco.- El lugar de la ideología. Madrid, 1978.
- 58.- DARDE MORALES, Carlos.- "Los partidos republicanos en la primera etapa de la Restauración (1870-1900)". En J.M. JOVER y aa.vv., El Siglo XIX en España: doce estudios. Barcelona, 1974, pp. 433-463.
- 59.- DELEITO Y PIÑUELA, José.- El declinar de la Monarquía Española. Madrid, 1966.
- 60.- DHOQUOIS, G.- En favor de la Historia. Barcelona, 1977.
- 61.- DIAZ, Elias.- La Filosofía Social del Krausismo español. Madrid, 1972.

- 62.- DIEZ DEL CORRAL, Luis.- De Historia y Política. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1965.
- 63.- DIEZ DEL CORRAL, Luis.- El Liberalismo Doctrinario. Madrid, 1956.
- 64.- DUBY, G.- Historia social e ideologías de las sociedades. Barcelona, 1976.
- 65.- DURAN, Nelson.- La Unión Liberal y la modernización de la España Isabelina. Una conciencia frustrada, 1854-1868. Madrid, 1979.
- 66.- EIRAS ROEL, A.- El partido demócrata español (1849-1868). Pamplona, 1961.
- 67.- ELLIOTT, J.H.- "La España del Conde-Duque de Olivares". En Revista de Occidente, n. 107 pp. 180-198.
- 68.- ELLIOTT, J.H.- La España Imperial: 1469-1716. Barcelona, 1965.
- 69.- ELLIOTT, J.H.- "El Conde-Duque de Olivares y la herencia de Felipe II". Conferencia pronunciada en la Universidad de Valladolid. (Valladolid, 1977).
- 70.- ELLIOTT, J.H. y DE LA PEÑA, José.- Memoriales y Cartas del Conde-Duque de Olivares. Madrid, 1978.
- 71.- ELORZA, Antonio.- "Las ideologías políticas y su historia". En Once ensayos sobre la historia. Ed. por la Fundación J. March. Madrid, 1976.
- 72.- EPISTOLARIO de Menéndez Pelayo y Leopoldo Alas. Madrid, 1943.
- 73.- ESPADAS BURGOS, Manuel.- Alfonso XII y los orígenes de la Restauración. CSIC. Madrid, 1975.

- 74.- ESTASEN, Pedro.- El Positivismo o sistema de las ciencias experimentales. Ed. Carlos Bailly-Bailliere. 1877.
- 75.- ESTEBANEZ CALDERON, Serfín.- Prólogo a La Campaña de Huesca, de D. Antonio CANOVAS DEL CASTILLO. Madrid, 1976.
- 76.- ESTUDIOS de Historia de España. Homenaje a D. Manuel TUNON DE LARA. 3 vols. Madrid, 1981.
- 77.- FABIE, Antonio.- Cánovas del Castillo. Su juventud, su edad madura, su vejez. Estudio biográfico. Madrid, 1901.
- 78.- FEBVRE, Lucien.- Combates por la Historia. Barcelona, 1975.
- 79.- FERNANDEZ ALMAGRO, Melchor.- Orígenes del régimen constitucional en España. Barcelona, 1976.
- 80.- FERNANDEZ ALMAGRO, Melchor.- Cánovas, su vida y su política. Madrid, 1972.
- 81.- FERNANDEZ ALVAREZ, Manuel.- Evolución del pensamiento histórico en los tiempos modernos. Madrid, 1974.
- 82.- FERRERAS, Juan Ignacio.- Introducción a la sociología de la novela española del siglo XIX. Madrid, 1973.
- 83.- FONTANA, Josep.- La crisis del Antiguo Régimen, 1808-1833. Guías de Historia Contemporánea de España, I. Barcelona, 1979.
- 84.- FONTANA, Josep.- La Historia. Barcelona, 1973.
- 85.- FONTANA, Josep.- Cambio Económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX. Barcelona, 1973.

- 86.- FORNER, Juan Pablo.- Oración Apologética por la España y su mérito literario...Madrid, 1786.
- 87.- FORNER, Juan Pablo.- La crisis universitaria. La Historia de España. (Dos Discursos). Edición de François López. Textos Hispánicos Modernos. Ed. Labor. Barcelona, 1973.
- 88.- FRAGA IRIBARNE, Manuel.- El pensamiento conservador español. Barcelona, 1981.
- 89.- FUETER, E.- Historia de la Historiografía moderna. Buenos Aires, 1940.
- 90.- GANZ, Fedor.- Ensayo marxista de Historia de España. Barcelona, 1977.
- 91.- GARCIA-NIETO, M.C., DONEZAR, J. y LOPEZ PUERTA, L.- Restauración y Deastre, 1874-1898. (tomo IV de la Colección "Bases documentales de la España Contemporánea"). Madrid, 1972.
- 92.- GIL CREMADES, Juan José.- Krausistas y Liberales. Madrid, 1981.
- 93.- GIL CREMADES, Juan José.- "El pensamiento jurídico en la España de la Restauración". En la obra conjunta La Restauración Monárquica de 1875 y la España de la Restauración. Volumen conmemorativo del I Centenario de la Fundación del Colegio de Alfonso XII (1875-1975). El Escorial, 1978.
- 94.- GIL CREMADES, Juan José.- El Reformismo español. Krausismo, Escuela histórica. Neotomismo. Barcelona, 1969.
- 95.- GILI GAYA, Samuel.- Historiadores de los siglos XVI y XVII. CSIC. Madrid, 1964.

- 96.- GILLI, Gian Antonio.- Cómo se investiga. Guía de investigación social para no especialistas. Barcelona, 1971.
- 97.- GODELIER, Maurice.- "Infraestructuras, sociedades, historia". Artículo publicado en la revista *En Teoría*, n. 2. Madrid, 1979, pp. 3-21.
- 98.- GOLDMANN, L. y otros autores.- Sociología de la creación literaria. Buenos Aires, 1971.
- 99.- GOMEZ-FERRER MORANT, Guadalupe.- La obra de Armando Palacio Valdés como testimonio histórico de la Restauración. Tesis Doctoral mecanografiada, 2 vols. Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Geografía e Historia, 1979.
- 100.- GOMEZ MOLLEDA, Maria Dolores.- Los reformadores de la España Contemporánea. CSIC. Madrid, 1966.
- 101.- GONZALEZ BLANCO, Edmundo.- Ideario de Cánovas. Madrid, 1931.
- 102.- GOOCH, L.P.- Historia e historiadores en el siglo XIX. Mexico, 1977 (primera reimpresión).
- 103.- GORZ, Andre.- Historia y enajenación. Mexico, 1964.
- 104.- GUEREÑA, Juan Luis.- "El 'sexenio revolucionario' en la historiografía (1968-1978)". En la obra Historiografía española contemporánea. Madrid, 1980.
- 105.- GUNDER FRANK, Andre.- Critica y Anticritica. Ensayo sobre la dependencia y el reformismo. Madrid, 1978.
- 106.- GUTIERREZ NIETO, Juan Ignacio.- Las Comunidades como movimiento antiseñorial. Barcelona, 1973.

- 107.- HAVEMANN, Robert.- Dialéctica sin dogma. Barcelona, 1971.
- 108.- HEADRICK, Daniel R.- "Cánovas del Castillo y el Conde-Duque de Olivares. Estudio sobre la conciencia de la historia". Artículo publicado en la revista Historia 16. Madrid, febrero, 1980.
- 109.- HERR, Richard.- "La inestabilidad política de la España moderna". En Revista de Occidente, n. 107, Madrid, 1972, pp. 287-312.
- 110.- HIDALGO, Jacinto.- Ideario histórico de la Restauración. Sevilla, 1955.
- 111.- HINTERHAUSER, Hans.- Los "Episodios Nacionales" de Benito Pérez Galdós. Madrid, 1963.
- 112.- IGLESIAS, M.C. y ELORZA, A.- Burgueses y proletarios. Clase obrera y reforma social en la Restauración (1884-1889). Barcelona, 1973.
- 113.- JAKUBOWSKY, Franz.- Las superestructuras ideológicas en la concepción materialista de la historia. Madrid, 1973.
- 114.- JOVER ZAMORA, J.M.- "Edad Contemporánea". En Introducción a la Historia de España. de A. UBIETO, J. REGLA y C. SECO. Barcelona, 1977 (11ª edición).
- 115.- JOVER ZAMORA, J.M.- "Situación social y poder político en la España de Isabel II". En la obra del mismo autor, Política, Diplomacia y Humanismo popular en la España del siglo XIX. Madrid, 1976, pp. 229-345.
- 116.- JOVER ZAMORA, J.M.- "1968: Balance de una revolución". En Cuadernos para el Diálogo, nº 59-60 Madrid, 1968.

- 117.- JOVER ZAMORA, J.M.- "Sobre los conceptos de Monarquía y Nación en el pensamiento político español del siglo XVII". En Cuadernos de Historia de España, XII. Buenos Aires, 1950, pp. 101.150.
- 118.- JOVER ZAMORA, J.M.- "Caracteres de la política exterior de España en el siglo XIX". (Homenaje a Johannes Vinke). CSIC. Madrid, 1962. T. II.
- 119.- JOVER ZAMORA, J.M.- La Época de la Restauración. Panorama político-social, 1875-1902. En la Historia de España dirigida por M. TUNON DE LARA. Ed. Labor. Tomo VIII. Madrid, 1981.
- 120.- JOVER ZAMORA, J.M.- Conciencia burguesa y conciencia obrera en la España contemporánea. En la obra del mismo autor, Política, Diplomacia y Humanismo popular..., Madrid, 1976.
- 121.- JOVER ZAMORA, J.M.- "El siglo XIX en la historiografía española contemporánea (1939-1972)". En El siglo XIX en España: doce estudios, Barcelona, 1974.
- 122.- JOVER ZAMORA, J.M.- "El fusilamiento de los sargentos de San Gil (1866) en el relato de Pérez Galdós. Los primeros capítulos de "La de los tristes destinos". En El comentario de Textos, 2: De Galdós a García Márquez. Ed. Castalia. Madrid, 1974.
- 123.- JOVER ZAMORA, J.M.- "Corrientes historiográficas en la España contemporánea". En Once ensayos sobre la Historia. Ed. Fundación J. March. Madrid, 1976.
- 124.- JOVER ZAMORA, J.M.- Política, Diplomacia y Humanismo popular en la España del siglo XIX. Madrid, 1976.

- 125.- JOVER ZAMORA, J.M.- Prólogo al tomo XXXIV de la Historia de España de Menéndez Pidal: La Era Isabelina y el Sexenio Democrático (1834-1874). Espasa Calpe. Madrid, 1981.
- 126.- JUTGLAR, Antoni.- La España que no pudo ser. Barcelona, 1971.
- 127.- JUTGLAR, Antoni.- "Actitudes conservadoras ante la realidad obrera en la etapa de la Restauración" Revista de Trabajo, nº 25, Madrid, 1969, pp.45-71.
- 128.- JUTGLAR, Antoni.- Ideologías y clases en la España Contemporánea. Aproximación a la historia de las ideas. 2 vols. Madrid, 1968-1969.
- 129.- KAUTSKY, Karl.- Ética y concepción materialista de la Historia. Cuadernos de Pasado y Presente, nº 58. Buenos Aires, 1975.
- 130.- KOENISBERGER, H.G.- "El arte de gobierno de Felipe II". Revista de Occidente, nº 107, pp. 127-159. Madrid, 1972.
- 131.- KOPNIN, P.V.- Hipótesis y Verdad. Mexico, 1969
- 132.- KORSCH, Karl.- La concepción materialista de la Historia y otros ensayos. Barcelona, 1980.
- 133.- LABRA, Antonio María de.- El Ateneo de Madrid. Sus orígenes, desenvolvimiento, representación y porvenir. Madrid, 1878.
- 134.- LANGLOIS, C.V. y SEIGNOBOS, E.- Introducción a los estudios históricos. Buenos Aires, 1972.
- 135.- LAPEYRE, H.- Ensayos de Historiografía. Valladolid, 1978.
- 136.- LEFEBVRE, G.- El nacimiento de la historiografía moderna. Barcelona, 1974.

- 137.- LEGAZ LACAMBRA, Luis.- El socialismo visto por Nicomedes Pastor Díaz. Estudios de Historia Social de España. Vol. III. CSIC. Madrid, 1975.
- 138.- LEMA, Marqués de.- De la Revolución a la Restauración. 2 vols. Madrid, 1927.
- 139.- LEMA, Marqués de.- Cánovas o el hombre de Estado. Madrid, 1931.
- 140.- LENIN, V.I.- Materialismo y Empiriocriticismo. Madrid, 1974.
- 141.- LIMOIEIRO CARDOSO, M.- La construcción de conocimientos. Cuestiones de teoría y método. Mexico, 1977.
- 142.- LOPEZ-CORDON, M. Victoria.- La Comuna de Paris vista desde España. En la obra de J.M. JOVER y aa.vv.: El siglo XIX en España: doce estudios. Barcelona, 1974. pp. 323-395.
- 143.- LOPEZ-CORDON, M. Victoria.- La Revolución de 1868 y la I República. Madrid, 1976.
- 144.- LOPEZ MORILLAS, J.- Hacia el 98. Literatura, sociedad, ideología. Barcelona, 1972.
- 145.- LOPEZ MORILLAS, J.- El Krausismo español. Perfil de una aventura intelectual. Madrid, 1980.
- 146.- LOPEZ MORILLAS, J.- "La novela española y la Revolución de 1868". Revista de Occidente, nº 67, pp. 94-115. Madrid, 1968.
- 147.- LUKACS, G.- La crisis de la filosofía burguesa. Buenos Aires, 1975.
- 148.- LUKACS, G.- Historia y consciencia de clase. Barcelona, 1975.

- 149.- LUKACS, G.- El Asalto a la Razón. Barcelona, 1972.
- 150.- LUKACS, G.- La Novela Histórica. Mexico, 1966.
- 151.- LLEDO, Emilio.- Lenguaje e Historia, Barcelona, 1978.
- 152.- LLEDO, Emilio.- Filosofía y Lenguaje. Barcelona, 1974.
- 153.- LLORENS, Vicente.- El Romanticismo Español. Madrid, 1979.
- 154.- LLORENS, Vicente.- Literatura, Historia, Política. Madrid, 1967.
- 155.- MALLADA, Lucas.- Los males de la patria y la futura revolución española. Selección, prólogo y notas de Francisco J. Flores Arroyuelo. Madrid, 1969.
- 156.- MALUQUER DE MOTES, Jordi.- "El mercado colonial antillano en el siglo XIX". En el volumen editado por J. NADAL y G. TORTELLA: Agricultura, comercio colonial y crecimiento económico en la España Contemporánea. Actas del Primer Coloquio de Historia Económica de España. (Barcelona, 11-12 de mayo de 1972) Barcelona, 1974.
- 157.- MARAÑÓN, Gregorio.- El Conde-Duque de Olivares. Madrid, 1975. (13ª edición).
- 158.- MARAVALL, J.A.- Estado Moderno y mentalidad social. Revista de Occidente. Madrid, 1972. 2 vols.
- 159.- MARAVALL, J.A.- "Mentalidad burguesa e idea de la Historia en el siglo XVIII". En Revista de Occidente, nº 107. pp. 250-286. Madrid, 1972.

- 160.- MARROU, H.- El conocimiento histórico. Barcelona, 1968.
- 161.- MARTIN BUEZAS, Fernando.- La teología de Sanz del Rio y del Krausismo español. Madrid, 1977.
- 162.- MARTINEZ CUADRADO, M.- "La Restauración canovista". En *Historia* 16, Madrid, Junio 1977. pp. 65-74.-
- 163.- MARTINEZ CUADRADO, M.- Elecciones y partidos políticos de España (1868-1931). 2 vols. Madrid, 1969.
- 164.- MARTINEZ CUADRADO, M.- La Burguesía Conservadora (1874-1931). Tomo VI de la *Historia de España-Alfaguara*, dirigida por M. Artola. Madrid, 1973.
- 165.- MARX, C.- Miseria de la Filosofía. Madrid, 1974.
- 166.- MARX, C.- La Revolución en España. Moscú, 1978.
- 167.- MARX, C.- El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte. Obras escogidas de MARX Y ENGELS. Ed. Fundamentos. Madrid, 1975.
- 168.- MAURICE, J. y SERRANO, C.- J. Costa: Crisis de la Restauración y populismo (1875-1911). Madrid, 1977.
- 169.- MELENDEZ, Leonor.- Cánovas y la política exterior española. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1944.
- 170.- MENENDEZ PELAYO, M.- Historia de los Heterodoxos Españoles. CSIC. Tomo VI. Madrid, 1948.
- 171.- MICHELET, Jules.- El Estudiante. Mexico, 1972.

- 172.- MONDOLFO, Rodolfo.- Espíritu revolucionario y conciencia histórica. Buenos Aires, 1968.
- 173.- MONTESINOS, J.F.- Costumbrismo y novela. Ensayo sobre el redescubrimiento de la realidad española. Madrid, 1960.
- 174.- MORENO ALONSO, Manuel.- Historiografía Romántica Española. Ed. Universidad de Sevilla. Sevilla, 1979.
- 175.- NIDO Y SAGALERVA, Juan del.- Historia política y parlamentaria del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo. Madrid, 1914.
- 176.- NUÑEZ DE ARENAS y TUÑON DE LARA, M.- Historia del movimiento obrero español. Barcelona, 1970.
- 177.- NUÑEZ RUIZ, Diego.- La mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis. Madrid, 1975.
- 178.- NUÑEZ RUIZ, Diego.- El Darwinismo en España. Madrid, 1977.
- 179.- OLEZA, Juan.- La novela del siglo XIX. Del parto a la crisis de una ideología. Valencia, 1976.
- 180.- OLLIVER, Albert.- La Comuna. Madrid, 1967.
- 181.- OLLERO TASSARA, Andrés.- Universidad y política. Tradición y secularización en el siglo XIX. Madrid, 1972.
- 182.- ORTEGA Y GASSET, José.- España Invertebrada. Revista de Occidente. Madrid, 1963 (13ª edición).
- 183.- ORTEGA Y GASSET, José.- Discursos Políticos. Madrid, 1974.
- 184.- PALACIO ATARD, Vicente.- La España del siglo XIX, 1808-1898. Madrid, 1978.

- 185.- PARDINAS, Felipe.- Metodología y técnicas de investigación en ciencias sociales. Mexico, 1979.
- 186.- PASTOR DIAZ, Nicomedes.- Diez años de controversia parlamentaria. Obras Completas, T. III. Madrid, 1947.
- 187.- PAYNE, S.G.- Los militares y la política en la España Contemporánea. Paris, 1968.
- 188.- PEREYRA, Carlos.- "El sujeto de la Historia". En la revista En Teoría, nº 2. Madrid, 1979, pp. 115-132.
- 189.- PEREZ GALDOS, B.- España Trágica. Episodios Nacionales. Ed. Alianza-Hernando. Madrid, 1980.
- 190.- PEREZ GALDOS, B.- La familia de León Roch. Madrid, 1980.
- 191.- PEREZ GALDOS, B.- Lo Prohibido. Madrid, 1979.
- 192.- PEREZ GALDOS, B.- España sin Rey. Episodios Nacionales. Ed. Alianza-Hernando. Madrid, 1980.
- 193.- PEREZ GALDOS, B.- Cánovas. Episodios Nacionales. Serie Final. Ed. Hernando. Madrid, 1953.
- 194.- PEREZ GARZON, J. Sisinio.- "La Revolución Burguesa en España: los inicios de un debate científico, 1966-1979". En Historiografía Española Contemporánea. X Coloquio del Centro de Investigaciones Hispánicas de la Universidad de Pau. Balance y Resumen Madrid, 1980.
- 195.- PEREZ GUTIERREZ, Francisco.- El problema religioso en la generación de 1868. Madrid, 1975.
- 196.- PEREZ DE GUZMAN Y GALLO, J.- Prólogo a la Historia de la Decadencia de A. Canovas del Castillo, Madrid, 1910.

- 197.- PESSET, J.L.; GARMA, S. y PEREZ GARZON, J.S.- Ciencias y enseñanza en la revolución burguesa, Madrid, 1978.
- 198.- PIDAL, Pedro José.- Historia de las Alteraciones de Aragón en el reinado de Felipe II. 3 vols. Madrid, 1862.
- 199.- PIZAN, Manuel.- Los hegelianos en España y otras notas críticas. Madrid, 1973.
- 200.- PORTERO, José Antonio.- Púlpito e ideología en la España del siglo XIX. Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1978.
- 201.- PRIETO ARCINIEGA, A.M.- La historia como arma de la reacción. Madrid, 1976.
- 202.- RAMA, C.M.- La Historia y la Novela y otros ensayos historiográficos. Madrid, 1975.
- 203.- RAMA, C.M.- La Historiografía como conciencia histórica. Barcelona, 1981.
- 204.- RAMA, C.M.- Teoría de la Historia. Madrid, 1968.
- 205.- RODRIGUEZ ARANDA, Luis.- El desarrollo de la Razon en la cultura española. Madrid, 1962.
- 206.- RODRIGUEZ IBÁÑEZ, J.E.- "El decurso y los discursos: dominación y lógica de las ciencias sociales". En la revista En Teoría, nº 2. Madrid, 1979, pp. 133-169.
- 207.- ROSAL, Amaro del.- Los Congresos obreros internacionales en el siglo XIX. Barcelona, 1975.
- 208.- RUSSEL, Bertrand.- Misticismo y Lógica y otros ensayos. Buenos Aires, 1967.
- 209.- SADOUL y otros autores.- La Historia hoy. Barcelona, 1974.

- 210.- SALOM COSTA, Julio.- España en la Europa de Bismarck. La política exterior de Cánovas. CSIC. Madrid, 1967.
- 211.- SALMON, Pierre.- Historia y Crítica. Barcelona, 1972.
- 212.- SCHAFF, Adam.- La alienación como fenómeno social. Barcelona, 1979.
- 213.- SCHAFF, Adam.- Lenguaje y conocimiento. Mexico, 1967.
- 214.- SCHAFF, Adam.- Historia y Verdad. Barcelona, 1976.
- 215.- SCHMIDT, Bernhard.- El problema español de Quevedo a Manuel Azaña. Madrid, 1976.
- 216.- SHAW, Martin.- El marxismo y las ciencias sociales. Mexico, 1978.
- 217.- SAINZ RODRIGUEZ, Pedro.- Evolución de las ideas sobre la decadencia española. Madrid, 1962.
- 218.- SANCHEZ AGESTA, Luis.- Historia del constitucionalismo español. Madrid, 1964.
- 219.- SANCHEZ ALBORNOZ, Nicolás.- Jalones en la modernización de España. Barcelona, 1975.
- 220.- SANCHEZ ALBORNOZ, Claudio.- El drama de la formación de España y los españoles. Otra aventura polémica. Barcelona, 1977.
- 221.- SANCHEZ ALBORNOZ, Claudio.- España, un enigma histórico. Buenos Aires, 1962, vol. II.
- 222.- SANCHEZ ALBORNOZ, Claudio.- Ensayos sobre historia de España. Madrid, 1973.
- 223.- SANCHEZ ALBORNOZ, Claudio.- Españoles ante la historia. Buenos Aires, 1958.

- 224.- SANCHEZ ALONSO, Benito.- Historia de la Historiografía española. CSIC. Madrid, 1941.
- 225.- SCHNADELBACH, Herbert.- La Filosofía de la Historia después de Hegel. El problema del Historicismo. Barcelona, 1980.
- 226.- SECO SERRANO, Carlos.- La biografía como género historiográfico. En Once ensayos sobre la Historia. Fundación J. March. Madrid, 1976. pp. 105-119.
- 227.- SOLE TURA, Jordi.- Historiografía y Nacionalismo. Consideraciones sobre el concepto de la nación. En Once ensayos sobre la Historia. Fundación J. March. Madrid, 1976. pp. 91-104.
- 228.- SOLE TURA, J. y AJA, E.- Constituciones y períodos constituyentes en España (1808-1936). Madrid, 1977.
- 229.- SOLERVICENS, Juan B.- Cánovas del Castillo. Antología. Madrid, 1941.
- 230.- TERMES ARDEVOL, Josep.- Anarquismo y Sindicalismo. La Primera Internacional (1864-1881). Barcelona, 1972.
- 231.- THOMAS, Hugh.- Cuba, la lucha por la libertad, 1762-1970. 3 vol. Madrid, 1973.
- 232.- THOMSON, Edward P.- Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudio sobre la crisis de la sociedad preindustrial. Barcelona, 1979.
- 233.- THOMSON, Edward.- Miseria de la Teoría. Barcelona, 1981.
- 234.- TIERNO GALVAN, Enrique.- Idealismo y Pragmatismo en el siglo XIX español. Madrid, 1977

- 235.- TIERNO GALVAN, Enrique.- Costa y el Regeneracionismo. Barcelona, 1961.
- 236.- TORTELLA CASARES, Gabriel.- Los orígenes del capitalismo en España. (Banca, Industria y Ferrocarriles en el siglo XIX). Madrid, 1973.
- 237.- TUÑON DE LARA, M.- El movimiento obrero en la historia de España. Madrid, 1972.
- 238.- TUÑON DE LARA, M.- Historia y realidad del poder. Madrid, 1967.
- 239.- TUÑON DE LARA, M.- ¿Por qué la Historia?. Ed Salvat. Col. Aula Abierta. Barcelona, 1981.
- 240.- TUÑON DE LARA, M.- Metodología de la historia social de España. Madrid, 1973.
- 241.- TUÑON DE LARA, M.- Medio siglo de cultura española. (1885-1936). Madrid, 1970.
- 242.- TUÑON DE LARA, M.- La España del siglo XIX. Paris, 1968.
- 243.- TUÑON DE LARA, M.- ¿Qué historia? Algunas cuestiones de historiología. Sistema, nº 9. pp. 5-26. Madrid, 1975.
- 244.- TUÑON DE LARA, M.- Estudios sobre el siglo XIX español. Madrid, 1972.
- 245.- UNAMUNO, Miguel de.- En torno al casticismo. Madrid, 1979.
- 246.- VAN TIEGHEM, Paul.- El Romanticismo en la literatura europea. En la obra La Era Romántica. Ed. UTEHA. Mexico, 1950.
- 247.- VARELA ORTEGA, José.- Los amigos políticos. Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1875-1900). Madrid, 1977.

- 248.- VARIOS AUTORES.- Once ensayos sobre la Historia.
Fundación Juan March. Madrid, 1976.
- 249.- VELASCO MURVIEDRO, Carlos.- "Cánovas del Casti-
llo y la articulación del Estado Nacional" En
Cuadernos Económicos de ICE. nº 6 Madrid, 1978.
- 250.- VERGES MUNDO, Oriol.- La Internacional en las
Cortes de 1871. Barcelona, 1964.
- 251.- VILAR, Pierre.- Marx y la Historia. En la obra
Historia del Marxismo. Ed. Bruguera, vol I. Ma-
drid, 1979. pp. 115-161.
- 252.- VILAR, Pierre.- Iniciación al vocabulario del aná-
lisis histórico. Barcelona, 1980.
- 253.- VILAR, Pierre.- Althusser, método histórico e his-
toricismo. Barcelona, 1972.
- 254.- VILAR, Pierre.- Historia marxista, historia en
construcción. Barcelona, 1974.
- 255.- VILLACORTA BAÑOS, Francisco.- Burguesía y cultu-
ra. Los intelectuales españoles en la sociedad
liberal, 1808-1931. Madrid, 1980.
- 256.- VOGT, Joseph.- El concepto de la Historia de Ran-
ke a Toynbee. Madrid, 1974.
- 257.- ZAVALA, I.M.- El texto en la Historia. Madrid, 1981.
- 258.- ZAVALA, I.M.- Románticos y socialistas. Prensa es-
pañola del siglo XIX. Madrid, 1971.
- 259.- ZAVALA, I.M.- Ideología y política en la novela
española del siglo XIX. Madrid, 1971.

